

OLIVAR

Año 7/2006 N° 8

Revista de Literatura y Cultura Españolas

**Número Monográfico
Memoria de la Guerra Civil española**

EDITORAS

RAQUEL MACCIUCI

MARÍA TERESA POCHAT

COORDINADORA

NATALIA CORBELLINI



Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria

Secretaría de Investigación

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata



El presente número de Olivar ha sido patrocinado por la Oficina Cultural de la Embajada de España, a la cual se agradece su colaboración.

La Plata / Octubre de 2006.

Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria
Secretaría de Extensión Universitaria
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

Diseño y Diagramación
D.C.V.: Alejandra Gaudio-UNLP

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11. 723
Impreso en la Argentina
© 2006 Universidad Nacional de La Plata
ISSN 1515-1115



DIRECTORA: Gloria B. Chicote

CODIRECTORA: Raquel Macciuci

SECRETARIA DE REDACCIÓN: María Mercedes
Rodríguez Temperley

CONSEJO ASESOR Y DE REFERATO

Ana María Barrenechea (Universidad de Buenos Aires)

Joseph Snow (Michigan State University)

Melchora Romanos (Universidad de Buenos Aires)

Lía Schwartz (City University of New York)

Emilia de Zuleta (Universidad Nacional de Cuyo)

Joan Oleza Simó (Universitat de València)

Francisco Caudet (Universidad Autónoma de Madrid)

José Luis de Diego (Universidad Nacional de La Plata)

Christian Wentzlaff-Eggebert (Universität zu Köln)

COMITÉ DE REDACCIÓN

Gloria B. Chicote, Raquel Macciuci

Élida Lois, María Teresa Pochat

REDACTORES

Natalia Corbellini, Santiago Disalvo, Juan A. Ennis,

Federico Gerhardt, Santiago Pérez, Evelyn Hafter,

Virginia Bonatto, Mariela Sánchez.

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decana: Prof. Ana María Barletta

Vicedecano: Prof. Ricardo Crisorio

Secretario de Asuntos Académicos: Dr. Aníbal Viguera

Secretaria de Posgrado: Dra. Gloria Chicote

Secretario de Investigación: Dr. Juan Piovani

Secretario de Extensión Universitaria: Prof. Luis Adriani

Consejo Académico

Claustro Docente

Mag. Marcelo Giles, Dr. Juan Napoli,
Prof. Luis Adriani, Mag. Ricardo Rivas,
Prof. Guillermina Tiramonti,
Prof. Cristina Torti

Claustro Graduados

Hernán Sorgentini, Mg. Ana Julia Ramírez

Claustro Estudiantil

Laura Barrena, Aldana López, Oscar Mongano,
María de los Ángeles Posadas

Representante no docentes:

Mónica Suelgaray



Índice

Presentación

RAQUEL MACCIUCI - MARÍA TERESA POCHAT.....11

Artículos

La liquidación de la Guerra Civil NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ.....	21
Novela histórica y responsabilidad social del escritor: el camino trazado por Benjamín Prado en <i>Mala gente que camina</i> IGNACIO SOLDEVILA DURANTE - JAVIER LLUCH PRATS	33
Las abarcas de Fontanosas, o cuando la memoria/escritura es la memoria/escritura de uno mismo... FRANCISCO CAUDET.....	45
Guerra Civil española y carteles de propaganda: el arte y las masas FACUNDO TOMÁS	63
Rehacer la memoria. Cultura y fascismo en la España demo- crática JORDI GRACIA.....	87
Donde arde la memoria: la vuelta del poeta a la calle ANA LUENGO	107
Epístolas de Max Aub a Ignacio Soldevila Durante (y viceversa): el devenir de una preciosa amistad JAVIER LLUCH PRATS	127
Historia de una amistad: Ramón Sender y Carmen Laforet desde sus exilios EMILIA DE ZULETA	139
Fábulas para la guerra: reformulación de literatura ejemplar en propaganda política GLORIA B. CHICOTE	153

Singularidad, anomalía, diferencia, olvido: la derrota de los republicanos españoles en Francia. El testimonio de <i>Diario a dos voces</i> de José María y Manuel Lamana RAQUEL MACCIUCI	165
<i>España Republicana</i> , una lectura de la Guerra Civil desde Argentina MARÍA TERESA POCHAT	195
Noticia sobre la “Guía de Fuentes para la historia de la Guerra Civil española, exilio, y movimiento obrero”. Una base de Datos para acceder a información puntual de fuentes documentales CARMEN SIERRA	209
Del Paseo de la Delicias a Corrientes: el largo fin de la guerra para un soldado. NATALIA CORBELLINI	215
Escribirlo al fin: <i>Visto al pasar. República, guerra y exilio</i> de María del Carmen García Antón. Memoria desde el destierro en Argentina ADRIANA VIRGINIA BONATTO	237
Las voces antiguas: la Guerra Civil española en algunas memorias y autobiografías del exilio literario de 1939 EVA SOLER SASERA	249
Los notarios del olvido: memoria y silencio. La antropofagia discursiva de <i>Mazurca para dos muertos</i> de Camilo José Cela MARIELA SÁNCHEZ	263
Max Aub revisitado: lugares en (torno a) <i>La gallina ciega</i> FEDERICO GERHARDT	275
Antonio Sánchez Barbudo y Guillermo de Torre. Una polémica durante la Guerra Civil española RAÚL ILLESCAS	291
Historia, memoria y mito: lecturas de la Guerra Civil Española JUAN ANTONIO ENNIS	301
El aniversario de la II República en <i>Triunfo</i> . MARÍA DE LOS ÁNGELES CONTRERAS	317
Representaciones de la Guerra Civil en el diario <i>El País</i> : 1986, 1996, 2006 MÓNICA MUSCI	331
Información	351
Índice de números anteriores	355



Índice de imágenes

1.	Max Aub, Perpetua (Peua) Barjau e Ignacio Soldevila. Québec, 1962	I
2, 3.	Carta de Ignacio Soldevila a Max Aub, fechada en Madrid, a 16 de diciembre de 1964.	II, III
4.	José Renau. <i>El comisario</i> . 1936.....	IV
5.	Renau. <i>El fruto del trabajo del labrador</i>	V
6.	Arturo Ballester. <i>Campesino, rotas tus cadenas</i>	VI
7.	Arturo Ballester. <i>Campesino. Trabaja para el pueblo</i>	VI
8.	Vicente Ballester Marco. <i>Bravos marinos</i>	VII
9.	José Renau. <i>Los marinos de Cronstadt</i>	VIII
10.	Goñi. <i>I tú? que has fet per la victòria?</i>	IX
11.	Cantos. <i>Las Brigadas Internacionales</i>	X
12.	Arturo Ballester. <i>Un marino: un héroe</i>	XI
13.	Arteche. <i>Les milicies us necessiten!</i>	XII
14.	Dubón. <i>¡Germans al front!</i>	XIII
15.	Pelegrín. <i>La Pasionaria</i>	XIII
16.	Anónimo. <i>The “Military” Practice of the Rebels</i>	XIV
17.	Anónimo. <i>Que fais-tu pour empêcher cela?</i>	XIV
18.	Wila. <i>Soldado instrúyete</i>	XV
19.	Pedraza Blanco. <i>¡Campesino!</i>	XV
20.	Tapa de <i>Fábulas de Samaniego adaptadas a la actualidad española</i>	XVI
21.	Reproducción de “La zorra y el busto”	XVI
22.	Reproducción de “La zorra y las uvas”	XVII
23.	Refugiados Españoles conducidos hacia una playa de concentración....	XVIII
24.	Refugiados españoles en la playa de Argelès-sur-Mer.....	XVIII
25.	Refugiados españoles esperando alimentos en un campo de concentración francés	XIX

26. Imagen del afiche de la “Conferencia Internacional de Ayuda a los Refugiados Españoles”XIX
27. Portada de *España Republicana* del 25 de julio de 1936 XX
28. Convocatoria de *España Republicana* para recaudar ayuda, 8 de agosto de 1936XXI
29. Página de *España Republicana* que muestra una colaboración del escritor Raúl González Tuñón, 28 de noviembre de 1936 XXII
30. Colaboración del escritor José Díaz Fernández enviada especialmente para *España Republicana*, 26 de diciembre de 1936XXIII
31. Tapa de Triunfo n.º 463, 17 de abril de 1971XXIV
32. Tapa de Triunfo n.º 602, 13 de abril de 1974XXIV



Presentación

Raquel Macciuci

Universidad Nacional de La Plata

María Teresa Pochat

Universidad de Buenos Aires

Dedicar un número de *Olivar*, el tercero con carácter monográfico, a la Guerra Civil española a los setenta años de su comienzo constituyó, para las editoras, un reto estimulante y dificultoso. Si bien el tema ha concentrado gran parte de nuestros esfuerzos académicos desde los más tempranos proyectos de investigación, la especial carga conmemorativa del aniversario a la vez que alentaba y daba forma a la idea, aumentó las prevenciones hacia los lugares comunes. Sabíamos que delante de nosotros se extendía un dilatado campo que hoy despierta la atención de los estudiosos de las más diversas disciplinas y de muy lejanas procedencias geográficas.

Existía por otra parte la plena conciencia de que en esta nueva etapa de recuperación de un hecho tan decisivo, no sólo para la sociedad española sino para el concierto de países ligados a la suerte de Occidente, se estaba replanteando el modo de construir memoria y, en consecuencia, de promover nuevos olvidos en un campo de fuerzas cruzado por modos dispares de enfrentarse a la historia. En tal escenario nos decidimos a afrontar el reto de lograr que este número, memoria y homenaje, se uniera al espíritu de quienes piensan que la experiencia cercana –y traumática– de la Guerra civil debe ser un legado activo y pregnante, no una retórica conmemorativa destinada a desaparecer con el calendario o a fosilizarse en los monumentos y los discursos.

Al mismo tiempo surgía una pregunta forzosa: ¿cómo evitar la repetición de unos conocimientos que sabíamos extensos y aquilatados por la autoridad incontrastable de expertos en la materia cuyas pacientes –a menudo accidentadas– investigaciones ya forman parte de las fuentes de consulta obligada del investigador?

Y seguidamente, ¿cómo lograr una acertada unión del propósito cognitivo con la recapitulación anamnética; la búsqueda de nuevos saberes con la preocupación ética y con la obligada deuda moral con las víctimas del olvido?...

La pronta y favorable respuesta de los especialistas invitados, cuyos múltiples compromisos no les impidieron apoyar la iniciativa con su aportación intelectual y simbólica, nos libró del lastre de las aprensiones y nos animó a concretar el proyecto. Del mismo modo nos alentó el apoyo de aquellos colegas a los que razones imprevistas no les permitieron enviar sus artículos.

A la hora de decidimos por un diseño definitivo, pensamos que el número monográfico quedaría trunco si sólo albergaba a los más versados en el tema. Era importante abrir caminos y mostrar el rumbo de las nuevas búsquedas; con ese fin se destinó un espacio a las investigaciones más recientes, que dan testimonio de las inquietudes de los recién adentrados en el vasto campo de la Guerra civil y sus derivaciones –aunque ello conllevara la duplicación de la tarea y de los tiempos de edición. La disposición con que los colaboradores más jóvenes contestaron a la propuesta fue otro factor estimulante, más cuando un alto porcentaje –todos los provenientes de la Universidad Nacional de La Plata y de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral– forman parte del proyecto “Memoria histórica y representación del pasado reciente en la narrativa española contemporánea” dirigido por las coordinadoras de este volumen especial. Sus indagaciones, síntesis, primeras aproximaciones e hipótesis parciales de trabajos en curso, incipientes en mayor o menor grado, pero presididas todas ellas por el rigor y la exigencia, revelan una vocación que sabe someterse a los requerimientos del quehacer científico.

El volumen que surgió del doble aporte de investigadores formados y en formación presenta por tanto, dos secciones: la primera se compone de once artículos firmados por especialistas de reconocida trayectoria, que han trabajado o trabajan actualmente en temas relacionados con el pasado traumático español del anterior siglo: la rebelión militar contra la II Repú-

blica, la guerra, el exilio, la dilatada posguerra. La directora de *Olivar* ha querido sumarse a ellos, con sus herramientas de experta medievalista conocedora de los caminos modernos de las tradiciones literarias.

De una manera no buscada pero igualmente fecunda, las distintas colaboraciones de los invitados españoles trazan un itinerario marcado por sus improntas vitales. En cada uno de los trabajos y en el conjunto de ellos podrá percibir el lector el diferente modo de situarse ante el pasado, dependiendo, entre otros factores, de la mayor o menor cercanía generacional a los acontecimientos. La huella de la experiencia directa vivida a edad temprana, de la infancia transcurrida en la posguerra, de la lucha universitaria en las postrimerías de la dictadura, o del conocimiento mediado de la guerra de los más jóvenes, no aparece de modo explícito pero subyace en la subjetividad que en mayor o menor grado se hace presente en los respectivos discursos.

Abriendo la serie de la primera sección, Nicolás Sánchez-Albornoz realiza una recia descripción de las secuelas de la guerra, intensificadas por el espíritu vengativo del franquismo. Estas dan prueba de una profunda zona sumergida, aún por conocer con detenimiento, que sufrió las múltiples e injustificadas medidas punitivas con que el régimen victorioso impuso el poder en el colectivo de los derrotados, prolongando su humillación y provocando efectos sumamente perniciosos en un país que necesitaba recuperarse de una dura contienda.

Ignacio Soldevila y Javier Lluch, con el análisis de la novela de Benjamín Prado, *Mala gente que camina*, contribuyen al mejor conocimiento de otra sombría y casi ignorada faceta de la dictadura franquista: la apropiación de hijos de prisioneras, despojadas de su prole bajo los arbitrios de médicos, psiquiatras, políticos y carceleros del régimen. El artículo constituye, por otra parte, una clara exposición sobre las relaciones entre literatura y memoria: cuando la voluntad de recordar triunfa, testimonios antes silenciados, medios de masas, investigaciones obstinadas y novelistas sensibles al pasado pueden confluír en el mismo surco de la historia.

Francisco Caudet se instala en la absoluta contemporaneidad invadida por el retorno del pasado con el rostro de los muertos sin nombre fusilados sumariamente por los vencedores de la Guerra Civil. La conmovedora exhumación de una de las numerosas fosas comunes dispersas por toda España, que devuelve a las víctimas el derecho a su identidad y a un entierro digno, es analizado con el saber de quien en su sólida

trayectoria ha sabido unir las herramientas del investigador y la reflexión del humanista. Su artículo es un modelo de ejercicio anamnético colectivo mediante el cual la historia se hace presente, experiencia cercana y deber moral.

Facundo Tomás ofrece un riguroso análisis de una de las manifestaciones artísticas más características de la Guerra Civil, el cartel, expresión que pese a ser objeto de frecuente atención, no abunda en análisis que logren trascender los aspectos meramente temáticos. La novedad del cartelismo, resultado de la convergencia, en una síntesis revolucionaria, de las tendencias estéticas de las vanguardias, las demandas históricas, la transformación del campo autónomo del arte y la aparición de nuevas tecnologías, es puesta de relieve a través del certero comentario de un conjunto de ejemplos selectos del género.

Jordi Gracia encabeza el grupo de invitados españoles que tienen una información indirecta de la guerra y de sus consecuencias, pues eran niños o aún no habían nacido cuando se libraban las últimas batallas contra los valedores de la dictadura y sus epígonos de la Transición. Resuelto escrutador de las nebulosas que aún envuelven la literatura fascista española, demuestra la necesidad de despejar incógnitas mediante estudios rigurosos y desapasionados, libres de las premisas que en tiempos de dictadura mantuvieron bajo un pesado velo las obras producidas por los escritores de ideología derechista.

Ana Luengo introduce el lenguaje de la poesía mediante la descripción de un encuentro en el cual la amistad entre Ángel González y Luis García Montero hizo posible, en el marco de un pueblo cercano a Madrid, conjugar sus versos fieles a la memoria colectiva con el deseo de una pequeña comunidad de brindar su homenaje a la II República. El propósito de los poetas de hablar en nombre de los ausentes se une a la voluntad de saber y de llenar vacíos anamnéticos entre los hijos de la guerra y los hijos de la democracia.

Javier Lluch desanda en su artículo la larga amistad de Max Aub con Ignacio Soldevila mediante un esclarecedor rastreo biográfico y una aproximación al epistolario entre el novelista y el profesor e investigador. Las cartas, que se publicarán próximamente, encierran claves desconocidas de una relación personal que sería con el tiempo piedra sillar de los estudios especializados sobre el autor del *Laberinto mágico*. Resultado de una profunda empatía entre el exiliado de la guerra y el expatriado

de la posguerra, las pioneras investigaciones de Ignacio Soldevila se comprenden en toda su dimensión humana e intelectual a través de una historia de vida marcada por la experiencia traumática de la guerra civil, que golpeó al crítico a temprana edad y lo condujo, después de trances penosos, a comprenderse con uno de los españoles más marcado por la diáspora.

Emilia de Zuleta inicia el grupo de colaboradoras argentinas adentrándose también en el campo de la epístola, esta vez para descubrir la huella de una amistad separada por la distancia física y generacional. La poco conocida, y en un punto, sorprendente afinidad entre Ramón Sender y Carmen Laforet, se muestra como un testimonio elocuente de los esfuerzos de muchos españoles de acortar distancia entre los exiliados y los que en España se encontraban ávidos de sortear los límites amurallados de la dictadura.

Gloria Chicote realiza una interesante lectura de la reformulación de la tradición didáctica del apólogo dieciochesco realizada por el gobierno republicano con el fin de instruir al ciudadano durante la Guerra Civil. La autora analiza un texto que constituye un claro exponente de la asociación del espíritu pedagógico que fue bandera de la II República con la voluntad de los artistas e intelectuales de ponerse al servicio de la causa leal durante la contienda. El artículo proporciona además una valiosa información sobre fondos documentales poco conocidos conservados en la Argentina, que esperan la visita del investigador.

Las editoras, Raquel Macchiuci y María Teresa Pochat, hemos querido participar en este número monográfico con dos artículos que de diferente modo constituyen escogida muestra de una tarea colectiva y prolongada en el tiempo. Se trata de la recuperación del legado del Exilio Republicano en Argentina, empeño aún no concluido que, realizado en coordinación con instituciones de España, ha permitido reunir y ordenar documentos que los expatriados o sus familias guardaban de forma individual, por lo tanto dispersa y en riesgo de sufrir deterioros irreparables.

Entre los innumerables documentos rescatados del olvido, el diario de José María y Manuel Lamana, resultado de un haz de circunstancias que desembocaron en un texto inédito de doble autoría, echa nueva luz sobre los internamientos de los refugiados españoles en Francia. El testimonio de la corta aunque cruel experiencia, una entre miles, de un

padre y su hijo, conduce la reflexión sobre un hecho que encadena la historia de España con uno de los episodios más sombríos de la Europa novecentista: los campos de concentración y exterminio, que para muchos derrotados de la Guerra Civil constituyeron una saga única de penalidades, bajo la bandera de la República francesa primero y bajo el III Reich inmediatamente después.

El trabajo dedicado a *España Republicana*, el emblemático periódico de los demócratas españoles en Buenos Aires, ha querido concentrarse especialmente en el período de la Guerra Civil, poniendo de relieve el sostenido apoyo moral y material que los residentes en Argentina brindaron al gobierno legal acosado por la sublevación militar. Al mismo tiempo, el detenido repaso de diferentes números aparecidos durante los tres años del enfrentamiento bélico, de los cuales sólo se puede brindar una sucinta muestra, se propone informar sobre la magnitud de la tarea de recuperación de los documentos del exilio republicano en nuestro país y el rigor con que se ha afrontado el proyecto en sus distintas etapas.

Por último, la primera sección de este número monográfico finaliza con un artículo que complementa el precedente con una precisa sinopsis de la tarea que ha hecho posible la recopilación e inventario de éstos y otros documentos del exilio. Según expone detalladamente Carmen Sierra, la tenaz tarea desarrollada por el CIDA, a veces en condiciones adversas, permite que hoy el investigador cuente con un volumen documental de inestimable proyección.

Como se ha anticipado, integran la segunda parte de este número monográfico nueve trabajos que muestran las exploraciones, con distinto grado de avance, de los investigadores noveles.

Estas colaboraciones se han agrupado en torno a tres ejes: en el primer conjunto, la memoria, como motor de los procesos de elaboración del pasado, aparece con diferente modalidad genérica y estatuto testimonial. Natalia Corbellini recoge el relato oral de un soldado republicano que, luego de guardar sus recuerdos durante setenta años, decide hoy contarlos. Continúa Virginia Bonatto con el análisis de un libro a medio camino entre las memorias y la crónica, obra de una mujer compelida a escribir porque se sabe espectadora privilegiada de acontecimientos excepcionales. Seguidamente, Eva Soler realiza una atenta lectura de varios libros autobiográficos que, con un nivel de mayor elaboración, fruto de plumas curtidas en lides literarias y acontecimientos históricos

vividamente, recogen los desgarramientos identitarios de un acendrado grupo de la España de los vencidos. Pasando de los discursos del yo a la narrativa de ficción, Mariela Sánchez se ocupa de *Mazurca para dos muertos*, poniendo de relieve el gesto anticipador de Camilo José Cela de determinadas perspectivas en el tratamiento del pasado. Con una impronta precursora de nuevas miradas sobre la guerra y la posguerra, la novela de 1983 traza un camino que se enlaza con la controvertible visión de la más lejana *San Camilo 1936*.

El siguiente conjunto de tres artículos se articula alrededor del costado polémico que constituye el núcleo de cada uno de ellos. Aunque centrados en temas distantes en el tiempo y con focos de interés diversos, comparten la circunstancia de que los problemas que analizan mantienen su vigencia y son aún materia de debate. El trabajo de Federico Gerhardt opera como un eslabón entre los que le preceden en el índice y la nueva serie. En gran parte está dedicado al problematizador diario *La gallina ciega* de Max Aub, cuya conflictiva dialéctica entre memoria y presente intenta desentrañar el autor. El poco convencional dietario se ilumina al final del artículo con el rastreo de las alternativas que atravesó la obra aubiana hasta alcanzar su actual consideración, no ajenas a la polémica figura del autor del *Laberinto mágico* ni a los factores de carácter ideológico que rodearon la obra de los exiliados. Raúl Illescas da los primeros pasos en la exploración de la controversia estética, que fue también política, entre Guillermo de Torre y Sánchez Barbudo, muy citada en los estudios especializados sobre arte de entreguerras pero pendiente de un acercamiento analítico desde perspectivas actuales. Juan Ennis, por su parte, traslada la Guerra civil española y sus cambiantes valoraciones al interesante escenario de la Alemania anterior a la reunificación y demuestra el particular uso de la memoria y del olvido en los regímenes de uno y otro lado del muro.

Cerrando el número, María Contreras y Mónica Musci desarrollan sendos análisis sobre el tratamiento de la memoria histórica en dos formaciones de indiscutible trascendencia en la publicidad española del último medio siglo: *Triunfo* y *El País*. Las estrategias y representaciones de uno y otro medio en momentos clave de su trayectoria, tardofranquismo y transición democrática en el primero de ellos, la transición y la normalización institucional en el segundo, son examinados a partir de

los diversos modos de conmemorar las fechas claves del pasado, el 14 de abril y el 18 de julio especialmente.

Por último, nos resta señalar que la exigida empresa de llevar a buen puerto esta edición especial en memoria de la Guerra Civil española no hubiera sido posible sin el compromiso entusiasta del equipo de colaboradores que aceptaron sin dudar el reto del trabajo que se avecinaba. Su esfuerzo ha logrado, por otra parte, que por primera vez *Olivar* publique dos números en el mismo año. Por ello, agradecemos muy particularmente la dedicación de Natalia Corbellini, Virginia Bonatto, Federico Gerhardt, Evelyn Hafter y Mariela Sánchez.



Artículos



La liquidación de la Guerra Civil

Nicolás Sánchez-Albornoz

Resumen

El tema de la guerra civil española no puede comprenderse cabalmente sin estudiar tanto el clima social y político anterior al enfrentamiento bélico como el proceso de liquidación de este trascendente hecho histórico. El bando triunfante pretendió que el cese de las operaciones militares ponía fin a la guerra, pero ésta no terminó entonces para la mayoría de los españoles. Durante muchos años continuó el uso de la fuerza, en forma unilateral bajo la forma de una sangrienta represión en el orden interno y un largo exilio de los vencidos. Otros hechos son los sufrimientos morales y psicológicos impuestos, los perjuicios culturales ocasionados, el destierro y su repercusión sobre millones de hogares. También pesan los quebrantos económicos y sociales sobre el bienestar general.

Para apreciar la forma elegida por el régimen franquista para liquidar la guerra civil española resulta ilustrativo detallar algunos aspectos de la modalidad puesta en práctica, cuyo fracaso pone de manifiesto la mezquindad con que actuó el régimen dictatorial.

Palabras-clave: Guerra Civil - posguerra - persecuciones - prisión - daños morales

Abstract

The study of the Spanish Civil War cannot be thoroughly understood without a study of the social and political atmosphere previous to the

martial confrontation as well as of the process of liquidation of this transcendental historical event.

The victorious faction claimed that the ceasing of military operations put an end to the war, but the war did not finish then. For many years, the use of force was still alive, unilaterally, under the form of bloody repression and the long exile of the defeated. Many other facts consist in the imposed moral and psychological suffering, the cultural damage, the banishment and the repercussions of these imponderables on millions of homes. Economic and social afflictions caused to the individuals and to society as a whole are of great weight, In order to appreciate the slow and cruel way chosen by the franquist regime to liquidate the Spanish Civil War it is necessary to illustrate in detail some of the means used. Their failure shows the egoism and meanness of the dictatorial regime.

Keywords: Civil War - postwar period - persecutions - prison - moral damage

La Guerra Civil ha originado hasta ahora un cúmulo de obras mayor que todo lo escrito sobre cualquier otro episodio o período de la historia de España. Para confirmar esta impresión, basta con recorrer los índices de materias de las principales bibliotecas del mundo. El tema no abarca sólo los años de hostilidades que se extienden de julio de 1936 a abril de 1939. El enfrentamiento no se entiende si no se expone el clima social y político previo, como tampoco su sentido si se deja sin explicar su liquidación. Un historiador francés, Bartolomé Bennassar, ha subtitulado la versión en español de su gruesa síntesis de la guerra precisando, contra los usos, de 1936 a 1942, más tres puntos suspensivos. Algún comentarista se ha preguntado por qué el autor no sigue hasta 1975, lo que se justificaría porque el franquismo nunca renunció a la retórica ni a los modales belicistas. Bennassar, al menos, no cierra su obra con el parte de la victoria que Franco emitió.

El bando triunfante pretendió que el cese de las operaciones militares ponía fin a la guerra, pero ésta no terminó entonces para la mayoría de los españoles. La fuerza siguió en uso, pero en forma unilateral bajo la forma de una sangrienta represión y un largo exilio de los vencidos. Los fusiles o las ametralladoras no callaron, sino que apuntaron con la certeza de dar en el blanco y de no recibir una ráfaga en respuesta.

La desmovilización de ejércitos derrotados es un camino sembrado de espinas. La lógica de la guerra no prevé al detalle cuándo el enemigo deja de operar, lo que lleva sin remedio a la improvisación y a las confusiones y calamidades consiguientes. No cabe en rigor culpar al franquismo de haber abierto campos de concentración para que los soldados del ejército republicano entregaran sus armas y se identificaran. Un estudio reciente de J. Rodrigo estima que por esos campos pasaron alrededor de medio millón de prisioneros hasta 1939, es decir, una parte considerable de los hombres en edad de portar armas. La proporción aumenta si se toman en cuenta las decenas de miles de combatientes que evitaron ser apresados al asilarse en Francia. Tampoco se puede achacar al régimen que aquella multitud diera lugar a hacinamiento y a fallos de aprovisionamiento y de atención sanitaria. Las muertes y las enfermedades acaecidas podían sin embargo haberse evitado, en buena medida, de haberse concebido la detención como un trámite y no como los preliminares de una persecución sistemática. El espíritu de venganza dio rienda suelta a una infinidad de vejaciones de palabra y de obra, a torturas físicas y morales, a matanzas indiscriminadas y a tolerancia ante los abusos cometidos por los encargados de la custodia. El ensañamiento constante en los campos no constituyó una extralimitación, sino que respondió al discurso dirigido desde arriba para aniquilar al adversario político e ideológico.

Todo vencedor procura responsabilizar al vencido del estallido y del curso de la contienda. Al terminar la Segunda Guerra mundial -guerra ideológica en gran escala, antes que conflicto entre naciones-, las potencias aliadas juzgaron y ejecutaron, tras un proceso con luz y taquígrafos, a los hallados responsables de crímenes de guerra. En una entrevista publicada recientemente, el historiador Tony Judt señala cómo la depuración apenas afectó después a la población alemana y añade que los miembros de la administración y del partido nazi siguieron ocupando sin demasiado escándalo cargos en los organismos del Estado democrático en construcción. El mismo autor cita además que apenas el 0,1 por ciento de los colaboradores sufrieron alguna represalia, cantidad ínfima de los comprometidos con el régimen de Vichy y con los ocupantes alemanes. Es discutible si la benignidad mostrada fue conveniente y oportuna, pero en todo caso traduce una concepción de la liquidación de la guerra diferente de la que tuvieron los militares rebeldes españoles.

De la cúpula política que podía haber sido hecha responsable, sin razón pero a modo ejemplar, de los excesos producidos en España, pocos de sus miembros cayeron en manos de los sublevados gracias a que encontraron salvación en el exilio. La ejecución de rango más alto fue la del presidente de la Generalidad catalana, Luís Companys, arrestado en Francia, entregado por la GESTAPO alemana a pedido de Franco y fusilado en Barcelona tras un simulacro de juicio. La mezquindad hizo en cambio que la represión se ensañara con los cuadros medios y bajos capturados e, incluso, con los meros simpatizantes de la causa republicana.

Las memorias de Andrés Iniesta López, publicadas hace pocos meses, presentan su caso, un niño de diecisiete años encarcelado al caer su pueblo en manos rebeldes¹. A su corta edad, mal podía haber empuñado las armas y, sin embargo, sólo le llegó la libertad definitiva dieciocho años después, en 1957. En su breve escrito, Iniesta da muestra de una retentiva prodigiosa. En apéndice, incluye la lista con nombre, dos apellidos y lugar de origen de los 138 fusilados entre el 28 de marzo de 1940 y el 1 de junio de 1942 en la prisión del Monasterio de Uclés. En este centro improvisado de detención convivió día a día con todos los que serían ejecutados, con el agravante escalofriante de ver a su padre partir para ser fusilado. La mente impresionable de aquel niño atestigua la violenta persecución que se abatió sobre un pueblo y alrededores de la provincia de Cuenca. A la cuenta de esta misma represión hay que añadir acto seguido otra faceta, la de los hombres y mujeres que permanecieron encarcelados por años, lustros o decenios. Sobre su prisión volveremos más adelante.

De los fusilamientos impresiona primero su cantidad, pero los recuerdos de Iniesta van más allá. El plus lo pone la frialdad en el goteo de sentencias, la inconsistencia de los argumentos aducidos y la arbitrariedad de los procedimientos empleados en los juicios y, para remate, la impiedad con que las ejecuciones fueron despachadas. Los cadáveres no

¹ Nota del Ed.: Las obras aludidas en las líneas precedentes son: a) Bennassar, Bartolomé, 2005. *El infierno fuimos nosotros: la Guerra Civil Española (1936-1942...)*, Madrid: Taurus-Grupo Santillana; b) Rodrigo, Javier, 2005. *Cautivos: campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona: Crítica; c) Judt, Tony, 2005. *Postwar: A History of Europe Since 1945*. USA: Penguin Press; d) Iniesta López, Andrés, 2006. *El niño de la prisión*, Madrid: Siddharth Mehta.

fueron entregados a los deudos para su sepultura, sino que fueron apiñados en fosas comunes. La sustracción perpetrada fue por consiguiente doble: del hogar y de la tumba familiar. Precisamente, el movimiento de apertura de las fosas comunes que ha brotado maravillosamente en los últimos años, responde al afán de restaurar la humanidad a los ejecutados. El entierro de los restos identificados y la inserción de su memoria en la sepultura familiar no reabren las heridas de la Guerra Civil, como alegan los beneficiarios de la amnesia, sino que ponen decoro en su cierre.

Uclés es tan sólo una muestra de lo ocurrido entonces en el medio rural español. La evidencia se ha de multiplicar por los centenares de cárceles y campos que el régimen levantó por todo el país, más que nada en las grandes ciudades. Varios estudios recientes, entre ellos algunas tesis doctorales notables, empiezan a documentar la magnitud de la hecatombe, por ejemplo en Cataluña y en Valencia. Sin embargo, no estamos en condiciones de adelantar una cifra fidedigna de las muertes directas e indirectas de la represión. No conocemos con exactitud la suma de los caídos ante los pelotones de ejecución, por ametrallamiento de prisioneros, por disparos de los soldados de guardia (gratificados por el mando con semanas de licencia por cada muerto), por sacas repentinas, por apaleamientos, por decesos provocados por accidentes laborales, por extenuación y por inanición, por insalubridad y epidemias... La cuenta sobrepasa de momento las decenas de miles de casos.

El daño supremo causado, la muerte, es susceptible de ser precisado algún día. La vida y la muerte admiten medición, pero lo que va por dentro de los seres humanos, los sufrimientos morales y psicológicos impuestos, los perjuicios culturales causados, el destierro, la repercusión de estos imponderables sobre millones de hogares -la mayoría del país- ese cúmulo de aflicciones será imposible de precisar por falta de criterios contables y de constancias.

En el orden externo, también pesan los quebrantos económicos y sociales causados a los individuos y al conjunto. En el terreno de la economía, los profesionales del ramo se han aventurado a estimar a grandes rasgos la repercusión de la guerra y de la posguerra, en particular la incidencia negativa de la asfixiante política económica sobre el bienestar general. Entre las lamentables medidas adoptadas después de silenciadas las armas, se encuentra el haber sustraído de la actividad

productiva a más de medio millón de hombres y mujeres por muerte, cárcel, exilio y exclusión del puesto de trabajo o de la función (con la consiguiente disminución general de la calificación profesional). Tiempo crítico fue aquél como para desperdiciar energías. Por desaprovechar, la dictadura desperdició también la fuerza de trabajo representada por otro medio millón de jóvenes en edad productiva que fue mantenido en filas por años. Destrucciones infligidas y errores cometidos hicieron que el conjunto de bienes y servicios disponibles por habitante (PIB pc) no se elevara hasta 1952 por encima del techo alcanzado en 1930. La guerra y su larga posguerra retrasaron en dos decenios -la gran demora- el crecimiento previsible de la riqueza española en el siglo XX.

La Guerra Civil fue desencadenada a la ligera y con obcecación, sin que los militares sublevados se hubieran detenido a calcular la resistencia popular que podía convertir, como ocurrió, un golpe de Estado a la antigua usanza en una guerra entre dos bandos armados. La oposición encontrada, incluso en el sector leal de las fuerzas armadas, núcleo profesional del futuro ejército popular, inclinó a los frustrados dirigentes de la asonada a desencadenar una guerra total. El totalitarismo de todo color estaba entonces a la orden del día y al acecho. El ejército africanista, de mano poco blanda, se radicalizó rápidamente y se alineó con las potencias y la ideología totalitarias, sin dejar por eso de idear formas destructivas a su medida.

Si el ejército sublevado dejó mano libre a milicias, bandas y particulares para la persecución política durante la guerra, al terminar la batalla asumió la dirección de la represión. El ejército se erigió en juez y dejó en manos de la policía la confección de los atestados. Los tribunales castrenses estuvieron formados, por lo que pude conocer en persona, por oficiales de baja graduación, de un grado no superior al de capitán, salvo excepciones. Un presidente y varios vocales hacían que oían la información presentada por el instructor de la causa, la acusación fiscal y las alegaciones de un defensor, otro oficial designado las más veces de oficio. A los pocos minutos de constituidos dictaban sentencia con imposición de decenas de penas de muerte o, con suerte, condenas de prisión perpetua. La decisión tomada colegiadamente era elevada al capitán general de la región militar, quien ordenaba su ejecución tras consulta preceptiva al Jefe de Estado. Ninguno de los oficiales que integraron los miles de consejos de guerra celebrados ha dejado testimonio sobre el

ingrato papel que les cupo desempeñar. Con el paso del tiempo y más galones, aquellos oficiales no han dado la menor señal de desazón o de remordimiento personal, a diferencia de lo ocurrido en las filas del clero para honra de algunos religiosos. Unos pocos sí han dejado constancia del derroche de crueldad que presenciaron.

Estos juicios castrenses no se desarrollaban, sobra decir, conforme a los requisitos exigibles a un tribunal. La justicia militar -si ambos términos son compatibles- aborda el juicio por el procedimiento sumarísimo, sólo justificable en casos de urgencia y nunca por años para decenas de miles de vidas civiles, como fue el caso. Los consejos de guerra constituían pese a su revestimiento judicial un mecanismo ejecutivo de la represión que la jefatura del Estado y las capitanías generales dictaban. El juez instructor desempeñaba el papel crítico de enlace entre el centro de decisión y los tentáculos formados por los tribunales militares. Discrepar con las instrucciones, ordenar una revisión de la causa o dejar en libertad a los inculpados no ocurrieron. La única latitud que les fue concedida fue la de simular clemencia rebajando en ocasiones las penas que el fiscal se había encargado antes de aumentar. La comedia de los consejos de guerra desempeñó además una función capital para el régimen, la de urdir redes de complicidad en el seno de la joven oficialidad. Al participar en los consejos tuvieron ocasión de teñir sus manos de sangre, si acaso no las traían ya manchadas de la guerra. La lealtad de la oficialidad al régimen y a su caudillo no se fundó únicamente en la disciplina inculcada ni en el carisma despertado, sino también en sordas connivencias criminales.

Las acusaciones que el atestado policial recogía y que el juez instructor reelaboraba no se fundaban en información contrastada, sino en declaraciones de vecinos, de las autoridades municipales y del partido único, amén de las anónimas hechas llegar. Estas delaciones venían afectadas por la animosidad personal o un deseo genérico de venganza. Los párrocos tuvieron también reservada su parte de responsabilidad en esta información sesgada. Atestiguar que el inculcado no era creyente justificaba o por lo menos agravaba la condena. La instrucción echó pues por la borda cuantas garantías una doctrina del derecho largamente elaborada visaba a asegurar un juicio impecable. La posguerra retrotrajo el sistema jurídico español a un estadio procesal primitivo, con fundamentos además cínicos.

La imputación hecha genéricamente a los represaliados fue de lo más singular y aberrante. Quienes se habían sublevado contra el orden constituido, los militares felones como les llamó la propaganda republicana, condenaron a muerte o a prisión a los voluntarios del ejército republicano y a los civiles leales al orden constituido. La acusación esgrimida fue de “rebelión militar” o por “auxilio a la rebelión militar”. Los militares tuvieron la osadía de imputar a los demás el delito que ellos habían cometido. A esta inversión de papeles y valores, a este retorcimiento del lenguaje común y jurídico, el régimen recurrió constantemente para dotar de una apariencia legal a lo que era una ambición descarnada de detentar el poder.

Las tergiversaciones añadieron un concepto más a su largo listado cuando el régimen alumbró la figura de las “responsabilidades políticas”. Su aplicación penal fue encomendada a un tribunal especial. Este tribunal, presidido por un militar y compuesto por un miembro de la judicatura y un representante del partido único, dependía de la vicepresidencia del gobierno. Pese a lo que su título pretendía sugerir, era un órgano administrativo. El supuesto tribunal no disponía de la vida de los encausados, pero sí de sus bienes y de su libertad de movimientos. Los acusados podían ser entidades colectivas, como partidos políticos, sindicatos, instituciones culturales u otras, pero también individuos. Las condenas imponían multas que llegaban hasta la confiscación de los bienes. Los abanderados del sagrado principio de la propiedad, expropiaron. La multa a los particulares fue acompañada a veces de la pena subsidiaria de destierro o confinamiento. La inculpación se extendía hasta los familiares. Mi abuelo, antiguo senador conservador y monárquico, fue multado por ser el padre de un intelectual y político republicano con una cantidad que le obligó a vender su casa. La victoria eximió de rendir cuenta de sus actos a quienes habían incurrido en responsabilidad por alzarse en armas.

La depuración abarcó a todos los organismos del Estado y a toda actividad pública. Los cuerpos de funcionarios y los colegios profesionales fueron limpiados uno por uno. El mayor rigor recayó sobre el abultado cuerpo de los maestros, más que nada sobre los ingresados durante la República, tenidos en principio por desafectos. Las comisiones depuradoras los destituyeron y los encausaron. En la barrida de maestros, la Iglesia desempeñó un papel activo por su deseo de eliminar de las aulas

a competidores. La Universidad, las Academias, los centros de investigación y los institutos secundarios sufrieron un recorte igualmente drástico. El exilio de docentes, investigadores y profesionales hizo resaltar más la atrición producida. Los expulsados de su trabajo hubieron de refugiarse para sobrevivir en la actividad privada y aceptar ocupar puestos oscuros e inferiores a los que correspondían a sus calificaciones. El totalitarismo dividió a la sociedad española en dos partes: una minoría de vencedores y una amplia capa de vencidos.

La sociedad española vivió entonces en una “inmensa prisión”, endulzada para los de un bando por la obtención de privilegios entre los que no se encontraba precisamente el disfrute de derechos civiles o individuales, y amarga por otro lado para los excluidos. Andar por la calle no garantizaba el goce de la libertad por las restricciones constantes que pesaban para su ejercicio y por ser condición fácilmente reversible. Andar por la calle apetecía, pero no excluía ser detenido por el menor motivo en el momento más inesperado.

La represión dispuso de una amplia red de centros de detención que varió en composición y número. En los primeros meses de la Guerra Civil, la capacidad de las prisiones del bando rebelde quedó desbordada al acometerse sin contemplaciones una limpieza de la retaguardia. El hacinamiento de los sospechosos de sustentar ideas republicanas obligó a habilitar grandes edificios públicos como conventos, iglesias, escuelas, hospitales... Las mujeres fueron confinadas en cárceles, no por especiales, menos tenebrosas. Los prisioneros de guerra fueron por su parte internados en campos de concentración antes mencionados por su envergadura.

Mantenida una fuerza de trabajo cuantiosa con los brazos cruzados, el ejército decidió emplearla con fines militares. Al comenzar la guerra europea, dedicó a los presos a construir, aparte de instalaciones militares, fortificaciones en el Campo de Gibraltar y en Marruecos. Tras la liberación de Francia, los destinó a reforzar el dispositivo defensivo en los Pirineos en prevención de una invasión por el norte. Los cautivos fueron encuadrados en Batallones de Trabajadores bajo mando militar. A ellos se añadieron luego Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, compuestos en gran medida por jóvenes de la zona republicana llamados a filas, pero poco fiables como para ser adiestrados en el manejo

de las armas. El despliegue se completó con los Batallones de Soldados Trabajadores Presos, reclutas castigados o condenados a menudo por razones políticas.

Más adelante, el ejército organizó Colonias Penitenciarias Militares de triste memoria a las que los consejos de guerra proveyeron de penados. Luego fueron creados también los Destacamentos Penales bajo la custodia del Ministerio de Justicia, a los que fueron enviados los condenados por los supuestos delitos de guerra, más los reos de la resistencia clandestina, así como algunos presos comunes. Campos y destacamentos constituyeron unidades de tamaño reducido (varios centenares de reclusos a lo sumo) distribuidas por toda España para realizar obras públicas como la construcción de pueblos, líneas ferroviarias, canales, pantanos e incluso... excavaciones arqueológicas. De sólo los Destacamentos Penales, se han contabilizado más de doscientos, de duración y actuación desiguales. El sistema español no se atuvo al modelo concentracionario nazi o soviético, afecto a los grandes conglomerados. Optó por un minifundio altamente rentable.

El sistema instaurado ha hecho pensar a algunos, por su dureza, que comparte el propósito nazi de eliminación a ultranza del enemigo. Los innumerables fusilamientos a mansalva o tras consejo de guerra, las penurias fatales de las prisiones, la aplicación sistemática de malos tratos, las sangrientas torturas, los trabajos forzados extenuantes, la connivencia tácita con los nazis para el internamiento de los refugiados españoles en los campos de la muerte en Alemania, todos estos hechos, más la reiteración de declaraciones públicas pro erradicación de los "rojos", parecen confirmar que el régimen hizo cuanto estuvo en sus manos con ese propósito. No obstante, se detuvo ante el empleo de la forma más expeditiva de lograr ese objetivo: las cámaras de gas. Ni le convino, ni pudo permitírsele. El régimen de Franco heredó un país destruido por combates y bombardeos. Sin renunciar a apretar el gatillo, prefirió valerse de los presos restantes para lo que llamó "la reconstrucción de España".

La reconstrucción preocupó menos que lo que se dijo. De haber confiado los escasos recursos disponibles a acelerar el crecimiento material del país, la recuperación podía haber llegado antes. Para este fin, debería haber subordinado lo político a lo económico, pero el régimen mostró una obsesión constante por el problema creado por la sublevación. La fuerza de trabajo de los vencidos no podía reintegrarse a la

vida productiva, aún después de haber sido cercenada. Los hombres que habían aspirado a ser libres bajo la República debían ser reeducados en el sometimiento. Tenían que reaprender los valores cristianos a los que habían renunciado. Como en el lema sarcástico que presidía la entrada de los campos de concentración nazis, el trabajo redimía.

Prisión y trabajo permitieron prolongar el irrenunciable estado de guerra interna. El trabajo de los presos reducía los costes de la represión y hacía viable la duración del régimen. A pesar suyo, los reclusos autofinanciaron su internamiento. La administración arrendaba penados a empresas, o incluso a particulares, cercanos al poder, para la realización de una multitud de obras. Las cantidades que tenían que abonar por cabeza eran inferiores al salario que empresas o particulares hubieran tenido que pagar a los obreros libres. El Estado proporcionaba encima trabajadores disciplinados y sin posibilidad de buscar otro trabajo. Negocio redondo a dos puntas. Con la cantidad que cada preso reportaba al erario público, la administración cubría los costes de manutención y vigilancia del preso. El trabajo forzado evitó que los presupuestos estatales se dispararan hasta alturas insoportables en tiempos de penuria fiscal, con las consecuencias que ello habría acarreado. La represión política pudo prolongarse sin demasiado gasto hasta los años '60, decenio en el que se cerraron las últimas colonias penitenciarias y destacamentos penales. Un cuarto de siglo había transcurrido entonces desde la sublevación militar en África.

En más de una ocasión hemos señalado antes que la forma lenta y cruel elegida por el régimen franquista para liquidar la Guerra Civil española contó con alternativas diferentes de las seguidas. Muchas veces se ha sostenido que las circunstancias impusieron la conducta adoptada. La simple mención de estas alternativas llama la atención sobre el hecho de que la modalidad puesta en práctica respondió a determinados motivos políticos. Estos motivos resultaban incompatibles con los valores sociales y morales prevalecientes entonces en otros países y, afortunadamente, también lo son en España en los comienzos del presente siglo. La doble pretensión de borrar un pasado democrático contra el que se habían alzado y de instaurar un orden autoritario permanente no se ha cumplido. El fracaso pone al descubierto el egoísmo y la mezquindad en los que el régimen dictatorial se movió, sentimientos que no le detuvieron ante el empleo de los manejos más ponzoñosos y más sanguinarios.



Novela histórica y responsabilidad social del escritor: el camino trazado por Benjamín Prado en *Mala gente que camina*

Ignacio Soldevila Durante
Université Laval -Québec

Javier Lluch Prats
CSIC-Instituto de la Lengua Española

Resumen

Desde el final de la dictadura franquista muy notable es el número de novelas cuya temática ha seguido circunscribiéndose a la Guerra Civil y sus consecuencias. La continuidad del tema –que arranca en pleno conflicto– no sólo obedece a que aún vivan muchos de quienes padecieron los años de la posguerra, sino también a que es un tema axial de nuestro devenir y, por extensión, del siglo XX. En nuestra literatura, ocuparse de la guerra continúa siendo más compromiso que evasión y, sobre todo, es sentido de la responsabilidad de los escritores hacia nuestra sociedad. En el caso de la novela histórica, ésta ha recuperado pasajes ausentes en el discurso historiográfico hegemónico que nos ha sido transmitido, como demuestra, a modo de paradigma, una excelente novela de la que nos ocupamos aquí: *Mala gente que camina* (2006), de Benjamín Prado, que aborda y desvela, entre otros, el asunto de los niños *rojos* robados por el franquismo.

Palabras-clave: Novela española contemporánea - Memoria histórica - Guerra Civil española- Benjamín Prado

Abstract

From the end of the pro-Franco dictatorship a lot of numbers of novels whose thematic it has continued confining itself the Civil War and its consequences. The continuity of the subject –that conflict begins in the heat

of— not only it obeys to that still many live on those who suffered the years of the postwar period, but also to that it is an axial subject of ours to happen, by extension, of XX century. In our literature, to take care of the war continues being more commitment than evasion and, mainly, it is felt of the responsibility of the writers towards our society. In the case of the historical novel, this one has recovered absent passages in the hegemonic historiográfico speech that it has been transmitted us, as it demonstrates, as a paradigm, an excellent novel of which we took care here: Benjamín Prado's *Mala gente que camina* (2006), that it approaches and it keeps awake the subject of the red children robbed by the Francoism, among others.

Key-words: contemporary Spanish novel - historical memory - Spanish Civil War - Benjamín Prado

Desde el final de la dictadura franquista muy notable es el número de novelas cuya temática se circunscribe a la Guerra Civil y sus consecuencias, en unos casos más acertados que otros. La continuidad del tema —que arranca en pleno conflicto— no sólo obedece a que aún vivan muchos de quienes padecieron los años de la posguerra, sino también a que es un tema axial de nuestro devenir y, por extensión, del siglo XX. Además, la contienda configura un mundo de matices múltiples descubierto por quienes no vivieron esa etapa de primera mano sino que la conocieron a través de testimonios ajenos. Así también, despierta hasta la curiosidad de los jóvenes, que pueden conocer nuestro pasado por medio de la diversidad de enfoques del cine y la literatura, enfoques que hoy tratan de rescatar cuanto la dictadura ocultó y la transición posterior dejó de lado. Como señala Benjamín Prado: “Porque aún hay muchas cosas que no se saben sobre ella [...] El perdón y el olvido son cosas distintas y la historia de un país no se puede hacer sumando medias verdades. La Historia hace mala pareja con el silencio” (EP)¹. Y es que debe reflexionarse sobre el perdón y el olvido, pues se puede llegar a perdonar pero no a olvidar, no al menos colectivamente. De manera particular, sólo algún trauma o el deseo de evitar ciertas experiencias podrían ayudar al

¹ Con la sigla EP indicaremos las citas provenientes de la entrevista a Benjamín Prado (2006b) señalada en la Bibliografía; con MG haremos referencia a la novela consignada como (2006a)

individuo en su intento de olvidar. Sin embargo, aunque los recuerdos puedan solaparse, reaparecen cuando uno menos se lo espera.

Esa vuelta de la guerra y la posguerra a través de la literatura continúa siendo, entre nosotros, más compromiso que evasión y, sobre todo, es sentido de la responsabilidad de los escritores hacia nuestra sociedad. En el caso de la novela histórica, ésta ha recuperado pasajes ausentes en el discurso historiográfico hegemónico que nos ha sido transmitido, y ha deparado fenómenos literarios y de gran repercusión mediática como la provocada por *Soldados de Salamina* de Javier Cercas², novela que se suma a otras aportaciones sobre este frecuente tema en la narrativa española: por ejemplo, ya en la España democrática recuérdense *Luna de Lobos* (1985) de Julio Llamazares; *Beatus Ille* (1986) y *El jinete polaco* (1991) de Antonio Muñoz Molina; *El lápiz del carpintero* (1998) de Manuel Rivas, o *Ladrón de lunas* de Isaac Montero (1998). Y recientemente, entre otros textos: *La voz dormida* (2002) de Dulce Chacón; *Memoria de soldado* (2002) de Alfredo Conde; *Los colores de la guerra* (2002) de Juan Carlos Arce; *Tres sillas de anea* (2003) de Maribel Álvarez; *Los girasoles ciegos* (2004) de Alberto Méndez; *Los rojos de ultramar* (2004) de Jordi Soler; *Carta blanca* de Lorenzo Silva (2004) o *Nuestra epopeya* (2006) de Manuel Longares³.

Asimismo, estos textos ponen de relieve una temática compartida mas también recursos preponderantes en nuestra novela última como la crisis de identidad, la introspección, lo testimonial y las relaciones entre ficción e historicidad. Además, en su afán por el acto de contar, de saber y conocer, de reunir datos y cohesionar testimonios, como señaló Oleza (1996: 42), muchas novelas convergen en una estructura de indagación, de desvelación de un sentido y de investigación en torno a alguien desaparecido, lo cual lleva a que unos personajes inventen a otros como en el trabajo de la escritura. Junto a la hibridez de géneros, el mestizaje y la ficción histórica, predomina también, implícitamente en unos textos y de manera explícita en otros, lo que se ha ido denominando de diversos modos desde los años

² Publicada por Tusquets (Col. Andanzas, 433) en marzo de 2001, tuvo numerosas ediciones y traducciones, premios (*Independent Foreign Fiction Prize 2004*, Crítica de Chile, Llibreter 2001 de Narrativa, Ciutat de Barcelona, Salambó...); la película homónima de David Trueba en 2003, y críticas elogiosas que llamaron la atención por lo inusual (e incluso otras que creyeron excesivo e injustificado el título de mejor novela del año).

³ El tema despierta incluso especial interés, por poner un caso, entre los novelistas italianos actuales: *Guernica* (1996) de Carlo Lucarelli, *Senza sangue* (2002) de Alessandro Baricco o *L'angelo della storia* (2001) de Bruno Arpaia dan muestra de ello.

sesenta: metanovela, novela ensimismada, reflexiva, autofágica, autogenerativa, autoconsciente, en suma, metafictiva: la novela que vuelve sobre sí misma y destaca su condición de artificio, expone estrategias de la ficción y enfatiza el conflicto entre esta última y la realidad.

Escritura responsable: el caso de *Mala gente que camina*

En la línea de la ficción histórica, y compartiendo muchos de los rasgos enunciados, con verso machadiano en su título se presenta *Mala gente que camina* (2006), de Benjamín Prado (Madrid, 1961)⁴, novela cuyas páginas se abren con la cita de un significativo verso de Luis Rosales: “No basta que callemos y además no es posible” (MG: 7).

En su génesis destaca un testimonio fundamental: *Els nens perduts del franquisme* (Armengol, Belis y Vinyes, 2002). Mientras preparaba una novela que contaba con Carmen Laforet⁵ como plato fuerte de su argumento, Benjamín Prado vio el documental de la TV3 de Cataluña en torno a los niños robados por el franquismo a las madres internadas en prisiones y campos de concentración, y en este desvelado asunto encontró un frente nuevo en el que incluso pudo incorporar su primer impulso sobre Laforet.

Tras un periodo de cuatro años de lecturas y relecturas, Prado configuró una novela histórica del tipo que más tradición tiene en la historia de la novela: la de *Guerra y paz*, o, para reducirnos a nuestra historia literaria, la de los *Episodios Nacionales* galdosianos o de *El laberinto mágico* de Max Aub. Se corresponde con el tipo de novela en que una historia ficcional en primer plano sirve para enhebrar sucesos y figuras históricas sacados de la realidad, personajes con quienes los héroes ficticios aparecen conviviendo y cuyas apariciones conjuntas, en el caso de esta novela muy concretamente, están puestas al servicio de realzar la verdad histórica de

⁴ Benjamín Prado es autor de las novelas *Raro* (1995), *Nunca le des la mano a un pistolero zurdo* (1996), *Dónde crees que vas y quién te crees que eres* (1996), *Alguien se acerca* (1998), *No sólo el fuego* (1999) y *La nieve está vacía* (2000). Ha escrito también relatos (*Jamás saldré vivo de este mundo*, 2003), los ensayos *Siete maneras de decir manzana* (2000) y *Los nombres de Antígona* (2001), y el volumen autobiográfico *A la sombra del ángel (trece años con Alberti)* (2002). Su obra poética se reúne en *Ecuador (poesía 1986-2001)* e *Iceberg*, ambos aparecidos en 2002, y *Marea humana* (2006).

⁵ Prado ha dedicado a Carmen Laforet varias contribuciones, entre ellas la biografía en colaboración (2004a) y (2004b).

fondo que se quiere poner en primerísimo plano⁶. En este caso, y como hemos apuntado, esa verdad se relaciona muy particularmente con la política del régimen franquista durante sus primeros años para resolver lo que sus ideólogos veían como un gravísimo problema: el destino de los hijos de los perdedores de la guerra. El inspirador de aquella idea fue el misógino psiquiatra Antonio Vallejo Nájera, jefe de los Servicios Psiquiátricos Militares del régimen, quien, por nombramiento del propio Franco del 23 de agosto de 1938, se convirtió en director del Gabinete de Investigaciones Psicológicas de los campos de concentración y de las cárceles⁷. Según

⁶ En resumen podrían señalarse cuatro tipos de novela histórica. En el primero, el modelo de mundo que el autor elige para contrastar su narración es, al menos en su intención, el más ajustado a la realidad histórica, de tal modo que los personajes que la protagonizan, los acontecimientos que se relatan y los lugares en los que se desarrollan son tomados de la realidad. Es el caso de *Soldados de Salamina* (2001) de Javier Cercas, o *El soldado de porcelana* (1997) de Horacio Vázquez Rial. En el segundo tipo, el que nos ocupa, se mezclan dos modelos de mundo: uno, el anterior, es decir, real y verificable, con otro imaginario pero compuesto únicamente con efectos de realidad, elementos que al lector de hoy le parecerán absolutamente verosímiles, hasta el extremo de no poder distinguirlos, a menos de estar muy bien informado o de buscar la información para verificar cuáles son reales y cuáles imaginarios. Es el tipo más tradicional y utilizado de novela histórica, por lo que no es de extrañar que también lo sea en las novelas sobre la Guerra Civil. Sirvan como ejemplo *Castell de Cartes* (1991) de Luis Romero y *La forma de la noche* (1993) de Juan Pedro Aparicio. Este tipo de novela plantea a sus autores un problema: si introducen en ella personajes reales de nombres conocidos –en nuestro caso, el de protagonistas notorios de la posguerra– el conocimiento que de ellos ya tienen los lectores puede hacer que los personajes imaginarios, tal vez más importantes en la novela, queden como desdibujados al lado de los otros. Por eso, desde que este tipo de novela histórica existe, los autores han procurado compensar esto poniendo a los personajes históricos en un plano secundario, con breves apariciones, dando todo el protagonismo a los personajes imaginarios (o que llevan nombres imaginarios). Así puede ocurrir que un mismo personaje histórico aparezca en distintas novelas, unas veces con su nombre, y otras con otro ficticio. Un tercer tipo de novela sobre la guerra es el que prescinde de las referencias directas al modelo de mundo real, dejándolo, por el ocultamiento de los nombres de los lugares y de las personas y las fechas, en un mundo simplemente verosímil. Recuérdese *Herrumbrosas lanzas* de Juan Benet en el imaginario país llamado Región. El cuarto tipo de novela, corresponde, en cierto modo, a lo que hizo Francisco Umbral en *Leyenda del César visionario* (1991) y *Madrid 1940. Memorias de un joven fascista* (1993), esto es, utilizar datos de la Historia real con total desenfado, sin respetar la realidad de los hechos, algo que se puede hacer descarada y generalmente avisando de las intenciones; e incluso puede llegarse al plagio, como fue el caso del segundo texto de Umbral citado. Vid. I. Soldevila (1996).

⁷ Además, dirigiría el sanatorio madrileño de Ciempozuelos. En su producción figuran títulos como *Eugenesia de la hispanidad y regeneración de la raza* (1937) y *La locura y la guerra. Psicopatología de la guerra española* (1939).

Vallejo Nájera, “había que separar el grano de la paja”, es decir, “quitarles a los marxistas sus hijos, para curarlos a través de la reeducación” (MG: 120). Su segregación desde la infancia podría liberar a la sociedad de plaga tan terrible. Por tal motivo buena parte de la política penitenciaria de entonces encontró su marco en estas teorías de quien consideraba el marxismo como una enfermedad mental de seres inferiores portadores del mal cuyo tratamiento estaba en gran parte en manos del régimen de Franco. Y es que el “rojo” era un degenerado que degeneraba la raza hispana. Vallejo Nájera sostenía la tesis de que convenía separar a los niños y apropiarse de ellos posteriormente para reeducarlos –con la fortísima implicación de la Iglesia que buscaba la “*recatolización*” del país. Así que se apoyó incluso su búsqueda fuera de las fronteras, tanto en América como en Europa, donde el avance del nazismo favoreció dicha localización. Al considerar a los niños elementos peligrosos que se debían controlar, también se creía conveniente que regresaran a España con una condición: no entregarlos a sus familias. Y en muchos casos ese retorno se realizó por la fuerza⁸. Vallejo Nájera presumía de que gracias a su programa “miles y miles de niños han sido arrancados de su miseria material y moral” (173). De cara a la galería, el régimen orquestó una labor de propaganda que mostraba el trato exquisito concedido a los hijos de las presas.

A medida que Benjamín Prado preparaba los veinte capítulos de *Mala gente que camina* “tenía todo el tiempo la impresión de que esta historia tenía que ser contada” (EP). La creación de la historia personal de una de las víctimas inocentes de esa política descerebrada (aquí representada por el destino de la desconocida escritora Dolores Serma y su familia) es una opción bien elaborada desde el punto de vista de la trama, que desemboca en una anagnórisis llevada a término con acierto. Para ello, Prado crea un narrador –como él, nacido en 1961– relacionado de modo fortuito con las hermanas Serma, cuya historia se apodera de su interés hasta el extremo de transformarlo en un investigador que acabará

⁸ Especial interés tuvieron los franquistas en la recuperación de los niños enviados a la URSS, servicio que se concretó en Berlín. En este caso, la vuelta se realizó a través de un departamento especial del Servicio Exterior de Falange denominado Delegación Extraordinaria de Repatriación de Menores. Así también, Franco firmó un decreto en 1941 por el cual se permitía el cambio de apellidos, lo que dificultó la búsqueda de las familias legítimas y, sin autorización de éstas, facilitó las adopciones ilegales. Para muchos niños fueron varias las familias adoptivas, ya que eran devueltos si no gustaban a sus destinatarios.

sacando a la luz la oscura historia en su integridad tras siete meses de indagaciones. Ese narrador cuyo nombre sólo se desvela al final (“Juan Urbano para servirles”, MG: 428), jefe de estudios de un instituto madrileño de enseñanza secundaria, se dirige a sus lectores sin ambages desde el comienzo de la historia y parte de una intención primera: escribir una conferencia sobre Carmen Laforet que prevé leer en Atlanta, texto que se suma a su plan para elaborar una *Historia de un tiempo que nunca existió* (*La novela de la primera posguerra española*), pero al que Urbano sólo decidirá regresar tras concluir su tarea.

En el seno de la metanovela que nos sirve (la novela que el lector tiene en sus manos), Urbano va pergeñando un ensayo literario acerca de cuanto le ofrece el azar, inesperadamente, por su trabajo, aparcando provisionalmente su proyecto primero de historiador. Y es que conoce la existencia de la enigmática Dolores Serma, militante de la Sección Femenina y colaboradora del Auxilio Social, en cuya única novela, titulada *Óxido*, denuncia entre líneas el robo de niños a las presas rojas, drama de la posguerra apenas conocido. En este contexto, ya al inicio de la novela, la metaficción es un juego recurrente del narrador y resulta muy atractivo para el lector. Las marcas de esa escritura son frecuentes, del tipo: “Muy pronto, yo mismo me sorprendería al ver de qué iban a llenarse las páginas que pensaba escribir sobre Dolores Serma y por qué caminos inesperados debería internarme mientras perseguía su historia” (MG: 67), “Esta novela que me he visto obligado a escribir” (MG: 86), o “este libro que ustedes están a punto de terminar” (MG: 392).

Cuanto se narra en la novela lo desencadena una pregunta de tipo protocolario “¿Cuál es el tema de su conferencia?”, que la neuróloga Natalia Escartín –madre de un alumno del instituto y nuera de Dolores Serma– le hace a nuestro narrador protagonista (posteriormente ella le irá dando claves del episodio desenterrado). Y a partir de ahí él querrá “saber” algo más de ambas mujeres (MG: 25). De modo que los hechos acabarán por revelarse estrechamente relacionados con la preocupación del narrador por recuperar la memoria histórica de la durísima cotidianidad de la posguerra, pero también por la política franquista de intervenir en el destino de los hijos de los vencidos: política olvidada entre los olvidos pactados de la Transición, pero que se ha ido repitiendo miméticamente en otros países del ámbito hispánico sometidos a dictaduras militares,

como Argentina⁹, Chile o Uruguay (particularmente esta última se presenta a través de un personaje, Marconi Santos Ferreira, que regenta el restaurante Montevideo al que Urbano acude en diversas ocasiones).

La revisión de los “olvidos” con que los vencedores de la guerra transitaron a la democracia, sin ser sometidos a ninguna represalia (a diferencia, por ejemplo, del juicio a las Juntas Militares argentinas en 1985), es uno de los motivos que recorren la novela. En particular, esto se aprecia a través de las conversaciones entre el narrador, que muestra una actitud fiscalizadora radical frente a la dictadura, y su madre, (según Prado, reflejo de la suya propia), con la que habita, y cuya actitud contemporizadora respecto del franquismo y su tendencia a hacer responsable de todo lo ocurrido a la política republicana y a las izquierdas extremas la convierte en una especie de portavoz de los historiadores del neofranquismo actual: –“El Régimen, el Régimen... Anda, cambia de tercio, que siempre estás con la misma cantinela” (MG: 69); “Hay cosas que no deben removerse [...] para no desenterrar viejos odios” (MG: 250). Idéntica actitud –propia de posiciones conservadoras– adopta Carlos Lisvano, abogado, marido de la doctora Escartín: sostiene que es mejor no resucitar viejas historias, a pesar de que su propio desconocimiento y su despreocupación por el pasado le traicionarán al final, cuando descubra su origen real (hijo de Julia Serma, no Dolores, y de un brigadista inglés que no murió tras la guerra, como Lisvano creía).

La historia está animada también por los incidentes de la vida profesional y sentimental del narrador (atraído por la neuróloga, que deviene amante, y con la cual comparte sus investigaciones), los cuales indirectamente ofrecen panoramas de la realidad sociológica del presente (los problemas de la enseñanza pública) o del pasado reciente (especialmente la breve y para muchos desgraciada historia de la “movida” madrileña en la que el narrador y su ex-mujer, Virginia, participaron). De esa vida sentimental surge precisamente el hilo que permite al narrador rebobinar la historia familiar de las hermanas Serma, relacionada con la mentada política criminal de erradicar la semilla izquierdista, y que es un caso ejemplar contra dicha política, un

⁹En España no ha habido comisiones de la verdad y de la reconciliación como en Chile, Sudáfrica o Argentina. En esta última, por ejemplo, siguiendo al movimiento de las Madres de Plaza de Mayo, surgió el de HIJOS (Hijas e Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), que ha tomado el testigo y constituye una voz contra los capítostes del proceso militar que trabaja por la memoria, la identidad y la justicia.

testimonio del “drama en el que se cruzan y resumen casi todos los infiernos por los que tuvo que pasar este país a partir de 1936” (MG: 42).

Como decíamos, la historia está hábilmente trenzada con el proyecto inicial del narrador de redactar una conferencia sobre Laforet y de revelar el trasfondo olvidado de la vida literaria en la década de los cuarenta (*Historia de un tiempo que...*), ya que a estas opciones se añade el descubrimiento de *Óxido* (sólo publicada en 1962):

La novela de Serma hablaba de uno de los más viscosos expolios del franquismo, el rapto o hurto de los hijos de las represaliadas para entregárselos a familias afectas al régimen, un tema del que se sabía realmente muy poco pero sobre el que se tenían oscuras sospechas (MG: 134).

Óxido narra con sello kafkiano la historia de Gloria, una madre desesperada y obsesionada que busca a su hijo durante varios años y lo encuentra finalmente en una ostentosa mansión. La novela se presenta como coetánea de *Nada*, redactada por Carmen Laforet en 1944, y como obra de Dolores Serma, escritora igualmente olvidada, que habría sido recordada en textos como los libros de memorias de Miguel Delibes, *España: 1936-1950. Muerte y resurrección de la novela*, autor del que se dice que fue su vecino en Valladolid; José M^a Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, y Carlos Barral, *Memorias*, libros de los que el narrador extrae fragmentos apócrifos en donde se menciona a la fantasmal autora de *Óxido*. Asimismo, Prado le da corporeidad histórica a Dolores Serma al relacionarla con protagonistas de los primeros años del franquismo, como la fundadora del Auxilio Social, Mercedes Sanz Bachiller (viuda del caudillo jonsista Onésimo Redondo, y casada en segundas nupcias con el escritor falangista Javier Martínez de Bedoya); Carmen de Icaza, novelista implicada fuertemente en las actividades de la Sección Femenina; y hasta con la propia Pilar Primo de Rivera. Además, y como en filigrana, se va desarrollando una renovadora visión de la vida literaria de aquellos “años del hambre” y de la tergiversación de los valores que en ella fue dominante. De los escritores afectos al régimen se expone la manipulación que algunos de ellos realizaron de sus biografías y bibliografías con el objetivo de vivir tras la dictadura impunemente y, como Prado reconoce (EP), la figura de Dionisio Ridruejo aparece con el papel simbólico de representar ese enorme cinismo.

Mala gente que camina está bien tramada generalmente, redactada en forma directa con ribetes expresionistas y una tendencia evidente al

sarcasmo, amenizada con rotundas e imaginativas sentencias (“A veces la envidia no es más que la admiración de los mezuquinos” (MG:167); “La mala conciencia inventó a Dios, por eso nunca me ha gustado” (MG: 101); “Siempre es agradable descubrir que perderse es inventar otro camino” (MG: 155)), y muy pertinentes citas de textos que hoy resultan demenciales pero que en aquellos años eran dogma y hacían ley¹⁰, o de los pocos testimonios de entonces (fuentes del narrador y del propio Prado) que nos han llegado por parte de las víctimas, como los de Tomasa Cuevas, Juana Doña, Soledad Real o Carlota O’Neill¹¹. Igualmente atractiva es la culminación de la indagación libresca, cuando Urbano coteja la copia dactilo-escrita de *Óxido* (durante años conservada en una caja de documentos resguardada por Sanz Bachiller) que le revela la “verdad” que persigue y cierra su novela en un “círculo de fuego” (MG: 389).

No se le puede reprochar al autor que construyera, paralelamente a una ficción imaginativa, un alegato contra la dictadura y sus héroes militares e intelectuales y contra la política del olvido sobre la que ha ido transcurriendo nuestra historia democrática hasta la fecha. Prado quiso que su narrador sufriera el gran cambio que supone cambiar una sola

¹⁰ En particular los pequeños manuales de la Sección Femenina para la educación de la mujer, cuyo temperamento se manifestaba en dos virtudes: la abnegación y el silencio, o los textos antes citados de Vallejo Nájera, de quien ya teníamos un inmisericorde retrato en las estupendas memorias del catedrático de psiquiatría Carlos Castilla del Pino (*Casa del olivo*. Barcelona, Tusquets, 2004).

¹¹ De Tomasa Cuevas, véanse: *Mujeres en las cárceles*, Jorge J. Montes Salguero (ed.), Barcelona, RBA, 2006. *Mujeres de la resistencia*, Jorge J. Montes Salguero (ed.), Barcelona, RBA, 2006. *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*, Jorge J. Montes Salguero (ed.), Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004. De Juana Doña: *Desde la noche y la niebla. Mujeres en las cárceles franquistas*. Prólogo de Alfonso Sastre, Madrid, La Torre, 1978; *Mujer*, Madrid, Emiliano Escolar, 1977; *Gente de abajo*, Madrid, AZ, 1992. De Consuelo García, *Las cárceles de Soledad Real*, Madrid, Alfaguara, 1982; De Carlota O’Neill: *Una mujer en la guerra de España*, Madrid, Turner, 1979. Entre otros intertextos citados en la novela, al de Ricard Vinyes et al. (2002) se suman *Irredentas: las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco*, de R. Vinyes, Madrid, Temas de Hoy, 2002; Luis Felipe Vivanco, *Diario (1946-1975)*, Madrid, Taurus, 1983; las memorias de Mercedes Formica (*Visto y vivido (1931-1937): pequeña historia de ayer*, 1982; *Escucho el silencio*, 1984); David Ginard, *Matilde Landa: de la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas*, Barcelona, Flor del Viento, 2005; Ángela Cenarro Lagunas, *La sonrisa de Falange. Auxilio social en la guerra civil y en la posguerra*. Barcelona, Crítica, 2005. Jaime Claret, *La repressió franquista a la universitat espanyola*, Tesis doctoral, Univ. Pompeu Fabra, 2004; y Fernando Hernández Holgado. *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941*, Madrid, Marcial Pons, 2004.

letra, de cinismo a civismo, y consideramos que su obra no está llena de ira sino de ganas de saber la verdad, de “contar la verdad” (MG: 79):

Aquí está la historia de Dolores Serma. Espero que aunque ustedes ya saben que es verídica puedan ver en ella, igual que yo, un arquetipo y una síntesis de aquellos tiempos demoledores en los que cientos de miles de personas vivían acosadas por un Estado criminal que las obligó a mentir, a esconderse y a llevar disfraces para no parecer sospechosas (MG: 414).

Es cierto que una relectura última del texto antes de la edición hubiera podido suprimir reiteraciones innecesarias de datos que sólo tendrían justificación si procedieran de voces distintas a la del narrador, e incluso evitar la acumulación de otros datos (por ejemplo, sobre 1959 en páginas 65-66). En general, la recepción de la novela por la crítica ha sido muy positiva, al igual que, como señala Prado, entre otros lectores:

Estoy sorprendido por la cantidad de cartas que me manda gente que me dice, por ejemplo, que ya sospechaba que eso le ocurrió a ella misma, o a personas de su círculo. Una mujer de Valladolid acababa diciéndome algo que me impresionó mucho: “Ahora ya no sé si soy quién siempre he creído” [EP].

Nobody is perfect, como dijo el otro, y esta novela roza esa perfección rara en estos tiempos de desinterés general por la literatura responsable. Como acto de (re)conocimiento de nuestro pasado, la recuperación de la denominada memoria histórica debería ser también un acto de afirmación del mismo, un modo de evitarle posibles fisuras, ausencias, arbitrariedades y malentendidos. Dicha recuperación convendría que no fuera solamente un acto individual sino también colectivo, de manera que se pudiera vivificar la intrahistoria a través del crisol de aportaciones particulares, lo cual facilitaría comprender mejor la historia. En la actualidad este rescate¹² convive con actitudes contrarias a su indagación propias de políticos conservadores e historiadores revisionistas. Y en este contexto de recuperación

¹²Promovido, entre otras, por las acciones realizadas por la Asociación para la recuperación de la memoria histórica (<http://www.memoriahistorica.org>). En cuanto a una Ley de Memoria Histórica, en julio de 2006 se ha aprobado un anteproyecto necesario y positivo no poco polémico (para unos insuficiente; para otros excesivo) bajo el nombre “Proyecto de ley por el que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas a favor de quienes padecieron persecución y violencia durante la Guerra Civil y la dictadura”.

y vivo debate, no exento de tergiversaciones del pasado, con la finalidad de aportar respuestas todavía pendientes a cuestiones de nuestra reciente historia contemporánea, la literatura participa ofreciéndonos la visión de ese mundo expuesta por ciertos escritores, su singular concepción de la realidad. Como excelente muestra de ello nos hemos ocupado de *Mala gente que camina*, novela en la que Benjamín Prado deja claro que no deben quedar sepultados bajo el olvido acontecimientos que configuran nuestro pasado y, en consecuencia, nuestro presente. Como otros textos de nuestros días, el de Prado se origina por la necesidad de llenar lo que el discurso historiográfico ha dejado abierto, mostrando casos polémicos, humanos, como es aquí principalmente el asunto de los niños robados por el franquismo. En definitiva, es la contrarréplica imaginativa al igualmente imaginativo y seleccionado discurso oficial. La literatura, pues, sigue siendo otro modo de contar la Historia.

Bibliografía

- OLEZA, JOAN, 1996. "Un realismo posmoderno", *Ínsula*, número monográfico: "El espejo fragmentado" 589-590. Enero-febrero 1996, 39-42.
- PRADO, BENJAMÍN, 2004, "Muere Carmen Laforet, cronista del vacío", *El País*, 29 de febrero de 2004.
- , 2006a. *Mala gente que camina*. Madrid: Alfaguara.
- , 2006b. "Benjamín Prado" *El País Digital* - Participación - Entrevistas. 25 de mayo 2006. URL: [http:// www.elpais.es/ edigitales/ entrevista.html](http://www.elpais.es/edigitales/entrevista.html).
- y Teresa Rosenvinge, 2004. *Carmen Laforet*, Madrid: Omega- Colección Vidas Literarias.
- SOLDEVILA, IGNACIO, 1996. "La novela histórica y su desarrollo en España entre 1955 y 1995" en *Le roman espagnol face à l'Histoire*, Marie-Linda Ortega (comp.), Fontenay- Saint-Cloud- Feuilletts : Domaine Hispanique. École Normale Supérieure, 123-135.
- VINYES, RICARD, MONTSE ARMENGOU y RICARD BELIS, 2002. *Els nens perduts del franquisme*. Barcelona: Proa. [Editado en castellano el mismo año: *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona: Plaza & Janés].



Las abarcas de Fontanosas, o cuando la memoria/escritura es la memoria/escritura de uno mismo...

Francisco Caudet
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

La elaboración del relato del pasado puede representar un desafío debido a las tensiones que se manifiestan entre memoria y escritura, mayormente cuando el pasado reciente de una sociedad implica una experiencia traumática.

Este artículo constituye una reflexión, a partir de las tensiones entre memoria y escritura, sobre las posibilidades de narrar el pasado reciente de España en torno al denominado pacto de silencio, tomando como disparador la aparición de una carta (relato de confesión) anónima de un soldado franquista, que permitió -transcurrido más de medio siglo- encontrar y exhumar los cuerpos de un grupo de fusilados.

Palabras-clave: memoria - escritura - trauma - transición española - pacto de silencio.

Abstract

Making a story about the past may be a challenging task, because of the existing tensions between memory and writing, especially when a society carries a traumatic experience in its recent past. Focusing on the tensions between memory and writing, this article puts forward a reflection about the possibilities of telling the recent past in Spain around the named

“pact of silence”. The starting point of this analysis is the anonymous letter from a soldier of Franco’s army, written in a confessional tone, which, appearing half a century later, helped to find and exhume the remains of a group of shot soldiers.

Keywords: memory - writing - trauma - Spanish Democratic Transition - pact of silence

Llevaba días diciéndome que tenía que ponerme a escribir esta ponencia y, finalmente, la noche del día 19 del pasado mes de febrero —que es cuando empecé a escribir esta ponencia*—, después de oír una noticia y las imágenes de esa noticia en el telediario de TVE1, sentí el impulso, o quizás se trataba de una necesidad, de sin más delaciones empezar a escribir. A primera vista puede que resulte desproporcionado, y en efecto lo sea, relacionar el impacto que me había producido la noticia del telediario de TVE, que en seguida les referiré, con el acto de ponerme a preparar esta ponencia. Pero tal vez no lo sea porque a menudo hay una relación de causa/efecto, entre algo que te llama particularmente la atención, algo que incluso te impacta o hasta, en casos extremos te traumatiza porque reabre heridas semi-restañadas, casi olvidadas, y la necesidad de escribir.

Cuenta Paul Auster en *The Invention of Solitude* que una de sus primeras reacciones tras enterarse por teléfono de la muerte de su padre fue decirse a sí mismo que *tenía que escribir sobre su padre*. Cuando se puso a ello, el acto de escribir sobre el pasado de su padre y de sus relaciones con él, esa memoria del ayer paterno/filial le descubrió que había habido una herida, que era más honda de lo que podía imaginar y que

[i]nstead of healing me as I thought it would, the act of writing has kept this wound open. At times I have even felt the pain of it concentrated in my right hand, as if each time I picked up the pen and pressed it against the page, my hand were being torn apart. (Auster, 1992: 24)

Es más que probable que fuera así porque esa herida que reabrió la noticia de la muerte del padre de Paul Auster tiene que ver menos con esa irre-

* Presentación leída en el Congreso “La autobiografía en España”, Universidad de California, Santa Cruz, 5 y 6 de mayo de 2006.

parable pérdida que con la memoria de un pasado conflictivo. Pero, como sea, la muerte del padre o esa herida/conflicto del pasado no resuelto, que reabre esa muerte, es lo que hizo que, en este como en muchos otros casos, emergiera la escritura como una imperiosa necesidad, como un impulso.

La relación entre cualquier tipo de trauma, vivido en el presente más inmediato o en el pasado más lejano, y el acto de narrar, bien sea oral o escrito, es la base de los más diversos discursos en que se expresa y comunica el ser humano. Edward Said, en el prefacio a su autobiografía *Fuera de lugar*, establecía también esa relación entre trauma, memoria y escritura:

Hace varios años me diagnosticaron una enfermedad aparentemente fatal y de pronto me pareció importante plasmar un relato subjetivo de mi vida en el mundo árabe, donde nací y pasé los años de mi formación, y de los años en que fui a la escuela y a la universidad en Estados Unidos. La memoria resultó crucial para seguir funcionando durante periodos de enfermedad debilitadora, tratamiento y angustia. (Said, 2001: 12)

El caso de Compostela, pintor y escultor republicano que tras un período de internamiento en campos de concentración franceses se exilió primero en Santo Domingo y posteriormente en Puerto Rico, donde murió en 1988, viene aquí muy a propósito. Su hija Carmen Vázquez Arce, profesora de la Universidad de Puerto Rico, hace una descripción y estudio, en "La herida abierta: los dibujos de guerra de Compostela", de una serie de dibujos que hizo Compostela, de mayo a agosto de 1939, meses en que estuvo convaleciente en el Hospital de Sète. Esos dibujos son casi todo lo que pudo llevarse consigo cuando, en 1940, abandonó Francia y empezó su largo exilio en las dos islas caribeñas. Cuenta su hija en su ponencia que

...[c]uando todavía nadie hablaba del llamado *Post Traumatic War Syndrome*, nosotros [su madre, ella y una hermana] lo vivíamos en nuestra propia casa; porque la herida abierta de la guerra se manifestaba como un fantasma que recorría nuestras vidas cada vez que el recuerdo afloraba y mi padre comenzaba a convulsionarse hasta caer en un estado de inconsciencia. (Vázquez Arce, 1999: 554)

Los dibujos de Sète tienen un solo motivo: heridas abiertas de ex combatientes que estaban en proceso de cerrarse pero no acaban nunca de hacerlo. Era la herida de la derrota y del exilio que nunca cicatrizó

en la mente de Compostela. Por eso esos dibujos, que es lo poco que se llevó de Francia consigo, no los vieron su esposa e hijas hasta después de su muerte. Su hija llega en su ponencia a estas conclusiones:

La herida del exilio jamás se cierra; porque se traspasa y se hereda. Afecta a todos los que rodean al exiliado y la herida se extiende y acrecienta. Algunos de los hijos no han podido soportar el dolor y se han suicidado. Otros, la hemos asumido de manera distinta –como búsqueda, como rescate, como conocimiento– pero, al fin y al cabo, también herida abierta. ¿No estará acaso la cura en la recuperación de la memoria? (Vázquez Arce, 1999: 562)

Narró Compostela esa memoria en sus dibujos, que tienen un hilo narrativo, un argumento. Pero, como sea, se los guardó, sin enseñarlos ni a su mujer ni a sus hijas, como se guardó para sí su pasado. Era esa memoria una memoria reprimida. Por ello, la herida seguía y seguía abierta.

Los traumas alientan casi siempre el impulso de narrar. El dolor que produce reprimir tal impulso ya es en sí, o de facto o en potencia, una forma de narrar. Es entonces el impulso reprimido un impulso que malvive en el interior de uno mismo. Por ello, ese impulso termina pudriéndose y degenera en una suerte de gangrena que va, poco a poco, minando todo el organismo, bien sea el organismo de un individuo y/o de una sociedad.

Las huellas que dejan tales organismos minados son una narración, deformada o mal formada, que, a pesar de todas las resistencias, incluida toda suerte de programada oposición, es una realidad que se puede ver, o entrever, es un texto que se puede leer, o entre leer.

A menudo la necesidad de recordar/narrar la puede frustrar el oportunismo, que puede tener una explicación. Un ejemplo de ello lo ofrece la transición española, construida sobre un pacto de silencio que explica, al menos en parte, los traumas de cuarenta años de dictadura. Pero, como sea, en ese y en otros casos de la misma o parecida índole, la memoria del pasado es una espada de Damocles siempre amenazante para ese pacto. Y esa espada caerá, España acabará recordando/narrando su pasado.

Hay también otras causas que pueden frustrar la necesidad de recordar/narrar. Destacaré, entre ellas, el temor de no ser escuchado o comprendido, bien sea por la gravedad de lo sucedido o porque no hay una predisposición, por razones muy variadas y muy complejas, a escuchar, a querer saber. Pero no por ello se deja para siempre en suspenso el acto de recordar/narrar.

Primo Levi, en *Si esto es un hombre*, recordaba que:

Si no en acto, sí en la intención y en su concepción, nació en los días del Lager [de Auschwitz, en el campo de concentración de Auschwitz]. La necesidad de hablar a *los demás*, de hacer que *los demás* supiesen, había asumido entre nosotros, antes de nuestra liberación y después de ella, el carácter de un impulso inmediato y violento, hasta el punto de que rivalizaba con nuestras demás necesidades mas elementales; este libro lo escribí para satisfacer esta necesidad; en primer lugar; por lo tanto, como una liberación interior. (Levi, 1999: 28)

Pero esa necesidad de liberación interior era, como señala también Primo Levi, una necesidad de comunicarse, de llevar al mundo “las malas noticias de cuanto en Auschwitz ha sido el hombre capaz de hacer con el hombre”. Esas dos necesidades, que son en realidad una misma necesidad, estuvieron acompañadas, también desde un principio, del miedo que nadie la quisiera escuchar. Primo Levi recuerda, en *Si esto es un hombre* y en *Los hundidos y los salvados*, este sueño, que fue, durante todo su cautiverio, recurrente:

Aquí está mi hermana, y algún amigo mío indeterminado, y mucha más gente. Todos están escuchándome y yo les estoy contando precisamente esto: el silbido de las tres de la madrugada, la cama dura, mi vecino, a quien querría empujar, pero a quien tengo miedo de despertar porque es más fuerte que yo. Les hablo también prolijamente de nuestra hambre, y de la revisión de los piojos, y del Kapo que me ha dado un golpe en la nariz y luego me ha mandado a lavarme porque sangraba. Es un placer intenso, físico, inexpresable, el de estar en mi casa, entre personas amigas, tener tantas cosas que contar: pero no puedo dejar de darme cuenta de que mis oyentes no me siguen. O más bien, se muestran completamente indiferentes: hablan confusamente entre sí de otras cosas, como si yo no estuviese allí. Mi hermana me mira. Se pone de pie y se va sin decir palabra. (Levi, 1999: 95)

Pero el impulso/necesidad de recordar/narrar acaba –Primo Levi es un buen ejemplo– por imponerse, o así debería ser, pues se trata de un imperativo ético, psíquico y social. Si no se atendiera, por medio de un pacto de silencio, o por maneras más expeditivas, a ese impulso/necesidad, a esos imperativos, no hay manera de conocer las heridas, convivir con ellas e idealmente superarlas. Ni se puede, a otro nivel, identificar y

juzgar a los culpables. Además, el falso subterfugio de pretender quebrar la secuencia pasado/presente/futuro es una manera falaz y torticera de negar que somos seres históricos y que estamos constituidos, con todas sus consecuencias ético-psíquico-sociales, por esa causalidad temporal.

John S. Rickart recuerda que Peter Brooks, en *Reading for the Plot*, considera el impulso de narrar, “the narrative impulse”, como un “urgent attempt to cope with the human facts of our existence”. A continuación arguye John S. Rickart que Peter Brooks, en su libro,

...is acutely aware of the ways in which narrative helps us negotiate an unstable present through the counterpoint of hermeneutics and proairesis as “we engage the dynamic of memory and the history of desire as they work to shape the creation of meaning within time”. (Brooks, 1992: XV)

Por ello, la trama, *the plot*, es para Peter Brooks

...a desire machine designed and intended to adapt itself to the tensions inherent in the human condition, caught as we are between an often obscure yet powerful past wherein the origins of desire are buried, and a desired future that takes its shape from the past and present. (XV)

Retomo la promesa que he dejado en suspenso de contarles la noticia que oí en el telediario la noche del 19 de febrero. He aquí esa noticia: un soldado que en 1941 estaba haciendo el servicio militar forzoso, hace más o menos un año –no había podido en esos momentos registrar bien algunos detalles– había mandado una carta anónima al alcalde de Fontanosas, una aldea de la provincia de Ciudad Real, en la que confesaba haber sido obligado a fusilar en ese año de 1941 a unos vecinos de la aldea y le indicaba al alcalde el lugar donde habían sido cavadas unas fosas para enterrar a los fusilados. Naturalmente, me impresionó mucho la noticia y sobre todo el que el alcalde, a quien habían entrevistado ante una fosa abierta en la que se ve el esqueleto de uno de los fusilados, dijera que cuando abrieron las fosas lo primero que apareció fueron unas abarcas, y que este calzado típico de los campesinos pobres de aquellos años y de años posteriores, no solamente les dio la primera pista de que habían encontrado el lugar donde se hallaban los cadáveres sino que además, las abarcas eran una suerte de testimonio-símbolo de que habían sido asesinados unos campesinos pobres.

También me había llamado la atención al oír esa noticia que no se hiciera la menor referencia a que eran soldados del Ejército franquista los que fueron obligados a cometer este crimen y que, por tanto, el responsable del crimen era el régimen de Franco, la dictadura de Franco.

Esto último me llevó a buscar en mi librería un ejemplar de la edición que preparé, en 1998 y ha sido reeditada en 2004, del libro de Juan Hermanos, *El fin de la esperanza*. Necesitaba releer unos datos sobre la represión franquista en los años posteriores a 1939 que incluí en la introducción a esa edición, y que ahora les leo a ustedes:

Las cifras de la represión franquista en los primeros años de la posguerra, aunque no faltan quienes pretenden minimizarlas –una forma, entre otras muchas, de hacer la apología, de manera consciente o subliminar, de la dictadura–, oscilan en torno a un número de víctimas no inferior a 150.000. Esta es la cifra que baraja Hartmut Heine. Rafael Abella, por su parte, señala: “Tan sólo hay un dato –que damos con ciertas reservas– proporcionado por el Ministerio de Justicia que habla de 192.684 personas “ejecutadas o muertas en prisión” entre 1939 y 1944, lo que deja la incógnita de óbitos debidos a una u otra causa”. Josep Fontana destaca de la represión franquista su naturaleza y función política. Las estadísticas que baraja de ejecuciones evidencian que “predominan de manera aplastante los campesinos y obreros”. (Caudet, 2004: 36)

Mientras releía esta parte de mi introducción, me percaté de que cuando preparé esa introducción pasé por alto que para algunos historiadores los maestros habían sido el colectivo también muy castigado por la represión franquista. Francisco de Luis Martín, autor de *La FETE en la Guerra Civil española*, explica que la razón de ello fue que “[s]e les consideraba responsables de haber inculcado en la sociedad y en las mentes juveniles el virus republicano. Los maestros estaban muy posicionados políticamente, eran progresistas y de talante reivindicativo”. Y porque “si no se acababa de raíz con aquellos maestros de espíritu republicano, al nuevo régimen se le iría de las manos la política nacional-catolicista que pretendía imponer” (Luis Martín, 2002: 123). Francisco Morente Valero, en su libro *La Depuración del Magisterio Nacional*, da esta otra razón: “había que aplicar un castigo ejemplarizante a los intelectuales en general, que quitara las ganas a cualquier otro de repetir aquel modelo de vida” (Morente Valero, 1997: 87). Morente Valero ha contado hasta 60.000

maestros depurados tras el final de la guerra y muchos ya habían sido fusilados durante la guerra.

Vuelvo a mi introducción al libro de Juan Hermanos. A lo que les estaba leyendo cuando he hecho este inciso, continúa lo siguiente:

La represión, por encima del debate en torno a las cifras, había sido, durante y después de la guerra, la estrategia del régimen para, primero, alcanzar el poder y, luego, mantenerse en él y lograr su legitimación. De ahí que pretender minimizar o incluso negar el uso y abuso indiscriminado de la fuerza por el régimen franquista, y para esas metas, resulte, de un lado, históricamente insostenible y, de otro, tal actitud pone de manifiesto una complicidad con ese tenebroso pasado.

Hay, además, quienes todavía defienden que el franquismo fue un fenómeno ajeno a la sociedad y que, por tanto, no fue expresión –amalgama o correa de transmisión– de unas ideologías e intereses económicos y de clase enraizados en sectores de la sociedad civil y religiosa. En el fondo de estos argumentos –como ocurre con el tema de la represión– hay unos propósitos de reescribir la historia del llamado eufemísticamente *régimen anterior*. Pero esa reescritura apunta, sobre todo y principalísimamente, a rehabilitar –borrando, difuminando, haciendo ilegible, irreconocible el pasado– a los sectores de la sociedad que alentaron la rebelión militar y a cuya sombra conservaron viejas prebendas y encontraron nuevas maneras de medrar (Caudet, 2004: 38-39).

Juan José Millás, en “El mono”, una de sus columnas que suelen aparecer en la última página de *El País* –ésta es del 14 de marzo de 2003–, ironizaba sobre algunas razones por las que el PP y la derecha española estaban en contra de Darwin y de la enseñanza de su doctrina en la escuela:

La historia demuestra que el Partido Popular descende directamente de Franco (en tantas cosas idéntico a Sadam Husein) como el hombre descende del mono. Algunos de los actuales miembros de ese partido rieron las gracias al caudillo, cuando no al mismísimo marqués de Villaverde, y sirvieron de escupidera a ambos. Pero hay gente que no soporta descender del mono (Millás, 2003: 39).

Y poco después, Juan José Millás añadía en esa columna:

El caso es que, digan lo que digan los hechos (incluso los religiosos si tomamos en consideración que el caudillo de estos señores iba bajo palio),

los franquistas no quieren descender de Franco. Por eso están dispuestos no ya a eliminar a Darwin, sino a reescribir la Biblia. Según el Novísimo Testamento, Ana Botella [la esposa de Aznar] es una rebelde (Gallardón *dixit*) y Aznar detesta desde siempre a los tiranos, que a usted y a mí, sin embargo, nos pierden. (Millás, 2003: 39)

En carta enviada a la revista *SP* el 1 de julio de 1969, decía Aznar: “Cuando a las manos de un joven como yo –16 años– llega un ejemplar de las *Obras Completas* de José Antonio y, como tal, siente la imperiosa necesidad de hacer rápidamente algo útil...”.

En “Vientos que destruyen”, uno de los famosos artículos que publicó en *La Nueva Rioja* donde se mostró contrario al texto constitucional de 1979, escribía cosas como las que siguen:

En Coslada (Madrid) las calles dedicadas a Franco y José Antonio lo estarán a partir de ahora a la Constitución. En Valencia la Plaza del Caudillo pasará a llamarse del “País Valenciá”. Y no hemos hecho más que comenzar. Parece que pueden pasar los años, pero que las costumbres no varían. En vez de dedicarse a la mejora de sus Municipios, se dedican a borrar la Historia. ¿Para qué hacer nuevas calles y plazas? Se les cambia de nombre y como si fueran nuevas, y en las próximas elecciones, a repetir (Aznar, 1979: 3).

En la actualidad, el ex presidente Aznar es vocal nato del Consejo de Estado y como tal se ha opuesto contra los 24 restantes vocales a recomendar al Gobierno la menor reforma de la Constitución, a la que se oponía en 1979, entre otros motivos, porque era la causante de que por todas partes se dedicara todo el mundo “a borrar la Historia”. La historia *benefactora de Franco*, servidores su abuelo y su padre...

Llegado aquí, suena el teléfono. Es un amigo a quien le cuento lo que estaba haciendo y me dice que esa noticia del soldado y las fosas había salido en *El País* hacía unos días. Tras colgar el teléfono, busco entre los números atrasados de *El País*, que aún guardaba en casa y afortunadamente me encuentro con *El País* del 13 de febrero, en cuya última página aparecía esa noticia. Escaneo la noticia y la incorporo al texto de esta ponencia. En un recuadro de esa noticia se reproduce el siguiente fragmento del original de la carta del soldado anónimo:

Regimiento de Caballería de Alcalá de Henares, fue destinada dicha Unidad a esa zona bajo la denominación de “persecución de huidos en la Sierra”. Ello ocurría en el año 1941, cuando en la fecha 1^o de julio fue obligada la Sección en que yo militaba a realizar una ejecución de 7 personas, entre ellas un menor de 15 años, procedentes del penal de Almadén. Después de ejecutado este execrable acto nos mandaron hacer unas fosas a la entrada de ese cementerio, en la parte interior, y enterrar los siete desgraciados (Anónimo, 2006: 39).

A continuación, se reproduce el artículo de Carlos E. Cué (2006), titulado “El secreto que no quiso llevarse a la tumba”, que lleva este subtítulo “Una carta anónima sobre un fusilamiento en 1941 permite reabrir una fosa”. ¿Les parece que les lea el artículo de Carlos E. Cué?:

Guardó su secreto y su sentimiento de culpa durante 63 años, pero en abril de 2004 no pudo más y confesó, en una carta anónima, lo que había hecho. En 1941 participó en Fontanosas (Ciudad Real) en el fusilamiento de siete personas por colaborar con el maquis. Los enterraron en una fosa común. Él, que lo hizo obligado mientras prestaba el servicio militar, se fue de allí y calló, pero nunca olvidó. Hasta que en 2004 se decidió a mandar un anónimo al alcalde de Fontanosas, Emilio Valiente, que no paró hasta cerrar la herida de su pueblo.

El anónimo no quería sólo liberar su conciencia. En la carta pedía que se reabriera la fosa para “proceder a la inhumación de los cadáveres por parte de las respectivas familias”. Por eso describió con precisión dónde estaban sepultados los cuerpos.

Su deseo se cumplió el sábado, con todo el pueblo alrededor, entre aplausos. El protagonista fue José Escribano, *Joseillo*, que tiene en esa fosa a su hermano, a su padre y a dos de sus tíos. “Por fin puedo ver a mi familia”, dijo emocionado –él tenía siete años cuando mataron a los hombres de su saga– “por fin se calma la desgracia y la pena que he sentido toda mi vida”. En ningún momento, según varios de los presentes, hubo deseos de venganza. Sólo ganas de cerrar esta trágica historia que comenzó, según recordó Joseillo, “un primero de julio en el que había niebla y llovía”.

Su madre nunca pudo superarlo. Siempre creyó, como casi todos en el pueblo, que los mataron por pobres y desgraciados, porque nunca colaboraron con el maquis. “Mi madre se murió en 1988 sin entender por qué los fusilaron, y sin saber si sus cuerpos seguían allí”, cuenta desde Barcelona Florencia del Álamo, hija de Leoncio, otro asesinado. Los ente-

rraron en una fosa dentro del cementerio, pero éste se trasladó en 1948. Alguien compró el solar, aunque nunca se atrevió a edificar allí. De vez en cuando, por Todos los Santos, aparecía algún ramo de flores, pero nada más recordaba lo que había allá abajo.

“Una tía mía siempre contaba que se le aparecían los muertos por la noche para pedirle que perdonara a los pobres que los fusilaron”, ha contado *Joseillo* en las últimas semanas a Julián López, un vecino que se ha implicado a fondo en la historia con su amigo Francisco Ferrándiz, de la Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica.

El sentimiento de culpa hizo estragos. Otro de los jóvenes del pelotón de fusilamiento, según cuentan en el pueblo, murió “de pena” poco después de volver a Alcalá de Henares, a cuyo regimiento de caballería pertenecía el grupo que fue enviado a acorrallar al maquis, que en esta zona aislada fue muy activo.

La fosa se encontró rápido. Primero aparecieron unas abarcas (calzado hecho con trozos de neumático), y las viejas del pueblo lo vieron claro: “Tienen que ser ellos, aquí a nadie se le enterraba con calzado de trabajo; siempre con sus mejores zapatos, por muy pobres que fueran, y si no, descalzos”. Poco después aparecieron los restos de un hombre boca abajo. Sólo podía ser un ateo fusilado, condenado a esa humillación incluso después de muerto. Poco a poco aparecieron los restos de Ramón, Manuel y Mateo Escribano, y los de Francisco, el hijo de este último –que según algunos tenía 14 años, aunque puede que llegara a 19–, Leoncio y Julián del Álamo, y Félix Polo.

Dentro de mes y medio se hará entrega a las familias de los restos, después de identificarlos con el método del ADN. Entonces se habrá cerrado la historia. O casi. Porque ahora todos los que han intervenido quieren localizar al que escribió el anónimo para decirle que sí, que gracias a él se ha reabierto la fosa, que nadie le guarda rencor, sino agradecimiento, y que esta tragedia ya tiene punto final. (Cué, 2006: 39)

En uno de mis archivos me encuentro con el recorte de una noticia, “Tres cruces y un crucifijo”, aparecida en *El País*, lunes 27 de enero de 2003, Carmen Morán, que guarda un horrible paralelismo con la horrible noticia de los cuatro Escribano asesinados en Fontanosas:

La madrugada del 19 de agosto de 1936, mientras el poeta García Lorca iba camino de su muerte en Granada, un joven maestro republicano, Arquímedes Pérez Sánchez, de 26 años, caía fusilado contra la tapia del cementerio

de Zamora. Su hermana, María C. Florentina, no podrá nunca olvidar esa fecha. Apenas unas horas antes habían enterrado a su padre, maestro también, fusilado en el mismo sitio. Y todavía tendría mucho que llorar. El 12 de septiembre otra tapia de otro cementerio, el de Toro (Zamora), oyó el tiro que mató al segundo hermano. Arístides tenía 23 años y era el tercer maestro de la familia. Está enterrado en una fosa común. (Morán, 2003: 16)

Estos y otros crímenes de la dictadura franquista nunca se conocen a través de los verdaderos responsables sino, en el mejor de los casos, a través de quienes fueron a la fuerza instrumentos de esos responsables. No tienen éstos problemas de conciencia. Acaso no los tienen porque hicieron lo que hicieron en nombre y para el bien de la patria...

La transición no tiene pasado. Es un conejo que un mago se ha sacado de la manga. Del rey abajo, muchos de sus protagonistas son grandes desmemoriados con brillantes biografías *ad hoc* de demócratas de toda la vida. ¿Qué verían si se miraran en el espejo de estas palabras del Apéndice de 1976 a *Si esto es un hombre* de Primo Levi?:

No querría empero que el abstenerme de juzgar explícitamente se confundiese con un perdón indiscriminado. No, no he perdonado a ninguno de los culpables, ni estoy dispuesto ahora ni nunca a perdonar a ninguno, a menos que haya demostrado (en los hechos: no de palabra, y no demasiado tarde) haber cobrado conciencia de las culpas y los errores del fascismo nuestro y extranjero, y, que esté decidido a condenarlos, a erradicarlos de su conciencia y de la conciencia de los demás. En tal caso sí, un no cristiano como yo, está dispuesto a seguir el precepto judío y cristiano de perdonar a mi enemigo; pero un enemigo que se rectifica ha dejado de ser un enemigo (Levi, 1999:303).

Con envidiable firmeza –envidiable porque no es un supuesto sobre el que hemos construido en España la transición–, Michelle Bachelet, la presidente electa de Chile, decía hace unas semanas en referencia a la dictadura de Pinochet, a los traumas de ese tiempo: “Las heridas del pasado se curan con más verdad”. Peter Brooks, en *Psychoanalysis and Literature*, coincidía con lo declarado por la próxima presidente de Chile, y daba para ello un pequeño argumento:

Mens sana in fabula sana: mental health is a coherent life story, neurosis is a faulty narrative. Such a premise closely resembles that of the detec-

tive story, which equates the incomplete, incoherent, baffling story with crime, whereas detection is the making of an intelligible, consistent, and unbroken narrative. "Thus have you reasoned it all out beautifully in one long chain!" Watson exclaims to Sherlock Holmes, quite typically, at the end of one of their cases. The narrative chain, with each event connected to the next by reasoned causal links, marks the victory of reason over chaos, of society over the aberrancy of crime, and restitutes a world in which aetiological histories offer the best solution to the apparently unexplainable. (Brooks, 1994: 124)

Al hilo de estas palabras de Peter Brooks, propongo la hipótesis, que tengo por certeza –ya sé que es poco o nada académico pretender demostrar algo que se dice ya saber previamente–, de que en España tenemos sobre todo el problema de cómo nos hemos estado narrando nuestro pasado de guerra civil, de dictadura y de transición. Acaso sea así –o es así, sin acaso– porque no hemos tenido alternativas o porque no hemos sabido tenerlas, o nos hemos atrevido a tenerlos. O porque el pasado de violencia nos ha traumatizado tanto que hemos preferido transigir, llegar a un pacto de silencio. Para ello hemos roto las reglas de la cadena narrativa; hemos dejado deslavazados los eslabones de la cadena, desatendiendo las leyes de la causalidad...

Jordi Borja, en "La paz y la palabra":

La transición inició un proceso democrático real pero pervertido por la prudencia o impotencia de unos y la impunidad de otros. A diferencia de lo ocurrido en Alemania, Italia o Francia a la caída de los fascismos, o más recientemente en Argentina y Chile, acá no se depuraron ni crímenes ni responsabilidades, ni mitos ni estatuas, ni empresas ni valores. La democracia nació marcada por un pacto con la injusticia y la mentira. La impunidad fue aplicada como regla general de la transición. En consecuencia los intereses, los comportamientos y los lenguajes propios de la dictadura quedaron momentáneamente en un segundo plano pero no deslegitimados, permanecieron intocados. Más pronto que tarde han vuelto. En esta democracia, devaluada al nacer por demasiados silencios, han reaparecido los demonios de aquella España negra, la de la rabia y la (mala) idea machadiana, que ingenuamente creímos hace 25 años que había desaparecido. Pacto de silencio: no se trata sólo (Pradera) de escribir libros sobre la guerra, sino de saber qué pasó, y que ese conocimiento se incorpore a la formación cívica del conjunto de la sociedad...Se ha cerrado todo en falso y se han envalentonado. (Borja: 2005: 6)

La tragedia de Fontanosas es un caso sólo parcialmente cerrado porque después de tantos años sólo se han podido reconstruir parte de sus eslabones y secuencias. Será del todo un caso cerrado cuando todos sus eslabones y secuencias se reconstruyan por completo y se puedan narrar todos sus eslabones y secuencias. Es la exigencia de la razón, de la verdad y de la justicia, y hasta del perdón, principios sobre los que sólo se puede construir, empezar a construir, el hermanamiento y la convivencia.

Julián Casanova (2005) en “*¿Adiós al franquismo?*”

¿Qué hacer con las víctimas? ¿Qué hacer con la historia y memoria de aquellas cuatro décadas? Y, finalmente, ¿cómo tratar, tantos años después y en democracia, las apologías de la dictadura franquista?

La dictadura franquista fue [...] un régimen de terror que violó sistemáticamente los derechos humanos. No hay ninguna duda sobre la definición y existencia de esos crímenes políticos. La transición democrática, no obstante, los perdonó, cerró ese tema, y soy de los que piensan que, además de las tremendas dificultades que ello conllevaría, no se haría ningún favor a la convivencia democrática pidiendo ahora, tres décadas después, “justicia punitiva” para los responsables y perpetradores de esos crímenes. En varios países de Europa, después de la Segunda Guerra Mundial e incluso en los años cincuenta, como sucedió en Francia con el juicio a un grupo de soldados alsacianos de las SS, los criminales fueron amnistiados en nombre de la reconciliación nacional.

Ya no se trata de juzgar a los verdugos franquistas, sino de evitar, por medio de instrumentos legales, que se haga apología de esa dictadura sanguinaria, del general que la presidió, y de impedir también que esas alabanzas puedan difundirse en público. El Partido Popular, que moviliza a decenas de miles de personas en favor de la Constitución, debería asumir que el respeto a esa misma Constitución es incompatible con la apología de la dictadura franquista, igual que lo es con la apología de cualquier otro tipo y manifestación de terrorismo. (Casanova, 2005, 6)

La historia de Fontanosas, como otras que salvo en lo de la carta anónima son parecidas –a algunas he aludido más arriba–, ponen en evidencia, por lo que descubren y por quienes lo descubren, que la transición se ha hecho desde arriba y con demasiados olvidos y falsedades.

Cuando he sacado a colación el concepto de *faulty narrative*, que tomo de Peter Brooks, no estaba necesariamente pensando en narraciones que, según un canon artístico –que, por cierto, es siempre convencio-

nal-, estén mal construidas, sino principalmente en lo que hay en ellas de mentira y de falsedad, dos extremos que, también como hace Peter Brooks, relaciono con la neurosis. Siempre me han producido una fuerte irritación comentarios como el que aparece en *La escritura o la vida*, de Jorge Semprún, la derechización ideológica contamina de una manera u otra los discursos, cuando el narrador, alojado en casa de un militante comunista de base, que era como él un superviviente de un campo de concentración nazi, dice que le disgustaba, más preocupado por la forma que por el contenido, tener que escuchar los relatos de ese militante:

Era desordenado, confuso, demasiado prolijo, se empantanaba en los detalles, carecía de visión de conjunto, todo lo contemplaba bajo el mismo prisma, lo enfocaba de la misma manera. Se trataba de un testimonio en estado bruto, en suma: un revoltillo de imágenes. Un desahogo de hechos, de impresiones, de comentarios ociosos.

Yo tascaba el freno, al no poder intervenir planteándole cosas, obligándolo a poner orden y sentido en el sinsentido desordenado de su chorro de palabras. Su sinceridad indiscutible ya sólo era retórica, su veracidad ya ni siquiera resultaba verosímil. (Semprún, 1997: 257)

No; nada tiene que ver esto –el narrador de la novela de Semprún es en este pasaje casi tan pedante como él– con el concepto de *faulty narrative*. Asumo que todas las narraciones tienen parte o mucho de *faulty*, de defectuoso e imperfecto, e incluso tienen parte de falso. Eduardo Haro Tecglen, en su biografía *El niño republicano*, dice:

Pobre niño: tiene ahora este biógrafo que le evoca y le confunde. No sé qué hay de verdad todavía en él, qué de invento de los lustros, qué de literatura al escribirlo. No intento indagar en mí mismo. No lo recomiendo: es mejor no saberse. Le hago hablar en primera persona, a ese personaje perdido. Le añado, le quito sin querer: porque todo es incierto.

Llamo a este trabajo *narración*. No lo puedo llamar memorias, porque no tengo ninguna de ellas, ni las quiero. No lo puedo llamar novela; ni biografía, ni nada concreto. Pensé en relato: puede que lo sea, pero elegí narración. (1996:54).

Y poco más adelante añadía Haro Tecglen esta coletilla: “Me temo que tantas veces como narrase algo, lo haría de una manera distinta: el recuerdo está compuesto por la influencia del día. Narración, en fin” (54).

Volviendo a la novela de Semprún, a *La escritura o la vida*, en absoluto me parece artísticamente defectuosa ni imperfecta, pero me parece una novela falsa, sobre todo cuando muestra una pertinaz –¿enfermiza, neurótica?– proclividad a atender más a la hinchazón del yo que a la tragedia de los campos de concentración. Y, acaso de resultas de lo anterior, el anticomunismo casi desplaza la denuncia de la barbarie nazi.

Vuelvo, para terminar, a las abarcas de Fontanosas, cuya aparente insignificancia se convierte, junto a unos huesos, en grandilocuente narración, sin por ello dejar de ser una narración hiperrealista, de unos crímenes que se quiso mantener, como los cuerpos de las víctimas, enterrados.

Primo Levi recordaba, en “Los hundidos los salvados” que los derechos de traducción al alemán de *Si esto es un hombre*, publicado en Italia en 1947, fueron comprados por un editor alemán (Fischer Bücherei) en 1959. Cuando se enteró, dice Primo Levi:

...me sentí invadido por una emoción violenta y extraña: la de haber ganado una batalla. [...] Con el anuncio de aquel contrato todo cambió y se me hizo claro: es verdad que había escrito el libro en italiano, para italianos, para nuestros hijos, para quienes no sabían, para quienes no querían saber, para quienes no habían nacido todavía, para quienes, queriendo o no, habían consentido aquel ultraje; pero sus verdaderos destinatarios, aquéllos contra quienes el libro apuntaba como un arma, eran ellos, los alemanes. Ahora el arma estaba cargada.

Recordemos que desde Auschwitz habían pasado sólo quince años: los alemanes que me leerían serían *ellos*, no sus herederos. De dominadores o de espectadores indiferentes, iban a convertirse en lectores: iba a obligarles, a sujetarlos ante un espejo. Había llegado el momento de echar cuentas, de poner las cartas boca arriba. Sobre todo, era el momento de diálogo. La venganza no me interesaba; me había sentido íntimamente satisfecho con la (simbólica, incompleta, parcial) sagrada representación de Nuremberg y me parecía bien que en las justísimas condenas hubiesen pensado otros, los profesionales. A mí me correspondía entender, comprender. No al puñado de los grandes culpables sino a ellos, al pueblo, a quienes había visto cerca, a aquellos entre los cuales se reclutaban los militantes de la SS, y también a los otros que habían creído, o que no creyendo se habían callado, que no habían tenido el mínimo valor de mirarnos a los ojos, de arrojarnos un pedazo de pan, de murmurar una palabra humana (Levi, 1999: 308).

Las abarcas de Fontanosas, recién salidas a la luz pública, ¿se sentirán, como le ocurriera a Primo Levi cuando se tradujo su libro al ale-

mán, “invadidas por la emoción violenta y extraña de haber ganado una batalla”? ¿Llegará lo que narran y denuncian al puñado de los grandes culpables porque en España, a diferencia de en Alemania, no hubo apenas pueblo culpable sino sobre todo hubo pueblo víctima?

La edición alemana de *Si esto es un hombre* iba precedida de una carta de Primo Levi, en la que, entre otras cosas, le decía al editor:

Espero que este libro tenga algún eco en Alemania: no sólo por ambición, sino también porque la naturaleza de ese eco tal vez me permita comprender mejor a los alemanes, tranquilizar el agujijón. (Levi, 1999: 9)

¿Tendrá ese eco, o un eco mínimamente parecido, entre el puñado de los grandes culpables de aquel y de este franquismo de cada día la historia que nos narran las abarcas de Fontanosas?

Walter Benjamin recuerda, en su ensayo “El narrador”, que según Pascal “Nadie muere tan pobre como para no dejar algo”. Y añade Benjamin: “Ciertamente, deja un legado en recuerdos –sólo que a veces éstos ni encuentran herederos” (1998: 114).

A veces ese legado en recuerdos de los pobres no encuentra herederos. Sólo a veces. Sólo a veces porque sólo a veces las urdimbres de ese legado es nuestra propia urdimbre, es la memoria/escritura de nosotros mismos.

Bibliografía

- ANÓNIMO, 2006. “CARTA DE LOS LECTORES”, *El País*, 13 de febrero.
- AUSTER, PAUL, 1992. *The Invention of Solitude. A Memoir*; London: Faber and Faber.
- AZNAR, JOSÉ MARÍA, 1979. “Vientos que destruyen”, *La Nueva Rioja*.
- BENJAMIN, WALTER, 1998. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus.
- BORJA, JORDI, 2005. “La paz y la palabra”, *El País*, 13 de diciembre.
- BROOKS, PETER, 1992. *Reading for the Plot: Design and Intention in Narrative*, Harvard: Harvard University Press.
- 1994. *Psychoanalysis and Storytelling*, Harvard: Blackwell Publishers.

- CASANOVA, Julián, 2005. “¿Adiós al franquismo?”, *El País*, 20 de diciembre.
- CAUDET, FRANCISCO, 2004. “Introducción” a HERMANOS, JUAN. *El fin de la esperanza*, Oberón: Madrid. (1ª ed. 1998).
- CUÉ, CARLOS E., 2006. “El secreto que no quiso llevarse a la tumba. Una carta anónima sobre un fusilamiento en 1941 permite reabrir una fosa”, *El País*, 13 de febrero.
- HARO TECGLÉN, EDUARDO, 1996. *El niño republicano*, Madrid: Alfaguara.
- LEVI, PRIMO, 1999. *Si esto es un hombre*, Barcelona: Muchnik.
- LUIS MARTÍN, FRANCISCO DE, 2002. *La FETE en la Guerra Civil española 1936-1939*, Barcelona: Ariel.
- MILLÁS, JUAN JOSÉ, 2003. “El mono”, *El País*, 14 de marzo.
- MORÁN, CARMEN, 2003. “Tres cruces y un crucifijo”, *El País*, 27 de enero.
- MORENTE VALERO, FRANCISCO, 1997. *La Depuración del Magisterio Nacional*, Valladolid: Ámbito.
- SAID, EDWARD, 2001. *Fuera de lugar*, Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- SEMPRÚN, JORGE, 1997. *La escritura o la vida*, Barcelona: Tusquets.
- VÁZQUEZ ARCE, CARMEN, 1999. “La herida abierta: los dibujos de guerra de Compostela”, en *Sesenta años después. Os escritores do exilio republicano. Actas do congreso internacional celebrado na Universidade de Santiago de Compostela, 16, 17 e 18 de marzo de 1999*, tomo I, A Coruña: Edición do Castro/Associació d'Idees-GEXEL, 553-563.



Guerra civil española y carteles de propaganda: el arte y las masas

Facundo Tomás

Universidad Politécnica de Valencia

Resumen

El cartelismo durante la Guerra Civil española fue uno de los más intensos momentos de manifestación masiva del arte; las proclamas exhibidas sobre los muros fueron expresión pública de ideas y sentimientos arraigados en la trama social. Su análisis suministra datos básicos sobre el pensamiento visual de entonces. Además, por su condición de arte popular, el cartelismo se fundamentó en un proceso industrial que renegó del concepto de “obra única”. Todo ello condiciona los estudios historiográficos, necesariamente masivos, fundamentados en las recurrencias y pautas observadas estadísticamente.

En el artículo se procede en primer lugar a un análisis formal y estilístico de tres autores capaces de representar las tendencias del conjunto (Renau, Arturo Ballester y Vicente Ballester Marco). En una segunda parte, el análisis pasa de la forma a la retórica, analizando la masa de carteles para comprobar dos sistemas de relaciones: el de los carteles con su referente (régimen de la predicación y régimen de la presentación); y el de proclamas en relación con el público que las contempla (régimen de discurso, de relato y de discurso-relato conjugados).

Palabras-clave: cartelismo - arte de masas - propaganda política - Renau - Ballester

Abstract

The art of posters during the Spanish Civil War was one of the most intense moments of massive manifestation of the art; the proclamations exhi-

bited on the walls were public expression of ideas and feelings rooted in the social plot. Their analysis provides initial dates on the visual thought of that time. In addition, by its condition of popular art, the art of posters was based on an industrial process that apostatized of “the unique” work concept. All it conditions the historiography studies, necessarily massive, based on the recurrences and guidelines observed statistically.

In the article it is come in the first place to a formal and stylistic analysis from three authors able to represent the tendencies of the set (Renau, Arturo Ballester and Vicente Ballester Marco). In one second part, the analysis goes of the form to the rhetoric, analyzing the mass of posters to verify two systems of relations: the one of the posters with its referring one (regime of the preaching and regime of the presentation); and the one of proclamations in relation to the public who contemplates them (speech regimes, of conjugated story and speech-story).

Keywords: art of posters - art of masses - political propaganda - Renau - Ballester

En muy pocas ocasiones –hasta la aparición de la televisión– se ha producido en la historia una manifestación masiva del arte, una expresión pública de ideas y sentimientos que se enquistase en la trama social convirtiéndose en una especie de esqueleto suyo, una estructura ideológico-plástica que encarnase en sí misma el espíritu de su tiempo como sucedió, casi como paradigma universal, con los carteles en la Guerra Civil española de 1936-39.

Arte popular por antonomasia, el cartelismo está ligado a un proceso de tipo industrial donde no hay cabida para el concepto “obra única”: la creación del diseño original es sólo una fase, no más importante que cualquiera de las otras que constituyen el acabado definitivo del producto. Tiene además un destinatario obligadamente masivo, el pueblo que pasa por las calles y se detiene brevemente a mirar el manifiesto para tomar rápida nota mental de sus imágenes y consignas.

Durante la Guerra Civil española la popularidad de los carteles se multiplicó y cualificó; no se trataba de publicidad comercial de una empresa privada que pretendía vender, sino de propaganda de entidades políticas que dirigían una actividad colectiva de enorme magnitud; la defensa de un pueblo y una patria frente a un agresor sentido y temido como tal por amplios sectores de gente suministró a los diseños gráficos

altas cotas de aceptación pública. Así, la identificación de la población con los carteles fue mucho más intensa de lo que la publicidad comercial podría nunca haber pretendido. Los carteles de la guerra fueron expresión icónica del combate colectivo, de sus razones y objetivos, constituyeron la manifestación de los ideales de justicia y libertad, pero también se erigieron en sistema de educación de la multitud, instrumentos eficaces para la tramitación de consignas a todos los rincones y, para cada militante individual, en elemento de identificación con la propia organización, de la cual aparecían como símbolos.

Pero no solamente la fruición pública era “popular”, pues su esencia de arte colectivo afectaba a todo el proceso de producción, que lo colocaba en manos comunitarias a partir su gestación. Desde el original diseñado por el artista hasta la contemplación de las copias por el público, pasando por el trabajo del dibujante litógrafo, la multiproducción en el taller y la colocación en las paredes por los militantes, era siempre un colectivo amplio el que daba lugar al cartel.

¿Quiénes fueron cartelistas? De todo hubo; algunos eran ya profesionales de la publicidad y propaganda gráficas que conocían a fondo el oficio y a quienes se reputaba como tales. Otra buena parte estaba constituida por pintores y escultores aplicados a la realización de carteles ante los imperativos de la guerra. Otros más, simples aficionados. La mayoría firmaban los originales, pero al menos una cuarta parte de los manifiestos que han sobrevivido son anónimos. En la entrevista que me concedió José Renau en 1982 afirmó:

Muchos son anónimos porque muchos que tenían antes el oficio de copiadores de carteles en las litografías jamás habían soñado que se convertirían en cartelistas. Les daba vergüenza firmarlos. Pero algunos son bastante buenos. (...) ...en Valencia había solera, tradición cartelística. Eso produjo un fenómeno curioso: muchos que a lo mejor eran analfabetos, hijos de labradores, de les barraquetes de per ací, de Quart de Poblet... trabajaban en litografías y se las ingeniaban como nadie. Por eso muchas veces veía un cartel y me preguntaba “¿de quién será?”, porque no había visto nunca un dibujo suyo. (cfr. Tomás, 1986: 109)

En conjunto la producción fue muy irregular; José Renau fue un artista internacionalmente reputado y sus carteles y fotomontajes pueden contarse entre los mejores del mundo; varios otros dieron muestra de un magnífico

hacer, ligado a las tradiciones plásticas españolas y comprendiendo las imposiciones y posibilidades de la litografía, como los valencianos Arturo y Vicente Ballester Marco, Contreras o el publicista madrileño Penagos; algunos más hicieron gala de acertadas intuiciones, como García Escribá, Pepe o Sanz Miralles. Muchos carteles se inspiraron en momentos históricos anteriores, como la revolución soviética o la primera guerra mundial, y también en la publicidad comercial europea; hubo igualmente quienes adoptaron soluciones formales provenientes de carteles políticos de la Alemania nazi o la Italia fascista. Un amplio sector de autores se limitó a aplicar criterios plásticos propios de la pintura a la elaboración de carteles; finalmente, no fueron pocos los que podían ser calificados, simplemente, como de baja calidad. En conjunto los carteles de la Guerra Civil aparecen hoy –al igual que sucede con toda obra de arte– como un presente del pasado, un legado del tiempo pretérito a la posteridad. La guerra murió en 1939, pero las fotografías y películas en blanco y negro, los coloreados carteles, se contemplan ahora como su fantasma que se pasea ante nosotros para recordarnos lo que nunca debimos olvidar. Tratándolos como una especie de *mediums* del tiempo, miramos hoy los manifiestos interrogándolos sobre el ayer, intentando revivir la gesta del pueblo español a través de las imágenes que la han sobrevivido; ellos hablan del pensamiento visual de nuestros padres y abuelos y se conforman como parte sustancial de la historia de nuestro propio pensamiento visual.

Carteles y cartelistas

Valencia, durante la Guerra Civil, fue capital de la República Española; Madrid era frente de guerra y el gobierno pasó a residir en la ciudad mediterránea. Pero, además de ello, las tradiciones de la industria litográfica valenciana la convirtieron en centro productor principal del bando republicano (en realidad, salvo algunas litografías realizadas en la cornisa cantábrica y en Aragón, hubo tres centros de producción: Valencia, Madrid y Barcelona). Por ello, para ejemplificar con unos pocos casos las tendencias generales de la cartelística republicana de la Guerra Civil, me remitiré a algunas citas de creadores valencianos.

Antes de comenzar es preciso afirmar que el enfrentamiento historiográfico con un fenómeno artístico como el cartelismo supone la adopción de un punto de vista sustancialmente distinto al que dirige la

mirada hacia pinturas y esculturas. Ciertamente los carteles forman parte del amplio conjunto de la figuración bidimensional pero, a diferencia de las tradicionales “bellas artes”, la obra única no se encuentra por ninguna parte; un cartel se produce por centenares o millares; nótese bien que digo “se produce” y no “se reproduce”, porque el concepto “reproducción” implicaría la existencia de un original al que todas las copias debieran hacer referencia, pero en un cartel el “original” realizado por el artista no tiene más valor que servir de base para la multiproducción definitiva; los medios de masas tienen como característica esencial su sustancia infinita, la presencia igual centenares de veces repetida para ser contemplada por miles de espectadores como parte de su vida cotidiana. Junto a esa existencia múltiple, el otro aspecto definitorio de cualquier medio de masas es su *vida relativamente efímera*: el cartel se elabora en el taller y se coloca en los muros para ser contemplado por los espectadores durante un período corto; es, en definitiva, un anuncio, un aviso de inmediata actualidad destinado a ser sustituido por otro en un plazo nunca demasiado largo. Esos dos rasgos devienen parámetros absolutos de cualquier análisis histórico: hay *muchos carteles* y de cada uno *muchos ejemplares*; si pretendiéramos juzgarlos como obra única cometeríamos un error, confundiendo su esencia. Un solo cartel no tiene nunca demasiada importancia; el conjunto, por contra, suministra datos básicos sobre la visualidad de una época. Todo estudio historiográfico debe ser, pues, necesariamente de conjunto; cada elemento aislado no posee interés; en cambio la repetición es fundamental; deben interesar especialmente aquellos componentes capaces de dar razón de tendencias generales. Para ello hay que recurrir a análisis concretos, pero comprendiendo siempre que tales análisis poseerán valor principalmente porque se constituyen en ejemplos de lo que sucede en la totalidad.

Así contemplaremos en primer lugar dos carteles de José Renau (1907-1982), el más importante de los artistas gráficos de la Guerra Civil. Su manera de hacer, su concepción del cartel fue el punto más sobresaliente de toda nuestra gráfica e inspiró a un buen número de realizadores de la España republicana. Importa decir de entrada que Renau fue uno de los principales cartelistas y de los mejores fotomontadores del siglo XX europeo. *El comisario* (ilustración nº 4) es un cartel de resistencia; al plantearse su composición Renau efectuó una elección valiente y arriesgada; formato apaisado, afirmación absoluta de las horizontales, inexistencia de cualquier

vertical. La organización es muy sencilla, pues consiste en un fondo en el que una línea de horizonte separa la tierra del cielo tormentoso; en primer plano, recortándose sobre el fondo, aparece un bosque de bayonetas paralelas, firmemente ancladas en el borde derecho del cartel entre las cuales surge, decidido y anormalmente largo, el brazo estirado, con el puño cerrado, de un comisario de guerra; las bayonetas y el puño ocupan casi toda la superficie, dejando libre apenas una ligera franja a la izquierda. El cartel demuestra que Renau conocía bien las reglas de la contemplación, de las cuales ocupa el primer lugar la que define que la mirada tiende hacia una direccionalidad izquierda-derecha. Siguiendo tal norma en su contra, ni las bayonetas ni el brazo dan en ningún momento la sensación de avanzar; aparecen firmes e inmóviles ante los ojos del espectador; su actitud es de segura defensa; cualquier enemigo que llegue desde la izquierda se verá detenido por ellas. *Fortaleza en la defensa*, ese fue el principal mensaje que su vista transmitió; Renau asumió coherentemente la función propagandística que le correspondía y cuando le tocó hacer publicidad del papel de los comisarios políticos en el seno del ejército –más exactamente de los comunistas en el comisariado– tomó como base el sentimiento general de resistencia e inscribió en él el brazo del comisario, haciéndolo aparecer como alma del dique de contención formado por las bayonetas. El ambiente descrito por el paisaje del fondo no es alegre ni apacible: nubes de tormenta coloreadas de un verde amenazador sobre una tierra con poca luz. Es un paisaje simbólico al que se han transmitido las características del combate de los soldados republicanos.

El cartel es un fotomontaje; las bayonetas y los fusiles están dibujados y lo demás son fotos (el paisaje con nubes, el brazo del comisario...). Fotomontaje coloreado y retocado que, por la misma “apariencia de realidad” que posee cumple doblemente su función imaginativo-visual. La inscripción “El comisario, nervio de nuestro ejército popular” subraya la horizontalidad del conjunto. Curiosamente el nombre del Partido Comunista ocupa el lugar del cañón de un fusil y tiene el mismo color que la manga del uniforme del comisario de manera que, subrepticamente, se apropia de los predicados que corresponden a ambos; de esa forma lo que se presenta como firma de la entidad editora aparece en realidad como sujeto protagonista, poseedor de la decisión del comisario y la fuerza de las bayonetas, encarnación misma del espíritu de resistencia ante el enemigo que avanza. La maestría de Renau podremos compro-

barla también en un segundo ejemplo, un cartel poco conocido referido a la retaguardia (nº 5). El respeto a la pequeña propiedad campesina resultaba especialmente importante en tiempos en que las consignas de colectivización de la tierra estaban a la orden del día por grupos revolucionarios de talante generalmente anarquista. El cartel lo encomendó el Ministerio de Agricultura y Renau realizó un fotomontaje. Presentó un campo de tierra recorrido por siete surcos que describe una curva inclinada en su desarrollo de izquierda a derecha; en él trabaja un labrador con caballo y arado; por la esquina inferior izquierda aparece una mano (gigante si se compara con el tamaño del labrador) que araña el campo; en la muñeca tiene clavada la bayoneta de un fusil, del que pende una bandera roja con la inscripción “El fruto del trabajo del labrador es tan sagrado para todos como el salario que recibe el obrero”.

El artista eligió una composición dinámica y asentó el cartel en un juego de direccionalidades inclinadas –opuestas y complementarias– que parecen resolverse en un triángulo descentrado hacia la izquierda (fusil-mano-campo) suplementado por la bandera en la parte superior. Esa irregularidad obliga al espectador a un incesante recorrido visual que lo lleva de un extremo al otro sin lograr detenerse en una imagen concreta antes de que la siguiente haya captado su atención. La dinamicidad compositiva está acentuada por otros tres tipos de efectos que la multiplican; así, por un lado se combinan fotografías (la mano, el labrador arando), cuyo alto grado de capacidad referencial todos reconocen, con dibujos (el fusil, los surcos, la bandera) tan poco “realistas” como el del campo, del que nos percatamos que es tal –y no cualquier otra cosa– sólo porque el labrador está arando encima. Por otra parte se establece una duplicidad espacial al introducir dos tipos de tamaño en la misma escena (uno para el labrador y el campo y otro para la mano, el fusil y la bandera). Finalmente se proponen dos tipos diferentes de referencias, una simbólica (la mano atravesada por la bayoneta, la bandera con la inscripción) y otra real (el labrador trabajando). El resultado es de una readaptación permanente de la mirada del espectador, quien, por una parte, tiende a separar cada una de las imágenes y observarlas aisladamente y, al tiempo, se ve obligado a sintetizarlas en el todo único que constituyen, conjugando en presente sus formas y mensajes. El efecto del cartel resulta así múltiple y su impacto incuestionable.

José Renau fue un investigador plástico imbuido del espíritu de la vanguardia (siempre se consideró discípulo de John Heartfield y aportó el coloreado a los fotomontajes en blanco y negro del dadaísta berlinés) y cada uno de los carteles que diseñó en la Guerra Civil planteó novedades respecto a los anteriores y hasta, en algunas ocasiones, una línea figurativa diferente. Absorbió las aportaciones renovadoras que llegaron a sus manos para que cada trabajo significase un paso adelante, una experiencia nueva. No buscaba un estilo, al contrario, huía de él; consciente del papel de imaginación socio-visual que debía cumplir cada cartel, lo elaboró siempre a partir de una hipótesis de relación con el espectador. Hizo composiciones totalmente “dibujadas” en las que introducía fotografías apenas perceptibles (p.e. *3ª Olimpiada Obrera*) y también fotomontajes con algunos dibujos (*Industria de guerra*) y puros fotomontajes (*Los trece puntos de Negrín, IX*); pasó por trabajos completamente “a mano” (*La independencia de España*) y de representaciones que podrían ser consideradas “realistas” (*Reforzad las filas del Partido Comunista*) cambió hacia dibujos que rozaban el límite de la caricatura (*Un anhelo, una esperanza, una victoria*); de coloridos muy llamativos (*Campesino, defiende con las armas...*) a suaves y elegantes armonías (*Por la independencia de España*), recorrió todos los caminos de la composición, desde los más clásicos (*Por el bienestar, la libertad y la felicidad*) hasta los más arriesgados y novedosos (*El comisario*). Buscó siempre la claridad del mensaje, la contundencia de la comunicación y, dadas las apremiantes necesidades de la guerra, el tono “pedagógico” del contenido. Fue el más universal de los cartelistas valencianos y si no es posible hablar de una escuela de discípulos, precisamente porque su continua investigación hacía difícil seguirlo, sí hay que reconocer la influencia que ejerció en la mejor cartelística de la guerra no sólo de Valencia, sino de la entera España republicana.

Después de José Renau es preciso hablar de los hermanos Ballester que, curiosamente, firmaban distinto para diferenciarse entre sí (probablemente aconsejados por sus malas relaciones mutuas), de manera que uno es conocido hoy sólo por el primer apellido, Arturo Ballester (1882-1981), y el otro por la combinación del primero y el segundo, Vicente Ballester Marco (1887-1980). Fueron dos grandes cartelistas, generalmente ligados al sindicato anarquista CNT (Confederación Nacional del Trabajo). Observaremos un cartel de cada uno de ellos.

El de Arturo Ballester ofrece una interesante variante que refleja en sí misma la evolución de la contienda. En efecto, el cartel *Campesino* fue editado primero con la leyenda “Campesino, rotas tus cadenas no consentas te opriman otros tiranos” (nº 6). La entidad editora era el sindicato anarquista CNT y la consigna era un llamamiento a la colectivización de la tierra, a levantarse contra la autoridad republicana e iniciar un camino revolucionario autónomo; los “otros tiranos” no eran sino las autoridades de la república y la burguesía agraria que había permanecido fiel al sistema, no uniéndose a los franquistas. Cuando las cosas evolucionaron en el sentido de aceptación del orden republicano, la leyenda del cartel fue modificada, siendo sustituida por “Campesino: Trabaja para el pueblo que te ha liberado”. Se amansaron las aguas en el interior del campo republicano y la CNT se sometió a la disciplina de ganar la guerra, postergando la necesidad de revolución. En el primer caso el juego de oposición escritural advertía de un peligro cuyo origen se situaba en el seno mismo de la república: “No cambies una bota por otra, asegúrate de que la república popular no va a hacer contigo algo similar a lo que hasta ahora habían hecho los franquistas”. Fue la consigna ácrata durante el primer año de la guerra y no es casualidad que este manifiesto fuese firmado por la Federación Regional de Campesinos de Levante. En el segundo caso aparecía ya la firma del Comité Nacional de la CNT y la leyenda reflejaba los pactos alcanzados con los demás partidos republicanos, orientados a derrotar a los sublevados franquistas antes de proceder a cualquier otro ajuste (nº 7).

La necesidad de presentar al campesino como Prometeo desencadenado que al tiempo tiene carácter de héroe celestial pero los pies bien anclados en tierra, poseedor de potencia revolucionaria mas liberado por otro héroe, llevó a Arturo Ballester a utilizar una mirada “cinematográfica”, situando el punto de vista del espectador a ras de tierra para que contemplase al campesino como quien observa a un gigante cuya enorme silueta se recorta contra el cielo ocultándole el sol y despidiendo destellos de luz.

La tierra está presente no sólo por constituirse en punto de vista sino también por los colores utilizados (pantalón marrón de “pana campesina”, camisa, sombrero, brazos y rostro de un amarillo que tiende a ocre), que subrayan el origen y la esencia del único protagonista de la composición. Sin embargo, sólo aparece una estrecha zona de suelo

en la esquina inferior derecha, el resto del fondo es cielo; la oposición y complemento entre la tierra y el cielo, la combinación de lo firme y lo infinito, la dialéctica que conduce desde las ataduras a la libertad es donde se encuentra el sentido general del cartel.

Compositivamente predominan las diagonales; la general dirección de ascenso queda señalada por la banda azul rodeada de blancos del cielo. El cuerpo del campesino se coloca en la diagonal opuesta, surgiendo de la derecha para llegar hasta la izquierda, con lo que afirma su voluntad de levantarse contra corriente, connotando su alzada con claridad el sentido de rebelión contra lo establecido; pero se hiergue para incorporarse a la corriente de progreso y ascensionalidad general, no para oponerse a ella y por ello la mirada y la línea de los brazos forman aspa con el cuerpo y apuntan en el mismo sentido de la banda celeste; podemos decir que si las piernas y el torso indican su ligazón con la tierra, en cambio los brazos y el rostro denotan la voluntad y la fuerza interiores y se ponen en línea con el firmamento.

Arturo Ballester recurría con frecuencia a la mitología clásica y el campesino aparece como Prometeo: las cadenas no se las ha roto él mismo, esa entidad ideal que es “el pueblo” ha sido el Heracles colectivo encargado de la tarea; al igual que Prometeo (a diferencia de Ícaro, que sería en otro cartel el motivo usado por Ballester para glorificar a los aviadores) no debe dar la sensación de que el cielo le va a hacer abandonar la tierra, por lo que su anclaje es particularmente reafirmado a través de la exageración de las dimensiones de la pierna derecha (exageración evidente cuando se cae en la cuenta, pero que pasa desapercibida en una visión no analítica), apoyada por el tono más oscuro y pesado de todo el cartel, el marrón de pana campesina de los pantalones.

El mensaje escritural está colocado también en la base y mantiene el doble sentido de la imagen (oposicional/complementario) a través de dos palabras clave, “liberación” y “trabajo”. El pueblo ha liberado al campesino y ello le ofrece hermosas perspectivas de futuro (la reforma agraria), pero le pone la condición de un esfuerzo redoblado en su productividad. El texto funciona efectivamente como anclaje de la polisemia icónica; de hecho el sentido del cartel cambia radicalmente cuando la escritura se modifica, como hemos podido comprobar.

Cabe hacer notar, por último, que la visión en tres cuartos del campesino hace participar a la imagen del régimen del discurso (“Yo, campe-

sino, he roto mis cadenas alzándome contra la opresión y tengo confianza y esperanza en el futuro”), pero también de la del relato (“Mirad cómo el campesino ha roto sus cadenas...”); sin embargo, el mensaje escritural es plenamente discursivo, dirigiéndose directamente al espectador para llamarlo a actuar de cierta manera. Cartel complejo si los hay, es uno de los más interesantes de su autor y permite un funcionamiento solitario de la imagen, sirviendo cada uno de los dos escritos para concretar los múltiples sentidos.

Para terminar con estos análisis formales veremos a continuación un cartel del hermano de Arturo, Vicente Ballester Marco, dedicado a glorificar a los combatientes del mar.

Bravos marinos (nº 8) es un cartel “de héroe” encargado por la CNT. En el contexto de la cartelística de la Guerra Civil española resulta original y llamativo; muestra influencias de cierta cartelística soviética y tiene una clara impronta *déco*, lo que no impide que en la España de 1936-39 su composición resultase atrevida y avanzada. El motivo central es la oposición entre planitud y profundidad: un conjunto de siluetas planas, amplias zonas de color corrido y una sucesión alternada de tales zonas con otras rellenas de pintura salpicada que consiguen provocar sensación de profundidad.

Por la esquina superior izquierda aparece un barco de reducidas dimensiones con una cruz gamada en la proa; continuando la diagonal que parte de aquella esquina se organiza toda la composición. El barco reposa sobre un mar representado por dos bandas de olas –a la manera de un escenario teatral–, aureoladas por ondas de espuma blanca. Casi tocando el barco, pero traslapándose por delante del mar y estructurando así la ilusión de lejanía, tres cañones ocupan la zona central. Delante de ellos (por encima) aparece la figura plana y geometrizada de un marinero, con la cara vista de perfil y el pecho en tres cuartos, casi de frente. La inscripción “Nuestras costas serán defendidas por nuestros bravos marinos” surge como si estuviese sobreimpresa encima del marinero, pero en realidad define un primer plano, subrayando la superficie de representación, al tiempo que repite el ritmo circular iniciado por las olas. Hay pues siete planos en el cartel; por orden: 1: El mensaje escrito; 2: El marinero; 3: Los cañones; 4: La superficie del mar hasta la primera línea de olas; 5: La segunda línea de olas; 6: El barco; 7: El cielo amarillo.

La escritura, el marinero, el mar, las olas y el cielo (1, 2, 4, 5 y 7) son zonas de color plano, con excepción del breve sombreado que define el rostro, mientras que el sombreado ha sido bastante más utilizado en los cañones y el barco, en tanto que, entre los planos 4º y 5º se ha interpuesto una orla de espuma. Los contrastes de color son potentes: amarillo limón, azul oscuro, azul claro, ocre, negro, creando buenas condiciones de visibilidad e impacto. En la transmisión del mensaje de propaganda hay una contradicción que es preciso señalar: las siglas “CNT” están colocadas en la misma zona que ocupa el barco enemigo, con un grosor de negro semejante al de la cruz gamada que éste lleva en la proa; la CNT se apropia así de los *predicados negativos* del cartel, los que corresponden al buque fascista. Ciertamente, al encontrarse en la vertical de la cabeza del marino, se adueña también de los atributos de éste; pero la colocación no dejaba de ser, cuanto menos, equívoca.

La indefinición de los rasgos físicos del marinero es total, topamos con un héroe anónimo; pero hay que señalar también algunas particularidades: el único protagonista que recorta su figura contra el cielo es el barco enemigo, y así la libertad de movimientos le es asignada a él; por otra parte, tanto el marinero como los cañones tienen el mar como fondo, se inscriben en el agua, por lo que ésta se convierte tanto en medio donde se desenvuelven como en condición de su prisión; mirando detenidamente, se comprueba cierta sensación de que las olas se les vienen encima al héroe y a sus armas; ello es atenuado por el juego de planos que se ha referido pero, en cualquier caso, no logra eliminar la impresión de encerramiento, de falta de libertad de movimientos de la figura heroica. Finalmente hay que hacer notar que los cañones apuntan al barco adversario desordenadamente, de manera atosigada, como si hubiesen sido preparados y movidos con la improvisación urgida por el súbito aparecer de la nave que ataca. Todos ellos son rasgos que hablan de la *voluntad de veracidad* del cartel de Vicente Ballester; los ataques de barcos franquistas a las costas valencianas fueron nota trágica en la vida ciudadana; otros carteles presentaron documentos gráficos de los desastres que los disparos de buques enemigos produjeron en los barrios lindantes al puerto. El poderío en el mar de los sublevados era considerable y la tarea de los marineros defensores muy comprometida; el mar era un peligro para ellos y el cartel de Ballester reflejaba verazmente la situación.

Para terminar con Vicente Ballester Marco hay que señalar una característica general de sus carteles: el importante papel desempeñado por la línea. Es un rasgo muy *déco* y lo marca estilísticamente por encima de otras consideraciones. Podemos comprobarlo en *Bravos marinos*: todos los dibujos son lineales, incluso las sombras de la cara del marinero sirven para definir las líneas del ojo, la oreja y el mentón; las figuras quedan encerradas dentro de sus líneas de contorno y parecen recortables pegados unos encima de otros; las líneas actúan por sí mismas, creando ritmos y sucesiones, equilibrios y oposiciones y adquieren una temporalidad propia en la superficie de representación.

En los hermanos Ballester se hallan dos de las grandes figuras del cartelismo de guerra. Arturo no fue un artista introducido de lleno en la vanguardia intelectual de su tiempo, ni tampoco conocedor profundo de las últimas experiencias de la gráfica internacional; a diferencia de José Renau su ámbito se redujo a los límites españoles; pero su intuición lo condujo a una interesante concepción del cartel, arraigada en la tradición valenciana y conocedora de las imposiciones y posibilidades de la técnica litográfica; entendió también a la perfección los planteamientos de la propaganda, presentando siempre una relación coherente entre estructura formal y mensaje transmitido. Dentro de su producción cuentan un buen número de excelentes carteles, de los que son ejemplo *¡Llor a los héroes!*; *Marino mercante, raza de héroes*, *¡Salud!*; *La guerra se gana con oro*; u *Homenaje a la URSS*. En conjunto es una de las figuras más dignas de todo el cartelismo de la Guerra Civil. Vicente en cambio tuvo menor fidelidad que Arturo a una misma poética y hubo variaciones en sus criterios plásticos que diferenciaron unos carteles de otros; organizó el mensaje propagandístico con menos claridad que su hermano, pero presentó una serie de aciertos de rango superior que le hacen merecer un puesto entre los primeros cartelistas españoles de aquel tiempo.

Entre los tres, José Renau, Arturo y Vicente Ballester Marco, ofrecen una perspectiva formal no concluyente, pero sí muy representativa de lo mejor que ofreció la cartelística republicana de la Guerra Civil Española. Ciertamente son sólo tres de entre los centenares de cartelistas, y en un escrito de mayor longitud habría que mencionar a muchos otros, como Manuel Monleón o los catalanes Lleó, Solá, Henry, Lorenzo Goñi o Josep Subirats; igualmente habría que señalar la influencia de la pintura de vanguardia en Helios Gómez, Ambrós o Cadena, o el dibujismo pictori-

cista en Carles Fontseré y Martí Bas; podría decirse que entre los carteles litografiados en Madrid fueron expresión de la madurez publicitaria varios relacionados con la Exposición Nacional de Obras Públicas de 1937, particularmente los de Contreras y Cabana, de J. Briones y de Girón; también madrileños fueron muchos carteles de gran impacto, como los de Cantos, Espert, Melendreras, Parrilla o Pedrero y que el dibujismo pictoricista encontró su paladín madrileño en José Bardasano. Mencionar también, finalmente, a Mauricio Amster, Boni y Hortelano, J. A. Morales y la única cartelista con nombre, Juana Francisca, esposa de Bardasano. Pero creo que los ejemplos analizados pueden, cuanto menos, iniciar el conocimiento formal de ese amplio movimiento artístico de masas.

Las imágenes: criterios retóricos

Además de adoptar ciertas actitudes formales, los carteles usaron determinados criterios retóricos. Desde el punto de vista de la relación del mensaje con el objeto de su propaganda, la inmensa mayoría participan del régimen de la predicación pero hay, no obstante, cierto número más reducido que se sitúan en el régimen de la presentación.¹

Dentro de ellos es especialmente infrecuente la mera *exposición*: los carteles expositivos poseen un carácter básicamente informativo, dando noticias sobre ciertos datos con la apariencia de no intervenir sobre ellos; como ejemplo puede citarse un cartel de Benet cuya imagen era simplemente un mapa de la Confederación General de Levante de la CNT, u otro de Mauricio Amster, en el que el Ministerio de Instrucción pública anunciaba las condiciones de ingreso en el Instituto para Obreros. Más a menudo incluyen algún elemento que actúa como presentador, oficiando de intermediario del mensaje, ofreciéndolo desde dentro del espacio visual; por ejemplo, en un cartel de José Bardasano una parte del texto, en letras más grandes (“Su excelencia el presidente de la República ha dicho”) es la encargada de presentar la otra parte. Variedad interesante de la presentación es la *designación*: una imagen señala directamente el objeto de propaganda; un ejemplo paradigmático es uno de los carteles firmados con “L.”: el texto es una frase de Negrín: “Los vacilantes, los

¹ En este apartado he adoptado alguno de los criterios clasificatorios ideados por Péninou (1972).

desanimados son ... los mejores colaboradores del enemigo”; la imagen es una mano con el dedo índice apuntando a un “globo” en el que hay tres individuos “vacilantes y desanimados”; por encima de las distintas predicaciones del cartel se halla la reafirmación indicativa, la condición de la mano de “presentador icónico”: “helos aquí, estos son” subraya con insistencia el dedo índice, acaparando para sí la mayor parte de la superficie de representación. La tercera variedad es la *exhibición*: a diferencia de la designación, en la que presentador y objeto presentado se colocan en situaciones espacio-temporales distintas, en la exhibición los dos elementos poseen unidad de tiempo y espacio. Puede ponerse como ejemplo el cartel de José Bardasano *Exposición Nacional de La Juventud*: una estrella roja, símbolo metonímico de la juventud revolucionaria, es levantada ante el espectador por la figura de un joven.

La designación y la exhibición fueron procedimientos casi siempre acompañados de predicaciones de tipo metonímico o metafórico; aunque cabe incluirlos en el régimen de la presentación, son en realidad variantes predicativas en las que se designaba con precisión e insistencia el objeto de propaganda. En conjunto de entre los carteles de la guerra los presentativos no llegan a un diez por ciento, el otro noventa por ciento son predicativos.

Cuando la atribución de valores prevalece sobre la presentación del objeto hallamos la propaganda predicativa. Podría hablarse de tres tipos de predicación, incluyendo la particularidad de la sinécdoque, aunque ésta también puede considerarse un peculiar procedimiento metonímico; los dos regímenes fundamentales son el metafórico y el metonímico. Muy a menudo, en los carteles de la Guerra Civil, las metáforas suelen apoyarse en construcciones metonímicas; un curioso ejemplo fue el fotomontaje de Alcaraz Cortés *¡Hagamos Valencia inexpugnable!*: una fotografía aérea de la ciudad ocupa la zona derecha del manifiesto; en la parte izquierda hay un barco disparando sus cañones sobrevolado por aviones que lucen la cruz gamada en las alas; como estampado encima, un dibujo muestra un hombre construyendo una especie de barrera arenosa que divide Valencia del mar ocupado por el enemigo; en la barrera, que aísla como un búnker la ciudad, se alojan algunos cañones que responden al fuego del buque enemigo. En tanto la barrera es una metáfora, la acción de combate y fortificación tiene carácter metonímico. Algo parecido sucede con el cartel anónimo *La revolución no se contiene, se encauza*: la acción

revolucionaria es representada por un río; detenido por una presa, es preciso romper ésta por un punto para que el agua circule por el cauce previsto, generando así toda la riqueza que encierra.

El pensamiento metafórico se desarrolló ampliamente en los carteles; Arturo Ballester presentó los aviadores de la República metamorfoseados en Ícaros redivivos, al labrador convertido en Prometeo y, como nuevo rey Midas, mudó las naranjas en monedas de oro. Su hermano Vicente hizo que el pueblo español se tornara muralla, en tanto para Sanz Miralles el muro eran las siglas de tres organizaciones y la pared de Tomás un soldado del frente de Madrid; Bardasano representó España como una bayoneta clavada en la garra del fascismo, impidiéndose apropiarse de Europa y como un león mayestático que aplasta el fascista haz de lítoris; en un cartel de R. Mas, la ignorancia era una flecha destructora de libros y el catalán Ramón Puyol dibujó distintos personajes poco menos que como seres extraterrestres, en tanto un cartel anónimo mostraba al acaparador como el monstruo de Frankenstein.

Aproximadamente el treinta por ciento de los carteles predicativos estuvieron organizados metafóricamente. La metáfora suscitaba el problema del enmascaramiento del referente, cuyas condiciones físicas eran transmutadas por otras; en comparación con ella, la metonimia ofrecía una referencia relativamente clara al objeto de propaganda. Por su parte, la sinécdoque fue una manera metonímica muy utilizada, pues representando el objeto por una de sus partes se obligaba al espectador a contemplarlo desde un ángulo preseleccionado que imponía determinada valoración. Los carteles sinecdóquicos constituyeron uno de los sectores más interesantes de la iconografía bélico-revolucionaria española: manos, puños, pies, cabezas estuvieron presentes en la mente del pueblo hispano como imágenes de valor, altamente significativas en la escala de la sociedad española del 36. El cartel cinematográfico de Renau *Los marinos de Cronstadt* (il. nº 9) puede ser buen ejemplo; está protagonizado por un brazo que acapara la atención del espectador y menos remite a la acción de los marinos rusos que llama a ejercer la propia fuerza del que lo mira.

La metonimia propiamente dicha ofrece dos formas principales. Una es la representación de una cosa por otra que le sirve de signo; en la guerra son muchos los carteles en los que unas siglas simbolizan un partido, un libro el conjunto de la cultura, un fusil el ejército, una labra-

dora con traje típico el País Valenciano, una rueda dentada la industria, un martillo el trabajo, un brazo con una hoz el campesinado, un mapa el territorio, una bandera una idea... La otra forma es cuando, en lugar de transmutar el objeto, para cualificarlo se lo inserta en una acción, transmitiéndole, por contigüidad, los predicados de la acción. La mayor parte de los carteles predicativos de la guerra se estructuraron sobre esta última modalidad metonímica, dominando en ellos el mundo del relato, de la acción cualificadora. Más del sesenta por ciento de los carteles participó de una de estas dos maneras metonímicas.

Hasta aquí se han tipificado los carteles por la relación que mantienen con su objeto de propaganda: presentación o predicación, exhibición o exposición, metáfora o metonimia... todas ellas eran formas de conectar el cartel con el segmento de realidad que pretendía reflejar. Hay también distintas maneras de organizar la relación del cartel con el espectador; para ejemplificar la primera de ellas tomaremos un cartel prototípico, el del catalán Goñi *I tú? que has fet per la victòria?* (nº 10). Un soldado muerto levanta el brazo y la cabeza para mirar al espectador y apuntarle con el índice, pronunciando la pregunta consignada en el texto. Está dirigiendo un *discurso* a quien mira, hablándole directamente, interpe-lándolo y, de esa manera lo implica en el cartel. Ciertamente: el soldado ha sido muerto a causa de un disparo en la sien, el cuerpo y el fusil han caído al suelo; pero el relato está temporalmente suspendido, el cartel se limita a describir sus resultados, en tanto su carácter discursivo predomi-na absolutamente. El trabajo de Goñi fue una original variante de la larga lista que continuaba el de Alfred Leete donde Lord Kitchener, almirante inglés de reclutamiento durante la primera guerra mundial, señalaba al espectador con el dedo diciéndole “Your country needs you”.

Por el contrario, en el cartel de Cantos dedicado a las brigadas internacionales (nº 11), los dos personajes aparecen de espaldas, ignorantes de la mirada del espectador, y hasta el texto escrito (“Las brigadas internacionales, en el seno del Ejército Popular, ayudan a defender tus riquezas y tu tierra”) refiere un hecho sin señalar explícitamente el destinatario. Hay aquí un narrador que se coloca fuera de la escena o, más exactamente, es el propio cartel el que se convierte en narrador, presentando un *relato* al espectador. La implicación es aquí indirecta, no como en el caso anterior, pero no por ello menor, dada la presumible simpatía

del espectador con la escena contada, con la acción en que las figuras se desenvuelven.

Hay así definidos dos regímenes de relación del cartel con el espectador: el *régimen del discurso* y el *régimen del relato*. Pero observemos ahora otro cartel de Arturo Ballester, *Un marino: un héroe* (n° 12). El personaje aparece en tres cuartos; su mirada no se dirige al espectador, pero tampoco está introducida de lleno en la escena; apunta exactamente al vértice, a esa línea de encuentro y separación entre el interior y el exterior del cartel, a la divisoria entre el espacio de la ilusión y el espacio real ocupado por quien mira; si la desviase ligeramente hacia la izquierda, miraría al público, si hacia la derecha, la introduciría en la escena. El cartel participa así, a la vez, de los regímenes del discurso y el relato. El marinero nos brinda su rostro; con menos fuerza que en el cartel de Goñi, pero a quien lo observa le dice: "Contéplame. Pon atención a mis cualidades", y lo introduce en la escena figurada; pero no por ello deja de ser partícipe de tal escena, sigue siendo *objeto del relato* que el cartel ofrece.

De los tres regímenes, el discurso es el menos utilizado en las imágenes, aunque se hace muy presente en los textos escritos. Los carteles completamente discursivos no alcanzan el quince por ciento del total, cosa fácilmente comprensible, pues organiza la implicación de mayor grado y una excesiva repetición de discursos amenazaba con agotar la capacidad receptiva del público y anular cualquier eficacia.

El modo más conocido de discurso es el que hemos visto en que una figura señala con el índice al espectador, como en el cartel de Goñi. En los carteles que lo adoptan, el mensaje escrito funciona a la manera de los globos de las tiras cómicas: son las palabras escritas del discurso que el personaje dirige, *las palabras de la imagen*. Puede verse otra de las variantes que aparecieron durante la guerra en el cartel catalán de Arteché *Les milicies us necessiten!* (n° 13), en el que una miliciana de la primera hora (el manifiesto es de los últimos meses de 1936, antes de la reorganización del ejército republicano, que excluyó a las mujeres) señala al espectador, situándose también en la órbita de Alfred Leete, y le dirige las palabras que constan en el escrito.

Como contrapunto a esas palabras de la imagen está el *discurso de las palabras*, que aparece cuando el mensaje escrito es el encargado de implicar al espectador, pasando así a ocupar un lugar preeminente en

la composición a la vez que se sirve de las imágenes –habitualmente pertenecientes al régimen del relato– para sostener y apoyar su propia visibilidad. Buen ejemplo de ello es el cartel de Luis Dubón *¡Germans, al front!* (nº 14), organizado colocando las palabras del texto en las zonas amarillas de la bandera valenciana, quedando así subrayadas por las barras rojas; la bandera ondea ocupando la mayor parte de la superficie del cartel y presenta así el texto en primer plano a la vez que lo hace resaltar sobre las imágenes.

Una tercera variedad es el *discurso mudo de la imagen*, que es escaso, pero no por ello menos significativo. Pelegrín elaboró un cartel que es el ejemplo perfecto (nº 15): el busto de La Pasionaria sonriente ocupa todo el espacio; Dolores Ibárruri mira de frente, estática, enviando una sonrisa tranquila, confiada y alentadora; la madre de la revolución, el emblema personificado del Partido Comunista, hacía propaganda con su mera presencia y alentaba a los militantes (no sólo a los comunistas) reconfortándolos en la identificación del partido con su figura generosa. No hay en el cartel una sola palabra (aparte de la firma del autor y del pequeño sello de la entidad editora), ni siquiera consta la litografía; parece la versión *ante litteram* de los versos que años más tarde dedicaría a Pasionaria Rafael Alberti:

Bandera de los caminos,
Pasionaria de las manos
de los pobres campesinos.

Sol grande, estrella polar,
Dolores de los obreros,
de la tierra y de la mar.

Alma de la reconquista,
fuego tendido en el viento
del Partido Comunista.

Madre buena, madre fuerte,
madre que para la vida
le diste un hijo a la muerte.

El discurso de Pasionaria no necesitaba palabras, bastaba con la sonrisa; con ella decía todo: confianza en la lucha, seguridad de victoria, justicia de la línea política. Cualquier escrito sólo habría disminuido la eficacia del manifiesto. Este cartel de Pelegrín es también un *discurso del líder*; bastante utilizado durante la guerra cuando se pretendía implicar al espectador a través de una figura cubierta de aureola: Manuel Azaña, Juan Negrín, el general José Miaja, el líder anarquista Buenaventura Durruti, el presidente de la Generalitat Catalana Lluís Companys... sus efigies poblaron también los muros de las ciudades y pueblos para emitir un discurso de tranquilidad y orden.

Polo opuesto al discurso del líder fue el *discurso de la miseria*, que intentaba promover la solidaridad mediante la lástima que suscitaba la imagen; puede ponerse el ejemplo de un cartel de Borrás Casanova, cuyo texto reza: "Los trabajadores españoles luchan por la libertad y la cultura de todos los pueblos. ¡Solidarizaos con ellos!", preparado para ser enviado al extranjero; la imagen es un espantoso dibujo de una familia (padre, madre e hijo) semi desnuda, con algunos harapos, que demanda una caridad que se fundamenta en la pena que dan los personajes. Afortunadamente fueron escasos los carteles que acudieron a este tipo de discurso. En cambio se recurrió abundantemente a otro mucho más serio y eficaz, el *discurso del sufrimiento*; se llamaba al espectador a solidarizarse con los que sufrían o bien se ponía en evidencia la maldad del enemigo a través de los padecimientos que infligía a víctimas inocentes. Los mejores ejemplos fueron hechos por el Ministerio de Propaganda y se difundieron dentro de España en castellano y en el extranjero en varios idiomas; veremos el ejemplo de dos fotomontajes de primera calidad; uno toma la fotografía de un niño muerto, con el número de identificación para el depósito colocado sobre el cadáver (nº 16); era una foto que ya había aparecido junto a otros cadáveres infantiles en carteles anteriores, pues el niño había sido víctima de un bombardeo sobre Madrid; pero se eligió precisamente éste porque el niño aparece en la foto con los ojos semiabiertos y parece mirar a la cámara; cobra así la vitalidad necesaria para dirigirse al espectador en un discurso vivo sobre su propia muerte. Sobre el niño, sirviéndole de fondo, un cielo con nubes poblado de aviones bombarderos, los causantes de la tragedia. El texto aparece como marco del fotomontaje: "Madrid. La práctica "militar" de los rebeldes. Si tú toleras esto, tu hijo será el próximo". El otro ejemplo

es semejante, pero toma como protagonistas dos seres vivos que huyen angustiados del escenario de las bombas (nº 17), una madre con su hijo en brazos. También aquí un cielo con nubes aloja una escuadrilla de bombarderos enemigos; esta vez las dos figuras miran a los ojos del espectador, dirigiéndole un discurso semejante al del cartel anterior: “¿Qué haces tú para impedir esto?” (llama la atención la falta de ortografía que supone colocar en francés el punto de interrogación abierto). Huyen des-pavoridos y sobre ellos surgen las ruinas de una casa recién derribada; el impacto del fotomontaje es inminente y muy alta su calidad formal; es uno de los mejores ejemplos de la buena calidad de muchos carteles de la guerra civil española.

Emparentado con el del sufrimiento estaba el *discurso del miedo*, en el que se dirigía al espectador una imagen del enemigo, espantándolo con sus amenazas; puede citarse como ejemplo un cartel de Manuel Monleón, *La ética del fascismo*, en el que un ser monstruoso con una espada gigante aparece imperando sobre un cementerio y mira al espectador con una sonrisa de ogro, en tanto la leyenda reza: “La ética del fascismo. ¡En pie de guerra contra él!”; no proliferaron estos carteles pues también es posible encontrar en ellos cierto sentido derrotista. Una variante a la que se recurrió más fue *el discurso del peligro*, en el que la imagen se dirige al espectador expresándole los riesgos que ella misma representa, como, por ejemplo, el dibujo que publicó Renau en la revista *Blanco y Negro* con una mujer de oreja enorme con la leyenda “La espía oye”.

En su conjunto, los carteles que se organizaron desde el régimen del discurso constituyeron una presencia sustancial en la propaganda de guerra: fueron la manera de orientar con autoridad las conductas de los militantes y del público en general.

Junto a ellos estaban los relatos. Si el discurso se apoyaba en una figura relativamente en posición frontal, el relato solía organizarse usando personajes de perfil o de espaldas; las escenas representadas empezaban y concluían en sí mismas, dejando siempre fuera a quien miraba; pudo construirse sobre una metáfora o una sinécdoque, pero en cualquier caso, su carácter de relato daba lugar a una metonimia. Fue el régimen que siguieron la mayoría de los carteles de la guerra, alrededor del 65%, por lo que no parece oportuno exponer ejemplos concretos; no obstante, puede señalarse un caso interesante en que el cartel se coloca en situación de relato mediante la supresión de una variante icónica que, de

haber estado presente, habría configurado un manifiesto discursivo. En el cartel de Wila *El analfabetismo ciega el espíritu. Soldado, instrúyete* (il. n° 18), el rostro del soldado, dirigido frontalmente hacia el espectador, en actitud de discurso, tiene, sin embargo, una venda sobre los ojos. La mirada ha desaparecido y con su falta el discurso ha dejado paso al relato: no es ya el soldado quien nos habla de la cultura, sino el cartel el que relata la incultura del soldado; se ha producido una transgresión, pues ha habido una mutilación, un empobrecimiento de la imagen; ello ha beneficiado al mensaje, al impacto del manifiesto; la impotencia de la incultura y la importancia que tendría quitar la venda de los ojos quedan especialmente señalados en el cartel.

Para terminar con estas apreciaciones sobre la retórica de los carteles de la guerra me ocuparé del tercero de los regímenes, la conjugación de relato y discurso. Ya hemos visto antes el caso de *Un marino: un héroe* de Arturo Ballester; acabaré ahora de ejemplificar el conjunto con un manifiesto de Pedraza Blanco, *¡Campesino!* (n° 19). La escritura dice: "Ayer sólo te permitían trabajar la tierra. ¡Campesino! Hoy, con la República, puedes llegar a ingeniero agrónomo". El rostro de un campesino con sombrero domina la superficie del manifiesto; a pesar de la sombra que arroja el sombrero sobre los ojos, puede percibirse claramente la mirada dirigida a un punto de la línea divisoria que separa el espacio virtual del cartel del espacio real desde el que el observador lo contempla; el campesino, con una leve sonrisa en los labios, sueña despierto en las posibilidades que le ofrece la República, sueño que se traduce en unas siluetas planas a su alrededor. Hasta cierto punto su actitud es discursiva y por otra parte no lo es; de alguna manera es un personaje de la historia que narra el cartel, pero en cierto modo es él quien está contando sus sueños al observador. La ambigüedad está configurada precisamente por la dirección de su hipotética mirada, exactamente clavada en la intersección entre la realidad y la ficción, entre el espectador y la escena. A través de su sueño participa en la narración, pero al tiempo se dirige a nosotros para que entendamos la satisfacción de su rostro, la carga de ilusiones que lleva. Es, pues, autor disimulado de un discurso y actor discreto de un relato, por lo que el cartel se coloca en la zona intermedia entre los dos regímenes, igual que el marinero de Arturo Ballester.

Esa zona intermedia fue alcanzada también mediante otros recursos. Así en el cartel de Calandín *La recolección es indispensable para nuestra victoria*, una mujer mira de frente y esgrime un discurso implicativo, pero al estar desplazada del lugar central hacia la extrema izquierda, cede ese lugar prioritario a la acción recolectora, de manera que contrasta la fuerza discursiva de la mirada central. Efecto semejante produce Canet en el cartel *Unificación* al colocar el personaje discursivo en un lugar secundario en tanto el centro es ocupado por las imágenes del relato. Un último recurso interesante fue utilizado por Sanz Miralles en *Hay que dar el golpe definitivo*: la figura camina hacia el espectador, mirándolo, pero dos cosas evitan una situación completa de discurso o relato: por una parte, el personaje no está en primer plano, aunque parece querer alcanzarlo, con lo que la fuerza del efecto discurso disminuye; por otra parte acaba de concluir una acción (aplantar al dragón) y está a punto de comenzar otra (cortarle la cabeza), estando detenido justo en medio de ambas; el relato existe así *antes* y *después*, pero no llega a construirse en el tiempo del cartel, que lo presenta implícito.

Así pues, la zona intermedia entre discurso y relato es susceptible de ser alcanzada mediante distintos procedimientos que tienen en común la introducción de elementos icónicos de ambos regímenes que se contrapesan mutuamente. En esta zona intermedia se colocaron aproximadamente el veinticinco por ciento de los carteles de la conflagración bélica.

Y con ella se concluye esta breve y rápida aproximación a la gráfica de la guerra civil española, que constituyó un momento especialmente relevante en toda la historia de las artes de masas.

Bibliografía

- TOMÁS, FACUNDO, 1986. *Los carteles valencianos en la guerra civil española*, Valencia: Ayuntamiento de Valencia.
- PÉNINOU, GEORGES, 1972. *Intelligence de la publicité. Étude sémiotique*, Paris: Robert Laffont.



Rehacer la memoria. Cultura y fascismo en la España democrática

Jordi Gracia
Universitat de Barcelona

Resumen

La revisión del fascismo literario español en la democracia fue un asunto más atractivo para los escritores jóvenes y nuevos de la década de los setenta y ochenta que para los medios universitarios. Sin embargo, los últimos cinco o diez años han mostrado un aumento sustancial de la atención: las reediciones y los estudios sobre las obras de autores fascistas han dado continuidad al trabajo pionero de José Carlos Mainer, y tomando así el relevo de lo que había sido la curiosidad estética y literaria por el falangismo de Francisco Umbral, Andrés Trapiello, Miguel Sánchez-Ostiz o José Carlos Llop.

Palabras-clave: fascismo literario - vanguardia - crítica universitaria universitaria - normalización

Abstract

The revision of the Spanish literary fascism in the democracy was a more attractive subject for the young and new writers of the seventies and eighties than for scholars. Nevertheless, last the five or ten years have shown at university a substantial increase of the attention: the editions and the studies on the literary fascism, had continued the pioneering work of Jose Carlos Mainer, and taking therefore the relief from which it had been the aesthetic and literary curiosity by the falangismo for Francisco Umbral, Andrés Trapiello, Miguel Sánchez-Ostiz or José Carlos Llop.

Keywords: literary fascism - avant-garde - literary criticism - normalization

Desde la primera redacción de este trabajo en 2001 han pasado algunas cosas nuevas en el tratamiento que la democracia ha dado, o da ya, a la literatura y los escritores del fascismo español¹. No sé si hay una relación estrecha y directa con la publicación de la novela de Javier Cercas, *Soldados de Salamina* (2001), creo que no, pero lo que indica ese éxito formidable, social y no sólo literario, de una novela que trata de la guerra, y de un fascista cobarde, y del instinto de la virtud, es que había más gente pensando en lo mismo, o curioseando en cosas semejantes. El aceleramiento de ediciones, reediciones, publicaciones de y sobre el fascismo literario en los primeros años del milenio debería advertir de la madurez de una generación histórica nacida con la última década del franquismo y al mismo tiempo de la lógica relectura que el pasado recibe en sus manos.

Porque buena parte de las cosas que cabía decir sobre la memoria del fascismo literario durante los años setenta y ochenta y en parte los noventa deben ser corregidas o matizadas para los ultimísimos años del siglo XX y sobre todo para los primeros del XXI. Dicho de manera muy directa: desde el fin de siglo se ha consolidado el tratamiento histórico y estético de una materia literaria que estuvo todavía maniatada por la hipoteca política heredada de la historia real, y también de la lectura (legítima) que había hecho el antifranquismo. Hoy ya no, hoy apenas queda rastro de eso porque parece más clara y numerosa la incorporación de la universidad al estudio y revisión de un espacio literario que parecía, hasta hace unos cuantos años, territorio propio para el ensayo de algunos escritores entonces jóvenes, como Andrés Trapiello, Miguel Sánchez-Ostiz o José Carlos Llop. La curiosidad que pueda hoy sentir un experto en la literatura de la Edad de Plata como Domingo Ródenas por averiguar las convergencias de vanguardia y fascismo (en un artículo aparecido en el segundo número de los *Quaderns de Valençana*, de la Fundación Juan Ramón Masoliver, en 2004) forma parte natural de su curiosidad por aquel mundo y en nada define ni una actitud política ni una vigilancia policial (ni una identidad literaria). Pero exactamente lo contrario sucede con quienes impulsan la editorial Actas, de Madrid. Allí

¹ Este artículo es la versión española, revisada y actualizada, del capítulo "Remaking Memory: Culture and Fascism in Spain", que figura como Epílogo del libro editado por Eloy E. Merino y H. Rosi Song (2005).

late una nostalgia política o una afinidad ideológica con el falangismo que es tan expresiva de la normalización de la literatura fascista en democracia como la actitud de Ródenas (aunque sea justamente la contraria). En Actas reeditan con prólogos y estudian con atención las novelas de los falangistas más tozudos, como el novelista Rafael García Serrano y *La fiel infantería* (2004), o reimprimen los testimonios de combatientes de la División azul, como el de Antonio José Hernández Navarro, *Ida y vuelta*, (2004) con voluntad rehabilitadora de su memoria.

Este es un importante salto cualitativo y es un indicio más de la interiorización plena del pasado, que es el único modo en que una democracia puede saludablemente mirarse a sí misma. No es extraño que de eso mismo se felicitase Andrés Trapiello, ocho años después de haber publicado, en 1994, un libro de Planeta que hizo mucho bien en el estudio de las letras de la guerra, *Las armas y las letras*: había contribuido a la “pacificación” de la literatura española, pensaba Trapiello, porque la “normalización democrática” de la literatura española había llegado con retraso, pero había acabado llegando (2002: 9). Y pese a eso, no se habían hecho públicas las cartas de Ramón Gómez de la Serna, alguna muy explícita de noviembre de 1939, mostrándose enteramente dispuesto a colaborar como fuese con el nuevo Estado... Y los términos son los mismos que la carta que recibe Dionisio Ridruejo, también desde Buenos Aires y también firmada por Gómez de la Serna, pero en los primeros días de abril de 1939, mostrando la misma sintonía ideológica, política y cooperadora.

No es, por tanto, especialmente llamativo el incremento de publicaciones de detalle o monografías sobre aquellos fascistas porque forma parte de los deberes cumplidos de una cultura democrática. Una colección sin ánimo comercial, como Obra Fundamental, de la Fundación Santander Central Hispano, decidió publicar, desde hace cuatro o cinco años, antologías de escritores poco rentables pero necesarios en el mapa literario del siglo XX. En esa colección han encajado, con deliberado y cuidadísimo equilibrio, autores que se mantuvieron en los cánones del liberalismo democrático fiel a la República y quienes entraron en las filas del fascismo, e incluso lo fundaron. De éstos últimos, José-Carlos Mainer se encargó de coleccionar la obra de Ramón de Basterra (2001), temprano aviso teórico y estético del fascismo español, y acaba de hacer lo mismo con el ensayo literario y militantemente fascista de Ernesto

Giménez Caballero (2005), y en ambos casos con extensos y originales ensayos críticos. Y Medardo Fraile había prologado ya una antología del articulismo de Samuel Ros (2002), otro convencido falangista tempranamente desaparecido, y yo mismo me encargué de la edición de unos *Materiales para una biografía* (2005), de Dionisio Ridruejo, íntimo amigo de Ros, mientras Domingo Ródenas traspasó la frontera de la guerra civil cuando propuso su propia antología de un demasiado olvidado crítico y ensayista como Antonio Marichalar (2004), procedente de la redacción de *Revista de Occidente* y secretario de redacción de *Escorial* desde 1940.

No han de sacudir decisivamente el panorama, es cierto, pero cumplen otra función indispensable: dotar al lector, al crítico, al historiador de los materiales que expliquen el auge y caída del fascismo no sólo como movimiento político sino como proyecto literario y estético. Aunque *Madrid de corte a checa*, la novela de Foxá, fue reeditada en 1993 sería divertido saber en qué consistieron los cambios que anunció por carta a su madre en 1956 en relación con el original de 1938, del mismo modo que sería un lujo poder disponer de una edición asequible del rico epistolario del autor y de sus diarios de guerra, publicados en Prensa española hace cuarenta años y del todo inhallables. Sí puede leerse hoy una bonita antología de su poesía, publicada en Renacimiento (2005), con prólogo de Luis Alberto de Cuenca, y una selección menos encomiable de los artículos que escribió Foxá para el *ABC* (2003). Y también ha regresado a las librerías Rafael Sánchez Mazas con su primera novela, *Pequeñas memorias de Tarín* de 1915, de la mano de Península (2005a), que también ha de reeditar en breve el proyecto inacabado de autobiografía, *Casi unas memorias*, de Dionisio Ridruejo, publicado de forma póstuma en 1975 por Planeta.

Sin embargo, lo que merece una atención particular es la publicación de trabajos recientes que han regresado al fascismo literario con voluntad analítica e interpretativa solvente: el libro de 1999 (Pre-Textos), *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, de Enrique Selva, fue una suerte de prueba y promesa de la calidad de las contribuciones futuras, y cuyas investigaciones estaban entonces en marcha: pienso en la tesis doctoral que Mechtild Albert ha dedicado a los escritores de Falange Samuel Ros, Tomás Borrás, Ximénez de Sandoval y Antonio de Obregón, bajo el título *Vanguardistas de camisa azul* (Visor, 2003) o el otro libro de consideración que ha sido *La corte literaria de José Antonio* (Crítica, 2003),

de Mónica y Pablo Carbajosa dedicado a narrar el origen intelectual y personal de la camaradería del fascismo literario español y cuyo origen está en la tesis doctoral que Mónica Carbajosa dedicó a Sánchez Mazas. Habría que añadir un librito modesto de Manuelle Peloille, *Fascismo en ciernes. España 1922-1930* (Presses Universitaires du Mirail, 2005), que es sin embargo un acierto redondo: se recogen y estudian significativos artículos sobre el fascismo de Mussolini aparecidos durante la dictadura de Primo de Rivera, y los nombres van desde los de Rafael Sánchez Mazas o Ernesto Jiménez Caballero hasta Josep Pla, Chabás u Ortega. En marcha hay al menos los estudios sobre la constitución cultural del fascismo de Marcos Aurel, en parte apuntados en su contribución a otro libro recentísimo, *Fascismo en España* (2006), editado por Ferrán Gallego y Francisco Morente en El Viejo Topo, o el hecho mismo de tener reeditadas las glosas de los años cuarenta en el diario *Arriba* de Eugenio d'Ors, reunidas en los cinco tomos que hasta 2002 ha publicado la Editorial Comares como *Último glosario*.

* * *

Las cosas eran muy distintas al borde del año 2000, porque para entonces el lugar de la literatura fascista española en la cultura de la democracia era casi un no lugar, o un estado nebuloso. O dicho en otros términos, la definición de sus valores literarios y la misma descripción histórica y crítica de su aportación estética apenas estaba esbozada por la crítica académica, que anduvo con algún retraso con respecto a la vitalidad creativa e imaginativa de algunos nuevos escritores a lo largo de los años ochenta. El origen de los *Soldados* de Cercas estuvo en una perplejidad crítica que arranca de algunos años atrás: qué futuro hubiese esperado a Manuel Machado de haber vivido la guerra en zona republicana y hasta qué punto hoy debiéramos desobedecer las filiaciones rígidas y mirar por nosotros mismos aquel pasado de buenos y malos. Una cosa parecida se preguntaba Andrés Trapiello en un prólogo para los poemas de Manuel Machado (1993), pero ni Cercas ni Trapiello recordaban en ese momento unos versos que Antonio había publicado en el número 18 de *Hora de España* en torno a la sombra de un futuro de incertidumbre. La evocación de la infancia en Sevilla de Antonio atrae el recuerdo de Manuel: “Aviva tu recuerdo, hermano./ No sabemos de quién va a ser el mañana”. En los versos gime sobre todo la sensación

de ser títeres de una obra ajena, cuyos hilos escapan a sus sentimientos y a sus biografías, como si el atropello de la historia fuese ya entonces irreversible (o sólo susceptible de empeorar).

Quien no es extraño que recordase alguno de esos versos es Max Aub, cuando desde el exilio evoca sus encuentros durante la guerra con Antonio Machado, y cita sin aviso, suelto, ese último verso –“No sabemos de quién va a ser el mañana”– y cita también una cándida declaración de Antonio cuando Aub le pide una comedia que a Machado le gustaría estrenar: “Es la historia de un soldado. Pero no tengo el original. Lo tiene mi amigo Juan Cassou. Tiene usted que pedírselo. Sabe usted: es de mi hermano y mía, naturalmente la firmaría yo solo” (Aub, 2001:171).

¿Por qué hoy releer a Manuel Machado, y apreciar *El mal poema*, y comentar sin remilgos sus facecias y sus canallerías menores, de mala cabeza y buen poeta? ¿Alguien ha de entenderlo todavía como una forma de complicidad política o de propaganda de nada? ¿Releer a Manuel Machado como poeta es ya sólo resultado del transcurso del tiempo o es más bien un ejemplo, pero muy claro, de un proceso general de neutralización de la política como agente patógeno de la lectura literaria? Hace treinta años no había otro Machado bueno que Antonio y hasta Borges tuvo que reclamar la atención hacia Manuel con una ocurrencia verbal famosa, pero las cosas han ido volviendo lentamente al orden de su verdad. Si nadie ha discutido seriamente el valor de poeta y ensayista de Antonio Machado, hoy tampoco nadie niega el valor de Manuel. Incluso algo de su tono está en poetas valiosos de la democracia, como Miguel d’Ors o Carlos Marzal, que lo han releído y apreciado al hilo de una resurrección necesaria y tardía (ediciones anotadas, estudios monográficos, tesis doctorales, edición de papeles inéditos...).

Ni para Javier Cercas, ni para muchos de quienes tenemos la misma edad que él, que Marzal o que Felipe Benítez Reyes (otro poeta con dejes de Manuel Machado) la guerra y sus consecuencias se leen como una ecuación simple. Medio siglo es tiempo suficiente para volver la mirada al pasado y releer sin el espejo que han usado otros, aquellos que vivieron complicadamente una militancia antifranquista o que hubieron de corregir lecturas y criterios para no hacer el juego a ningún poder o contrapoder. Hemos empezado a leer la literatura fascista española con criterios menos condicionados biográficamente y, por tanto, más libres de la hostilidad que la propia experiencia destila hacia ellos y sus nom-

bres, como si ya no bastase la autoridad de los mayores para aceptar sin regatear mucho que Manuel Machado era el malo sólo porque el nuevo régimen lo entronizó como el verdadero Machado, bueno y viejo.

Me pregunto si es una falsa percepción la que acabo de apuntar y me lo pregunto porque quizá el lugar de la literatura fascista es el único que merece: el olvido y la desmemoria en tanto que literatura nacida de una fiebre ideológica y política que intoxicó estéticamente a sus escritores. Como si el único lugar posible hoy de esa literatura fuese la esporádica memoria de este o aquel autor, o como si apenas valiese aquella experiencia literaria más que para amueblar bibliotecas de filólogos excéntricos o desnortados. Quizá sea cierto que aquella literatura no dio mucho más de sí que material de recreación culta o erudición ful, y quizá, en el fondo, el diagnóstico precocísimo de Francisco Umbral haya acabado siendo el más perdurable, es decir, fueron en conjunto escritores de página y estilo, sin ambición literaria, o desahuciados por razones históricas, ideológicas y éticas de otros empeños estéticos mayores.

El juicio es presumiblemente exacto pero seguramente también insuficiente. Vale para medir el valor de un tipo de prosa que heredó el propio Umbral, que ha sido un referente cierto de su propia formación de escritor y que ha sido cómplice de su propia antipatía a la novela como género. El articulismo de Falange le ha valido como modelo de prosa para un tipo de literatura que disuelve los géneros, o aspira a desobedecerlos conociéndolos muy bien. Y no ha sido el único autor tentado por esa forma de la prosa, porque mucho deben también autores como Juan Perucho o Alvaro Cunqueiro a ese modo culto y caprichoso de escritura (por más que la fuente común de unos y otros los emparente con las filigranas de solvencia e intuición de Eugenio d'Ors...). Lo que es menos seguro es que otro tipo de mirada crítica no sea capaz de evaluar la literatura del fascismo con requisitos menos prácticos, o al margen de los intereses de un escritor que necesita reinventar y dignificar su propia tradición literaria. Umbral encontró una de las muchas paternidades literarias que exhibe en aquella prosa de Falange, pero seguramente encontró en ella lo que buscaba previamente, como casi siempre que se busca algo: dejó de mirar, por decirlo así, en aquel otro posible lugar, la novela, particularmente, donde Foxá, Sánchez Mazas o García Serrano sí fueron capaces de dar unas cuantas cosas de valor.

Los titubeos de estas reflexiones apuntan a una certeza, y es que todavía las letras españolas no han encontrado el modo de dar coherencia literaria e histórica a un conjunto de obras que, sin embargo, emiten numerosos destellos de complicidad tanto estética como política y literaria. Los datos para trazar el cuadro parecen estar, pero falta aquella forma de articulación teórica e interpretativa que haga sentido, que precise resultados menores y mayores, y aspire a narrar la maduración de la literatura fascista, y señale sus ritmos interiores, o lo que hubo de impotencia creadora con resultados extrañamente creativos. El ejercicio está en gran medida todavía pendiente: explicar la trama interior con las vanguardias y retomar el hilo de las lecturas del fascismo italiano, alemán o portugués, reparar de nuevo en las complicidades ligadas en tertulias y revistas de los años treinta, deslindar intereses históricos muy urgentes de lo que fueron las ambiciones literarias de mayor calado e incluso, recomponer la unidad dispersa de la obra de quienes fueron tejiendo los mimbres de una sensibilidad de naturaleza fascista con perfil propio. Entre el aristocratismo de asepsias y esencias de Sánchez Mazas y el instinto de honor y trinchera de García Serrano caben muchos registros posibles de una misma sensibilidad. No sé si son, o no, los polos extremos de un fascismo literario español, pero quizá pueden valer como materialización de dos formas enemigas, diferenciadas, de comprender la aventura estética del fascismo en España.

Un libro de 2000 de María Ángeles Naval publicado por el CSIC sobre *La novela de Vértice* y *La novela del sábado* tiene el buen sentido de reflexionar sobre esos distingos porque sirven para entender mejor la buena y la mala literatura fascista, y sirven también para delimitar lo que pudo ser la expresión literaria del fascismo como sensibilidad e ideología y lo que fue sólo o poco más que una literatura de militancia política. Sin embargo, no parece que hayan sido los ámbitos académicos quienes más han hecho por explicar la literatura del fascismo, a tenor de la escasa atención que los últimos veinte años han prestado a ese aluvión de literatura dispersa y sin reeditar en su mayor parte. Algunos de los estudios más voluminosos partieron de premisas desfasadas o poco operativas de análisis –el ejemplo más voluminoso fue el tomo de Julio Rodríguez-Puértolas (Akal, 1986) sobre *Literatura fascista española*– y son muy pocos los que han intentado desarrollar las apretadas intuiciones de Mainer en una antología clásica, *Falange y literatura*, que es nada menos

que de 1971 (Labor). Un libro de Victoriano Peña, titulado *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del 'ventennio fascista' y su repercusión en España* es de 1995 (Universidad de Granada) y volvió a centrar su atención en Giménez Caballero, que es quizá una de las figuras mejor conocidas del fascismo español –pero también demasiado caprichosa para valer como referencia estable de aquel mundo–, mientras que un año antes Juan Cano Ballesta, que no casualmente es buen conocedor de la literatura española de los años treinta, había aportado trabajos de crítica sobre retórica falangista en otro volumen, *Las estrategias de la imaginación* (Siglo XXI, 1994). Una parte de la crítica y la teoría literaria de la primera posguerra está examinada en el tomo de Sultana Wahnón, *La estética literaria de la posguerra. Del fascismo a la vanguardia* (Rodopi, 1998), pero me parece que el libro con aportaciones más valiosas, y en su conjunto la mejor y más completa mirada en torno al fascismo y las letras, es el que editó Mechthild Albert en Rodopi, *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español* (Iberoamericana-Vervuert, 1998). Entre sus méritos no era el menor romper la cronología bélica para adaptar la lectura literaria a su textura histórica. Trama sus redes ese libro desde los años treinta y cruza la guerra hacia los cuarenta para saltar al final a las secuelas del fascismo en la España de la democracia, bien sea en la previsibilidad muy tosca de Vizcaíno Casas, bien sea en la dimensión honda que han encontrado, para releer el pasado, autores como Antonio Muñoz Molina o José María Guelbenzu.

Me temo que la incidencia de esas publicaciones, o de otros estudios de índole semejante, ha sido muy escasa, y son testimonios involuntarios de la desmemoria del fascismo literario. Desde el ámbito de las ideas, quizá conviene recordar que el último capítulo de *La novela de España* (Grupo Santillana, 1999) de Javier Varela, quiso detenerse en la trayectoria de José Antonio Maravall en tanto que vocacional intérprete de los orígenes de una modernidad a la que ideológica y políticamente había combatido durante la guerra y la inmediata posguerra, en sus habituales artículos en *Arriba*. Ese episodio biográfico de euforias victoriosas y velas de armas en Burgos, en Salamanca o en Pamplona, suministraron algo parecido a una argamasa que dio sentido a la propia de un equipo intelectual, por mucho que esa obra en el caso de Maravall o Luis Díez del Corral acabase derivando muy lejos de los orígenes ideológicos de la camaradería.

Es muy posible, por tanto, que la actividad académica del hispanismo no sea la fuente más fiable para delimitar la presencia o la supervivencia de la literatura fascista y de algunos de sus autores en la democracia. Entre otras cosas, porque un rasgo propio fue la curiosidad genuina que el fascismo literario despertó en escritores nuevos de los años setenta. Paradójicamente, un medio literario intensamente politizado fraguó un tipo de autor que desató los prejuicios o empezó a anularlos de otro modo, es decir, aspiró a fabricar sus propias señas de identidad en los márgenes de la historia oficial o lejos de verdades comunes. Una de las más delicadas áreas hubo de ser entonces el valor de la herencia de la literatura fascista, todavía tan próxima, y en algunos casos todavía tan viva, y no ha de extrañar que una forma de rebeldía literaria o de sublevación contra los tópicos de la izquierda política fuese la relectura libre de quienes hasta ese momento tenían primero una ficha política y sólo después identidad literaria.

La libertad de juicio que mostraron algunos autores de la democracia se hizo contagiosa, como si conviniesen por imperativo generacional o de época una nueva mirada a una literatura con toxinas políticas. Pactaron releer aquella literatura rebajando su carga política pero sin desmentir su significado histórico y así empezaron a hacer notar cosas concretas, destacar títulos olvidados, subrayar algunos fracasos llenos de sentido literario. Empezaron a señalar más allá de la página pulcra de prosa que acertó a ver Francisco Umbral, y en la que seguramente él mismo se quedó como escritor doblado en crítico. Empezaron a pensar que no toda la literatura del fascismo fue el producto espurio o maniqueo de un sarampión ideológico y destructivo. El propio entorno cultural de los setenta pudo ver ahí una maniobra sospechosa de recalificación de terrenos, como si bastase la presunción de una democracia o su fragilísima constitución antes de 1982 para absolver a los fascistas de sus pecados históricos, o como si hubiese llegado ya la hora de mirar la obra de los más conocidos con prejuicios de otra cera, la que arde no en las furias políticas sino en las formas de la curiosidad culta por las aventuras ajenas.

Porque también fue un tipo de escritor particular el que ejerció ese regreso a la literatura perdida del fascismo. Fueron escritores con vocación de hombres de letras, casi todos no sólo ni necesariamente novelistas, ninguno profesor y casi siempre articulistas y ensayistas atentos a

su presente y al pasado reciente, atraídos por la dinámica de las letras y también celosos de una independencia de criterio que se convertiría en su mejor patrimonio. Aunque todos fuesen menores que Umbral, en el fondo de su actividad latía mucho de esa terca independencia que suele exhibir el autor de *Las palabras de la tribu* (Planeta, 1994). Y aunque no compartiesen la misma devoción de Umbral por César González-Ruano podían aprender en él un modo de ejercer la literatura desde la propia esquina, la escogida un poco forzosamente como resultado de la propia biografía, la propia experiencia y a menudo la propia biblioteca familiar, aquella que podía reunir en casa, o muy cerca de casa, los títulos que una época y una clase social tuvo como necesarios. Y casi todos los que se implicaron en ese ejercicio de lectura crítica, o de inhibición de las condenas histórico-políticas, han sido usuales merodeadores de las librerías de viejo, o de ediciones polvorientas y olvidadas, como si el ejercicio de regreso al pasado fuese también el modo de señalar una actitud en el presente: la militancia en la izquierda o la sensibilidad democrática carecía de color literario o, como mínimo, aspiraba a neutralizar los prejuicios de tipo político para fortalecer los de valor estético y literario.

En ese empeño se reunieron algunos nombres de edades dispares y cuya nómina es razonablemente incompleta y un punto atrabiliaria, pero me parece que entre quienes pusieron alguna voluntad en aprender a leer mejor aquella literatura fascista –y reordenar algo de la historia literaria de la posguerra– están el propio Umbral muy destacadamente, pero también autores de una marginalidad literaria peculiar, como Joan Perucho o Carlos Pujol, periodistas cultos con personalidad literaria (y camarada de algunos de ellos, como Juan Ramón Masoliver), y escritores mucho más jóvenes, aquellos que impulsan editoriales o páginas de crítica en revistas y periódicos desde los años setenta y han de ir forjando su propia personalidad con los años ochenta: Andrés Trapiello, Miguel Sánchez-Ostiz, Juan Manuel Bonet, Miguel d’Ors, José Carlos Llop, entre otros. Ninguno de ellos se define evidentemente por ninguna forma de fascismo literario ni siquiera tiene como eje esencial de su obra ese interés. Lo que comparten es el talante insumiso hacia los prejuicios culturales de una izquierda oficial con tentaciones rencorosas.

El juicio que ahora transcribo lo firma un hombre ponderado, nada amigo de retóricas y se refiere a la editorial Trieste. Juan Manuel Bonet asegura que editar en los años ochenta, cuando “nada estaba claro” a

Rafael Sánchez-Mazas, a González-Ruano, a Miguel Villalonga, “implicaba, pudo comprobarse enseguida, excomuni3n autom3tica por parte de algunos” (1994: 74). No ser3 dif3cil imaginar lo que pod3a significar editar a esos mismos autores todav3a un poco m3s atr3s, con Franco vivo y cuando las quisicosas de la cultura literaria eran todav3a y muy esencialmente tambi3n quisicosas de la pol3tica de resistencia o de complicidad. Porque fue en una colecci3n orlada de calidad y ambici3n, la Ocnos que dirigi3 Joaqu3n Marco, la primera que edit3 dos cosas bien chocantes y cuya convivencia digiri3 mal quien distribu3a la colecci3n desde Madrid y desde la rigidez a que alude Bonet. Editar *Poeta en Nueva York* de Garc3a Lorca era una cosa y editar los poemas de Rafael S3nchez-Mazas era otra. La convivencia de ambos pudo ser explosiva y lo fue entonces, como, seg3n el testimonio de Juan Manuel Bonet, sigui3 si3ndolo m3s de diez y quince a3os despu3s, con una democracia amenazada por el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, pero muy apaciguada ya de esas sacudidas tras la victoria socialista de 1982 y el control del ej3rcito que desde entonces impuso Narc3s Serra como ministro de Defensa.

Como casi siempre, nada es casual del todo. En esa colecci3n de Trieste, que dirigi3 Trapiello desde 1982, se reun3an nombres que de uno u otro modo tocaban con el pasado del fascismo espa3ol, que entonces era mucho m3s presente que hoy. O dicho de otro modo, Carmen Mart3n Gait3 publicaba el *Cuento de nunca acabar* (1983) en Trieste, pero pudo tener que ver en que su amigo Trapiello fuese el editor de los papeles de quien hab3a sido su suegro, S3nchez-Mazas, fallecido en 1966. Se edit3 all3 la novela inacabada *Rosa Kr3ger* (2005b) un poco despu3s de preparar una antolog3a de textos narrativos y art3culos de vaga recreaci3n y estilo, los que titularon *Las aguas de Arbeloa* (1983). Y fue esa misma colecci3n –y al lado de los poemas de Mart3n Sarri3n, alguna novela de Miguel S3nchez-Ostiz y alg3n otro vago ensayo de Rafael Conte– la que imprimi3 la *Autobiograf3a* de Miguel Villalonga (1983) o la que public3 los poemas de C3sar Gonz3lez-Ruano (1983) –pero tambi3n all3 anduvo la pulcritud liberal de Alberto Jim3nez Fraud con su *Visita a Maquiavelo* (1982).

No puede haber demasiada sorpresa en que el autor que mejor y menos azarosamente ha reconducido la lectura de algunos autores fascistas haya sido el propio director de Trieste, a3os despu3s de terminar aquella aventura editorial. En 1994 daba a la imprenta un libro

que en sus diarios confiesa haber escrito con notable celeridad pero, sobre todo, intención precisa disfrazada de espontaneidad entre incauta e irresponsable. Releído hoy *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil, 1936-1939* aparece como el libro que logró cristalizar mucho del cambio de actitud histórica hacia la guerra y las letras que engendró. No tanto porque aumente ficticiamente la calidad de unos escritores sin obra suficiente cuanto porque restituye la complejidad humana e histórica a un cuadro a menudo simplificado sobre verdades genéricas y también desmochadas. Poco material era propiamente novedoso; lo nuevo estaba en la mirada de un autor dispuesto a fundamentar nuevos prejuicios en lugar de fosilizar los heredados: bastaba con leer sin revancha histórica y resignándose a perplejidades que volvían un poco más confuso lo que perezosamente la historia había dado por estático y claro. No había mucho propósito más, al menos declarado, pero bastaba con ese para volver a empezar.

Y es lo que hacía, a su modo, otro personaje con otra historia y otra edad, pero con un impulso análogo de libertad de juicio y oxigenación del terreno. Por las mismas fechas, en las aulas de la universidad española, la de Barcelona en particular, se podían atar otros datos para una perplejidad histórica menor. Un señor que había sido crítico literario regular desde *Destino* y el mejor intérprete del significado del neorrealismo de la posguerra, Antonio Vilanova, dedicaba algunas horas de sus cursos a meditar sobre... otra vez, Rafael Sánchez Mazas, como autor esta vez de *La vida nueva de Pedrito de Andía* (Espasa-Calpe, 2004), porque *Rosa Krüger* no existía todavía como novela publicada. Pero las ediciones de Sánchez Mazas en el mercado no las había impreso la editorial Destino, en cuyo jurado del premio Nadal estaba Vilanova, ni tampoco la editorial Lumen, en la que Vilanova dirigía una excelente colección, sino la editorial Planeta. Publicaba en formato de bolsillo a Sánchez-Mazas pero lanzaba también en los setenta una complicada y voluminosa colección de textos testimoniales y autobiográficos. Fue Rafael Borrás Betriu, su director, quien se ocupó en los años ochenta y noventa de que prácticamente todos los supervivientes de la guerra con algún interés histórico y alguna capacidad para hilar recuerdos compareciesen en ella (y fue, por cierto, el "ideador" del libro de Trapiello, como cuenta él mismo). Desde el secretario personal de Franco, Francisco Franco Salgado-Araújo hasta un novelista de calidad literaria como el falangista Rafael García Serrano,

que publica allí sus valiosas memorias, *La gran esperanza*, subtituladas sin remilgos *Nosotros, los falangistas* (1983).

Quizá es García Serrano, con obra relativamente accesible en Planeta, al igual que algunas de las novelas de Foxá o Sánchez Mazas, el que deja un ánimo más desapacible en el lector: no sólo por su terquedad ideológica sino por la lealtad literaria y ética de un falangista sin trampas hasta el final. Pero más aún, también por la calidad de una prosa vivaz y propia, la intransigente fidelidad a una noción de camaradería y vida, incluso por la estirpe barojiana de una novela que tampoco encajó en un público franquista porque desbordó con desmanes y desplantes las convenciones burguesas de Pamplona y de fuera de Pamplona. Es el caso menos explicable porque su obra está muy por encima del desdén y la desidia que ha caído sobre ella. García Serrano no logró beneficiarse ni siquiera de su arraigo en la provincia, como sí acabó beneficiando a otros. De su obra está casi todo por leer con un poco de oficio y su razón social en la literatura no habría de andar muy lejos de algunos tonos del mejor Cela, de alguna tradición barojiana vitalizada de convicciones y calidez humana. Pero García Serrano no ha encontrado todavía ni a su Umbral, ni a su Trapiello, ni a su Sánchez-Ostiz.

¿Tortuoso laberinto? Quizá no tanto, y, en todo caso, menos tortuoso de lo aparente si se repara en la lenta maduración que la historia reserva a algunas cosas, y en particular, a la aptitud misma para evaluar las formas cultas que ha adoptado la conciencia del presente, también cuando esas formas cultas han ido vestidas de ideas y pertrechos fascistas. La Pamplona de 1937, la Pamplona de la guerra, es origen de camaraderías y complicidades de fascistas duros o blandos, pero en todo caso agrupados con intención literaria y estética. En la fundación de *Arriba España* y de *Jerarquía*² anduvieron muchos de los nuevos autores de la posguerra, alguno nacido en la misma Pamplona y nada impide entender que entre los personajes que ha perseguido, como sombras del pasado, un escritor valioso de hoy, Miguel Sánchez-Ostiz, esté un exquisito tipógrafo, articulista y escritor, como Ángel María Pascual. Y a él le ha dedicado muchas horas de lectura y papeles, para ir componiendo el cuadro de los orígenes de un retratista de costumbres y desalientos de una ciudad de

²Se ha contado en muchos sitios, pero uno poco común y brillante es *Los barruntos de la botica* (2000) de Miguel Sánchez-Ostiz.

provincias. Por eso Sánchez-Ostiz ha cuidado la edición de los poemas de Pascual, *Capital de tercer orden* (1997) y también las muy leídas *Glosas a la ciudad* (1963), todo ello en edición de la Diputación de Navarra. Y una explicación semejante ha aproximado a José Carlos Llop a otros autores con culpa histórica y buena literatura, como la de la espléndida novela de Lorenzo Villalonga, *Bearn* (1986), de quien Llop ha prologado y editado un inédito *Diario de guerra* (Pre-Textos, 1997), cuando había sido ya traductor y estudioso de la *Autobiografía* de su hermano Miguel Villalonga (Trieste, 1983).

Estos laberínticos itinerarios son los que parece que ha encontrado una literatura que tuvo algunos momentos de calidad pero cuya apreciación todavía está lejos de ser satisfactoria, lo decía antes: falta el cuadro más vasto, el de la maduración de una sensibilidad fascista liberada de la inmediatez de lo político, el intento de aislar los moldes y las brumas fascistas de la urgencia del falangismo de guerra y victoria. Quizá entonces, en la pauta que ha ensayado el libro de María Ángeles Naval, podría releerse una literatura que pudo no tener ni su Céline ni su Curzio Malaparte, pero quizá sí tuvo unos cuantos autores atrapados en las gasas de la nostalgia unas veces, saturados de una cultura esterilizada de ucronía, otras, y muchas más confabulados en la construcción de una literatura que no fue exactamente de la victoria, tras 1939, sino de la exaltación de moldes sociales e ideas, de la recreación de sensaciones y sentimientos que merecen la caligrafía lenta del estudio minucioso. Con ese enfoque quizá valga la pena entonces volver a leer *Madrid, de corte a checa*, *La vida nueva de Pedrito de Andía y Rosa Krüger*, *La fiel infantería* o *Diccionario para un macuto*. Esa lectura puede acabar dando la razón a quienes dispersamente, desde una colección elitista de libros, o desde una reedición de lujo e institucional, han ido marcando muy al azar el valor de lo que todavía pesa como una masa inerte e inútil de literatura.

La posguerra es seguramente ese *ámbito moral* que nombró Mainer en su libro de 1996, y será también un ámbito estético. Quizá eso significa, por añadidura, que la posguerra y el mismo franquismo son también para las generaciones crecidas en la democracia un pedazo de historia equiparable a la crisis de fin de siglo o al trienio liberal del siglo XIX. Su proximidad histórica afecta aún directamente a la vida cotidiana –la memoria de los mayores, la literatura evocativa, el memorialismo, las trampas de la nostalgia– pero no forma parte ese pasado de la biografía

vivida ni de la experiencia propia. El tipo de emoción histórica –o la fiebre intelectual que pulsán esos ejercicios de historia recreativa– no es distinta de la que despierta el destierro de Jovellanos, el exilio de Blanco White o las tristezas insumisas de Clarín... Esas son más remotas, sí, pero sólo eso, porque los nuevos escritores e intelectuales, desde la transición cumplida, carecen del sentimiento de la usurpación de la historia o del secuestro irrecuperable de la propia biografía. La represión franquista es un dato histórico y no una experiencia que haya moldeado la propia vida; es un saber escuchado, leído y padecido vicariamente, en un plano no esencialmente distinto de melancolía y piedad que el que deja la lectura del epistolario de Moratín.

Por eso estas notas están hablando de las fuentes para reescribir un capítulo de la historia literaria del siglo. Y lo que parece más claro es que el primer impulso de revisión nació de la misma vitalidad literaria de la democracia antes que de la urgencia indagatoria de los medios universitarios. El alcance, además, de esas revisiones puede ser difícil de calcular, porque afecta también a otros capítulos, como el del mismo exilio liberal. La revitalización actual de la obra de Max Aub, Arturo Barea o Ramón J. Sender es deudora de conmemoraciones que la Universidad ha aprovechado y que pueden ser el origen de una reordenación de las obras de referencia para el futuro. Quizá alguno de los *campos* de Max Aub o una originalísima novela como el *Diario de Hamlet García*, de Paulino Masip, desplacen en el canon a algunas de las hoy inmovibles, como *Nada* (a pesar de que ésta última tampoco deba perder apenas nada de la humilde verdad que fue, náufraga o superviviente en un inmenso embuste). Pero la revisión puede llegar por otras vías, y son las que quizá aquí vale la pena sintetizar, pese a lo muy obvio de algunas de ellas. La primera de todas, naturalmente, la neutralización del instinto político o la revancha ideológica como criterio crítico de la historia literaria. La segunda, la lenta modificación de los prejuicios de lectura y su usual cosecha de textos de valor sepultados por la incuria –como *Elena o el mar del verano* de Julián Ayesta, publicado por El acantilado 2002), que cuenta además con una edición prologada de *Cuentos*, a cargo de Antonio Pou (Pre-Textos, 2001). La tercera podría muy bien ser el cambio de mentalidad en los lectores de hoy, atraídos por una peripecia fascista que parece inconcebible y que sin embargo fue real y nos emparenta al menos con la mitad de la Europa del siglo XX.

Y por lo que hace en particular a la literatura fascista, la situación actual puede tener una cuarta razón añadida para que nos esté empujando directamente a leer y a releer. También ha pasado ya el tiempo de la reivindicación de una literatura que ganó la guerra pero perdió la historia de la literatura, como supo resumir con precisión Trapiello. Quienes hoy se acerquen con ánimo suspenso a aquella literatura lo harán sin la hipoteca de crearla sólo expresión literaria del poder: ni simboliza ya una victoria política ni es el desván donde intrépidos demócratas, y escritores, encuentran cadáveres útiles para sus propios fines de afirmación literaria. Quienes hoy se acerquen seguramente lo hacen sólo pertrechados de sus propios prejuicios históricos y generacionales, que serán otros, y entre los que apenas puede mostrarse activo el resorte de la revancha o la reivindicación para hacer historia literaria. Quizá el nuevo lugar de esa literatura se decida más cuerdateamente por esa nueva vía algo más aséptica pero nada incauta. También quizá será ese el modo de determinar si acertaron o no Francisco Umbral, Andrés Trapiello o Miguel Sánchez-Ostiz cuando quisieron hacer sus propios análisis de historia literaria, aunque fuera sólo recreativa. A menudo es esa lectura honesta y primordial de escritor la que enseña a releer lo que se leyó deficientemente, o lo que fue leído desde prejuicios que achataron las voces de una literatura demasiado dañada por su propio tiempo histórico.

Bibliografía y obras de creación citadas

- ALBERT, MECHTHILD (ed.), 1998. *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Veruert.
- , 2003. *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid: Visor.
- AUB, MAX, 2001. *Cuerpos presentes*, José-Carlos Mainer (ed.), Segorbe: Fundación Max Aub.
- , "Campos" (*El laberinto mágico. Campo cerrado*, 1943, *Campo de sangre*, 1945, *Campo abierto*, 1951, *Campo del Moro*, 1963, *Campo francés*, 1965 y *Campo de los almendros*, 1967).
- AYESTA, JULIÁN, 2001. *Cuentos*, Antonio Pou (prol.), Valencia: Pre-Textos
- , 2002. *Elena o el mar del verano*, Barcelona: El acantilado.
- BASTERRA, RAMÓN DE, 2001. *Poesía*, José Manuel Asín y José Carlos Mainer (eds.), Madrid: Fundación Banco Santander Hispano.

- BONET, JUAN MANUEL, 1994. *Andrés Trapiello*, Madrid: Calambur.
- CANO BALLESTA, JUAN, 1994. *Las estrategias de la imaginación*, Madrid: Siglo XXI.
- CARBAJOSA, MÓNICA y PABLO CARBAJOSA, 2003. *La corte literaria de José Antonio*, Barcelona: Crítica.
- CERCAS, JAVIER, 2001. *Soldados de Salamina*, Barcelona: Tusquets.
- D'ORS, EUGENIO, 2000. *Último glosario III. El cuadrivio itinerante*, Ferran Gallego y Francisco Morente (eds.), Granada: La Veleta- Editorial Comares
- , 2002a. *Último glosario IV. El designio y la ensalada*, Ferran Gallego y Francisco Morente (eds.), Granada: La Veleta- Editorial Comares.
- , 2002b. *Último glosario V. El guante impar*. Ferran Gallego y Francisco Morente (eds.), Granada: La Veleta- Editorial Comares.
- FOXÁ, AGUSTÍN DE, 1993. *Madrid de corte a checa*, Barcelona: Crítica.
- , 2003. *ABC*, Madrid: Comunidad de Madrid-Visor.
- , 2005. *Poesía. Antología 1926- 1955*, Luis Alberto de Cuenca (prol.), Sevilla: Renacimiento.
- GALLEGO, FERRÁN Y FRANCISCO MORENTE (eds.), 2006. *Fascismo en España*, Barcelona: El Viejo Topo.
- GARCÍA SERRANO, RAFAEL, 1966. *Diccionario para un macuto*, Madrid: Editora Nacional.
- , 1983. *La gran esperanza. Nosotros, los falangistas*, Barcelona: Planeta.
- , 2004. *La fiel infantería*, Madrid: Actas.
- GIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO, 2005. *Casticismo, Nacionalismo y Vanguardia: Antología 1927-1935*, José-Carlos Mainer (ed.), Madrid: Fundación Santander Central Hispano.
- GONZÁLEZ-RUANO, CÉSAR, 1983. *Poesía*, Madrid: Trieste.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, ANTONIO JOSÉ, 2004. *Ida y vuelta*, Madrid: Actas.
- JIMÉNEZ FRAUD, ALBERTO, 1982. *Visita a Maquiavelo*, Madrid: Trieste.
- LAFORET, CARMEN, 1944. *NADA*, BARCELONA: DESTINO.
- MACHADO, MANUEL, 1993. *Poemas*, Andrés Trapiello (prol.), Barcelona: Planeta.
- MAINER, JOSÉ CARLOS, 1971. *Falange y literatura*, Barcelona: Labor.
- , 1996. *De postguerra, 1950-1990*, Barcelona: Crítica.

- MARICHALAR, ANTONIO, 2004. *Ensayos literarios*, Domingo Ródenas (ed.), Madrid: Fundación Santander Central Hispano.
- MARTÍN GAITE, CARMEN, 1983. *Cuento de nunca acabar*, Madrid: Trieste.
- MASIP, PAULINO, 1944. *El diario de Hamlet García*, México: Imp. Manuel León Sánchez (reimpreso en 1987, Barcelona: Anthropos).
- MERINO, ELOY E. Y H. ROSI SONG, (2005). *Traces of Contamination. Unearthing the Francoist Legacy in Contemporary Spanish Discourse*, Lewisburg, Bucknell UP.
- NAVAL, MARÍA ÁNGELES, 2000. *La novela de Vértice y La novela del sábado*, Madrid: CSIC.
- PASCUAL, ÁNGEL MARÍA, 1963. *Glosas a la ciudad*. Pamplona: Diputación de Navarra.
- , 1997. *Capital de tercer orden*, Pamplona: Diputación de Navarra.
- PELOILLE, MANUELLE, 2005. *Fascismo en ciernes. España 1922-1930*, Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- PEÑA, VICTORIANO, 1995. *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del 'ventennio fascista' y su repercusión en España*, Granada: Universidad de Granada.
- RIDRUEJO, DIONISIO, 1975. *Casi unas memorias*, Barcelona: Planeta.
- , 2005. *Materiales para una biografía*, Jordi Gracia (ed.), Madrid: Fundación Santander Central Hispano.
- RÓDENAS, DOMINGO, 2004. "Convergencias de vanguardia y fascismo", *Quaderns de Valençana*, II, Fundación Juan Ramón Masoliver, 32-38.
- RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, JULIO, 1986. *Literatura fascista española*, Madrid: Akal.
- ROS, SAMUEL, 2002. *Antología*, Menardo Fraile (ed.), Madrid: Fundación Santander Central Hispano.
- SÁNCHEZ MAZAS, RAFAEL, 1983. *Las aguas de Arbeloa*, Madrid: Trieste.
- , 2004. *La vida nueva de Pedrito de Andía*, Madrid: Espasa Calpe.
- , 2005a. *Pequeñas memorias de Tarín*, Barcelona: Península.
- , 2005b. *Rosa Krüger*, Madrid: Trieste.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, MIGUEL, 2000. *Los barruntos de la botica*, Pamplona: Diputación de Navarra.
- SELVA, ENRIQUE, 1999. *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia: Pre-Textos.

- TRAPIELLO, ANDRÉS, 1994. *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil, 1936-1939*, Barcelona: Planeta.
- UMBRAL, FRANCISCO, 1994. *Las palabras de la tribu*, Barcelona: Planeta.
- VARELA, JAVIER, 1999. *La novela de España*, Madrid: Grupo Santillana.
- VILLALONGA, LORENZO, 1956. *Bearn o La sala de las muñecas*, Palma de Mallorca: Atlante.
- , 1997. *Diario de guerra*, José Carlos Llop (prol. y ed.), Valencia: Pre-Textos.
- VILLALONGA, MIGUEL, 1983. *Autobiografía*, Madrid: Trieste.
- WAHNÓN, SULTANA, 1998. *La estética literaria de la posguerra. Del fascismo a la vanguardia*, Amsterdam: Rodopi.



Donde arde la memoria: la vuelta del poeta a la calle

Ana Luengo
Universität Bremen

Resumen

En este artículo se reflexiona sobre la función que tiene la poesía de la memoria de la Guerra Civil española en los espacios públicos, setenta años después del inicio de la guerra. A partir de dos poemas, “El campo de batalla” de Ángel González y “El pasado” de Luis García Montero, se lleva a cabo un análisis de los mecanismos de rememoración colectiva. Así, se presentan ambos poemas como homenaje a la lírica que se escribió y publicó durante la República y la Guerra, y como lugar de encuentro de la memoria de los vencidos.

Palabras-clave: Ángel González - Luis García Montero - Guerra Civil - Rivas Vaciamadrid

This article studies the function of the poetry of memory of the Spanish Civil War in public spheres, seventy years after the war. Focusing in two poems, “El campo de batalla” by Angel González and “El pasado” by Luis García Montero, an analysis of the mechanisms of collective remembrance is carried out. Thus, the two poems are presented as a homage to the lyric written and published during the Republic and the War, and also as a meeting point for the memory of the defeated.

Keywords: Ángel González - Luis García Montero - Civil War - Rivas Vaciamadrid

El 25 de junio de 2004 la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica celebró en Rivas Vaciamadrid un concierto-homenaje a los republicanos y republicanas que sufrieron la Guerra Civil española y la dictadura franquista. A él acudieron 741 ancianos y ancianas invitados de toda España y del extranjero. Entre cantautores y actores, algunos poetas recitaron sus versos para conmemorar en público la República y a quienes lucharon por defenderla. Entre ellos, Ángel González¹ y Luis García Montero² leyeron dos poemas suyos ante el público. Teniendo en cuenta que son representantes de dos generaciones diferentes, me interesa analizar de qué forma se apropian de la memoria de la Guerra Civil, y desde qué perspectiva la presentan. Además, al haberlos recitado en el marco de un concierto multitudinario al que acudieron viejos republicanos y jóvenes voluntarios, es adecuado ver qué estrategias sociales y literarias se usan para devolver la poesía sobre la Guerra Civil a un espacio público, espacio que precisamente tanto frecuentó durante la guerra, pero de donde, durante mucho tiempo, ha estado desterrada, para ocupar más bien el interés de lectores solitarios, cátedras o pupitres.

En el concierto en honor a los republicanos, Ángel González leyó su poema "El campo de batalla" (2004: 59-60), que se había publicado en *Sin esperanza con convencimiento* en 1961, un poemario que reúne otros poemas que tratan la temática de la derrota y la dictadura, como "El de-

¹ Ángel González nació en Oviedo en 1925 en una familia republicana, y vivió tanto la guerra como la posguerra. En 1956 publicó su primer libro *Áspero mundo*, al que le siguieron *Sin esperanza con convencimiento* (1961), *Grado elemental* (1962), *Palabra sobre palabra* (1965), *Tratado de urbanismo* (1967), *Breves acotaciones para una biografía* (1971), *Procedimientos narrativos* (1972), *Breve muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan* (1976), *Prosemas o menos* (1984), *Deixis en fantasma* (1992), *101+19=120 poemas* (2000), *Otoños y otras luces* (2001). A partir de 1972 fue Profesor de literatura española contemporánea en la Universidad de Nuevo México. En 1985 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras y en 1996 fue nombrado miembro de la Real Academia Española.

² Luis García Montero es un poeta mucho más joven, nacido en Granada en 1958, y obviamente no llegó a vivir la Guerra Civil. Entre otros muchos premios, ganó el Premio Nacional de Poesía en 1995 y el Cervantes en el año 1999. Su obra poética consta de los siguientes libros: *Y ahora ya eres dueño del puente de Brooklyn* (1980), *Tristia* (1982), *El jardín extranjero* (1983), *Diario cómplice* (1987), *Las flores del frío* (1991), *Habitaciones separadas* (1994), *Completamente viernes* (1998) y *La intimidad de la serpiente* (2003). Además de ello, lanzó junto a Álvaro Salvador y Javier Egea, el manifiesto de "La otra sentimentalidad" (1983) en el que abogaba por una recuperación de la ternura y el sentimiento en la poesía como otra forma de rebeldía.

rrotado” o “Discurso a los jóvenes”; poemas en clave a pesar del lenguaje realista y conversacional que usan, lo cual era necesario para sortear la censura. El poema recitado por Luis García Montero, “El pasado” (AA. VV., 2004), es mucho más contemporáneo, y se publicó en su libro *Completamente viernes*, de 1998. En ambas poesías hay una apropiación de recuerdos de la guerra y de la derrota, pero desde situaciones del yo lírico muy diferentes. El texto de Ángel González aboga por una forma de recuerdo autobiográfico, mientras que los versos de Luis García Montero llaman a la recuperación del recuerdo de una guerra no vivida por el yo lírico. Sin embargo, en ambos poemas se encuentra un hilo conductor semejante. Teniendo en cuenta que el escrito por González se publicó en 1961, es decir treinta y siete años antes que “El pasado”, las relaciones intertextuales entre ambos no nos pueden pasar por alto. En este punto, sospecho que “El pasado” bebe en algunos puntos de las fuentes literarias de la poesía escrita antes de la Guerra Civil, como homenaje no sólo histórico a los derrotados de la Guerra Civil, sino también a la lírica de la República, como compusieron Rafael Alberti y Miguel Hernández, quienes “comenzaron a escribir una poesía socialmente orientada que todavía se valía de imágenes y de un lenguaje surrealista” (Debicki, 1997: 81). Sin embargo, el poema de Ángel González, anterior en composición, vuelve a la precisión comunicativa de la poesía combativa escrita en plena Guerra Civil. En cualquier caso, esta sospecha sólo se podrá resolver haciendo una lectura pormenorizada de los textos, analizando el modo de comunicación dentro del poema y el nivel semántico de las palabras usadas.

Como anteriormente señalé, ambos poemas se apropian de un recuerdo de la guerra, pero desde una intimidad del yo lírico diferente. Así, el texto de Ángel González comienza con los versos:

Hoy voy a describir el campo
de batalla
tal como yo lo vi, una vez decidida
la suerte de los hombres que lucharon
muchos hasta morir,
otros
hasta seguir viviendo todavía. (vv. 1-7)

Situándose así en un momento claro (“Hoy”) de enunciación y marcando la perspectiva clara del “yo”. En el poema “El pasado” se parte de la descripción de un paseo en auto por el barranco de Víznar, cerca de Granada, donde se encuentra la enorme fosa común donde también se arrojó a Federico García Lorca tras su ejecución. Hasta el final de la segunda estrofa no aparece el yo lírico:

Yo regreso a esta luna suspendida
sobre los olivares y tu coche.
Aquí viven mis muertos,
éstas son mis raíces. (vv. 29-32)

Como se ve, estos versos ofrecen con una metáfora la localización del yo lírico, pues el regreso a la luna significaría por una parte la llegada a la cúspide del barranco y la vuelta a la República, como trataré más adelante al analizar el sexto verso. Como dos imágenes superpuestas, en la poesía de González asistimos al recuerdo solitario y vívido del campo de batalla tras la derrota, con los muertos aún recientes; mientras que en el poema de García Montero los cadáveres de los republicanos están enterrados, ocultos por la tierra, solamente son rescatables con un esfuerzo de la memoria. El yo lírico llama la atención así a su acompañante, un tú lírico a quien apela, en clave erótica. Es decir que existe una comunicación a nivel lírico:

Mira, déjame que te enseñe
el eco de tu piel cuando te beso.
la ciudad está en llamas, tiene el frío
de los años cobardes.
Una muchacha dobla
la guerrera vencida de un soldado.
No sabe si la esconde o si la guarda. (vv. 37-43)

De esta forma se confronta la imagen de esa muerte ya antigua con la de la vida y el amor³. Así, juntos, el yo lírico despierta el recuerdo de la amada con un beso, “déjame que te enseñe/ el eco de tu piel cuando te beso”. Lo que recuerda la opinión del propio poeta, al afirmar:

³ Este motivo recuerda a la novela *El jinete polaco* (1991) de Antonio Muñoz Molina, en el que dos amantes se encuentran en Nueva York, lo que les anima a rememorar los pasados de sus familias, sus raíces. Véase Luengo (2004).

La ideología, ya se sabe, no es un conjunto de ideas políticas fijas, sino el contradictorio movimiento de valores que pone en juego nuestra mirada al observar y comprender el mundo. Un beso es tan histórico como una comisaría o como un golpe de Estado. (García Montero, 2003: 11)

De esa forma, la descripción de la imagen del final de la batalla: “el frío de los años cobardes”, que naturalmente se refiere a la represión, contrapuesto al calor abrasante de la ciudad en llamas, que simboliza la guerra, se materializa ante los amantes, ejemplificándose en la imagen de la muchacha vencida con la guerrera vacía de un soldado muerto -lo que podría ser la metáfora del bando republicano-, desorientada entre guardarla o esconderla, por el temor a ser descubierta.

Como se ve, el recuerdo se va ganando de forma progresiva: de la descripción de una situación actual en la colina que lleva al barranco de Víznar, al momento de rememoración; de la llamada al tú lírico a unirse a ésta, al encuentro con la imagen de una mujer joven que ha perdido a su amado tras la derrota.

En el caso de la poesía de Ángel González, el camino temporal de rememoración es parecido: el recuerdo desde el hoy del yo lírico, que lleva a la descripción del campo de batalla tras la derrota. Sin embargo, éste no está acompañado en ese recuerdo más que por las imágenes que le asaltan, escenas desoladas, por no haber ocurrido siquiera, de un mundo perdido y sin esperanza, donde ninguna joven pueda guardar ninguna guerrera ni ningún recuerdo.

Nadie escuchó la voz del capitán
porque tampoco el capitán hablaba.
Nadie enterró a los muertos.
Nadie dijo:
“dale a mi novia esto si la encuentras
un día”. (vv. 32-37)

Sin embargo, el yo lírico vuelve al presente, al lugar de enunciación, al aquí y ahora, donde se marca claramente la distancia cronológica, dándole fuerza a unos recuerdos ya no palpables en el paisaje:

Entre tanto,
es verano otra vez,
y crece el trigo
en el que fue ancho campo de batalla. (vv. 58-61)

Si se tienen en cuenta los momentos de escritura y publicación de ambas poesías, no asombra observar que en “El pasado” se llame a la rememoración compartida, mientras que en “El campo de batalla” la rememoración no pueda ser más que solitaria e íntima. Cuando Luis García Montero escribe la poesía, el tema de la memoria histórica en España es un tema del que se puede hablar abiertamente y que moviliza a artistas y escritores a reivindicar la memoria de los vencidos, a intentar impulsar una recuperación de esa memoria histórica. Mientras que, en el año 1961, la memoria de los republicanos sigue siendo un estigma del que no se puede hablar, España continúa estando llena de cárceles repletas de presos políticos, muchos en régimen de trabajos forzados, algunos están siendo ejecutados, y el Régimen franquista ha impuesto su memoria dominante y no permite ningún tipo de oposición ni de cuestionamiento de sus verdades absolutas. En ese entorno es cuando Ángel González publica su libro *Sin esperanza con convencimiento*. Por ello, su poesía “El campo de batalla” requiere de un ingenio especial para apelar a esa memoria –compartida ahora sí por muchos de sus coetáneos– sin nombrar a las cosas por su nombre.

Así como en la poesía “El pasado” sí se usa una localización precisa, la fosa común de Víznar, tan conocida por albergar los huesos de Federico García Lorca, y se hace referencia a un pasado explícitamente marcado: “tiempo de poetas y república”; en la poesía de Ángel González la descripción del campo de batalla podría parecer a simple vista un campo de batalla cualquiera, de cualquier batalla perdida, mejor dicho. En ningún momento usa palabras que indudablemente, y sin un análisis algo más riguroso, apelen al bando republicano vencido en la Guerra Civil. Para poder descifrar qué guerra se esconde entre los versos de esta poesía, olvidando la biografía del poeta, se requiere de un análisis semántico más detallado. En el poema se dice:

Por el oeste el viento traía sangre,
por el este la tierra era ceniza,
el norte entero estaba
bloqueado
por alambradas secas y por gritos,
y únicamente el sur, tan sólo
el sur,
se ofrecía ancho y libre a nuestros ojos. (vv. 16-24)

La descripción geográfica durante la batalla en el recuerdo, se asemeja al romance “Fragmento de carta”⁴ que escribió Emilio Prados en plena guerra:

Tengo un hermano en Asturias,
otro en Aragón combate,
otro por Andalucía
entre pitas y olivares;
arriba, en el Guadarrama,
bajo sus altos pinares
y las agujas del frío,
otro hermano tengo, madre,
y otro por Extremadura,
tierra llana en donde arden,
sin ganado, las dehesas
y entre balazos el aire...

En este romance se señalan por su nombre las regiones apeladas, lo que no ocurre en la poesía de González, que elige la alusión imprecisa. Otros elementos la hacen diferir, como la fecha de su publicación, 1961, por lo que podemos comprender mejor a qué se refieren esos elementos que traía el viento. La sangre que traía desde el oeste podría connotar la represión que se estaba llevando en el oeste de España, en la mayoría de ciudades de las provincias de Salamanca, Zamora y Cáceres, desde el principio, controladas por los rebeldes, y cómo no, de las masacres organizadas en el ascenso por Extremadura de las tropas del general Yagüe. Esa ruta hacia Madrid fue brutal “hasta el punto de conocerse como ‘ruta de sangre’ el territorio extremeño recorrido por estas tropas en la primera

⁴ El romance se publicó en *Llanto en la sangre. Romances 1933-1936*, de 1937. Lo cito según Lechner (1968: 160).

quincena de agosto” (Chávez Palacios, 1997: 65), culminando la brutalidad de la represión en la Plaza de Toros de Badajoz, donde se calcula que fueron asesinadas de unas tres mil a cuatro mil personas de forma sistemática (Jackson, 1999: 243ss; Thomas, 2001: 405ss). La ceniza llega desde el este, por ser tierra quemada, en la que abundaron los bombardeos, en gran parte perpetrados por la Luftwaffe alemana. El bloqueo del norte por las alambradas secas, imagen desoladora que naturalmente recuerda el destino de tantos prisioneros de campos de concentración europeos, rodeados por alambradas, y los gritos de desesperación, de intento de llamar la atención y de no recibirla, y que, para los antifascistas españoles que no habían podido huir, no representaba ninguna salida. La única esperanza en ese paisaje desolado de la derrota sería el sur, Madrid, ciudad sitiada como puerta, y Andalucía, tan lejos, como salida al mar:

Pero el sur no existía:
ni agua, ni luz, ni sombra, ni ceniza
llenaban su oquedad, su hondo vacío:
el sur era un enorme precipicio,
un abismo sin fin de donde, lentos,
los poderosos buitres ascendían. (vv. 25-31)

En esta descripción del sur, el poeta elige mantenerse en un plano semántico de negación de los elementos unidos por un asíndeton, (“ni agua, ni luz, ni sombra, ni ceniza”), para volcarse en la profundidad de la nada (“oquedad”, “vacío”, “precipicio”, “abismo”) que se contrapone a la ascensión de las aves carroñeras, los buitres poderosos. Los buitres son un espécimen de ave rapaz de inmensas proporciones –llegan hasta tres metros de envergadura– que habitan en las zonas cálidas, en España viven buitres negros y pardos, aves hoy en vías de extinción. Su silueta, al ser también rapaz, se parece a la del águila imperial que se representaba en el escudo en la España franquista, y su alimentación es la carne de los cadáveres de otros animales ya descompuesta. Su color es el de los uniformes fascistas: pardos o negros. La relación del buitre con la muerte, y sobre todo con el aprovechamiento de la misma, no es ninguna coincidencia, y no será la única vez que la utilice: el poema “El derrotado”, del mismo libro, comienza con los siguientes versos:

Atrás quedaron los escombros:
 Humeantes pedazos de tu casa,
 veranos incendiados, sangre seca
 sobre la que se ceba –último buitres–
 el viento. (vv. 1-5)

Curiosamente, en una poesía cantada en el mismo homenaje a los republicanos, de Luis Eduardo Aute, “Al alba”, escrita a causa de los últimos fusilamientos durante la dictadura, en 1975, los buitres vuelven a aparecer como la metáfora de los asesinos de un condenado a muerte:

Miles de buitres callados
 van extendiendo sus alas,
 no te destroza, amor mío,
 esta silenciosa danza,
 maldito baile de muertos,
 pólvora de la mañana.

Obviamente, el texto de Aute⁵ podría ser acaso un hipertexto del de González, o una coincidencia, que, sin embargo, considero importante señalar. Los buitres como actores de la represión franquista que ascienden o bailan en torno a su presa, que acaban con los últimos restos de los derrotados, son, por lo tanto una imagen que se repite en el imaginario de los vencidos.

En la poesía contemporánea de “El pasado” la descripción del paisaje no parte de una visión estática e indefinida, como en “El campo de batalla”, sino de la movilidad del propio yo lírico:

Después de atravesar
 por las últimas casas humilladas
 y de sufrir el vaho
 de los desmontes y los vertederos,
 la carretera sube al aire limpio
 en favor de la luna interrumpida
 hace ya mucho tiempo. (vv. 1-7)

El poema se va construyendo paralelamente a esa ascensión que sigue diferentes estadios: las viviendas, los vertederos, el aire limpio. En

⁵ Luis Eduardo Aute también cantó esta canción, una de las más conocidas del cantautor, en el concierto de Rivas Vaciamadrid, y que también aparece en el DVD *Recuperando Memoria*. La primera vez se editó en el disco *Albanta* (1978).

ese movimiento se infiere la búsqueda del recuerdo: se va abandonando lo viejo y vencido, la podredumbre del franquismo y de la guerra (siempre en retrospectiva), para llegar a una atmósfera más clara. El poeta focaliza así todo ese paisaje alumbrado por la luz del coche:

Cuando los faros doblan
 por los estremecidos olivares,
 se encienden todavía imágenes de guerra,
 las ametralladoras en sus nidos de rata,
 los caminos nocturnos,
 y más arriba,
 sobre los días y las fechas,
 un rumor de palabras
 un tiempo de poetas y república,
 de voluntad civil en las pizarras
 y dignidad, una melancolía
 de golpe traicionada
 cerca de Víznar,
 en la fosa común de este barranco. (vv. 8-21)

En el primer nivel siguen apareciendo imágenes de guerra. Ese “todavía” no es ingenuo, sino que se puede relacionar con la pervivencia de los hechos de la guerra, aunque haga casi sesenta años que acabó oficialmente. A medida que la visión del poeta asciende, encuentra, junto con el “aire limpio”, el recuerdo de la II República, y de la edad de plata de la poesía española: es decir, la Generación del 27. A partir de este momento, se enumeran diferentes aspectos de la República: la “voluntad civil” que alude a la democracia o las “pizarras” que sirven de metonimia para la educación, también para la educación popular, bastiones de la política que se intentó llevar a cabo en el primer y tercer gobierno republicano, y que siempre fue fuente de conflicto con las clases conservadoras y con la Iglesia católica, más interesadas en conservar sus intereses y poderes que en permitir que la cultura llegara a las clases trabajadoras y campesinas. Sin embargo, en lo más alto de la colina, la vista del poeta encuentra un barranco, lo que lo relacionaría con el poema de “El campo de batalla”, donde el precipicio sirve como el vértigo que reúne el fascismo en su seno, de donde ascienden esos buitres asesinos. Pero, en este caso, en el barranco de Víznar, el vacío sirve para alojar una inmensa fosa común.

En el poema de Ángel González también se habla de los muertos, aunque por haberse publicado en 1961, la alusión es más velada. Me gustaría volver a una estrofa, la quinta del poema, en la que antes analicé una serie de imágenes que aparecen negadas en la memoria de yo lírico. Precisamente estas imágenes negadas, aluden a los soldados desaparecidos, a los muertos sin una sepultura: “Nadie enterró a los muertos”. Recuerda a la poesía de Jorge Guillén de “Guirnalda Civil” en *Y otros poemas* de 1973, cuando leemos: “Cadáveres sepultos no se sabe dónde/ No hay cementerios de vencidos”.

La poesía de Ángel González no sólo bebe de la tradición lírica española, sino que, por su plasticidad, también recuerda a la pintura:

Tan sólo alguien remató a un caballo
que, con el vientre abierto,
agonizante,
llenaba con su espanto el aire en sombra:
el aire que la noche amenazaba. (vv. 38-42)

El caballo agonizante casi en el centro del poema (es la sexta estrofa de las nueve que lo configuran) parece recrear el caballo del cuadro que Pablo Picasso pintó en 1937, encargado por el gobierno de la República española y su agregado cultural en París, Max Aub, y que vino a llamarse *Guernica*, por haber sido una villa brutalmente bombardeada por la aviación nazi alemana, bajo la orden de Francisco Franco⁶. Al igual que en el cuadro, el caballo marca la oscuridad frente a la luz que desprende el quinqué que lleva un superviviente, y es la figura en la que se concentra la mayor atención por su posición y la crueldad de la guerra. La alusión a esa derrota sigue en la siguiente estrofa, donde se materializa en los hombres vencidos:

Quietos, pegados a la dura
tierra,
cogidos entre el pánico y la nada,
los hombres esperaban el momento
último,
sin oponerse ya,
sin rebeldía. (vv. 43-49)

⁶Para más información sobre el bombardeo, ver Granja y Echániz (1998), Thomas (2001: 676ss), Bernecker (1990).

Como se ve, los hombres esperan la muerte (“el momento/ último”) sin esperanza de poder vencer al contrario, o ni siquiera de poder luchar. La imagen, de nuevo tan plástica como todo el poema, muestra hombres tumbados en el suelo que esperan el último tiro de la ejecución: “entre el pánico y la nada”, y la estrofa sigue adelgazando, ofreciendo versos tan breves como golpes de metralla, hasta rescatar la voz de un personaje hipotético que simbolizaría la falsa esperanza, y por ello el ritmo se hace más lento y se prolonga la cadencia con el verso más largo, que acaba en puntos suspensivos:

Algunos se murieron,
como dije,
y los demás, tendidos, derribados,
pegados a la tierra en paz al fin,
esperan
ya no sé qué
-quizá que alguien les diga:
“amigos, podéis iros, el combate...”. (vv. 50-57)

Como se ve, ambas estrofas se encadenan, cerciorando con ese “Algunos se murieron, como dije” el destino de los hombres ejecutados antes descritos. Ambas parecen ofrecer una respuesta a la pregunta que formulaba “Voz de la duda” de Emilio Prados (1938), escrita en 1937 en plena Guerra Civil:

Luchan los hombres, luchan por su nueva inocencia;
no abandonan su sangre por la muerte infecunda.
Cuando llegue a la tierra la paz ¿hallará en ella
las pequeñas desdichas o la aurora que empuja?

En el poema de González, escrito años después, vemos que ni la una ni la otra: sólo la desesperanza y la derrota. La cuestión ahora a entrañar es lo que esos hombres aún tendidos de la poesía de González hacen una vez acabada la batalla con la derrota. Si tenemos en cuenta que el final de la Guerra Civil supuso la instauración de un régimen totalitario de tipo fascista, los hombres que quedan “pegados a la tierra” no pueden ser otros que los vencidos, incapaces de levantar cabeza en esa atmósfera de represión. En un tono irónico que a menudo caracteriza

a la poesía de González, se acaba el verso 54 y también la frase gramatical con “la tierra en paz al fin”. No se puede olvidar que precisamente en los años sesenta se cambiaba la retórica de la victoria que siguiera a la guerra, cuando aún se levantaba el brazo derecho y se forjaban las relaciones con el eje fascista, para hablar dos décadas después de la paz que los nacionalistas habían traído al país⁷, aunque les hubiera valido la muerte y el destierro a cientos de miles de personas. No sólo en España, sino también en las relaciones exteriores, esa retórica ganaba fuerza. En cualquier caso, “los demás”, y ahora se usa el verbo presente, “esperan” en esa posición de derrota, sin la voz de mando –“tampoco el capitán hablaba”–, sin organización, sin ningún apoyo del exterior. Esperando, y el yo lírico desde su intimidad duda, que quizá alguien les diga: “Amigos, podéis ir”. Ese “amigos” tampoco puede pasar desapercibido: se sustituye el “compañeros” o el “camaradas” del saludo republicano por el “amigo”, sinónimo con otras connotaciones que a la censura le tendría que pasar desapercibido, pero que, sin embargo, ofrecía un guiño a quienes así lo quisieran entender.

En el caso de la poesía de Luis García Montero, la codificación del texto no es tan necesaria por cuestiones políticas, ya que se ha escrito en la democracia, aunque sí se ve una intención estética de aludir a ciertos elementos líricos que recuerdan la estética surrealista de entreguerras.

A los antepasados se regresa
por los mares carnívoros de los limones secos. (vv. 22-23)

El segundo de estos dos versos ofrece una codificación lírica muy compleja. Los “mares carnívoros” produce una ruptura de isotopías al unir bajo un mismo sintagma dos sememas sin ninguna conexión clara y crear una prosopopeya. Como imagen de raigambre surrealista, podría referirse a la tempestad del mar, a la intranquilidad, capaz de hacer desaparecer a los navegantes de embarcaciones, los resistentes a una época brutal en clave trágica. El sintagma nominal, “limones secos” aparece de nuevo, curiosamente, en el penúltimo verso del poema. Tras describir a la joven que esconde la guerrera vencida, se puede leer:

⁷ Para un análisis pormenorizado de ello, véase el segundo capítulo del libro de Aguilar Fernández (1996).

Quizás encuentre un día,
en el cajón de los limones secos,
una oportunidad. (vv. 44-46)

La guerrera por lo tanto debe esperar en ese escondite. Los limones son cítricos que sólo se pueden cultivar en climas semitropicales, es decir, cálidos y agradables, y que aún secos se pueden usar para perfumar ciertos guisos. Así que el limón podría entenderse como una metáfora de la República, que tantos años todavía es capaz de ofrecer un perfume, las reminiscencias del proyecto democratizador español. El acceder al pasado luminoso de la República por esos caminos marítimos peligrosos de otra temporada, sugiere que el camino del recuerdo no es fácil en absoluto. Y sigue así:

Hay quien busca ciudades,
la balada del bosque y la montaña verde,
el armario vacío de una casa,
la bandera o el himno.
Yo regreso a esta luna suspendida
sobre los olivares y tu coche.
Aquí viven mis muertos. (vv. 26-31)

De esta forma, rechaza el acercamiento simbólico y amable al pasado y al presente, para elegir ese momento en la cima de la colina de Víznar, junto al barranco con la fosa común. Como se ve, la situación poética se sitúa en la noche: “la luna suspendida”. De nuevo no es azaroso, sino que responde a una coherencia con el texto: si recordamos la primera estrofa, vemos cómo en el sexto verso la luna ocupa un lugar importante, es la meta de esa ascensión: “la luna interrumpida/ hace ya mucho tiempo”. La luna aparece repetidas veces como un elemento del paisaje andaluz, así como los olivos –no podemos olvidar “La canción del jinete” lorquiana. El elemento que entra en esa constelación centrándolo en una atmósfera más contemporánea, “tu coche”, sitúa el poema de nuevo a finales del siglo XX. Lo que engarza obviamente con él:

Aquí viven mis muertos,
éstas son mis raíces,
y su calor se extiende
como ramas al borde del camino,
alambres oxidados por la lluvia,
que sirven todavía para tender mi ropa. (vv. 31-36)

En esta estrofa no puede pasar por alto el uso de dos sememas “raíces” y “ramas” que completan la imagen del árbol. El calor de los muertos, del recuerdo de su muerte, llega hasta donde se encuentra el poeta en la cúspide de la colina. En una construcción metafórica, la memoria amable de esos muertos crea un entramado de ramas, de alambres “oxidados” por el paso del arduo tiempo, como un invierno de cuarenta años, que aun así sirven para sustentar los principios del yo lírico, aunque suponga una alusión clara a la prisión, a los prisioneros encerrados tras las alambradas de los campos de concentración fascistas, que ya aparecían en la poesía de González. La alusión a objetos naturales viejos, como los limones secos, no puede pasarse por alto para dotarle de sentido. En este caso, el semema ropa vuelve a recordar la guerrera que la joven guardaba entre los versos 42 y 46. En el caso del poema de Ángel González, el presente, impreciso, momento de enunciación del yo lírico, se manifiesta al final del poema:

Entre tanto,
es verano otra vez,
y crece el trigo
en el que fue ancho campo de batalla. (vv. 58-61)

El yo lírico vuelve así al presente, a cualquier presente ya no sólo de escritura, sino de lectura, como es el caso de la recitación pública del poema en el verano del 2004. Ello le proporciona calidad de eternidad y atemporalidad: el pasado no se puede cambiar y lo que queda no es un momento de esperanza, sino de constancia natural de la vida. Esta estrofa se puede relacionar, a mi parecer, con dos poesías de escritores antecesores. En primer lugar, la segunda parte de “Federación de los Trabajadores de la Tierra”, de Serrano Plaja, publicada en 1937, cuando aún había esperanza republicana. En esta poesía, se puede leer en referencia a los “tiempos venideros” (II, v.1):

Serán distintos ojos los que aguarden,
por campo de Castilla,
con impaciencia dulce a la cigüeña
primaveral y exacta. (vv. 42-45)

Frente a esa clara alusión a la esperanza (“distintos ojos”, “aguarden”, “impaciencia dulce”), el poema de González no presenta un nuevo campo, sino acaso el ciclo natural donde el humano no ha sabido influir, el mismo campo de siempre. La intención de sentido del final del poema de González, escrito en plena dictadura, recuerda de nuevo al poema de Jorge Guillén de *Guirnalda civil* anteriormente citado y escrito desde el exilio:

Y poco a poco,
y sin cesar, inexorablemente
se reanudan las formas cotidianas
se inventan soluciones.

Es decir, la vida se impone otra vez, simbolizada en el trigo del verano, todavía no listo para la cosecha, pero que durante el verano madurará. Por otra parte, el final del poema de Luis García Montero ofrece una visión más esperanzada. Usando como metáfora de la República la guerrera vencida que la muchacha guardara (vv. 41-43), acaba el poema con la esperanza de que tenga otra oportunidad.

No es azar que el poeta eligiera este poema para leerlo en el concierto en homenaje a los Republicanos del 2004. Tampoco lo es que Ángel González leyera “El campo de batalla”. Ambos poemas animan al recuerdo de la guerra desde dos perspectivas: “El pasado” desde la actual, con un guiño a los lectores más jóvenes que, acaso, conocen la poesía escrita antes de la Guerra Civil, de tonos surrealistas y tema amoroso, por los componentes de la llamada Generación del 27. En la comunicación lírica se propone la enseñanza moral de recuperar la memoria, muy en la línea de la asociación que organizó el homenaje. La poesía de Ángel González apela a una memoria más antigua, más desengañada, probablemente más dedicada a quienes sí vivieron la derrota. La mayoría de los invitados, tal como antes ya había mencionado, eran ancianos que habían luchado por la República. Ancianos que seguramente habían escuchado otras poesías

en encuentros multitudinarios años atrás, durante la Guerra Civil, cuando la poesía ocupaba un puesto en la lucha y todavía existía el convencimiento de que algo podía aportar. Tal como describió Serge Salaün en 1974:

La poesía se instala con fuerza en todas las transmisiones posibles. Es imposible no ver en esta invasión frenética el signo del dinamismo práctico del discurso poético, de su función social compleja. Al convertirse en fenómeno cotidiano y masivo, escrito u oral, la poesía se integra eficazmente en la vida individual y colectiva. (Caudet, 1990: 67)

Desde entonces ha llovido mucho, y la recepción de los poemas se ha ido limitando –a pesar del esfuerzo del Franquismo por crear sus poetas populares– a lectores especializados, sin llegar los versos contemporáneos al grueso de la población. Llevar la poesía al espacio público no es, por lo tanto, sólo un homenaje a los poetas que colaboraron con sus versos comprometidos a la lucha de la República, sino también una llamada a recuperar la función natural de la poesía: la comunicación. En el caso del poema “El pasado” se pretende comunicar la necesidad de recuperar la memoria, y se usa una estética compartida por quienes no lucharon pero sí estudiaron a los poetas de la Generación del 27; en el caso de “El campo de batalla” se comunica el recuerdo vivido de la derrota, en un entorno en el que muchos asistentes comparten experiencias parecidas, pues provienen del tiempo de la lucha y de la lectura pública de los versos, que aún creían que iban a cambiar el mundo.

Porque durante la Guerra Civil la poesía estaba en el centro de la acción, no sólo la poesía de los escritores profesionales, sino también la recreación de formas populares se había convertido en un arma, no para vencer al enemigo directamente, pero sí para mantener e impulsar la energía de los combatientes y sus allegados (Caudet, 1990: 67). Sin embargo, esa poesía manifestaba las diferencias existentes en el bando republicano, igual que lo hacían las publicaciones más importantes, como *El mono azul* u *Hora de España*. Las discusiones entre escritores de diferentes tendencias manifestaban el desacuerdo en cuanto a la estética y a

la ética que se esperaba del arte en tiempos de lucha contra el fascismo⁸, y, aún más, las divergencias ideológicas que existían.

Como he tratado en este artículo, actualmente se da un intento de devolver el poeta a la calle. Este llamamiento poético a recordar tronca con la política que se hace al respecto actualmente, setenta años después del inicio de la Guerra Civil, en 2006, el año de la Memoria Histórica. Mientras en otros países con dictaduras militares y genocidios se han dado pasos en la reconstrucción del pasado, en España nunca se ha hecho un informe oficial y riguroso con las experiencias de las víctimas, no se ha formado una comisión de profesionales con el fin de llevar a cabo la reparación histórica, ni siquiera se han abierto todas las fosas comunes para exhumar los cuerpos, por no hablar de buscar algún tipo de responsabilidad en tantas muertes. Como se ve en el encuentro patrocinado por la Asociación para la Recuperación de la Memoria, en España se ha preferido dejar la tarea de la conflictiva reconstrucción histórica en las manos de las asociaciones civiles y en el arte, en este caso: en la poesía.

La poesía en los espacios públicos tiene la fuerza de memoria colectiva que no les pasó por alto a los políticos en la Guerra Civil, pero hoy en día sería ingenuo creer que puede mover montañas. La lectura pública de estos dos poemas, que recuerdan desde diferentes momentos de enunciación, tiene acaso otra función principal: presentar elementos homogeneizadores entre los republicanos, por lo que huyen –por diferentes motivos– de los símbolos partidistas y se concentran en lo trágico de la derrota, y por ello son adecuadas a cualquier lector u oyente antifranquista. Su lectura pública tiene lugar en un momento delicado, en el que la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica lucha por hacerse oír en la discusión pública. La poesía recupera, de esta forma, el espacio público, como si fuera un puente tendido entre las diferentes memorias de los vencidos.

⁸ Una reconstrucción de la discusión en torno a la "Ponencia colectiva" leída por Arturo Serrano Plaja en 1937 en el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura se encuentra en Meyer-Minnemann, Luengo, y Pérez y Efinger (2003). A nivel ficcional, sólo hace falta leer las novelas de *El laberinto mágico* de Max Aub para caer en la cuenta de que faltaba un acuerdo general.

Bibliografía

- AA.VV., 2004. *Homenaje a los Republicanos. Recuperando Memoria*, Madrid: Rivas Vaciamadrid (en formato DVD).
- AGUILAR FERNÁNDEZ, PALOMA, 1996. *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid: Alianza Editorial.
- BERNECKER, WALTHER L., 1990. "El bombardeo de Gernika. La polémica historiográfica", en *La Guerra Civil Española- medio siglo después. Actas del coloquio internacional celebrado en Göttingen del 25 al 28 de junio de 1987*, Manfred Engelbert y Javier García de María (eds.), Frankfurt: Vuervuert Verlag, 165-186.
- CAUDET, FRANCISCO, 1990. "La poesía española de la Guerra Civil", en *La Guerra Civil Española- medio siglo después. Actas del coloquio internacional celebrado en Göttingen del 25 al 28 de junio de 1987*, Manfred Engelbert y Javier García de María (eds.), Frankfurt: Vuervuert Verlag, 63-90.
- CHÁVEZ PALACIOS, JULIÁN, 1997. *La guerra civil en Extremadura: operaciones militares (1936-1939)*, Mérida: Editorial Regional de Extremadura.
- DEBICKI, ANDREW P., 1997. *Historia de la poesía española del siglo XX*, Madrid: Gredos (Col. Biblioteca Románica Hispánica).
- GARCÍA MONTERO, LUIS, 1998. *Completamente viernes*, Barcelona: Tusquets.
- , 2003. "Poetas políticos y ejecutivos bohemios", en *Hace falta estar ciego (Poéticas de compromiso para el siglo XXI)*, José M. Mariscal y Carlos Prado (eds.), Madrid: Visor, 11-23.
- , ÁLVARO SALVADOR y JAVIER EGEA, 1983. "La otra sentimentalidad", *El País*, 8 de enero.
- GONZÁLEZ, ÁNGEL, 1961. *Sin esperanza con convencimiento*, Barcelona: Colliure.
- , 2000. *Poemas. Edición del autor*, Madrid: Cátedra, 1980.
- GRANJA, JOSÉ LUIS DE LA Y JOSÉ ÁNGEL ECHÁNIZ (eds), 1998. *Gernika y la Guerra Civil. Symposium: 60 aniversario del bombardeo de Gernika (1997)*, Gernika-Lumo: Gernikazarra Bulduma-1.
- JACKSON, GABRIEL, 1999. *La República Española y la Guerra Civil*, Barcelona: Crítica.
- LECHNER, JOHANNES, 1968. *El compromiso en la poesía española del siglo XX*, Parte primera, Leiden: Universitaire Pers Leiden.

- LUENGO, ANA, 2004. *La encrucijada de la memoria. La memoria colectiva de la Guerra Civil Española en la novela contemporánea*, Berlín: Tranvia.
- MEYER-MINNEMANN, KLAUS, y ANA LUENGO y DANIELA PÉREZ Y EFFINGER, 2003. "La Ponencia Colectiva (1937) de Arturo Serrano Plaja: Una toma de posición literaria y política en la Guerra Civil", *Revista de Literatura*, Tomo LXV N° 130, Madrid: CSIC, 447-470.
- MUÑOZ MOLINA, ANTONIO, 1991. *El jinete polaco*, Barcelona: Planeta.
- PRADOS, EMILIO, 1938. "Voz de la duda", *Hora de España*, XIII, enero, 61-62.
- THOMAS, HUGH, 2001. *La guerra civil española*, 2 vol., Barcelona: Grijalbo Mondadori.



Epístolas de Max Aub a Ignacio Soldevila Durante (y viceversa): el devenir de una preciosa amistad

Javier Lluch Prats

CSIC-Instituto de la Lengua Española

Resumen

A las migraciones de intelectuales como consecuencia de la Guerra Civil española, iniciadas ya en 1936, se sumaron posteriormente las de universitarios que desarrollaron su tarea allende las fronteras. Entre ellos, Ignacio Soldevila Durante, valenciano, quien se instaló en la ciudad de Québec en 1956. Dos años antes había dirigido una carta al escritor Max Aub, del que con el tiempo se convertiría en amigo y en su mejor especialista. El epistolario Aub-Soldevila (1954-1972) pone sobre el tapete, entre otros datos, detalles biográficos y elementos relacionados con la obra del escritor y con aquellas decisivas décadas del pasado siglo; asimismo, enuncia rasgos definitorios de cuantos la guerra arrojó a las playas del éxodo.

Palabras-clave: Literatura española contemporánea - Max Aub - Epistolario Aub-Soldevila - Hispanismo

Abstract

Intellectual migrations, starting as early as 1936 as a consequence of the Spanish Civil War, were followed by those of scholars who developed their work abroad. Among them we find the Valencian Ignacio Soldevila Durante who settled down in Quebec in 1956. Two years earlier he had written a letter to the writer Max Aub and with the passing of time he became his best friend as well as his best specialist. Soldevila-Aub's epistolary (1954-1972) reveals, among other things, biographical facts and

issues related to the writer's work and to the crucial decades of the last century. Likewise, the letters provide definite information on the many expelled by the war to the land of exodus.

Keywords: Contemporary Spanish literature - Max Aub - Aub-Soldevila epistolary - Hispanicism

En nuestros días –dicen– los afectos verdaderos son raros. Si es así, el mío por usted es raro. Lleva ya años encima de mí, y 'sabio consejo' de sus cartas y sus libros se ha acumulado en mi vida. (I. Soldevila, 28-12-1959)

¿Cómo llegó a ser un filólogo en ciernes especialista en un escritor hoy finalmente reconocido como es Max Aub? ¿Cómo se hicieron amigos? ¿Qué respondió Aub al recibir desde Madrid la carta de un estudiante que quería investigar su obra, que pocos leían, y menos en España? ¿De qué modo influyó la Guerra Civil en algunos miembros de la generación de los niños de la contienda cuando, años más tarde, intentaran ocuparse del estudio de nuestra literatura en un ambiente poco favorecedor para tal empeño? Con relación a estos últimos, recuérdese que otra de las tristes consecuencias de la dictadura fue, precisamente, la salida del país de muchos universitarios, que se sumaba a las diferentes migraciones de intelectuales iniciadas a partir de 1936. Primero unos se vieron abocados al exilio, para muchos sin retorno; más tarde otros dejaron España por la falta de perspectivas laborales y de libertades, por su oposición al franquismo. Por lo tanto, si queremos recuperar nuestra memoria histórica hemos de tener también presente la heterogeneidad de esa dispersión relacionada con las actividades académicas, es decir, la 'fuga' de cuantos universitarios se marcharon del país (en cierto sentido un *autoexilio*) como respuesta a las circunstancias de su tiempo, al ambiente adverso para actividades intelectuales presente en la dictadura. Es el caso de Ignacio Soldevila Durante (Valencia, 1929) que, como otros hispanistas (Eugenio G. de Nora, Gonzalo Sobejano, Francisco Ruiz Ramón, Alfredo Hermenegildo, Ciriaco Morón...), se convertiría en una figura clave del hispanismo en su país de acogida (Canadá) y en protagonista de aquella experiencia. Además, su epistolario con Max Aub (del que estas páginas sólo pueden ser un acercamiento) ofrece respuestas, como veremos,

a las cuestiones antes planteadas. Y aunque no es raro encontrar hoy epistolarios de escritores contemporáneos, excelentes instrumentos para conocer a un autor y su época, lo llamativo del que nos ocupa son sus interlocutores: un investigador y un escritor conocido (aunque silenciado en el panorama peninsular por largos años), que entablarían una rica y duradera relación profesional y amistosa a partir de los años cincuenta.

A estas alturas, en el ámbito de la literatura española contemporánea se considera a Max Aub no sólo una de las figuras sobresalientes de la escritura de la contienda sino también un escritor que, entre otras facetas, destaca como importante modelador de la estética de nuestras letras por su capacidad de innovación y de asimilación de tendencias varias. Y en los estudios aubianos surge esencialmente el nombre de Ignacio Soldevila: catedrático emérito de la Universidad Laval (Québec) desde 1993, reconocido especialista en novela española contemporánea y el *maxista* por excelencia, entre otros méritos¹. En sus trabajos sobre Aub se percibe la pasión que emanan y, a menudo a pie de página, se encuentran referencias al epistolario entre ellos. Ahora que Soldevila ha tenido la gentileza de darlo a conocer², las cartas escritas entre 1954 y 1972 nos muestran la forma sincera, abierta y sin tapujos que sembró desde el principio el fértil terreno para la amistad.

El fruto de una carta enviada a Euclides

Corría el año 1954 en Madrid cuando un joven y aplicado estudiante de Filología Románica de origen valenciano, Ignacio Soldevila, se dirigió a Max Aub, quien vivía exiliado desde 1942 (con domicilio en la calle Euclides, 5-3, de México D. F.), solicitándole información acerca de su obra y

¹ Entre otras distinciones, Soldevila es Académico de número de la Academia Norteamericana y Académico correspondiente de la Real Academia Española, desde 1997. Recibió el Premio Lluís Guarnier 2002 de la Comunidad Valenciana y la Medalla de Comendador de la Orden de Isabel la Católica en mayo de 2006. Para una aproximación a su trayectoria vital y profesional, véase Franklin García Sánchez (2000).

² El epistolario lo componen 166 cartas por lo general mecanuscritas, sobre todo en el caso de Aub. Al cuidado de quien firma estas páginas, está prevista la próxima aparición de este epistolario en la colección publicada por la Biblioteca Valenciana y la Fundación Max Aub, que se inició en 2000 con el *Epistolario Max Aub-Francisco Ayala* a cargo de I. Soldevila (2001b). Hasta ahora, en dicha colección se ha publicado también el de Aub con Tuñón de Lara en edición de F. Caudet (2003) y están previstas nuevas entregas.

de su vida. Por aquel entonces se puso en marcha una reforma académica según la cual, al finalizar los estudios universitarios, los alumnos debían realizar un trabajo de investigación que al poco tiempo acabó denominándose familiarmente “tesina”. Soldevila tenía intenciones de realizarlo en torno al teatro aubiano, que escogió como objeto de estudio. Contaba con pocos materiales para sus indagaciones, pues era muy escasa, por no decir casi nula, la presencia de Aub en librerías y bibliotecas en aquellos años grises. En Madrid, los estudios de Literatura Española estaban bajo la tutela de Joaquín de Entrambasaguas y Rafael Balbín, afectos al régimen. El primero, con quien trabajaba Soldevila, se opuso a que trabajo alguno sobre Aub, a quien conocía, pudiera ocuparse de su obra editada en fecha posterior a la del inicio de la guerra. De ahí el título de la tesina de Soldevila: “El teatro de Max Aub” presentada en junio del 54 en Madrid.

Soldevila había descubierto a Aub en casa de un tío suyo militar donde vivía en Madrid, y cuya biblioteca, casualmente, resultó ser la requisada tras la guerra a otro escritor exiliado, Paulino Masip, íntimo amigo de Aub. En un principio, al leer aquellos libros firmados por Aub, Soldevila pensó que era un autor extranjero, tanto por el apellido como por su teatro vanguardista, que le parecía propio de un foráneo, mas le llamó también la atención la ausencia de un traductor en aquellas obras primeras.

Gracias a los libros de Masip, los lazos empezaron a trenzarse. Sin embargo, muchos años antes, éstos ya habían tomado cuerpo: cerca del domicilio familiar de los Soldevila en Valencia (calle Gonzalo Julián, denominada Gregorio Mayans desde 1939) vivía la familia Aub en Almirante Cadarso. E incluso Soldevila sabe ahora que, por entonces, antes de la guerra, compartió las aulas de la Escuela Cossío con dos de las hijas del escritor (María Luisa y Elena, hoy Presidenta de la Fundación Max Aub) y, por ello, quizás alguna vez se topara en aquel centro laico de la Institución Libre de Enseñanza con un hombre llamado Max que usaba lentes quevedescas. Un hombre al que sólo conocería personalmente en Québec muchos años después, en 1962.

Tampoco supo Soldevila hasta hace bien poco que otro escritor, Francisco Ayala, asistió en la Valencia republicana y en guerra al recital de Miguel de Molina en el teatro Apolo³, al cual el joven Ignacio acudió

³La memoria lúcida de Ayala recordó ese momento en la entrevista que sirvió para el reportaje (“Cien años con Ayala”) de L. García Montero y J. Rioyo publicado en *El País Semanal* el 12 de marzo de 2006.

con su padre. Y si mencionamos a Ayala es porque éste sería también buen amigo de Aub y colega de Soldevila en el hispanismo norteamericano: con Ayala entabló relación temprana –mantenida hasta hoy–, casi recién llegado a América, en los tiempos en que el granadino trabajó en la Universidad de Río Piedras (Puerto Rico), y en cuya revista *La Torre* Soldevila publicó sus primeros trabajos sobre literatura española.

Pero volvamos a los cincuenta. Son los años en que comienza una muy fructífera etapa en la creación aubiana, así como de reconciliación del escritor con su tierra de adopción (el 22 de enero de 1956 obtiene la nacionalidad mexicana). Como corrobora su epistolario con Soldevila, es también el periodo de mejora de nivel de vida, de múltiples viajes, del reencuentro con amigos y de colaboraciones con universidades extranjeras, en suma, periodo de reconocimiento al fin, aunque en España sólo le llegaría tras su muerte.

Aub y Soldevila, valencianos y republicanos, entran en contacto, conocen el francés y su literatura, intercambian opiniones sobre temas diversos y, a partir de 1956, comparten los propios de sus contemporáneos y cuantos afectaban a quienes habían abandonado la patria chica (“me parece que estoy en otro mundo”, dirá Soldevila al llegar a Canadá). Es más, conmueve incluso el tono en que Soldevila se dirige a Aub, no pocas veces sustitutivo de una ausente figura paterna⁴. El 18 de abril de 1955, Soldevila apunta:

Sí, ya sé que estoy divagando, pero siempre que le escribo tengo la impresión de que algo se desata en mí, como si estuviese hablando con alguien de otro mundo que acoge todo –lo doloroso y lo menos doloroso– con una comprensión siempre abierta de brazos.

En referencia al futuro de la obra aubiana, al mencionarle al escritor su proyecto de tesis sobre la novelística de la Guerra Civil –que no presentaría al final por impedimentos de marcado carácter político tanto en Canadá como en España–, Soldevila le escribe el 17 de febrero de 1964:

⁴ El juez republicano Ignacio Soldevila Galiana, detenido al finalizar la guerra, murió en 1940 después de pasar seis meses en la prisión modelo de Valencia en estado de salud lamentable. Tras la muerte de la madre pocos años después, los hermanos Ignacio y Elena Soldevila se convertirían en víctimas inocentes de la tragedia.

Si hay justicia en la República de las Letras la tendrá Ud., téngalo por seguro, así tengan que pasar cien años y ni Ud. ni yo podamos gozarnos en ello. *Cela nous fait une belle jambe*, pero tampoco he perdido las esperanzas de que lo podamos ver y oír. Ya suenan campanas, aunque lejanas.

Los primeros puntos de acercamiento serían axiales en el destino de este profesor e investigador que ulteriormente devolvería a puerto muchos barcos del exilio republicano español. Y es que a su fascinación por Max Aub, en Soldevila se aúnan su interés por el exilio y la guerra (cuyo final demolería su entorno familiar), la novela y el teatro contemporáneos y, como demuestra su *curriculum*, por otros campos, desde la teoría y la crítica literarias hasta la lexicografía, que siempre le ha seducido. Soldevila se considera discípulo de Rafael Lapesa, y de ello da muestra, por ejemplo, su participación como redactor en el proyecto del *Diccionario Histórico* de la Real Academia Española en que se integró desde sus comienzos, proyecto que sería una vía abierta a su regreso a España que, finalmente, no fructificó.

A través de sus cartas Aub y Soldevila van trabando una amistad que se prolongaría hasta los últimos días del escritor (por vez última se reencontraron en Madrid en mayo de 1972; Aub falleció el 22 de julio en México). Comparten su cotidianidad, preñada de literatura, así como gustos, experiencias, frustraciones y anhelos. El deseo del regreso a España se destaca en sus misivas, demostrando una vez más la vigencia de la canción de los exiliados: *volver, volver...* Ambos manifiestan su pasión por una España que les duele, que sienten, una España a la que ambos deseaban retornar. El recuerdo de España imposible de borrar del que Aub dejó tantos testimonios en sus *Diarios*:

El mundo da vueltas, pero yo no vuelvo donde debiera volver [...] Quieran o no, vive uno de prestado [...] Uno no sabrá nunca cómo habla la gente de otro país, aunque hable con la misma lengua. Siempre se es de donde se ha aprendido a vivir: nadie se libra de sus diez a sus veinte años. [28 de abril de 1950]. (Aub, 1998: 165)

A Aub se le negó muchas veces el visado, dada su clara posición antifranquista y su condición de republicano socialista. En cambio, Soldevila no tenía problemas de entrada e intentó su reincorporación laboral

en varias ocasiones, pero tuvo que reemprender el camino de regreso a Canadá. En este sentido escribió el 23 de abril de 1969:

Voy a intentar volver a España. Desde ahora empiezo a meter clavijas por donde puedo, tranquilamente, hasta que “suene” alguna. Estoy ya saturado de emigración (no sé cómo me atrevo a decirte esto A TI, pero no deja de ser la verdad) y prefiero morir en una yacija de Ocaña que en un mullido lecho de Québec. Y de todas maneras, tampoco me hago ilusiones: en Ocaña no meten a tontos de mi calibre.

Al igual que la obra creativa y testimonial de Aub, el epistolario pone de relieve la necesidad incontrolable que tiene el exiliado, necesidad de escribir, de rememorar, de testimoniar, porque una de las características más constantes de cuantos escritores la guerra arrojó a las playas del éxodo será la importancia del tiempo y la predisposición al testimonio (y como consecuencia a la introspección). La escritura, por tanto, como modo de salvaguardar la memoria, como testamento imperecedero y afrenta al olvido.

A lo largo del epistolario la obra aubiana se anuncia a medida que se va hilvanando y se entrega a imprenta. Uno la comenta como lector y crítico incipiente, otro con postura autocrítica. Se ponen también sobre el tapete múltiples referencias al “ambiente” de entonces que tanto interesaban a Aub: de los años cincuenta a los setenta del pasado siglo, que no son pocos. Estas epístolas son, pues, testimonios valiosos de dicha época por los comentarios de vario tipo que intercalan sobre España y las vivencias en América y en Europa (Canadá, Cuba, México, Estados Unidos, Hungría...). En su correspondencia, además, a modo de personajes que la transitan nos encontramos, por una parte, con Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, José Antonio Maravall, Camilo José Cela, Manuel Tuñón de Lara, Luis Buñuel... Por otra, se entrecruza la mención de la labor de los hispanistas antes referidos, por entonces jóvenes que empezaban a sentar cátedra en sus destinos.

Con el epistolario se abre también evidentemente la puerta de dos talleres: uno, el del escritor; otro, el del investigador. Este conjunto documental es imprescindible para interpretar la vida y la obra de Aub, cuya actitud se perfila generosa sin reservas. Con relación a los aspectos biográficos, es un excelente testimonio para la elaboración de la todavía

ausente biografía completa del escritor, de la cual Soldevila ha sido uno de los pocos que la han ido trazando (Soldevila, 2003; Prats Rivelles, 1978; González Sanchís, 1998; García, 2003). Entre otros datos, aporta su conocida autobiografía redactada en 1953 y contiene alusiones a los frecuentes viajes de Aub (como el de Canadá en 1962). Y respecto de su obra, los apuntes son múltiples: la división del teatro realizada por el propio escritor en febrero de 1955 (teatro mayor, teatro menor, obras en un acto); los problemas con la censura española (es el caso de *La calle de Valverde*); su consideración de la literatura activa más que comprometida; su relación con varias editoriales (Fondo de Cultura Económica, Aguilar, Joaquín Mortiz...) y otros escritores (Masip, Ayala, Díaz Plaja, Chabás, Arana, Andújar...); la información sobre el origen de muchos de sus textos: *Luis Álvarez de Petreña Campo de los almendros*, *Campo del Moro*, *Luis Buñuel*, *novela*, *La gallina ciega*:

Ya veréis dentro de un par de meses hasta qué punto coincide mi opinión con la tuya referente a la Madre Patria, quiero decir que *La gallina ciega* ya está en páginas y empezará a imprimirse dentro de unos quince días. [19 de agosto de 1971]

Aub se nos presenta incluso como corrector de excepción de la monografía de Soldevila, *La obra narrativa de Max Aub* (1973), trabajo que asombra al escritor. Y pese a que no cesó de tomar notas allá donde podía, en octubre de 1965 Aub aseguraba que no estaba dispuesto a hacer un libro de memorias, que muchos editores le solicitaban. Así también, al espigar sus comentarios, los editores críticos hallarán relevante información acerca de su última voluntad respecto de textos como el relato "Un atentado", que, según Aub consideró en abril de 1970, con el tiempo habría de desaparecer de la colección en que lo incluyó seis años antes: *El Zopilote y otros cuentos mexicanos* (Barcelona: Edhasa). Así también, sus cartas desvelan información sobre sus personajes:

De los personajes y personajillos de *La calle de Valverde* sólo le diré que no hay retratos directos, sólo la caricatura de Pérez de Ayala en Salvador Pérez del Molino. Efectivamente, también Morales Arnau es más o menos Ardavín. Pero Barillón nada tiene que ver con Marcel Bataillon. Miralles y su familia son trasuntos. Pero los demás no responden a nadie en particular. Manolo Cantueso se parece, físicamente y en algún rasgo de carácter,

a un periodista valenciano que acabó de embajador en Yugoslavia. Pero me preocupa el que encuentre en tantos personajes reflejos míos. Si es así, es un fracaso. En Santibáñez algo hay de Araquistáin y de Fabián Vidal, mezclados. Creo que es una novela triste. Las que han de seguir, si las escribo, las quisiera más optimistas para rematarlas el 14 de abril del 31. [11 de octubre de 1961]

Por lo que se refiere a las epístolas firmadas por Soldevila, además de testimonio del asentamiento del hispanismo en Canadá, donde a su llegada estaba en vías de crecimiento, llama la atención la presencia en la Universidad de quienes en varias ocasiones le hicieron difícil la presentación de su tesis doctoral, primero sobre novelistas de la guerra, después sobre Max Aub. Invitar para que dictara una conferencia o investigar su obra comportaba hasta problemas diplomáticos para quien trabajaba a orillas del río San Lorenzo: el control ejercido por la dictadura no se detenía en los Pirineos. En Québec notorios franquistas eran curiosamente no españoles, como los profesores Richard Pattee y Paul Bouchard. Incluso en 1964, en Madrid, Entrambasaguas rechazó su proyecto de tesis sobre la novelística de la guerra por considerarlo un estudio histórico más que literario, lo cual llevó a Soldevila a buscar otros centros (Barcelona, París) en los que reiniciar su tarea. Comenzó a trabajar en torno al lenguaje de los sentimientos en la Edad Media con el apoyo de Rafael Lapesa, pero finalmente, en 1970, pudo defender su tesis sobre la narrativa aubiana en Québec. Por tal motivo este epistolario muestra también la génesis y las vicisitudes de conocidos trabajos de Soldevila: entre otros lugares, lo utilizó para redactar la “Semblanza de Max Aub” con que se abre su ensayo *El compromiso de la imaginación* (Soldevila, 2003) el mejor estudio de conjunto sobre el escritor. En suma, el epistolario conforma una visión de mundo particular que, desde una perspectiva microhistórica, ofrece la trayectoria vital de un universitario español crecido en la posguerra, sus deseos y realidades, sus logros y fracasos. (Y comprobará el lector que los lamentos del joven Soldevila acerca del *mundillo* académico por desgracia mantienen aún su vigencia).

* * *

Como es sabido, la obra de Max Aub reúne la memoria individual y colectiva de su tiempo, de otra España, así como también la de México.

La dictadura, según señaló Aub mediante una acertada metáfora, los había borrado del mapa:

Nadie sabe quién soy en España. Lo digo por los que aquí aseguran lo contrario: para hacerse ilusiones acerca de ellos. Nos borraron –y bien– del mapa. Quedan los amigos, y los hijos de los amigos. Pero, ¿tenernos en cuenta, influencia? Ninguna, absolutamente ninguna. No digo que no sea una lástima. [21 de octubre de 1968]. (Aub, 1998: 432)

No obstante, en América continuaba vivo el interés por España y en este epistolario se da cuenta de esa mirada de quienes salieron por muy distintos motivos, pero todos como consecuencia del acontecimiento determinante para el futuro socio-político de España. La recuperación de fuentes y archivos que nos devuelvan otro perfil del pasado, más claro, nos ayudará a interpretarlo y a conocerlo mejor, con un mayor rigor. Por su extraordinario interés, la lectura de este epistolario enriquece –como hemos destacado– la información sobre Max Aub, pues constituye un medio directo para conocer, entre otros, detalles biográficos y el trabajo creador de año en año, el devenir de la relación entre Aub y Soldevila, y así el sentimiento de unión de quienes residían en un medio extraño sin perder su condición inseparable de ser españoles. Como se ha resaltado previamente, encontramos asuntos cotidianos y familiares, proyectos editoriales, actividades artísticas y culturales de los lugares en que viven y los que visitan, y surge el intercambio de ideas, experiencias, desengaños y recuerdos. En suma, el sentimiento de solidaridad y los estímulos que se intercambiaban afloran en estas epístolas que, a su valor documental, añaden sus intrínsecos valores literarios y su valor histórico.

Bibliografía

- AUB, MAX – SOLDEVILA DURANTE, IGNACIO. Fundación Max Aub – Archivo. Epistolario: Caja 14, carpeta 1.
- AUB, MAX, 1998. *Diarios (1939-1972)*, Manuel Aznar Soler (ed.). Barcelona: Alba Editorial.
- CAUDET, FRANCISCO, 2003. *Epistolario Max Aub-Manuel Tuñón de Lara. Epistolario 1958-1973*, Valencia: Biblioteca Valenciana-Fundación Max Aub.

- GARCÍA SÁNCHEZ, FRANKLIN, 2000. "Ignacio Soldevila: el humanista y su obra", *Tierra de Nadie*, nº 3, mayo de 2000, 7-16.
- García, Manuel, 2003. "Cronología de Max Aub (París, 1903 – México D. F., 1972)", en *El universo de Max Aub*. Catálogo de la exposición celebrada en el Museo de Bellas Artes de Valencia, del 20 de enero al 30 de marzo de 2003, Manuel García (Coord.), Valencia: Generalitat Valenciana.
- GONZÁLEZ SANCHÍS, MIGUEL ÁNGEL, 1998. "Epílogo biobibliográfico", en Max Aub: *San Juan*, M. Aznar Soler (ed.), Valencia: Pre-textos, 227-265.
- PRATS RIVELLES, RAFAEL, 1978. *Max Aub*, Madrid: Epesa.
- SOLDEVILA DURANTE, IGNACIO, 1973. *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*, Madrid: Gredos. Col. Biblioteca Románica Hispánica.
- , 2001a. *Historia de la novela española (1936-2001)*, Vol. I, Madrid: Cátedra.
- , 2001b. *Epistolario Max Aub-Francisco Ayala. Epistolario 1952-1972*, Valencia: Biblioteca Valenciana-Fundación Max Aub.
- , 2003. *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub*, Valencia: Biblioteca Valenciana. [La primera edición, más reducida, fue publicada por la Fundación Max Aub, Segorbe, 1999].



Historia de una amistad: Ramón Sender y Carmen Laforet desde sus exilios

Emilia de Zuleta

Real Academia Española de la Lengua - Academia Argentina de Letras

Resumen

El primer Premio Nadal, obtenido por *Nada*, novela de Carmen Laforet, en 1944, obtuvo muchos elogios en España. Pero más interesa registrar dos lecturas efectuadas en el exilio. La primera consiste en una nota de Francisco Ayala, publicada en el primer número de la revista *Realidad* de Buenos Aires. La segunda es una carta de Ramón Sender, cuyo texto figura en el libro *Puedo contar contigo*, donde se recogen setenta y seis epístolas intercambiadas entre ambos escritores. A través de estos textos se construye una suerte de diálogo-confesión en el cual se perfilan las siluetas de ambos con sus altibajos existenciales de dolor, nostalgia, depresión, esperanza. Este libro ilustra sobre uno de los múltiples modos de la interrelación entre la España de “adentro” y la de “afuera” durante el período franquista.

Palabras-clave: Ramón Sender - Carmen Laforet - epistolario - exilio

Abstract

Carmen Laforet's *Nada* received the first prize in the Nadal Awards in 1944. Although the novel was highly praised inside Spain, two of its interpretations made in the exile raise more interest. The first one is an article by Francisco Ayala published in the first number of *Realidad*, a magazine

Olivar N° 8 (2006), 139-152.

in Buenos Aires. The second interpretation, consists of a letter by Ramón Sender. This letter has been published, together with 76 other letters exchanged by him and Laforet, in *Puedo contar contigo*. Throughout these texts, both writers build up a sort of confesion-dialogue from which the reader can have a glimpse of their silhouettes, full of existential ups-and-downs of pain, nostalgia, depression and hope. Rolón Parada's book also illustrates a relationship between the Spain of the "inside" and that of the "outside" which took place during the Franquism.

Keywords: Ramón Sender - Carmen Laforet - epistolary - exile.

El retorno, como se sabe, es el sueño constante de todo exiliado. Anclado a mayor o menor profundidad, ese sueño se alimenta de recuerdos cuyo carácter obsesivo puede llegar a construir un mito personal donde, en las horas de optimismo, las imperfecciones y los antiguos dolores se diluyen; y en las de desánimo y pesadumbre, los fantasmas se agrandan y los temores prevalecen.

"El exiliado" escribe Santiago Silvestre, "para oponerse al destierro, no debe olvidar y es este recuerdo obstinado lo que más define su condición" (2003: 25). Ese *recuerdo obstinado* se nutre constantemente, también, de nuevas noticias que vienen del *otro lado*.

Casi diez años habían pasado de la Guerra Civil española y, durante ese tiempo, las noticias y testimonios que comenzaban a filtrarse revelaban que la vida literaria en la Península continuaba, y aquel lejano horizonte, avizorado o imaginado desde el destierro, se poblaba de nuevas presencias. En efecto, desde mediados de los años cuarenta comenzaron a llegar desde España los primeros frutos de la irrupción en la industria editorial de un nuevo fenómeno, el de los premios literarios, que apuntaban a recuperar al público lector peninsular, primero, y casi enseguida, a aquel otro, panhispánico, que recibía la masa de libros producidos por el primer *boom* editorial surgido gracias al impulso de los exiliados españoles de Buenos Aires, México y, en menor medida, de Santiago de Chile.

Aquellos premios españoles, en particular, el Nadal, instituido por la editorial Destino de Barcelona, fueron el vehículo de una nueva literatura peninsular. El primer Nadal, de 1944, obtenido por la novela *Nada*, de Carmen Laforet, una joven estudiante catalana desconocida, de apenas veintitrés años, fue publicado en 1945, inaugurando aquella

serie de pequeños volúmenes encuadernados en tela azul que llegaron a las librerías de América o fueron traídos por viajeros que volvían de un primer regreso tentativo a España, u otros que reanudaban, muy mermada, la antigua corriente inmigratoria suspendida por la Guerra Civil y sus secuelas.

Nada –que contaba la dolorosa experiencia de Andrea, una estudiante catalana, muy parecida a Carmen Laforet– había sido recibida en España con cierta sorpresa y muchos elogios: Pedro Laín Entrelago, un intelectual de primera fila, proyectaba aquel testimonio individual hacia el plano más amplio de un cambio filosófico occidental, el del existencialismo. En un artículo suyo, publicado en *ABC* el 8 de agosto de 1945, consideraba aquella novela como la representación del “alma agónica del hombre actual”. Otros críticos del momento la leían, con cierto asombro, como un libro nuevo, de éxito inesperado y auspicioso. Pero resulta aún más interesante registrar dos lecturas provenientes del exilio. La primera consiste en una nota de Francisco Ayala, en el número 1 de la revista *Realidad*, publicada en Buenos Aires en enero-febrero de 1947, bajo el título de “Testimonio de la nada”. En su análisis breve de *Nada*, la reconocía como la señal de una generación española recién llegada, tras el silencio posterior a la Guerra Civil, que hace oír “la voz de su desesperación absoluta, de su radical nihilismo” (1947: 128).

El público receptor de aquella revista debió de abarcar un arco bastante amplio. Su director era el filósofo argentino Francisco Romero y en ella colaboraban un grupo numeroso de españoles residentes en Buenos Aires o en otros lugares del exilio en América, además de pensadores argentinos y extranjeros como Carlos Alberto Erro, Miguel Angel y Rafael Virasoro, Murena, Juan Adolfo Vázquez, Bertrand Russell, Guido de Ruggero, Vladimir Weidlé, Jean Paul Sartre y otros. El género predominante en *Realidad* era el ensayo en sus más diversas modalidades temáticas y estilísticas. Alcanzó un sobresaliente nivel y se dijo de ella, con justicia, que era “una de las más ricas empresas que hayamos emprendido los argentinos en el plano de la inteligencia” (Lafleur *et al.*, 1968: 227)¹. En

¹ Otra resonancia de la novela en la Argentina fue el filme *Graciela* (1956), dirigido por Leopoldo Torre Nilsson, sobre un guión de Arturo Cerretani basado en *Nada*, e interpretado por Elsa Daniel y Lautaro Murúa, entre otros.

este marco debe ser evaluada la posible repercusión de aquella reseña, aunque no poseamos datos concretos al respecto.

De la segunda lectura de la novela a la que aludimos antes, tenemos ahora un testimonio preciso en la carta que Ramón Sender le escribe a Carmen Laforet el 5 de octubre de 1947, desde Albuquerque, Nuevo México, en cuya universidad enseñaba por entonces. Su texto figura en el libro *Puedo contar contigo; correspondencia* (2003), editado por Israel Rolón Barada, y donde se publican las epístolas intercambiadas entre ambos escritores que han podido ser reunidas hasta el presente.² Aquella primera carta de Sender comienza diciendo:

He leído su *Nada* y me parece una buena novela. Hace años que no había tenido una impresión tan *confortable* intelectualmente hablando. Es un gran placer encontrar el talento literario sobre todo en nuestro propio idioma. (*Cartas*: 33)

A continuación, *supone*, y en este verbo domina su matiz persuasivo, que ella habrá de subordinar todo lo demás a los intereses literarios y que conservará “ese dominio de la realidad, esa visión directa, sencilla y asombrosamente humilde [...]”. En tercer lugar le ofrece ante sus editores en Nueva York la traducción de la novela al inglés y concluye: “En buena hora otra vez. Es Usted una espléndida escritora. Gracias por la alegría que me ha dado su *descubrimiento*”. (*Cartas*: 33-34).

No hubo respuesta por entonces. Carmen Laforet no sabía que Sender era un escritor importante, según lo confiesa en la segunda carta de ese sabroso epistolario, fechada en Boston en octubre de 1965, y lo reconfirmará varios años después en un artículo publicado en *ABC* el 21 de abril de 1972, donde dice: “[...] no supe toda la generosidad de su carta, porque ignoraba la categoría de quien me había escrito al leer mi primer libro, animándome tanto. Luego me enteré”. (*Cartas*: 269)

A partir de esa fecha, 1965, y hasta 1975, cabe reconstruir la historia de aquella amistad aludida en el título del presente trabajo. El material que tenemos entre manos es un epistolario real, pero en el trasfondo de

²Todas las citas corresponden a la edición de las cartas a cargo de Israel Rolón Barada citada en la bibliografía. Me referiré a ella como *Cartas*, indicando luego en número de página o la fecha, según resulte pertinente a mi argumentación.

nuestra interpretación prevalece la hipótesis de que no sería impertinente examinarlo teniendo en cuenta las categorías literarias del diálogo y de la confesión. Menos directo que el primero cuya inmediatez preserva, al menos en parte, su origen coloquial en la viva voz de los intervinientes, se aproxima a la confesión y se complementa con ella por análogas razones. El intercambio epistolar, con sus elipsis temporales, condiciona y reelabora el discurso confesional. Un diálogo confesional sería, quizás, el modo más preciso para definir el carácter de esta *correspondencia*.

El remitente/destinatario Sender irrumpe en la vida de la remitente/destinataria cuando ya es un escritor conocido, sobre todo por sus novelas anteriores a la guerra, especialmente *Imán* (1930) y *Mister Witt en el cantón* con las que había obtenido el Premio Nacional de Literatura en 1935. Ya en el exilio publicó, en México y en los Estados Unidos, numerosas novelas, algunas de ellas con rasgos propios del llamado realismo social y también del costumbrismo histórico; y otras, con inclinada intención simbólica y espiritualista.

Anarquista en sus comienzos, Sender tuvo su etapa comunista, no muy ortodoxa, para orientarse, al final en el exilio norteamericano, hacia una posición de anticomunismo desesperanzado y renuente a todo compromiso político. Había participado en la Guerra Civil en la Brigada de Enrique Líster, con quien disintió ásperamente. En 1989 su hijo Ramón Sender Barayón publicó un libro titulado *A death in Zamora* donde acusa a su padre de haber aconsejado a su mujer que volviera a Zamora, zona nacional, donde todos la conocían, mientras él actuaba públicamente en el bando republicano. Ella fue fusilada y sus hijos fueron adoptados por una familia norteamericana y, tardíamente, recuperados por su padre cuando dejó su primer exilio en México y se instaló en Albuquerque (Buckley, 1989)³.

Tenía Sender cuarenta y cinco años cuando escribió aquella primera carta sin respuesta a la novel escritora catalana, y sesenta y tres cuando verdaderamente se inicia la correspondencia como diálogo en 1965.

Carmen Laforet había nacido en Barcelona el 6 de septiembre de 1921 y tenía, por lo tanto, veintiséis años en 1947, fecha de la primera

³No he logrado localizar el libro de Sender Barayón y recojo estas referencias del artículo de Ramón Buckley citado en la bibliografía.

carta de Sender, y cuarenta y cuatro en el reencuentro epistolar que precede en unos meses al conocimiento directo de su corresponsal. Después del Nadal había obtenido el Premio Fastenrath de la Real Academia Española. En 1952 había publicado *La isla y los demonios* y *La mujer nueva* en 1955, con la cual obtuvo el Premio Menorca y, en 1956, el Nacional de Literatura. Un volumen de artículos sobre su viaje a los Estados Unidos aparecería en 1967 bajo el título de *Paralelo treinta y cinco*. Se había casado con el escritor Manuel Cerezales, había tenido varios hijos y proyectaba nuevas obras a cuya penosa gestación podemos asistir hoy, a través de esta correspondencia. Sus largos silencios literarios han sido objeto de diversas explicaciones, entre las cuales juzgamos como especialmente autorizada la que esboza su hija Cristina Cerezales en el prólogo de esta edición, cuando se detiene en una cita del libro *Paralelo treinta y cinco (Cartas: 9)*. Allí Carmen menciona “la vida tan áspera como es la de España para los escritores”, y alude a “envidias, enemistades, rencillas”. En el epistolario aparece abundante material que ilustra estos comentarios.

El libro incluye setenta y seis cartas. Si separamos la primera, de Sender a Carmen, del 5 de octubre de 1947, y empezamos nuestro análisis a partir de la primera de ella a él, en octubre de 1965, fechada en Boston durante su primer viaje a los Estados Unidos, advertimos que en ese final de año sólo se intercambiaron dos cartas, la tercera del epistolario con la respuesta de Sender desde Los Angeles, donde enseñaba en la Universidad de Southern California, después de haber agotado, con sus malas relaciones entre colegas, su permanencia en Albuquerque.

Durante 1966 el intercambio se intensifica (contamos con veinte cartas, siete de Carmen y trece de Sender); disminuye la frecuencia durante los años siguientes hasta 1970, cuando vuelve a aumentar: ocho cartas en total, siete de él y una de ella; y con ese ritmo, con leves disminuciones hasta 1975. Bajo los números 75 y 76 se transcriben en el libro fragmentos de misivas de cada uno de los corresponsales, fechadas en 1966 y 1967.

La obra se cierra con tres apéndices: el primero, un artículo de Sender, “Carmen Laforet en inglés”, publicado en *Los libros y los días* (8-6-1966), que Carmen Laforet le agradece en su carta del 25 de julio de ese año. Destinado a la A.L.A., la agencia literaria de Joaquín Maurín, debió difundirse en algunas de las publicaciones asociadas a aquélla. El apén-

dice número dos contiene el prólogo de Carmen Laforet a *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, de Sender, que editó Manuel Cerezales en la editorial Magisterio Español en 1967. El tercer apéndice recoge un artículo de Carmen, en forma de diario, publicado en *ABC* el 21 de abril de 1972, reseña del libro *El fugitivo* de Sender.

En el diálogo-confesión que se construye en este libro se distinguen, al menos, cuatro redes temáticas. La primera abre el intercambio amistoso de dos obsesiones que convergen: para Sender, el balance de su exilio y la perspectiva del retorno; para Carmen, su incomodidad, su inconformismo en España, y su depresión.

Piensa Carmen que los exilios tienen sus efectos beneficiosos: “yo quiero decir que la semilla de personalidad y de inteligencia que dejan los exilios (aunque no voy a emplear la palabra) hace más por España que todos los esfuerzos interesados e ineficaces” (*Carta 5*, enero 1966). Testimonia de este modo la expectativa que había en España ante el regreso de los exiliados. Paralelamente, Sender se siente perplejo ante la actitud que observa entre los que están en la Península: “me tratan todos bien. Eso quiere decir que tampoco *ellos* tienen rencor. Yo no lo tengo hace mucho tiempo para nadie, aunque con la excepción del pequeño César [Franco] a quien no he podido nunca tratar desde mis viejos tiempos de Marruecos, cuando él andaba por allí con su legión” (*Carta 7*, 2-2-1966). Quiere volver a su tierra y confiesa hacia ella un amor reconcentrado por la distancia: “Pocos españoles *de dentro*, a mi edad, tendrán un amor por su tierra tan fresco y juvenil como el mío. Algo bueno tiene que tener el destierro” (*Carta 17*, 28-8-1966). Sueña con reencontrarse con los viejos amigos sobrevivientes, pasearse por el Retiro y dormir a pierna suelta, como no había vuelto a hacerlo desde su salida de España: “[...] y pensar desde ahí en lo bueno que es América, lo mismo que desde aquí pienso en lo maravillosa que es España.” (*Carta 18*, 29-9-1966)

Los exiliados, después de treinta años desde la guerra, percibían –o creían percibir– una apertura que, en efecto, comenzaba en la Península y se disponían a un reencuentro civilizado y tolerante. El mismo Sender que, en la famosa polémica iniciada en 1951 entre los españoles *de adentro* y *de afuera* (cfr. Zuleta, 1997), había rechazado como imposible *el puente* que proponía, desde Buenos Aires, Guillermo de Torre, revelaba ahora un talante más abierto y cordial (cf. Díaz, 1983).

Desde *adentro* había expectativas ante el posible regreso de los exiliados en esa etapa de fines de los sesenta que corresponde a la liberalización del régimen de Franco y de la publicación de sus libros en España. Sender desde 1965 ya publicaba mediante la editorial Destino en Barcelona, en Magisterio Español –donde trabajaba Cerezales– y en Gredos.

Mucho exiliados volvieron en esta década y hallaron otra España, diferente de la que habían dejado. Vivían aquel “problemático regreso” del que hablaba José Marra-López en su libro pionero de 1963, *Narrativa española fuera de España*. Mucho más dura fue la experiencia de los que volvieron después de la muerte de Franco, en 1975, etapa en la cual muchos de quienes dominaban la escena intelectual y política no habían sido protagonistas directos de la Guerra Civil y, en general, no participaban del sentimiento de culpa que habían padecido sus mayores. De esa dureza hay ejemplos en los tres libros de Francisco Umbral *La noche que llegué al café Gijón* (1977), *Trilogía de Madrid* (1984) y *Las palabras de la tribu* (1994). “Lo que pasó con la vuelta del exilio y la difusión de sus libros, tras el primer deslumbramiento, es que no pasó nada”, dice en el último refiriéndose, en general, a la literatura de los exiliados (Umbral, 1994: 316).

La segunda red temática concierne a la profundización de las relaciones entre ambos corresponsales. El hombre casi viejo manifiesta su admiración por la mujer en su primera madurez, admira su belleza, con “la luz de los once años” “resplandeciendo en su cara”, “tu cabeza juvenil y tu garbo adolescente”. “Niña bonita” la llama en otra ocasión y revela, por momentos, una notable confusión de sentimientos: “pero pienso en ti como una persona muy cerca de mí, más que una amiga, más que una amante. Algo como una hija a quien el papá mimaba porque ella lo ha sabido reconquistar por entero” (*Carta* 58, 12-6-1972). En otros momentos la compara con Santa Teresa, capaz de llevar su vida intelectual sin disociarla de sus obligaciones domésticas. Este aspecto del complejo feminismo hispánico que han tratado algunas autoras, como Rosa Chacel, María Zambrano o Carmen Martín-Gaité, deslumbra al novelista aragonés. ¿Hasta qué punto no motivan este acercamiento sus definiciones de lo que él entiende por literatura femenina? En su re-examen de *Nada* para la traducción al inglés, anotaba que Carmen escribía sobre las mujeres mejor que los hombres, y sobre éstos, con bondad. “Y como le dije es la primera mujer que escribe sin tratar de imitarnos ni disfrazarse de *gran*

bombre, que es lo que suelen hacer por ahí (Simone de Beauvoir y otros excesos)” (*Carta 13*, 25-5-1966).

Se siente viejo y achacoso mientras procura su retorno a España que no condiciona ya a la desaparición de aquél a quien llama “césar”, “cesarito” o “cesáreo”. Ahora no quiere volver hasta que no se republique *toda* su obra en España. Está cansado, enfermo, pero no cesa en este esfuerzo. Cerezales, el marido de Carmen, publicó algunos de sus libros nuevos y reeditó otros en la empresa en donde trabajaba, Magisterio Español y, simultáneamente, otras ediciones aparecían bajo varios sellos españoles contribuyendo a esta recuperación de Sender.

A lo largo de esta década de los sesenta, manifiesta lo que llama su religiosidad en diversos tramos de su correspondencia, en una especie de confesión contradictoria ante una mujer en la cual la religión ocupaba el centro de sus crisis. A veces lo hace como en un intento de aproximarse más a su interlocutora: “No sé si debo decirle que soy muy religioso a mi manera. Poco asiduo al ritual.” (*Carta 9*, 4-3-1966). Unos meses después se contradice: “No soy religioso ni moralista. Soy un escritor” (*Carta 24*, 8-1-1967). Pero, a pesar de esta aserción, en la misma carta, formula una definición que el mismo Unamuno –singular heterodoxo– no hubiera desaprobado:

Según mi entender, el carácter divino del cristianismo está en las palabras de Jesús en la cruz, cuando reprocha a Dios que lo haya abandonado. Sin la angustia que deja en todos los hombres esa declaración del más puro ser que la mente humana ha podido conseguir, no habría religión posible. (*Carta 24*, 8-1-1967)

La tercera red temática desarrollada a lo largo de este epistolario corresponde a las búsquedas de Carmen y su enfermedad. Sin duda, una depresión profunda, el desagrado de vivir en una circunstancia que aborrece y que trasciende el ámbito familiar hacia la sociedad, hacia España y, aún más allá, hacia el tiempo que le ha tocado, prolongan en esta etapa de la madurez las angustias de aquella jovencita que vivía en la calle de Aribau, en la Barcelona de los años cuarenta. No cabe incluir a Carmen Laforet en la categoría del “exilio interior” del que hablan Paul Illie y otros críticos aplicable a los disidentes políticos que no salieron de la Península. Pero sí que vive como un exilio su inconformismo, su

inadaptación, y su triple crisis religiosa, conyugal y literaria. La crisis de su matrimonio con Manuel Cerezales, que acabará en la separación, acompaña la crisis de su vocación literaria. Sender, quien fuera uno de los primeros descubridores de *Nada*, la acompaña con continuas exhortaciones a que reanude su obra. Reiteradamente ella anuncia su intención de hacerlo y trabaja para responder a esa conciencia vigilante que se le aparece como un aspecto singular de esta nueva amistad. Amistad que merece, a su juicio, la confesión que le hace a Sender en abril de 1966:

Para mí la cosa de Dios ha sido tremenda. Primero como algo que vino desde fuera. Luego una búsqueda de siete años en que hice las mayores idioteces y las dejé y me metí por todos los vericuetos de nuestro catolicismo español en lo que tiene de venero religioso y en lo que tiene absurdo y enmohecido, y todo. (*Cartas*, 6-5-1966)

Luego, como consecuencia, vino la enfermedad física: “Y luego otros siete años en los que estoy de casi huida, de volver a mi ser, de encauzar todo a mi razón. Pero siempre encuentro a Dios en todas partes”. No parece que el Sender que surge de sus cartas pudiera comprender el sentido profundo de esta dolorosa confesión. Más bien conjeturamos que no, mientras que algún otro documento no desmienta nuestra suposición. Las cartas de Sender en estas fechas, si bien deslizan palabras de consuelo, no entran de lleno en esta compleja materia de la crisis religiosa.

En cuanto al rumbo que había tomado la vocación de la escritora, puedo aportar un dato interesante: En enero de 1968 almorcé con mi marido en la casa de nuestros amigos Gonzalo Fernández de la Mora y su esposa, Beluca, en compañía de otras personas. Me senté al lado de Manuel Cerezales, el marido de Carmen Laforet. Le pregunté por ella y me dijo que estaba algo enferma y retirada de la actividad literaria. Luego me contó que ella proyectaba otra obra de gran aliento sobre un tema que denominó “el gineceo”, como encierro de la mujer en su ámbito doméstico, generador de enconos y resentimientos. En el pueblo bajo y, en especial, entre las campesinas esta situación originaba obscuras complicidades y venganzas que podían llegar hasta el envenenamiento de algún marido, presunto culpable, mediante la administración de la llamada “sopa mala”. Era un proyecto literario sin final próximo, agregó Cerezales. Treinta y cinco años más tarde y gracias a esta corresponden-

cia, descubro la definición de la propia novelista acerca de la posible continuidad de la trilogía encabezada por su novela *La insolación*. En su carta del 10 de febrero de 1967 ya le había escrito a Sender sobre este tema: “Quisiera escribir una novela (pero no antes de dos años o cosa así), sobre un mundo que no se conoce más que por fuera porque no ha encontrado su lenguaje... El mundo del gineceo”. Y agrega: “En verdad es el mundo que *domina secretamente la vida*” (*Cartas*, 10-2-1967).

Este mundo se rige según leyes inflexibles, hipócritas, y ejerce un dominio terrible. A partir de esto esboza lo que ella considera el sentido propio de la literatura femenina, con enfoque y lenguaje propio:

La literatura la inventó el varón y seguimos empleando el mismo enfoque para las cosas. Yo quisiera intentar una *traición* para dar algo de ese secreto, para que poco a poco vaya dejando de existir esa fuerza de dominio, y hombres y mujeres nos entendamos mejor, sin sometimientos, ni aparentes ni reales, de unos a otros. (*Cartas*, 10-2-1967)

Esta rebelión, contra lo que se esperaba de la mujer y su literatura, coloca a Carmen Laforet en la avanzada de lo que he denominado el inconformismo de estas “muchachas de la guerra”; “ventaneras”, como las llama Carmen Martín-Gaité, porque avizoraban detrás de los visillos el transcurrir de la vida y cuando se lanzaban a romper sus “ataduras” concluían en la soledad y el aislamiento (cfr. Zuleta, 1996). La rebelión de Carmen Lafortet quedó, por entonces, en estas cartas; luego, se aceleró su impulso de huida, ya no a Cercedilla o Alicante sino fuera de España y, finalmente, se impuso el silencio.

En la carta 36, del 17 de septiembre de 1970, Carmen confía a Sender que piensa en tener más libertad en adelante; libertad para moverse y para trabajar. “Sender, amigo mío, yo no quiero hablarte de mí, porque estoy en un momento crucial de mi vida. Porque precisamente de eso no debo hablar”. El editor apunta que esta etapa, en Cercedilla, el pueblo cercano a Madrid donde ella se refugiaba, corresponde al momento de la separación de su marido (*Cartas*: 121).

Configura la cuarta red temática la interacción entre los impulsos acelerados de Sender hacia el retorno, y la concreción de los proyectos de Carmen de vivir fuera de España. Sender insiste en definirse sin rencores en materia política, pero teme la vuelta. En 1968 le habían negado

el visado español y, por otro lado, Carmen lo había estado previniendo contra aquel “reino de Taifas” donde a una persona que no está declaradamente en ninguno de estos reinos belicosos, a la fuerza se la considera como enemiga de todos” (*Carta* 12, 6-5-1966). Y Sender dilata el regreso hasta el punto de que en 1970 llega a pensar que nunca volverá a España. Y lo peor es que comienza a no importarle (*Carta* 35, 29-8-1970). Corresponde a esta etapa, del comienzo de la década de los setenta, un incremento de la familiaridad con que Sender le manifiesta a Carmen sus problemas más íntimos. Mantiene relaciones esporádicas con su exesposa Florence Hall, que fue su alumna en Albuquerque y con quien se casó y se divorció dos veces, y tiene varias amigas. “A todas las he querido. Con todas ellas he sido apasionado y tierno. Incluso con aquellas que no quería, porque a éstas *mi cuerpo les agradecía* y les agradece todavía en el recuerdo su generosidad”. Y burlonamente, agrega: “Soy un santo. Un santo del género fornicatorio” (*Carta* 42, 29-12-1970). En alguna ocasión análoga, se disculpa, “esta manera indecentemente confianzuda e intimista de escribirte” (*Carta* 64, 7-11-1973).

En 1972 Sender se había radicado en San Diego. En septiembre y octubre de este año Carmen viaja a Roma y allí se encuentra con Rafael Alberti y María Teresa León. Su Roma es la Roma de Fellini, la de Alberti en su libro *Roma, peligro para caminantes* (1977) o la que coexiste con otros recuerdos en *Memoria de la melancolía* de María Teresa León (*Carta* 61, 16-10-1972).

En la respuesta de Sender éste le hace conocer su opinión sobre los Alberti: “Entre Alberti, para quien he tenido siempre verdadera amistad y cariño, y yo, ha habido siempre un desnivel político”. Y agrega que Alberti y sus camaradas “recelan y odian a los intelectuales, a no ser que se les sometan sin condiciones, como Neruda y algún otro pícaro oportunista” (*Carta* 62, 8-2-1973). Meses después insiste: “los Alberti son muy sectarios y la política todo lo ensucia” (*Carta* 66, 6-10-1973).

Pero Carmen es feliz en Roma y rechaza algunas invitaciones para dar conferencias en Estados Unidos, que le había gestionado Sender. Vuelve a España y retorna a Roma, donde todo la encanta “la luz, las casas, las plazas, los siglos, los gatos romanos” (*Carta* 63, 18-3-1973). Por esas fechas ha terminado un libro, que reescribió y nunca se publicará. Piensa en volver a empezar su carrera de escritora, “como Pizarro, que se fue al Perú cuando tenía cincuenta años” (*Carta* 65, 11-9-1973). Luego

vendrán los “dos últimos machacantes años” que la dejaron “entontecida”. Quiso ir a París o a Londres y no pudo hacerlo, a pesar de que había comprobado que en cuanto salía de España recuperaba su facultad de pensar y trabajar (*Cartas* 69, 7-3-1975 y 70, 12-6-1975). Ya no ve tanto a los Alberti cuando va a Roma, e intima con los Rabal (Francisco, el actor, su mujer y su hijo Benito, que vive con su propia hija, Silvia Cerezales). Estos últimos tendrán un niño, Liberto, que será actor como su abuelo. Carmen es feliz en Roma, esa ciudad tan bella y tan llena de vida. En aquella carta del 6 de junio renuncia “*total y definitivamente* a la aventura universitaria en Estados Unidos”. Esta carta seguramente se cruzó con otra de Sender, quien le ofrecía pagarle el viaje (ya en otras ocasiones le había enviado algún “chequecito” a ella o a alguna de sus hijas). Mientras Carmen sigue en Roma, transformada en una “nonna” vagabunda, como se autocalifica.

En ese año de 1975 cesa la correspondencia entre ambos. Sender viaja a España por segunda vez y vuelve, al final, a San Diego donde morirá en 1982. Posteriormente, Carmen viajará a Estados Unidos en gira de conferencias, según cuenta el editor de estas cartas que la conoció en 1987, en su quinto viaje, ocasión en que recibió un homenaje de la “Modern Language Association of América”⁴. Como adelanta el editor, quizá aún se podrían encontrar más cartas correspondientes al silencio epistolar entre los años 1975 y 1982, fecha de la muerte de Sender. También agrega Rolón Barada que todavía queda material inédito de Laforet que él espera recuperar y publicar. Por ahora contamos con esta correspondencia que ilumina tanto la figura de Carmen Laforet como la de Ramón Sender, dos personalidades tan diferentes entre sí y que, quizá por eso, se complementaron en esta amistad en estado puro que se define muy bien con ese *puedo contar contigo* de una carta de Carmen, enunciado que también pudo suscribir Sender.

Más allá de este plano individual, el libro ilustra uno de los múltiples modos que la interrelación entre la España “de adentro” y la “de afuera”

⁴ Rolón Barada en la introducción a *Puedo contar contigo* (2003:13). Carmen Laforet, que había nacido en Barcelona en septiembre de 1921, murió a los ochenta y dos años, el 28 de febrero de 2004, en Madrid, después de varios años de silencio provocados por una depresión profunda.

adoptó durante la dictadura de Franco. Reconstruir esa red es imprescindible para una comprensión justa de esa etapa compleja y oscura.

Bibliografía

- ALBERTI, RAFAEL, 1977. *Roma, peligro para caminantes*, Barcelona: Seix Barral.
- AYALA, FRANCISCO, 1947. "Testimonio de la nada", *Realidad* 1, enero-febrero, 129-132.
- BUCKLEY, RAMON, 1989. "Sender, otra vez", *El Independiente*, 14 de septiembre.
- DÍAZ, ELÍAS, 1983. *Pensamiento español en la era de Franco*, Madrid: Tecnos.
- LAFLEUR, H.R., S.D. PROVENZANO Y F.P. ALONSO, 1968. *Las revistas literarias argentinas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- LAFORET, CARMEN, 1952. *La isla y los demonios*, Barcelona: Destino.
- , 1955. *La mujer nueva*, Barcelona: Destino.
- , 1967. *Paralelo treinta y cinco*, Barcelona: Destino.
- LAFORET, CARMEN Y RAMÓN SENDER, 2003. *Puedo contar contigo, correspondencia*, Israel Rolón Barada (ed.), Barcelona: Destino.
- LAÍN ENTRELAGO, PEDRO, 1945. "Alma agónica del hombre actual", *ABC*, 8 de agosto de 1945.
- MARRA-LÓPEZ, JOSÉ, 1963. *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*, Madrid: Guadarrama.
- SENDER SARAYÓN, RAMÓN, 1989. *A death in Zamora*, Albuquerque: University of New Mexico.
- SYLVESTER, SANTIAGO, 2003. *El oficio de lector*, Córdoba: Alcion.
- UMBRAL, FRANCISCO, 1984. *Trilogía de Madrid*, Barcelona: Planeta.
- , 1994. *Las palabras de la tribu*, Barcelona: Planeta.
- , 2001 [1977]. *La noche que llegué al café Gijón*, Barcelona: Destino.
- ZULETA, EMILIA DE, 1999. *Los españoles en la Argentina; El exilio literario de 1936*. Buenos Aires: Atril.
- , 1996. "El inconformismo femenino en la narrativa española", *BOEHI* 20, 5-10.
- , 1997. *Guillermo de Torre entre España y América*. Mendoza, EDIUNC 18, 39-40.



Fábulas para la guerra: reformulación de literatura ejemplar en propaganda política

Gloria B. Chicote
UNLP- SECRET (CONICET)

Resumen

En el devenir de la Guerra Civil española, las *Fábulas* de Félix M. de Samaniego encuentran un espacio de significación a través de la reformulación que realiza Antonio Robles en un folleto de circulación popular. El análisis de los poemas conduce a constatar las estrategias discursivas que permiten utilizar textos ejemplares de tradición clásica en nuevos contextos con finalidad didáctico-propagandística.

Palabras clave: fábula - Félix M. de Samaniego - Antonio Robles - literatura popular impresa

Abstract

During de Spanish Civil War, Felix M. de Samaniego's *Fábulas* played a significant role through the reformulation on popular pamphlets by Antonio Robles. The poems' analysis sheds light on the discursive strategies which connect classical exemplar literature to new political contexts.

Keywords: fable - Félix M. de Samaniego - Antonio Robles - print popular literature.

Los textos transitan caminos sinuosos a través de la historia de la cultura. Tal como nos advirtió Mijail Bajtin, se convierten en múltiples voces en tensión dialógica que se resignifican en diferentes contextos y

nos conducen al amplio abanico de las relaciones de hiper-, para-, trans-, inter-textuales que desplegó Gerard Genette en su clásico *Palimpsestos* para referirse a los lazos de filiación y continuidad entre discursos.

En esta oportunidad propongo rastrear las posibles intersecciones que se establecen en textos procedentes de diferentes tiempos y disímiles connotaciones ideológicas en una compilación específica, 7 fábulas de Samaniego adaptadas a la actualidad española, a partir del trazado de un itinerario que comenzará en un punto de llegada, el contexto geográfico e institucional cercano de una estancia de los pagos de Luján, para remontarme al lugar de memoria que convoca este volumen, la Guerra Civil española, y a la reformulación de que fue objeto un género de literatura ejemplar de larga trayectoria en el proyecto iluminista, particularmente, las Fábulas de Félix María de Samaniego.

En el mes de febrero de este año, una investigación sobre literatura popular impresa me condujo a la Biblioteca Furt que se conserva en la Estancia Los Talas (Luján, Pcia. de Buenos Aires, Argentina). Surgida del espíritu bibliófilo de su fundador, Jorge Furt (1902-1971), esta biblioteca escondida en la vastedad de la pampa depara sorpresas a especialistas e investigadores, que pueden hallar al resguardo de sus estanterías códices, incunables y libros extraños (*Amadis de Gaula* impreso en Venecia en 1533, ediciones de Petrarca y Boccaccio del siglo XVI, primeras ediciones de Herrera, Góngora y Gracián), junto con colecciones esenciales para el estudio de la historia y la literatura argentina como el Archivo de Juan Bautista Alberdi.¹

Entre las diferentes secciones que se suceden en las antiguas salas, se destaca la dedicada a "Revistas y folletos" que reúne materiales de diversa procedencia, en su mayoría fechados en la primera mitad del siglo XX, tales como separatas de revistas académicas, publicaciones periódicas

¹ Los libros de la Biblioteca Furt están fichados y ordenados en ocho salas correspondientes a: manuscritos de la obra de Furt y biblioteca de libros antiguos; pergaminos y ejemplares antiguos de literatura clásica; literatura francesa e italiana; literatura argentina; diccionarios antiguos y modernos; revistas y folletos; libros en ordenamiento; ejemplares en proceso de encuadernación. Actualmente, con la ayuda de la Universidad Nacional de San Martín, se está realizando un trabajo de digitalización de determinadas obras, para facilitar su acceso electrónico. Aprovecho esta ocasión para agradecer muy especialmente a la Sra. Etelvina Furt y a su hija Etelvina Rodríguez Furt el generoso recibimiento que me brindaron en su casa. Hago extensivo este agradecimiento a Ricardo Rodríguez, quien fue hasta su muerte el implacable custodio de los libros de la biblioteca.

cas de difusión y pliegos populares de composiciones en prosa y verso. En esta colección se encuentra el volumen facticio Nº 132 que reúne 12 folletos de diferente formato referidos a España y particularmente a la Guerra Civil. Los títulos y las vistosas ilustraciones, portadoras de una estética cercana al constructivismo y al realismo socialista, dan cuenta de un acervo de literatura popular impresa de carácter propagandístico, producida entre 1936 y 1939, aunque en la mayoría de los casos carecen de datación: *Fines de guerra de la República Española* (información reunida por la Subsecretaría de Propaganda), *Crónicas de la guerra* (artículos periodísticos publicados por la Subsecretaría de Propaganda), *Charlas populares: 'Lo que significa la guerra', 'Trabajo y porvenir asegurados'* (Ministerio de Comunicación, Transportes y Obras Públicas) *Postales: Recuerdo de España* (Dirección Artística, imágenes con textos de Antonio Machado y Rafael Alberti, en francés), *Galicia mártir* (Ministerio de Propaganda, con estampas de Castelao acompañadas de consignas de guerra), *Discursos de Manuel Azaña y Juan Negrín* (con pie de imprenta París, Ginebra y Buenos Aires), etc.

En este conjunto se incluye el folleto *7 fábulas de Samaniego adaptadas a la actualidad española*, publicadas por la imprenta La Semana Gráfica (Salvador Seguí, 20 –Valencia, sin fecha).² En la contraportada se consigna “Adaptación de antoniorrobles”. La tapa reproduce una tipografía que imita la escritura manuscrita y cada uno de los siete textos está precedido por una ilustración paródica o caricaturesca, relacionada con el contenido temático desarrollado en la fábula.³ No constan datos sobre el proceso de transmisión del texto: no sabemos si se comercializaba en kioscos y librerías o si se distribuía en centros de propaganda y locales partidarios entre civiles y milicianos. También es incierto el camino por el cual el folleto llegó a manos del bibliófilo Jorge Furt.

Tal como consigna su título, el folleto constituye la reproducción de una selección de las fábulas más tradicionales de la literatura occidental que parten de las versiones escritas en el siglo XVIII por Félix María de Samaniego (1745-1801) con finalidad moralizante para los alumnos del seminario que la Sociedad Vascongada de Amigos del País, de la cual Samaniego era socio, mantenía en Vergara.

² El cuadernillo debe haber sido impreso entre noviembre de 1936 y marzo de 1939, período en el que Valencia se constituyó como capital de la República.

³ Véanse las imágenes 20, 21 y 22 que se reproducen al final del texto.

Las fábulas de Samaniego responden a la estructura clásica del género en la literatura occidental, cuyos orígenes pueden situarse en Esopo y Fedro, y sus continuadores medievales, los *Ysopetes* historiados, que en la península ibérica entraron en relación con la tradición oriental a través de libros como la *Disciplina clericalis*, o el *Calila e Dimna* (Marchese y Forradellas, 2000: 161-2). La Fontaine volvió a cultivar el género en Francia en el siglo XVII, y en el XVIII español fue retomado con finalidad didáctico-satírica por Tomás de Iriarte y con propósito moralizador por Samaniego. En el marco de esta tradición discursiva de la fábula, las composiciones de Samaniego son poemas de carácter breve constituidos generalmente por un solo episodio (alguna vez dos, fuertemente ligados), protagonizada por animales y seres inanimados (también participan en algunos casos personajes humanos en situación de antagonistas); los poemas comportan un propósito moral explicitado en los versos de conclusión de carácter gnómico que constituyen la moraleja.

El carácter didáctico del género y el mensaje ejemplar que transmite, a partir de situaciones universales aplicables a diferentes contextos de producción, convirtieron a los textos fabulísticos en especialmente aptos para ser sometidos al proceso de reformulación discursiva, que implica la convergencia de tres componentes simultáneos en el autor moderno: interpretación de un texto fuente, transformación del contenido y producción de un nuevo texto que remite al primero.

La operación de paráfrasis descripta fue efectuada en las *7 fábulas...* por un escritor cercano a la generación del 27, Antonio Joaquín Robles Soler (1895 – 1983), que firmaba sus escritos como *antoniorobles*. Periodista, autor de crónicas de viajes, cuentos y novelas, Antonio Robles se caracteriza por haber impulsado un nuevo concepto de humor que aplica exitosamente a su vasta producción de literatura infantil, desarrollando una particular unión creadora del absurdo y el disparate. Alineado desde un primer momento con la defensa de la II República Española, contribuyó con otros artistas e intelectuales a potenciar la labor cultural acometida entonces como un medio más para la lucha contra el fascismo y, tras la derrota militar, se exilia en México, donde continúa su labor de escritor y docente hasta su regreso a España en 1972⁴. Su propuesta lite-

⁴En 1923 inicia sus colaboraciones con la revista *Buen Humor*; junto a otros escritores como Gómez de la Serna, Manuel Abril, Eduardo Zamacois, Juan Pérez Zúñiga,

raria concedió especial atención a la educación de los niños, a quienes dedicó numerosas colecciones de cuentos, algunos de declarada intención propagandística, como la serie protagonizada por Sidrín, un colegial madrileño, simpático y antifascista decidido, acompañado por su perro Trimotor, evadido del campo enemigo, que advertía a los pequeños lectores sobre los comportamientos antidemocráticos e insolidarios, representados en la figura del antagonista, Don Nubarrón: "...un hombre gordo y bigotudo, que comía buenas chuletas, fumaba buenos puros y gastaba bastón de bola./ Era un fascistón terrible; lo que él quería era que la clase trabajadora siguiera siempre trabajando en favor de los ricos".⁵

La labor creativa de literatura infantil didáctico-propagandística de Robles se completó con la utilización de la reformulación de textos consagrados adaptados a la realidad española de la Guerra Civil en un inequívoco mensaje ideológico: *Caperucita Roja*, *El gato con botas*, *Pulgarcito*, *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, *Cenicienta*, *El patito feo*, *Los músicos de Bremen* (*Los músicos improvisados*).

Idéntico procedimiento discursivo, pero en este caso destinado a receptores adultos, vuelve a aplicar Antonio Robles a las *Fábulas* de Samaniego que se convierten en el hipertexto transformado por el escritor moderno a partir de la imitación del contenido y la apropiación de los rasgos específicos del género. Se procede a la reformulación de los poemas que originalmente pertenecen a un universo referencial distante a

Enrique Jardiel Poncela, entre otros. Entre sus novelas se destacan *Tres* (*Novela de pueblo*), a la que seguiría *El archipiélago de la muñequería* (1924), prologada por Ramón Gómez de la Serna. *El muerto, su adulterio y la ironía* (*Novela de costumbres*) (1927) y *Novia partido por dos* (*Novela de humor*) (1929). *26 cuentos infantiles en orden alfabético* (1930) y *8 cuentos de niñas y muñecas* (1930), junto con *8 cuentos de los juguetes vivos* (1931) y *8 cuentos de las cosas de Navidad* (1931), *Hermanos Monigotes* (1934) son algunos de sus títulos de literatura infantil que determinaron que Ramón Pérez de Ayala lo llamara "el hermeneuta de las leyes genuinas: las naturales, y el centro de la mejor sociedad: la de los niños. El primer escritor infantil, incluso en el sentido de 'el único'". La colección "Cuentos Estrella" de la editorial homónima publica títulos como *Un niño en cierta guerra con tigres labró la tierra*, *Palomitas de Botón, de paz y de guerra son*, *El poderoso influyente y los tres magos de Oriente*, *Automóviles audaces que de morir son capaces* y *Llevan a la luna un día, basta la Comisaría*. Véanse Becarud y López Campillo (1978), Cerda (1978), García Padrino (1996 y 2000), Suz Ruiz (2005).

⁵ Entre los relatos protagonizados por Sidrín se encuentran *Don Nubarrón en los refugios*, *Don Nubarrón en las colas*, *Don Nubarrón y el saco de oro*, *Don Nubarrón y su colilla*, *Don Nubarrón y su acordeón* y *Don Nubarrón y su tinajón*, publicados por Editorial Estrella.

través de una operación interpretativa de los mismos que permite una evaluación y una prescripción en relación con el presente de la Guerra Civil. Esta clase de reformulación discursiva se caracteriza por explorar las posibilidades genéricas del texto fuente y producir un nuevo texto cuya primera remisión al anterior se expone en el título.⁶

El folleto *7 fábulas...* está integrado por “La Zorra y el busto” (L. I, N° VII, 31), “La gallina de los huevos de oro” (L. V, N° VI, 68-69), “La Zorra y las uvas” (L. IV, N° VI, 17-18), “Las moscas” (L. I, N° XI, 30), “La serpiente y la lima” (L. I, N° XVII, 51), “El Cuervo y el zorro” (L. V, N° IX, 75-76), “La cierva y el cervato” (L. I, N° XIV, 48),⁷ textos en los que el mensaje ejemplar de las *Fábulas* de Samaniego se actualiza gracias a una interpretación orientada por la voluntad de anclaje en el presente. El mensaje moralizante de la fábula original continúa resonando en el nuevo texto, al mismo tiempo que el mensaje político se incorpora en un *plus* de significación.

Como profundo conocedor de la literatura ejemplar, Antonio Robles acude al género fabulístico con la voluntad de proyectar sobre el nuevo texto el prestigio, la autoridad o las connotaciones positivas asociadas a la fuente, a la vez que se propone poner en tensión estos valores con finalidad paródica, acercándose a la imitación lúdica del texto original. A través del recurso de la parodia las fábulas se colocan en una nueva situación de producción, en la que conservan su forma literal, pero también ofrecen transformaciones. De este juego entre reconocimiento (parecido entre T y T' conocido por el auditorio) y contraste (diferencias entre situaciones de producción de T y T') nacen los efectos graciosos.⁸

⁶ Un exhaustivo análisis sobre el concepto de reformulación y su posible abordaje desde categorías lingüísticas, puede consultarse en Fuchs (1994), especialmente cap. 1.

⁷ Todas las referencias de este artículo fueron tomadas de Samaniego, 1804. Una bibliografía actualizada de la obra de Samaniego, puede consultarse en el sitio: www.cervantesvirtual.com/bib_autor/samaniego.

⁸ Tal como afirma Fuchs (1994, cap. 1), la forma extrema de la reformulación imitativa es el pastiche, a semejanza de la caricatura (imitación satírica), o la forgerie (imitación seria), el pastiche forma parte de la simulación explícita: el autor que produce T' imita voluntariamente la forma de T. En este aspecto el pastiche se opone al plagio que constituye una usurpación porque el sujeto oculta su préstamo. El pastiche también se distingue de la parodia que retoma con fines lúdicos, cómicos o satíricos un texto fuente particular y no un tipo de texto.

La primera fábula parodiada es “La Zorra y el busto”:

Dijo la Zorra a *Franco* (1)
Después de olerlo:
—¡Tu cabeza es hermosa
pero sin seso!

Como éste hay *cuatro*:
Él, Mola, Cabanellas,
Queipo de Llano (2)

¹ El busto.

² Que aunque parecen hombres, sólo son muñecos al servicio de Italia y Alemania.

En este caso, el refundidor produce una nueva fábula a partir de dos procedimientos de reformulación. En primer lugar se instrumenta la estrategia imitativa a partir de la reiteración del animal tradicional, “Zorra”, y el reemplazo, indicado en bastardilla en el original, del busto y el término “muchos” por los personajes históricos del nuevo contexto de producción (*Franco, Mola, Cabanellas, Queipo de Llano*). En segundo lugar el refundidor también apela a procedimientos propios de la reformulación explicativa al tomar distancia del texto y producir un paratexto en las notas al pie que glosan los versos para completar la interpretación de que fue objeto la fábula original.

Por último, cabe señalar que, con el propósito conjunto de imitar y parodiar al género fabulístico, el texto está precedido de una ilustración caricaturesca de los cuatro generales aludidos, en un tratamiento que se repite en cada fábula y que se puede equiparar en algún punto con los reemplazos metafóricos o metonímicos que se producen en el plano lingüístico.⁹

En “La gallina de los huevos de oro” nuevamente se observa el reemplazo de personajes: “la gallina” por *la clase obrera* y “el dueño” por *el rico*. La moraleja se conserva intacta, pero, a diferencia del poema an-

⁹ Las imágenes 21 y 22 aportan ejemplos de las ilustraciones que reproducen la estética difundida en la época de la guerra en los mensajes satírico-propagandísticos. Distintas perspectivas de la concepción estética, las polémicas y/o su relación con la literatura pueden consultarse en *Anthropos* (1993), *Carteles de la Guerra Civil Española* (1981), Caudet (1975), Gamonal Torres (1987), Winter (2006).

terior, se cambia totalmente un grupo de versos por otros que tematizan en nuevo contexto, explicando cómo *el rico*, al explotar a *la clase obrera*, mata a su “gallina de los huevos de oro”:

*Estrujaba por eso al proletario
y le acortó el salario
por sacarle al humilde cuanto fuera
y así murió la antigua clase obrera,
quedando el poderoso
sin ese ingreso injusto pero hermoso.*

La técnica se muestra especialmente elaborada en “La Zorra y las uvas”. La tradicional fábula se reescribe con el consabido reemplazo de personajes y situaciones (“la Zorra”, *un general faccioso*; “la parra”, *Madrid*; “las uvas”, *un solo pelo*; “comer”, *tomar*; “Fabio”, *Franco*). La ciudad de Madrid, calificada con el epíteto de *heroica villa de la simpatía*, representa la parra inalcanzable para la “Zorra” –*general faccioso*, quien, ante la imposibilidad de “comerla”– *tomarla*, decide que no está madura. Roles continúa con el juego de intercambios en la moraleja cuyo receptor ya no será “Fabio”, lector ideal del texto ejemplar, sino *Franco*, en quien se corporizan todas las fuerzas de la oposición falangista.

No por eso te muestres impaciente
si se te frustra, *Franco*, (4) algún intento;
aplica bien el cuento
y di: “No están maduras”, frescamente.

4 Fabio

Como en los otros casos, esta fábula se presenta con una ilustración alegórica que sustituye la parra original por una muralla imponente observada por un general minúsculo, en una operación que reproduce la reformulación discursiva (imagen 22).

En “Las moscas” se observan las mismas sustituciones (“panal de rica miel” por *territorio fiel*; “dos mil moscas” por *cien mil fascistas* y “otra” por *Franco*. En la moraleja se particulariza una enseñanza de carácter universal al transformar “los humanos corazones” en *los militares felones*. “La serpiente y la lima” son protagonizadas en la reescritura por *el fascio* y *la democracia obrera*; la localización también se adecua a las necesi-

dades discursivas del nuevo texto: “la casa de un cerrajero” pasa a ser la *nación extranjera* de la que llegó *el fascio*. En “La cierva y el cervato”, “el cervato” –*soldado nacional* confiesa ante “la cierva” –*soldado italiano* el temor que le produce “el perro” –*rojo*.

*A un soldado italiano (1) le decía
Un nacional (2) dolido, cierto día:
–¿Es posible que un rojo (3) solamente
al bosque te haga huir cobardemente ...?*

Robles decide en eliminar la moraleja de esta fábula porque su mensaje convoca a sobrellevar el miedo al más fuerte, siendo por lo tanto contrario al espíritu de la fábula contrafacta que postula el triunfo de los *rojos*.

En último lugar, “El Cuervo y el zorro” es producto de una interesante reformulación en la que “el cuervo” –*Queipo* es tentado por “el zorro” –*Duce* a soltar “el queso” –*Mallorca*, invocando a la diosa “Ceres” –*manzanilla*. Se agregan rasgos humorísticos caracterizadores de Queipo de Llano como sus *bigotazos* y las alusiones a *alegrillo* y *manzanilla* en clara referencia a su supuesta embriaguez. A medida que avanza el relato en el que el cuervo-*Queipo* “Abrió su *genial* pico, / dejó caer el queso” el refundidor incorpora dos versos a modo de aclaración explicativa, “*Y se quedó sin Islas/ (porque a eso me refiero)*”, para introducir la recontextualización de la moraleja final:

*¡Generales ineptos
que a Mallorca vendieron!
quien oye aduladores
nunca espere otro premio.*

En cada uno de los poemas se retoman los rasgos genéricos que ordenan el texto fuente a partir de la asignación, omisión y reemplazo de sintagmas y la interpretación de las posibilidades del mismo para entender su significado en el nuevo contexto de recepción. Antonio Robles juega con una formulación discursiva que por un lado postula la aparente anulación de la distancia entre su situación de sujeto que parafrasea y la situación del productor del texto fuente, en un movimiento que lo oculta y lo vuelve a situar ficticiamente en el lugar del autor original. Paralelamente, la formulación ofrecida de las fábulas de Samaniego tiene

carácter selectivo, ya que orienta al lector hacia una interpretación entre las múltiples que habrían sido posibles.

Una vez más la propaganda política republicana acudió en este caso a un procedimiento canonizado en la cultura occidental: la reformulación de los textos de *auctores* que constituyó desde la Antigüedad el ejercicio retórico inicial en el proceso educativo. Antonio Robles se vale de esta práctica didáctica, que ya había desarrollado extensamente en sus relatos infantiles, para movilizar ideológicamente al público adulto a través de la producción de un discurso que pone en tensión paródica el mensaje ejemplar, sin eliminarlo. Con este propósito se emplea el formato del folleto popular que, distribuido masivamente, suma eficacia a la intención multiplicadora del mensaje antifascista.

En las *7 fábulas...* se genera un discurso heterogéneo que incluye lo uno y lo diverso, lo distante y lo cercano, un universo de pertenencia junto a otro del que se toma distancia. De este modo se genera un nuevo texto que valida la reproductibilidad del texto fuente, a través de una opción que condiciona las relaciones de una sociedad dada con las categorías de serio, lúdico, cómico, etc.

La Guerra Civil española significó, sin lugar a dudas, una de las últimas gestas de la modernidad. Los escritores y artistas republicanos, tanto españoles como extranjeros, involucrados en el desgarrado compromiso de la contienda asumieron a la cultura como un arma, en sentido literal, contra el fascismo. Tímidamente, en tanto discurso ancilar, las *7 fábulas...* forman parte de un macro-mensaje ideológico que promovía una nueva ética conjuntamente con la censura de prácticas decadentes de instituciones, tipos sociales o actores de la vida política (la iglesia, los militares fascistas, los ricos, Franco, etc.). En este paisaje, los poemas satírico-ejemplares están destinados a la educación del “hombre nuevo” que nacía en las primeras décadas del siglo XX y cuya supervivencia sigue siendo debatida en el acontecer de la historia.

Bibliografía

- ANTHROPOS, 1993. *Guerra civil y producción cultural. Teatro, poesía, narrativa*, 148.
- BECARUD, JEAN Y EVELYNE LÓPEZ CAMPILLO, 1978. *Los intelectuales españoles durante la II República*, Madrid: Siglo XXI.
- CARTELES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, 1981, Madrid: Ediciones Urbión S.A.
- CAUDET, FRANCISCO, 1975. *Hora de España (Antología)*, Madrid: Turner.
- CERDA, HUGO, 1978. *Literatura infantil y clases sociales*, Madrid: Akal.
- FUCHS, CATHERINE, 1994. *Paraphrase et énonciation*, OPHRYS : Paris.
- GAMONAL TORRES, MIGUEL, 1987. *Arte y política en la guerra civil española. El caso republicano*, Granada: Diputación Provincial de Granada.
- GARCÍA PADRINO, JAIME, 1996. *Nuestro Antoniorrobles. Selección, edición y bibliografía de...*, Madrid: Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil
- , 2000. "Clásicos de Literatura Infantil Española", en P. Cerrillo y J. García Padrino (ed.), *Presente y futuro de la Literatura Infantil*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha.
- MARCHESE, ANGELO Y JOAQUÍN FORRADELLAS, 2000. *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona: Ariel.
- SAMANIEGO, FÉLIX MARÍA DE, 1804. *Fábulas en verso para el uso del Real Seminario Bascongado*, Madrid: Imprenta de Vega y compañía, Tomos I y II, Ed. Facsímil Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; Madrid: Biblioteca Nacional, 2003.
- SUZ RIUZ, MARÍA ÁNGELES, 2005. El discurso humorístico de Antonio Robles Soler", *Dicenda. Cuadernos de filología hispánica*, 23, 195-201.
- WINTER, ULRICH (ed.), 2006. *Lugares de memoria de la Guerra Civil y el franquismo. Representaciones literarias y visuales*, Madrid: Iberoamericana Vervuert.



Singularidad, anomalía, diferencia, olvido: la derrota de los republicanos españoles en Francia. El testimonio de *Diario a dos voces* de José María y Manuel Lamana

Raquel Macchiuci

Universidad Nacional de La Plata

Resumen

Diario a dos voces, escrito por José María y Manuel Lamana –padre e hijo– ofrece el testimonio de los respectivos itinerarios de los dos autores por distintos campos de concentración franceses a donde fueron conducidos después de cruzar los Pirineos tras la caída de la II República. El inusual texto de doble autoría y doble fecha de escritura tiene el poder de recuperar un hecho poco conocido de la historia europea del pasado siglo y, al mismo tiempo, desatar reflexiones sobre los rasgos atípicos de un episodio concentracionario ocurrido bajo el arbitrio de un estado democrático. La experiencia, pese a reunir características particulares, se confundirá poco después, sin solución de continuidad, con en el horror de las deportaciones y el exterminio nazis.

Palabras-clave: Campos de concentración franceses - refugiados españoles - Troisième République - José María y Manuel Lamana - diario inédito.

Abstract

Diario a dos voces, written by José María and Manuel Lamana –father and son– is a testimony about the authors' itineraries in different French concentration camps, where they were carried after they had crossed The Pyrenees when the II Spanish Republic fell. This unusual text, composed by two authors in different times, recuperates a barely known fact of European XXth century history and, at the same time, contributes to a reflection upon the oddity of an episode that implies the arbitration of

concentration camps in a democratic state. Despite its singular features, this experience has been subjected to confusion with the horror of the nazi banishment and extermination.

Keywords: French concentration camps - Spanish refugees - Troisième République - José María and Manuel Lamana - inedited diary.

1. Los huracanes de la historia y los lugares de la memoria: Playas de concentración francesas

El movimiento en favor de la memoria y de la sensibilidad hacia las víctimas de experiencias traumáticas del pasado reciente no cesa de crecer en el mundo contemporáneo. Su afán ético y cognitivo moviliza voluntades y proyecta un haz de luz en las más diversas esferas de lo social. En este contexto que busca comprender, saldar deudas morales y, de ser posible, hacer justicia, el capítulo insoluble que el nazismo escribió en la historia novecentista, con la sima de la Solución Final que sancionó el exterminio de millones de judíos y de minorías “otras” concentra la atención del analistas y profanos. El proyecto macabro de Hitler, cuya materialización extrema y paradigmática se concreta en Auschwitz-Birkenau, se ha convertido en el caso testigo, núcleo de las reflexiones provenientes de los distintos campos disciplinarios que intentan explicar las razones más inescrutables del mal.

Más de cincuenta años después de la célebre conferencia de Wannsee en la que por primera vez se dio forma política y burocrática a la Solución Final, el Holocausto y su recuerdo siguen erigiéndose en un caso testigo para las pretensiones humanistas y universalistas de la civilización occidental. (Huyssen, 2002: 149)

Las investigaciones que durante largo tiempo se centraron preferentemente en el genocidio consumado por el estado alemán al promediar el pasado siglo, amplían hoy su campo de estudio y se diversifican en averiguaciones sobre las responsabilidades y omisiones fuera de la órbita del III Reich. Los países vencedores en 1945 –Italia incluida– han comenzado a mirar el lado menos noble de su pasado y han dado grandes pasos en la desmitificación del republicanismo antifascista irredento, revisando su complicidad con Vichy o con las ansias de expansión de Mussolini

(Grosso, 2000; Portelli, 2002). Al tiempo que las sociedades civiles son puestas bajo la mirada del investigador las redes de la indagación extienden su dominio fuera de las fronteras germanas e intercambian saberes con estudiosos y damnificados de pueblos que pasaron por experiencias traumáticas similares en tiempos recientes –Chile, Argentina, Uruguay, Guatemala.

En la imbricada trama urdida para desvelar el pasado y recuperar la memoria, la historia española del siglo XX ocupa un lugar incierto en las matrices comunes que han surgido de los intentos de desentrañar los vasos comunicantes de la historia en los tiempos de ignominia. Es frecuente encontrar que cuando se mencionan los esfuerzos por integrar el pasado reciente de las sociedades europeas en un denominador común para mejor comprender sus experiencias traumáticas, la visión se focaliza en los períodos nazi-fascistas vividos por Alemania, Italia y Francia. El golpe militar de Franco en 1936, la Guerra Civil y una dictadura de casi cuarenta años parecen no ajustarse a la canonicidad de unos hechos cuyos episodios iniciales, sin embargo, se escribieron en la periferia de Europa.

A pesar de la intensificación de los debates sobre el pasado reciente en la Península Ibérica y del tópico “la II Guerra empezó en 1936”, España (y Portugal¹) no suelen figurar entre las sociedades con experiencias traumáticas objeto de estudio. Sin embargo, cuando ante el Holocausto surge la pregunta “¿cómo fue posible?” quizá podría surgir una luz nueva si se retomara la no cerrada causa de la defección de las democracias occidentales ante las más elementales reglas de la política internacional debidas a una II República española atacada por un movimiento faccioso. Que no habiendo transcurrido todavía un mes de la rebelión de Franco, Francia cerrara sus fronteras con España –exactamente el 8 de agosto de 1936– por mandato de un gobierno frentepopulista constituyó, más que la aplicación de un Tratado de No Intervención vergonzoso, un acto de acorralamiento contra el gobierno legítimo, el cual pudo, a pesar de los pronósticos, resistir tres años el embate de las fuerzas enemigas.

La imagen de las rejas de Irún cruzándose ante los ojos perplejos de los españoles asesta un golpe moral que todavía hiere. La posterior con-

¹ La historia de Portugal queda fuera del ámbito de mis investigaciones, pero es justo señalar que muy poco se sabe y se habla, fuera del país lusitano, de la dictadura salazarista. Se impone aquí una pregunta, ¿qué es Europa cuando se dice Europa?

descendencia gala con el contrabando de armas y circulación de personas desde Francia a la península no puede paliar las consecuencias materiales y simbólicas de la decisión acordada con Gran Bretaña ni remontar lo errático y engañoso de sus políticas durante toda la Guerra Civil.

Si la No Intervención fue el primer capítulo de la II Guerra, la coda del mismo se escribe a comienzos de 1939, cuando cientos de miles de españoles que huían de la saña del ejército insurgente, son derivados a campos de concentración por un régimen anterior a Vichy y, por lo tanto, republicano y demócrata, previo intento de cerrar la frontera para impedirles el paso².

¿Cómo pensar hoy este episodio –que concentrará la atención de mi artículo– con miras a despojarlo de su carácter anecdótico apartado de “los grandes relatos” de la Europa central? El hecho quizás reviste una categoría menor y pasa inadvertido cuando se lo inscribe en la devastadora secuencia de deportaciones y centros de internamiento que culminaron en el horror impensado e impensable de Auschwitz-Birkenau. Pero cada hecho de barbarie tiene su singularidad y su lugar en la memoria, y los detalles, aunque nimios en la magnitud del mal, tributan una cuota de verdad y de conocimiento del nunca comprendido mapa de la aniquilación dibujado por el III Reich.

Un análisis que aspire a avanzar mínimamente en el conocimiento de “la medianoche del siglo”, debe advertir que la secuencia iniciada en los Pirineos Orientales en febrero de 1939 no es un eslabón más –si se parte de que los eslabones son idénticos entre sí–; ni siquiera comparte muchas de las características que equiparan, aún con diferencias, los distintos campos de concentración alemanes, como tampoco son equivalentes a los del sistema establecido bajo el colaboracionismo de Pétain³.

² Las cifras de civiles y soldados refugiados en Francia en febrero de 1939 oscilan notablemente; las más autorizadas hablan de 453000, que podrían llegar a 500000. El mayor de los centros de agrupamiento, Saint Cyprien habría albergado alrededor de 110.000 personas, Argelès, 90.000. Otros datos informan que de 300000 hombres internados en los campos de Francia murieron durante los seis primeros meses 14.672 (Serrano, 2005).

³ En la misma dirección poco frecuente se pronuncia Pablo M. Dreizik: “La cuestión asume un sesgo particularmente espinoso: aquellos centros de detención fueron emplazados antes del arribo del gobierno pro-alemán de Vichy, precisamente fueron construidos durante el período de la República, bajo el gobierno de Daladier en 1938. Esta nota singular de los campos del sur de Francia, el hecho que remontan su origen al

Cuando las experiencias segregacionistas masivas de la Europa de entreguerras encuentran un punto álgido fuera de Alemania, aunque finalmente se integren sin solución de continuidad en la progresión que culminará en la Shoah y el Zyklon B, la reflexión requiere una especial exigencia analítica.

El exterminio programado de los judíos y otras minorías culturales tiene un grado de desmesura tan extra-ordinario que ha generado incesantes especulaciones filosóficas abocadas a llegar a la médula de lo atroz. Frente a la excepcionalidad del caso testigo –y su posterior vinculación con otros episodios de ultraje masivo a la condición humana– dos posturas divergentes, no antagónicas, emergen de los numerosos razonamientos: la primera considera que la equiparación del genocidio judío con otras formas de persecución masiva lleva a borrar sus rasgos distintivos y a disminuir su rango de hecho único. Desde esta perspectiva, la Shoah produce un quiebre, una discontinuidad sin antecedentes en la experiencia acumulada por la humanidad desde los tiempos más remotos. La imposibilidad de conectar la Shoah con otros acontecimientos del pasado explicaría el cúmulo de análisis que origina. Para un sector de los especialistas, relativizar esta singularidad derivaría en una atenuación del horror y, aún más, se convierte en ocasiones en una forma de negacionismo.

La segunda línea de reflexión sostiene que mantener viva la memoria del genocidio judío es una manera de rescatar del olvido otros pueblos víctimas de crímenes contra grandes colectivos humanos cuya historia se ha borrado o desdibujado.

No se trata, como queda dicho, de posiciones antagónicas ni irreductibles; sólo requieren una fina atención a los posibles errores conceptuales y metodológicos capaces de deslizarse en cada caso. Uno de ellos, como he anticipado, sería ignorar la capilaridad entre casos extremos y casos “menores”, pues sus interconexiones aportan claves para la comprensión del todo.

período republicano, los ha investido de carácter problemático que alcanza al corazón de la misma memoria histórica francesa”. Añade el autor que se observan signos de que la sociedad francesa empieza a enfrentarse con ese capítulo borroso de su pasado. <http://www.fmh.org.ar/revista/18/delaex.htm>.

Un intelectual de la talla de Amado Alonso, exiliado en Argentina, expresó en la revista *Sur* cuando fue invitado a escribir un artículo sobre la guerra que se había desatado en Europa en septiembre de 1939:

Tampoco me quiero engañar con la conveniente ficción de que Francia e Inglaterra son un doble San Jorge que vaya a matar al dragón en la pura defensa de la humanidad amenazada. Por desgracia, ya hemos visto son capaces de entretener al dragón, mientras así les ha convenido, alimentándolo con carnaza española. Pero, en fin, me felicito de que los intereses materiales de Francia e Inglaterra coincidan esta vez con los intereses espirituales del mundo... (Alonso, 1939: 116)

La expresión del circunspecto filólogo es reveladora del sentimiento de abandono que embargaba a los liberales y progresistas españoles tras la traición de la Europa libre. Entre uno y otro acontecimiento –la Guerra Civil y la II Guerra– se encuentra el hiato de los campos de concentración de la *Troisième République*⁴.

La queja por la oscuridad en que aún permanece ese capítulo queda manifiesta en expresiones como “holocausto español”, comparaciones atendibles si se enmarcan en la debida especificidad de cada caso y se evitan contaminaciones semánticas más que confunden más que esclarecen⁵.

Al igual que ha sucedido con temas de interés generalizado en el ámbito de las ciencias sociales y humanas, los escritos de Walter Benjamin ofrecen una vía fecunda para abordar el problema. En una de sus reflexiones muy transitada, la Tesis VIII de *Sobre el concepto de historia*, el filósofo encuentra que el horror, con diferentes rostros, forma una

⁴El 14 de abril de 1938, el mismo día en que asumió el nuevo gobierno de Daladier, el Ministro de Interior Albert Sarrault, ordenó vigilar a los extranjeros para salvar a Francia de elementos indeseables. En mayo el mandato se convirtió en ley que habilitaba el arresto domiciliario de los extranjeros y la invalidación de su documento de identidad, que era otorgado para una determinada provincia siempre que no fuera fronteriza. En noviembre de 1938, la ley se endureció y habilitaba el confinamiento en centros designados por el Ministerio de Interior. El primero fue creado el 21 de enero de 1939, en Rieucros, a donde fueron a parar castigadas cientos de mujeres republicanas.

⁵“Joan Llach se pregunta: ‘¿Por qué no se ha escrito y clamado con indignación contra el sufrimiento de los niños españoles en los campos de refugiados franceses y alemanes, donde hubo también su Ana Frank, aunque no escribiera su *Diario?*’” (Juliá, 1999: 287). Por otra parte, el significativo título *Las fosas del silencio. ¿Hay un holocausto español?* (Armengou y Belis, 2004) es orientador acerca de la reaparición del caso testigo como punto de referencia a la hora de abordar una experiencia traumática.

misma estela que se pierde en el fondo de la historia. Esta concepción lo lleva a utilizar el contrasentido “normalidad de la excepción” para indicar que las situaciones de barbarie son normales, no insólitas ni extrañas: “La tradición de los oprimidos nos enseña que el ‘estado de excepción’ en el cual vivimos es la regla. Debemos llegar a una concepción de la Historia que corresponda a ese estado” (Löwy, 2002: 96)⁶.

Michael Löwy analiza la cuota de validez y, al mismo tiempo, la insuficiencia del razonamiento del filósofo judío-alemán. Interpreta el sabio comentarista de las “Tesis”, que Benjamin entrevió el fascismo como “la continuidad del cortejo de los vencedores, como cabeza de Medusa, rostro supremo y último de la barbarie recurrente de los poderosos” (Löwy, 2002: 98), es decir, como una fase nueva de la crueldad y vesania de siempre, ocultas en el impulso avasallador de los grupos dominadores de todos los tiempos. Pero Löwy señala seguidamente que esa idea hoy resulta incompleta, e incluso errónea, porque el filósofo escribió *Sobre el concepto de la historia* en 1940, antes de la máxima escalada del terror nazi, que su muerte le impidió ver. Por esa razón ignoró que el exterminio programado no se inscribe en la línea continua de la violencia contra el débil sino que establece un corte, una discontinuidad, que dejan al observador y al testigo sin palabras.

[La tesis VIII] tiene el gran defecto de no poner de relieve su carácter novedoso –sobre todo, en la variante hitleriana– con respecto a las formas antiguas de dominación: lo que la escuela de Frankfurt llamaría “administración total” y Hannah Arendt, “totalitarismo”. (2002: 98)

La reflexión anterior se encadena con la Tesis IX, probablemente la más conocida, que toma como punto de partida el cuadro *Angelus Novus* de Klee, un ángel que según la interpretación de Benjamin, contempla azorado las ruinas del pasado, pero aunque quiere detenerse, no puede porque el viento del progreso lo empuja hacia adelante. La alegoría reitera la idea anterior de la historia como un proceso único, como una ininterrumpida secuencia de atrocidades “en la sola y única catástrofe, que no deja de amontonar ruinas sobre ruinas y las arroja a sus pies” (2002: 101)⁷.

⁶Las citas de Benjamin están tomadas de la edición comentada de Löwy (2002).

⁷Añade Kaufman (2004: 75) que “las ruinas remiten a todo lo que tuvo fin, pero aún más que eso, a todo aquello que no fue realizado, todo aquello que fue sacrificado

El sociólogo brasileño da nombre a las grandes masacres que el autor de *Pasajes* contempla sin nombrar; son

las ciudades destruidas por las guerras: desde Jerusalem, arrasada por los romanos, hasta las ruinas de Guernica y Madrid, las ciudades de la España republicana bombardeadas por la Luftwaffe en 1936 y 1937. (Löwy, 2002: 107)

Junto al postulado de la continuidad del estado de excepción –de la violencia contra el débil– el comentarista ve también la visión anticipatoria de la hecatombe cuya excepcionalidad impide que sea incluida e interpretada de acuerdo a los parámetros humanos preexistentes.

Su advertencia trágica parece anunciar Auschwitz e Hiroshima, las dos más grandes catástrofes de la historia humana, las dos ruinas más monstruosas, remate de la acumulación que trepa “hasta el cielo”. (Löwy, 2002: 101)

El mismo parecer de Löwy sostiene Alejandro Kaufman, quien advierte sobre las comparaciones “que habilitan en forma laxa y sin precauciones la formulación de similitudes de distinto orden” (Kaufman, inédito). Auschwitz, por tanto, se diferencia de la atrocidad de otras persecuciones por el plan de exterminio masivo, técnico y programado destinado a suprimir una identidad cultural lingüística y religiosa, que no tuvo precedentes (aunque sí continuación, como el genocidio argentino):

En el siglo XX, la presencia del mal radical introduce una fisura insoluble en la continuidad temporal histórica y en el tejido social de las instituciones que contienen a los individuos y a los grupos. Esa fisura está habitada por aquellos acontecimientos que han cambiado irreversiblemente el mundo que habitamos. A este resultado conduce la reflexión crítica de la cultura: a señalar la tarea de enfrentar esa fisura, que vuelve vanas las palabras designadas para referirse a un mundo histórico social que fue sepultado en Auschwitz y en Hiroshima. (Kaufman, 1997: 11)

En cambio, el tenaz estudioso del exilio Español, Michael Ugarte, realiza una distinción entre los republicanos exiliados y los judíos, porque su situación era relativamente menos horrenda, pero prefiere esta-

en la carrera hacia las promesas de la realización –el progreso–.” (énfasis del autor)

blecer una continuidad, porque según su punto de vista las diferencias son cuantitativas y no cualitativas: “soy partidario, con Steiner, de una postura universalista frente al holocausto” (Ugarte, 1991: 47)⁸.

La materia, como se puede apreciar, es objeto de permanentes debates y no se dilucida en unas pocas líneas. Desde mi perspectiva, como he anticipado, no hay incompatibilidad entre una y otra posición si se procede con rigor. La discontinuidad que produce la Solución Final en el curso histórico aconseja elegir las palabras con cautela, deslindar los ámbitos de análisis y evitar generalizaciones superfluas. La prudencia favorecerá un conocimiento más fidedigno y necesario de las atrocidades que se asemejan entre sí y de las peculiaridades intransferibles de cada caso. La amalgama en un mismo conjunto de los horrores singulares no hace más que oscurecer lo anómalo de cada tragedia y borrar el cauce a través del cual cada forma de exclusión y persecución alimenta, por omisión o por concurso, las políticas de violencia posteriores o contiguas. En consecuencia, analizar, en esta ocasión que me ocupa, las diferencias, lo distintivo del episodio de la internación de republicanos españoles bajo la *Troisième République*, es pertinente, es esclarecedor y es justo con las

⁸ Es de atender la circunstancia que convierte a los antifascistas españoles víctimas del nazismo en el colectivo de víctimas, sino el más castigado, el que vivió un olvido más prolongado, debido a la dictadura franquista: “Marcados con el triángulo azul de los apátridas en Mauthausen y con el rojo en los otros campos, fue uno de los colectivos nacionales que más tiempo sufrió internamiento; por todo ello conforman un grupo de unas características especiales dentro del universo concentracionario. (...) Mientras ceremonias de homenaje y palabras de aliento acogían a los ex deportados en sus lugares de origen, en la patria de los republicanos éstas se reservaban a los vencedores de la Guerra Civil, a la par que se frustraban las esperanzas de miles de refugiados de un retorno a una España sin Franco (...) Los que sobrevivieron a los campos tuvieron que acomodarse a un largo exilio, interior o exterior (...) Finalmente, en 1978 llegó la legalización después de la visita oficial del rey de España a Austria, que mandó depositar flores en el monumento erigido en 1962 en memoria de los republicanos muertos en Mauthausen (...) pero seguían quedando sin respuesta propuestas de proyectos de ley para dar satisfacción moral y material a los españoles deportados y a sus viudas. Y en los años ochenta, los ex deportados tuvieron que afrontar agresivas campañas de los grupos ultraderechistas y negacionistas y actos vandálicos contra espacios de recuerdo y tomar posiciones contundentes en procesos contra responsables nazis en el extranjero o refugiados en España (...) El daño infligido fue atroz. La larga duración de la dictadura negó a las víctimas su propia dignidad, con la afrenta de ignorar incluso el hecho de su existencia y, por otra parte, las concesiones que impregnaron la transición hacia la democracia determinaron que la asunción de las responsabilidades por los acontecimientos del pasado no formase parte de nuestra historia”. (Torán, 2005)

víctimas, no por su sola condición de seres individuales, sino como colectivo que merece el reconocimiento de su identidad. Su diferencia no es baladí ni oculta un patológico narcisismo de damnificado. Seguir la suerte del irregular éxodo español profundiza el conocimiento de la historia del viejo continente y permite ver otra excepcionalidad, la dictadura que siguió a la Guerra Civil, cuya virulencia aún tiene numerosos entresijos por desandar (véanse en este sentido la información aportada por varios artículos de este número de *Olivar*) y fue causa de que el Holocausto tuviera consecuencias más prolongada para los sobrevivientes españoles.

El final del nazismo no sirvió para rescatar la memoria de las 9.000 víctimas españolas en el cautiverio. En España figuraban como rojos, separatistas o anarquistas. Perdedores, siempre perdedores, incluso para sus familias. No se atrevían a hablar de ellos, o se les daba por desaparecidos, muchos con una vida imaginada por sus parientes: casados imaginarios en otro país, con hijos imaginarios, trabajos imaginarios. La verdad era otra. Casi todos habían muerto en los campos alemanes... [una] memoria tanto tiempo ocultada, deliberadamente ocultada por el franquismo y vergonzosamente regateada en la democracia... (Seguro, 2006: 50)

Vale, pues, preguntarse: ¿si los bombardeos de Madrid y Guernika por aviones enemigos constituyen para Löwy un estado de excepción, de qué magnitud habrá sido el asombro del *Angelus Novus* si llegó a contemplar el excepcional *estado de excepción* que unas muchedumbres descalabradas fueran desatendidas y golpeadas por un estado amigo? El ángel de la historia quizás no llegó a ver a los derrotados durmiendo al raso en el litoral marítimo en las noches de febrero de 1939, tratados como peligrosos delincuentes. A pesar de no formar parte del gran Otro judío radical construido por el genocidio de “la medianoche del siglo”, algún lugar debería ocupar en un proceso anamnético el dato de que el primer tren de deportados civiles desde Europa occidental sin conocer su destino partió de Angulema el 24 de agosto de 1940 y estuvo integrado por españoles deportados a Mauthausen, campo categoría C –irrecuperables– en cuya construcción participaron mayormente republicanos que habían buscado refugio en la república francesa⁹.

⁹V. Armengou y Belis (2005).

Entre los 14 centros de muy diversas características (el número varía según las fuentes) a donde fueron empujados los republicanos españoles¹⁰, Argelés-sur-Mer y Saint Cyprien se han convertido en símbolos, no sólo por ser los que albergaron un número más elevado de hombres y mujeres sino por la paradoja y el contrasentido idiomático de que los campos de concentración respondieran tan literalmente al primer término de la expresión, esto es, campo: arena, alambradas, y el mar como letrina¹¹. Si el pasado vuelve a veces como un relámpago, la desolación de las playas donde los hombres recibieron el apelativo de conejos debido a los hoyos que cavaban para guarecerse del implacable viento Mistral, sigue siendo un episodio de escasa canonicidad y en la serie de aberraciones del pasado siglo porque no provinieron de un sistema totalitario ni genocida.

Cualesquiera hayan sido las razones que intentan hoy explicar la política de acogida gala, es indudable que el cerrojazo de la frontera en 1936 resuena en la clausura de 1939, que sólo el temor a la multitud obligó a reconsiderar. Las políticas de exclusión habían comenzado en Francia con el argumento de la patria amenazada por elementos hostiles, “extranjeros indeseables” fijaba la ley Daladier. Con los españoles se implanta de forma masiva, no sólo en la humanidad de peligrosos brigadistas y milicianos sino en ancianos, mujeres, niños. El justo –y tardío– reconocimiento del estado francés, 60 años después de la liberación, a los soldados republicanos de la división Le Clerc que lucharon contra el nazismo, deja aún en la sombra a una multitud de seres anónimos que sufrieron, muchos murieron, bajo condiciones que merecen conocerse en su específica y excepcional dimensión. Son los que no desfilaron en los carros del triunfo sino aquellos que, según ilustra Löwy la Tesis VII de Benjamin, en las columnas y los arcos conmemorativos quedan aplastados por las ruedas del cortejo.

¹⁰ En sus dominios africanos Francia levantó campos aún más duros que no son materia de este trabajo.

¹¹ Saint Cyprien se convirtió en símbolo de las penalidades sufridas por los españoles en suelo francés debido a las masas inmensas que albergó y porque estas debieron organizar por sí mismas la asistencia indispensable. Sólo gracias a la propia iniciativa y los medios propios evitaron que la inclemencia de la vida a la intemperie diezmara a la población los primeros días. Pero otros campos fueron más cruentos; es conocido que en los campos de punición, como los de Vernet o Colliure los prisioneros sufrían castigos medievales.

Frente a los monolitos apologeticos dedicados a los vencedores en los siglos XIX y gran parte del XX, surgen hoy los contra-monumentos anti-celebrativos como si se intentara que la solidez de la materia se impusiera a la fuerza del huracán de la historia que impide al ángel detenerse. Los *Lieux de la mémoire* que la civilización posmoderna levanta en memoria de las tragedias cuyo olvido se quiere conjurar (Huysens, 2002:155), tienen, cuando se trata de centros de internación forzosa –campos, estadios, pozos, hospicios, ghettos– una base arquitectónica y material. Ahí están los rieles, las barracas, los hornos crematorios de Aschwitz; la estremecedora escalera de Mauthausen; la engañosa luminosidad de la ESMA. Aún cuando el tiempo o los criminales hayan borrado huellas, la memoria reconstruye sótanos, calabozos, barracones, fosas. ¿Qué recordación puede realizarse, mental o materialmente, en Argelès-sur-Mer o Saint Cyprien sin violar su esencia? ¿Cómo erigir un monumento que ofrezca “la calidad material del objeto” (Huysen, 2002:157) si el objeto es el vacío, la nada, el desierto? ¿De qué modo fijar una referencia estable que contrarreste el paso del tiempo, certificado por la lenta desaparición de testigos y sobrevivientes?

Los campos de concentración del Midi francés destinados a los republicanos imponen una incomodidad añadida y desconcertante a la perturbación que produce un centro de reclusión: la paradoja de no poder asociar al concepto la imagen previsible de un edificio, de una estructura que lo contenga. Deberíamos inventar otra palabra que no fuera campo de concentración, para designar la vastedad inhóspita de arena y mar cercada por alambradas a donde fue empujada la marea humana que huyó de Cataluña en febrero de 1939 (ver imágenes 23 y 24). Ante esta anomalía que raya lo perverso, el menor monolito, placa o monumento, que establezca su “materia sólida” (Huysen, 2002: 158) en las playas de Argelès o Saint Cyprien adquiere un perturbador valor contrafáctico¹². No se trata de un simple problema de representación, la incongruencia es funcional a la compleja proyección de esta experiencia anómala en el universo concentracionario europeo de mediados del novecientos.

Las escasas fotografías existentes vuelven a convocar el desvío: grupos humanos apiñados bajo la vigilancia de exóticos uniformes que

¹² Tuvieron iguales carencias de infraestructura los campos de Arles-su-Tech y Sepfonds, pero sus dimensiones fueron menores. (Juliá 1999: 282-287)

hubieran servido a Edward Said para una clase de introducción al orientalismo¹³; escuadras de desarrapados marchando por una inmensidad helada. En algunas de las imágenes asoman toldos improvisados, que no son otra cosa que las mantas, trapos o los capotes de los prisioneros. Ningún manual podría reproducir la fotografía o el diseño tipo de las tiendas de campaña o del equipo mínimo que se daba a cada internado: ramas secas y latas de sardina operaban como cubiertos, ollas de un litro servían para la bebida.

El oxímoron que desestabiliza posibles designaciones más precisas, “playa, o arena, o desierto, de concentración” pone en evidencia una anomalía que aún profiere interrogantes. La dispersión de sobrevivientes y la falta de sustento material para atestiguar lo sucedido encarece el valor de los testimonios que lograron sobrevivir.

2. Dar fe, escribir, recordar

“No me imaginaba que lo peor aún estaba por llegar”, comentó un excombatiente republicano que por primera vez después de setenta años concedió una entrevista para hablar de sus recuerdos de la Guerra Civil española¹⁴. A partir de su incorporación voluntaria como soldado raso al ejército republicano, el testigo llegó a tener responsabilidades de mando después de pasar por varios de los frentes más duros de la contienda. Sin embargo, “aún estaba por llegar” lo peor, los campos de internación franceses –disimulados nominalmente bajo las figuras “centros de acogida”, “de agrupación”, “asignación de residencia”, “internación administrativa”.

Derrota significa rumbo, camino; también revés, descalabro. Las dos acepciones se solapan, porque el itinerario de los vencidos de la Guerra Civil fue la segunda, insospechada, derrota infligida por un país demócrata. Quienes hayan transitado la bibliografía del exilio sabrán con cuánto pesar incontables españoles defraudados por la acogida francesa pronunciaron expresiones parecidas a la del citado soldado del ejército español.

¹³La vigilancia de los campos estaba formada por *spabis* –caballería africana integrada por marroquíes y argelinos– y tiradores senegaleses –infantería colonial (Serrano: 2005).

¹⁴V. en este mismo número la entrevista realizada por Corbellini.

En el primer párrafo de su diario concentracionario también asienta José María Lamana su desconcierto: “yo no podía suponer la serie de sufrimientos que en Francia nos aguardaba” (3 feb., 1)¹⁵. La declaración anticipa la materia del relato que articula *Diario a dos voces*, un peculiar texto todavía inédito que recoge, bajo forma de dietario, el periplo por distintos centros de internación en Francia de un padre y su hijo¹⁶.

La particularidad del documento no reside en la historia que recoge, similar —e incluso, por más breve, menos dura— a la de cientos de miles de españoles que cruzaron la frontera huyendo de las represalias de Franco, sino en la génesis y construcción del texto, integrado por sendos diarios redactados por dos autores en diferentes época y circunstancias de escritura.

En las sucesivas estaciones que atraviesa José María antes de reencontrarse con los suyos, vuelca día a día en prolijas notas sus principales experiencias, impresiones y padecimientos de refugiado. Con el tiempo, el manuscrito fue a dar a las manos de Manuel, el segundo de sus hijos¹⁷, quien muchos años después encuentra en el diario de su padre

¹⁵ Todas las citas proporcionan la fecha interna del diario seguida de la página del manuscrito mecanografiado que me facilitó Manuel Lamana.

¹⁶ En los primeros días de febrero de 1939, la familia Lamana atravesó los Pirineos e inició un penoso recorrido que se prolongaría durante casi tres meses. La madre y los tres hijos —el cuarto había caído prisionero de las fuerzas rebeldes en la batalla del Ebro— salieron por Junquera-Le Bolou y fueron alojados en centros de Perpignan y Besançon antes de ser enviados a una casa de acogida en Ornans. Con pocas horas de diferencia, el padre, José María, cruzó el paso Port Bou-Cerbère y fue confinado en el campo de Argelès-sur-Mer primero, en los de Bram y Montoliu después. Finalmente, gracias a una familia de españoles residentes en Francia que le brinda hospitalidad y respaldo ante las autoridades francesas, se instala en Rieux-Minervois. Tras luchar con la complicada burocracia francesa, acentuada por la ley para extranjeros vigente, el grupo familiar logra reunificarse en el pequeño pueblo de la zona de Carcassonne.

¹⁷ Manuel Lamana (Madrid, 1922 – Buenos Aires, 1996) vivió exiliado en Argentina desde 1951 hasta su muerte. Antes de llegar a su último lugar de residencia, había realizado un duro periplo que incluyó, además de la experiencia concentracionaria francesa, el regreso a España (huyendo de una citación para presentarse en los campos de trabajo alemanes), la militancia universitaria clandestina en la FUE, varios años de prisión en Cuelgamuros y una resonante huida del penal cuyos presos estaban destinados a levantar con mano de obra esclava el Valle de los Caídos. Después de una breve estancia en Francia e Inglaterra, arribó a Buenos Aires. Estuvo al frente de la cátedra de Literatura Francesa en la Universidad Nacional de Tucumán y en la Universidad de Buenos Aires. En 1966 se sumó a los docentes que renunciaron a su cargo en protesta por la irrupción de la policía en la casa de altos estudios (Noche de los bastones largos)

una motivación para reconstruir su propia experiencia mediante una operación que, sin alterar el documento dejado por su progenitor, lo amplía y convierte en un nuevo texto. En 1985 concluye la nueva obra, conformada por el diario de su padre y el propio, de carácter ficticio, cuya disposición repite las fechas del original, entre cuyas páginas intercala las propias vivencias y los recuerdos de su itinerario paralelo, en otros sitios de aislamiento franceses.

De José María no se sabe que escribiera, con excepción del diario de su cautiverio, otra cosa que informes administrativos relacionados con su cargo, es decir, se encuadra en la múltiple y conocida casuística en que una experiencia límite empuja a la víctima o al testigo a dejar constancia de lo sucedido.

Su hijo Manuel, en cambio, cultivó el oficio de escritor con mayor continuidad, a la par de su carrera universitaria en el destierro. Las experiencias extremas moldearon un proyecto literario que integra la temática de la guerra, la cárcel y el exilio con la búsqueda de la forma que mejor diera cuenta de los hechos traumáticos que le tocó vivir.

...yo creo que soy una persona con muy poca fantasía, lo que hago es una *tronche de vie* –como dicen los franceses– más o menos disimulada, más o menos novelada. Yo digo que cualquier escritor no hace más que dar su vida, pero yo no me imagino muchas variantes, ese es el lío. (Lamana, CIDA)

En el *Diario a dos voces* su oficio queda manifiesto en la forma de conciliar dos experiencias y dos formas de enfrentarse a la autobiografía y la memoria: el padre conjura el olvido y la erosión del tiempo con un registro todo lo cercano a los hechos que le fue posible. El hijo revive y reconstruye el derrotero francés cuatro décadas más tarde, a partir del testimonio del progenitor. El primero recurre a un básico pero eficaz ejercicio escriturario de testigo, realizando notaciones concisas y sobrias; el segundo explicita el artificio y recurre a sus saberes de escritor y de

bajo la dictadura militar de Onganía. Recién pudo reintegrarse a los claustros en 1985. Además del inédito *Diario a dos voces* escribió las novelas *Otros hombres* (1956) y *Los inocentes* (1959). También es autor de artículos críticos y del libro de ensayos *Literatura de posguerra* (1971).

profesor avezado en teoría para dar estatuto literario, apoyado en la letra de su padre, a una recuperación de la memoria que es también ejercicio anamnético¹⁸.

¿Qué diferencia existe entre uno y otro diario? ¿Entre la cercanía y la distancia a los hechos? Ambos saben de las convenciones del género, pero la utilizan de distinta manera¹⁹. También el funcionario del Monopolio de Tabacos acude, en menor medida, al artificio pero sin dudar de su objetividad de testigo, de su memoria notarial y de la capacidad representativa del lenguaje²⁰.

¹⁸ "...haré una distinción provisional entre la memoria (mneme) y la reminiscencia (anamnesis). Llamaré memoria a aquello que permanece esencialmente ininterrumpido, continuo. La anamnesis designará al reminiscencia de lo que se olvidó" (Yerushalmi, 1989:16).

¹⁹ Sobre autobiografía, diario, crónica y géneros afines v. May (1979) y Colonna (2004). Sobre los problemas que plantea *Diario a dos voces*, V. Macciuci (1992).

²⁰ El diario de José María Lamana comienza el 3 de febrero de 1939 en Figueras, última sede del gobierno de la República y de su cargo en el Monopolio de Tabacos y Fósforos antes del exilio. Finaliza el 25 de abril del mismo año, fecha previa a la llegada de la esposa y los tres hijos al pueblo de Rieux-Minervois. El período es susceptible de dividirse de acuerdo a los destinos que le fueron impuestos al cronista: tránsito hacia Francia, 5 días; estadía en Argelès, 18; en Bram, 11; en Montoliu, 9; en Rieux-Minervois, 35 hasta la llegada de esposa e hijos. La notación cotidiana ininterrumpida durante 78 jornadas oculta un artificio pues el discurso ofrece datos que permiten reconstruir unas circunstancias de escritura que no responden propiamente a las de un diario hasta bien avanzado el derrotero francés. En los dos primeros meses abundan las modalizaciones y deícticos que evidencian una lejanía temporal y física de lo narrado, como "en aquella curiosa expedición hice un descubrimiento de gran interés" (11 feb., 38). En otros casos consigna reflexiones con valor conclusivo: "Habría que repetir todo lo escrito sobre las inclemencias del tiempo para hacer un cuadro exacto de lo que fue aquel 11 de marzo en Bram" (11 mar., 123). A partir de la liberación del campo de Montolieu se observa una mayor inmediatez entre tiempo vital y tiempo de la escritura. El cambio de las condiciones de vida se traducen en una práctica más genuina del dietario. Primeramente aparecen referencias al soporte material de su actividad, que denomina "notas" (22 y 23 mar., 159-163). El 25 de marzo aparece por primera vez la mención a la redacción de un diario, que se repite dos días después con más precisiones: "trabajo en mi diario y en la Memoria que estoy redactando" (28 mar., 175). Más adelante incluso mencionará una máquina de escribir Paralelamente, las marcas de la escritura remiten a un tiempo presente y cercano: "sin más que anotar, cierra este día plácido" (12 abr., 200). Los cambios verificados en el discurso y los breves aunque esclarecedores datos sobre el acto escriturario permiten sostener que el diario comenzó a escribirse en Rieux-Minervois, muy probablemente a partir de notas que fue tomando en los distintos centros de confinamiento, lo que explica el detalle coherente y escrupuloso de cada jornada. He abordado estos aspectos en la comunicación "Entre la anomalía y el olvido: los campos de refugiados españoles en Francia" leída en el Coloquio Historia y Memoria, Universidad Nacional de La Plata, 2006.

El hijo no aspira a reproducir con fidelidad, por el contrario, anuncia su intención de recordar e inventar a la vez, y además advierte sobre la labilidad del recuerdo y del documento autobiográfico. No se empeña especialmente en subrayar su estatuto testifical, a la manera del autor de un discurso encuadrable en los géneros del yo, quien ha de validar la verdad del contenido de su relato validándose a sí mismo como testigo, cargándose de autoridad moral, cognitiva y verbal. En su apoyo acuden, entre otros recursos, el *êthos* de la primera persona, la potencia mimética de la prosopopeya –las voces de los ausentes que el discurso resucita–, la alianza de memoria, tiempo y narrativa, y, en los casos de que hablamos²¹, las marcas que la muerte ha impreso en el cuerpo de la escritura. (Fernández Prieto, 2005: 51)

Con la reflexión autorrepresentativa, el hijo refuerza, no el valor testimonial de su escrito sino la autenticidad del diario del padre: mediante la exhibición de los mecanismos ficcionales del propio diario, marca la diferencia con el texto base, que sí es auténtico testimonio de acontecimientos y sentimientos.

Las palabras preliminares, tituladas “Aclaración”, término más propio del discurso legal que del literario, proporcionan un protocolo de lectura imprescindible para reforzar uno de los propósitos del autobiógrafo: dar pruebas de la verdad de lo narrado, que en este caso se transfiere al texto escrito en primera instancia. Al confesar Manuel Lamana la condición fingida de su diario en la “Aclaración” inicial, el de su padre, por oposición, refuerza su autenticidad.

Tras tantos años transcurridos, mi texto no es puntual como el de mi padre. Yo he contado con aquella lejana experiencia, pero he tenido que inventar los aconteceres cotidianos, mis personajes sólo a veces figuran con sus nombres verdaderos, e incluso algunos no han existido jamás. (ii)

El diario presenta por la tanto, dentro de su aparente trazado lineal, una compleja articulación que ofrece diferentes entradas críticas: los problemas de la autoría, del sujeto autobiográfico y los géneros del yo; la tensión entre testimonio y ficción, entre historia y memoria, se plantean doblemente complejos a partir de la expansión del primer diario en un nuevo texto escrito cuarenta años después. Los conocimientos teóricos del segundo autor

²¹ La autora se refiere a memorias de supervivientes de situaciones límites, como Primo Levi, Imre Kertész, Jorge Semprún.

se manifiestan en la disposición de los materiales que a pesar de no ser ingenua, es sumamente respetuosa del proyecto y de la obra precedente.

Por último, son datos significativos la fecha –1985– que subraya Manuel Lamana en su prólogo y la explicación que la acompaña.

Hace poco –quién sabe por qué, por circunstancias personales, por los cambios políticos habidos en España y en la Argentina, el país que habito, no sé muy bien–, al volver a leer el diario tuve la urgente necesidad de hacerlo conocer. (i)

La recuperación, en el año 1985, de la memoria del éxodo se proyecta con doble haz: en el contexto español, donde por primera vez después de la dictadura gobernaba un partido de izquierda y en el contexto argentino, cuya sociedad acababa de salir de una de las etapas más sombrías de su historia, iniciada con el golpe militar de 1976²². En la impronta testimonial de *Diario a dos voces* reside su valor principal, que las características formales y su condición de obra inédita encarecen. El texto no se puede entender sin la cadena de acontecimientos que se sucedieron después de la rebelión del 18 de julio de 1936 y se extendieron mucho más allá del final de la contienda bélica y de las fronteras de España.

Este breve trabajo poco puede hacer para sacar de la sombra un documento que merece un espacio y un tratamiento más amplio. Sólo aspira a esbozar una lectura en el marco de la cultura contemporánea, que contradictoriamente amnésica y recordatoria, ha desarrollado nuevos saberes para abordar su pasado y analizar el olvido.

3. La lenta contabilidad de los días

Quizás sea la disonancia del episodio, quizás su historiografía menos desarrollada que la de los internamientos y deportaciones posteriores, tal vez su escasa proyección en recreaciones ficcionales²³, lo cierto es que la rememoración del confinamiento republicano en Francia produce una

²² El PSOE ganó las elecciones en 1982. La dictadura militar argentina que se autodenominó Proceso de Reorganización Nacional se impuso desde marzo de 1976 hasta 1983 (las elecciones se llevaron a cabo el 30 de octubre de ese año).

²³ Entre las muchas películas sobre la Guerra Civil y la II Guerra Mundial que conozco no recuerdo que ninguna tematice este capítulo de la historia.

sorpresa siempre renovada, quizás trasunto del asombro y desaliento que embargaron a los propios refugiados.

Diario a dos voces adquiere en esta dimensión el carácter de una rara pieza, apenas un fragmento del universo concentracionario de febrero de 1939, pero, si se sabe observar, revela, como los témpanos, valiosa información de la zona sumergida²⁴.

El primer autor utiliza una forma que favorece la transmisión de una historia de vida con la resonancia de una experiencia directa y cercana. Mediante el diario logra la sobriedad del registro cronístico más la redundancia de la reiteración propia de género que capta las mínimas variaciones dentro de la continuidad temporal.

Lamana padre, avezado seguramente en escritura oficinesca pero sin oficio literario, tiene la intuición de reunir la economía del lenguaje administrativo con la pulsación de la vida trastocada, visible en la reiteración de una cotidianeidad en la cual la anomalía se vuelve norma. La ausencia de patetismo y de exageración acerca las imágenes con despojado verismo.

Otras tres veces fue bombardeada Figueras en el transcurso de aquella triste tarde. Más de quinientas víctimas, en gran parte mujeres, niños y ancianos, familiares de militares y funcionarios que seguía a los suyos en aquel terrible éxodo hacia la frontera. (3 feb., 2)

Al mismo tiempo va trazando su rumbo de fugitivo privilegiado –si es lícito usar el término para tales circunstancias– investido de los atributos del republicano culto y dotado de mayores medios materiales. Su periplo permitirá entrever por oposición la suerte de los españoles menos afortunados, mucho más dura que la de quienes cuentan con ciertas ventajas materiales. Pero sus recursos –pasaporte al día, una módica reserva de moneda francesa, relaciones en el país de asilo– nada significarían sino no estuvieran asociados a una concepción de vida liberal y moder-

²⁴ Ugarte ya en 1991 analiza testimonios literarios de los campos franceses y los relatos de vida sobre el mismo episodio son actualmente numerosos, sin embargo, son relativamente escasos en el vasto repertorio bibliográfico de la Guerra Civil y de la II Guerra Mundial. Por otro lado, con independencia de la segunda escritura, *Diario a dos voces* tiene la particularidad de ser escrito en una fecha cercana a los hechos, de acotarse a un lapso breve y de ofrecer la visión poco frecuente de un funcionario distanciado tanto de la clase política como de los milicianos y clases populares.

na, manifiesta en una conducta que mantendrá en las situaciones más adversas. Así lo revelan los modales, la circunspección, la propensión al aseo, muy insistentemente consignado. Este hábito, que no abandona ni en las más heladas mañanas de los Pirineos ni de Argelès –y que remite a los principios de la prestigiosa Institución Libre de Enseñanza–, es todo un signo de identidad y entereza moral²⁵.

La situación extrema de los primeros días en la playa concentracionaria se describe con parquedad estoica y notarial: el salvaje tratamiento de la guardia africana, que se hizo famoso entre los refugiados, se narra sin queja ni encono: “En lo que no ganamos mucho fue en lo de los spahis, pues a la menor cosa hacían maniobrar sus caballos sin tener en cuenta las víctimas que pudieran ocasionar” (13 feb., 44).

La falta de infraestructura adquiere ribetes dramáticos que sin embargo son referidos con circunspección, como si trasladara al discurso la buena educación y la urbanidad que lo distinguían de la muchedumbre.

...un fuerte viento Norte hizo acto de presencia, el cual, sobre hacernos pasar un frío espantoso, amenazaba con arrasar nuestra vivienda. Al cabo de un par de horas después de amanecer, viendo que aquello era fatal a plazo breve, procuramos adelantarnos a los acontecimientos y desmontamos las cañas y trapos que constituía nuestro cobijo y después procedimos a rebajar el suelo en una profundidad de un metro, con lo cual quedamos metidos como en un foso, y armando aquel tinglado, quedó más resistente a las embestidas del viento. (14 feb., 46)

Quizás su estilo, impregnado de años en la administración pública, favorece la narración austera, contenida. A la crudeza de los acontecimientos y al estoicismo con que los afronta les corresponde un lenguaje discreto. Para encarecer los males no es necesaria la retórica, basta con la reiteración día a día del desamparo: cada jornada que pasa similar a la otra transmite el sufrimiento multiplicado por semanas y por cientos de miles de confinados que no abandonan el campo a los tres meses de llegados, como Lamana.

No hubo en el día más novedad digna de reseñarse. La noche fue terrible, llovió copiosamente y tuvimos que pasarla amontonados en los espacios menos castigados, pero sin podernos echar por falta de sitio ni ponernos

²⁵ V. un desarrollo de esta idea en Macciuci (2005).

de pie por no permitirle la altura de la choza. El malhumor de algunos encontró ocasión propicia para exteriorizarse y las horas transcurrieron lentamente, recibiendo alguna ducha, tiritando de frío y escuchando palabras fuertes e imprecaciones de quienes no podían ser acallados por las palabras de prudencia y aliento de los demás. (19 feb., 64)

La reiteración de detalles logra transmitir, dentro de la uniformidad, la diferencia entre un día y el siguiente, que sólo está dada por la acumulación de las penalidades que el lector percibe: “Día, por lo demás, gris y noche de las clásicas de lluvia con su cuadro de apiñamientos, incomodidades e insomnio” (23 feb., 76).

Argelés, Bram, Montolieu. Las jornadas se suceden con varios *leit motifs* que marcan las inclemencias del encierro: la alimentación, el frío, la incertidumbre, las cartas. A menudo el registro parece notarial, con la contundencia del inventario o del atestado; las cifras no requieren más. El detalle se vuelve altamente significativo.

Siempre que puede, el autor compra papel para escribir; preocupado por enviar mensajes a la familia y a quienes pudieran ayudarlo. La condiciones de las autoridades francesas para salir del campo –tener amigos o familiares que los respalden y demostrar medios para vivir sin trabajar– se traducen en una intensa actividad epistolar.

Paralelamente se desprenden las condiciones que permiten ver las diferencias de esta internación con las que sobrevendrán en la Francia ocupada o colaboracionista. Los prisioneros escriben y reciben cartas, quienes tienen francos compran alimentos²⁶. A veces reciben visitas o simplemente hablan con ellas a través de la alambrada; aunque los diarios están prohibidos, logran circular entre los internos, y algunos medios de prensa y determinadas organizaciones o autoridades se acercan al campo para realizar reportajes o demostrar su preocupación.

Los sucesivos cambios de destino comportan mejoramientos de la situación extrema de la playa de Argelès, pero igualmente se define por la penuria y la escasez, en particular la estancia en Bram.

²⁶ Manuel Andújar observa en *Saint Cyprien, plage*, la distancia entre los “poseedores de franco” y “aquellos que no tienen más que su cuerpo árido, maltratado: solitarios y pobres como las ratas” (citado por Piña-Rosales, 1988).

Lo de la comida se fue poniendo más grave, comimos como plato único guisantes y en mi ración apenas si pude contar dos docenas de ellos, así es que en realidad comí pan con agua caliente, la cual tenía cierto gusto a guisantes. (5 mar., 105)

Vivir bajo techo no impide el sufrimiento de los rigores del invierno

...tuvimos que permanecer casi en tinieblas porque el viento y el frío nos hacían tener cerradas las ventanas, las cuales eran simples tablas y sin cristales. En el interior de las barracas llegó el termómetro a marcar tres grados sobre cero. (9 mar., 117)

Lamana sólo alcanza un grado mínimo de estabilidad habitacional y alimentario en Montolieu, donde los reclusos tienen plena conciencia del privilegio: “No hay duda de que vivimos en plan de seleccionados. Se nota en lo de las comidas y en el trato más deferente de los agentes franceses” (15 mar., 130). Nuevamente el detalle contrastivo refuerza la dureza del trato recibido en Francia: en aquel destino de privilegio los prisioneros tiene el lujo de contar con un montón de paja repartido cada cuatro hombres y por primera vez reciben un plato, una cuchara y un tenedor (1 mar., 127). La magnitud de las privaciones anteriores vuelve un lujo la precariedad de Montolieu,

Dormí bien; el lugar era mucho más abrigado que las barracas de Bram y que el cielo estrellado o nublado de Argelès, y la cantidad de paja también superior a la que habíamos conocido antes. (12 mar., 128)

Las mejoras del nuevo centro no contemplan, sin embargo, instalaciones sanitarias mínimas: “Más frío que nunca. Al aire libre me dolía la cara y las faenas de aseo personal constituían un verdadero martirio” (14 mar., 134)²⁷.

²⁷ La infraestructura de los distintos campos por los que pasó el autor vienen a coincidir con la conocida descripción que Arthur Koestler dejó en *La escoria de la tierra* de uno de los centros de castigo más famosos: “En cuanto a comodidad e higiene, el campo de Vernet tenía un nivel digno de la Edad de Piedra..., inferior incluso al de los campos hitlerianos (algunos de los prisioneros habían estado internados en Dachau, en 1935). Había una cuarta parte de enfermos que no tenía planos, ni cucharas, ni tenedores, ni jabón... La mitad de los prisioneros dormían sin mantas, a diez grados centígrados bajo cero. En el centígrado liberal, Le Vernet estaba en el cero de la infamia” (citado por Pons Prados, 1989: 246).

La autorización para residir en un pueblo de Carcassonne amparado por una familia hispano-francesa cambia radicalmente la situación del antiguo responsable del Monopolio de Tabacos. Las jornadas delatan ahora una rutina apacible, a través de la cual, sin embargo, asoma el estatuto de exiliado sometido a leyes de extranjería que José María Lamana acepta con serenidad. Las dificultades para recibir a su familia, alojada en un Centro de reunión en Ornans, en el mismo suelo francés, traducen una nueva interdicción a través de la cual la administración ratifica y agrava la separación arbitraria impuesta por los gendarmes en la frontera. Las familias que ya habían pasado por inenarrables peripecias y desgarros no podían comprender la dilación.

El correo me trae noticias de la inquietud de mi mujer al observar que su situación no acaba de resolverse. Le escribo aquietándola y pidiéndole paciencia, pues hace falta que de la C.A.F.²⁸ nos envíe la documentación que pruebe que disponemos de medios propios para poder vivir reunidos y en libertad. (15 abr., 204)

El período que transcurre desde su residencia en Rieux-Minervois hasta que consigue autorización es el más largo del dietario y pone de relieve una fase menos virulenta pero igualmente penosa del tratamiento recibido por los republicanos²⁹.

El detallado registro se cierra el día previo al reencuentro familiar, pero no concluye, pues como se ha anticipado, en los años ochenta Manuel Lamana realizará una pausada reescritura anamnética que no se reduce a la recuperación de su experiencia traumática.

El segundo diario ofrece un material tan rico como el primero y permite la lectura integrada del texto de doble autoría que ha sobrevivido, pero su análisis deberá esperar a disponer de más tiempo y espacio. Sólo puedo comentar, como signo del trabajo crítico por hacer, que en el texto de Manuel Lamana se puede rastrear una operación que consiste en completar lo callado o lo excesivamente conciso del primero. Así sucede con

²⁸ *Caisses d'Allocations Familiales*.

²⁹ Los obstáculos de la burocracia gala originaron serios conflictos entre autoridades y refugiados y, en algunos casos tuvieron consecuencias trágicas. Pons Prados (1989) cuenta de un matrimonio que después de múltiples postergaciones logro autorización para buscar a sus hijos cuando estos ya habían muerto en un orfanato del Macizo Central.

las descripciones del clima, que retransmiten con mayor detenimiento las inclemencias que debía de sufrir el padre. Otras acotaciones tienen la función de proporcionar una visión de la guerra y del exilio que su padre aún no puede tener, o, como he propuesto en otro trabajo³⁰, no le interesaba, porque sus esfuerzos estaban dirigidos a establecerse en Francia sólo el tiempo necesario para demostrar que había sido un íntegro ciudadano y probo funcionario, por lo tanto, ningún delito cometido le impedía regresar a España. Hasta los últimos días del dietario de José María se aprecia la sorpresa por la política enconada de Franco hacia los vencidos. El ejemplo que encuentro más significativo de la diferente perspectiva y distancia cronológica sobre el pasado es el relato correspondiente a la jornada del 14 de abril de 1939, anodino y rutinario en el diario de José María, y dedicado enteramente a la conmemoración en el de su hijo, que comienza sin preámbulos. “Aniversario de la República”, continúa con una alusión a los comentarios resignados de los refugiados con los que convive y finalmente rememora el júbilo de la jornada de 1931 (14 abr., 203).

4. Rojos y meridionales

Cuando José María Lamana vuelve a ser tratado como hombre, a comer caliente y a dormir en una cama, un elevadísimo número de republicanos permanece aún en los campos; muchos no saldrán nunca, vencidos por el rigor de la internación o atrapados más tarde por la maquinaria exterminadora de Hitler.

El relato de la dura peripecia deja ver, no obstante, que muchos ciudadanos franceses fueron hospitalarios, aunque no pudieron contrarrestar la política discriminatoria del estado galo, de muy diferente tenor y escala que la orquestada por el III Reich. El tema es complejo y merece un desarrollo riguroso, pero si fuera posible sintetizarlo en una metáfora, diría que los sobrevivientes del Holocausto reiteran haber percibido y experimentado el deseo de aniquilamiento físico y moral, de supresión del ser del deportado que movía a los SS. Entre los españoles la imagen de humillación más repetida se refiere a haberse sentido rebajados al nivel de las bestias; las rejas de Irún y las alambradas de Argelès refuerzan la imagen con su connotación de jaula y corral. Los carteles que en Francia llamaban a la población civil a

³⁰ Macciuci, 2006.

ayudar a los refugiados, como si fueran víctimas de una catástrofe natural, mostraban escenas que acentúan la condición zoológica y el cautiverio animal (ver imágenes 25 y 26). En la frontera pirenaica es una de las primeras experiencias que registra José María Lamana:

Aquello daba la sensación de un apartadero de ganado y en verdad que las consideraciones con que fuimos tratados no tenían nada que envidiar a las [que] hubieran observado con unos auténticos rumiantes. (7 feb., 20)

Entonces, ¿sólo la amenaza roja explica la peculiar puesta en práctica verificada en Argelés-sur-Mer y Saint Cyprien? ¿Tantos niños, mujeres, ancianos confinados y tratados como animales por razones ideológicas? La guardia colonial senegalesa, marroquí, argelina, es un poderoso signo cargado de connotaciones que ofrece entradas para una lectura más incisiva –y arriesgada.

La pregunta podría ampliarse: ¿Únicamente operó el recuerdo de los moros del ejército de Franco para que los españoles se sintieran vejados por la guardia africana de los campos?³¹ Los exiliados enfatizan el sentimiento de afrenta porque la humillación fue doble; al maltrato real se sumaba la degradación simbólica de ser excluidos de la vieja Europa: usaban para controlarlos, golpearlos y retenerlos en las lindes del continente a las mismas tropas que usaban para someter al continente negro. Sea casualidad o falta de percepción de los dirigentes galos, es dable pensar que el tópico de cuño francés, “África empieza en los Pirineos”, además de una *boutade* ocultaba un estereotipo y un prejuicio que habilitaban tratar a los republicanos como africanos, esto es, con los códigos de cultura superior y colonial sobre la inferior y colonizada³².

En el esquema de tal imaginario se entiende un trato degradante que tuvo tanto características de abandono, dejación, *apartheid*, de recibimiento reservado a seres “de segunda categoría”, como de persecución ideológica. Si recordamos la frase de José Carlos Mainer referida al florecimiento cultural de la España anterior a la guerra, “nunca ha sido

³¹ El recuerdo de los guardianes africanos es rico en descripciones de vejámenes y atropellos de toda índole. Secundino Serrano (2006) es prudente a la hora de sumarse a la leyenda y analiza la incidencia de prejuicios atávicos en la población española.

³² No deja de ser muy sugestivo al respecto que en la actualidad la otredad de la Península Ibérica se traduce en una nueva fórmula “políticamente correcta”: “la Europa continental” frente a “la Europa peninsular”.

nuestro país más Europa que entre esta fecha [1918] y 1939” (1981: 180); puede decirse que a partir de la rebelión militar de 1936, los Pirineos se erigieron una vez más, ineluctables.

Andreas Huyssen, en su artículo ya citado, retoma –revisándola– la idea de Lyotard acerca de que practicar la anamnesis y recuperar la memoria del holocausto conlleva “reflexionar sobre su constitutiva incapacidad [la de la civilización occidental] para aceptar la diferencia, la otredad, y para sacar consecuencias de la insidiosa relación entre la modernidad ilustrada y Auschwitz” (2002: 150). Aceptado en todos sus términos o matizado, el postulado de que la preservación de la memoria está estrechamente unida al respeto por el otro, a su derecho a la diferencia y a la no-identidad está hoy fuera de discusión. Los otros sociales y culturales, con sus identidades diversas y, me permito añadir, con sus necesidades y urgencias, parecen constituir el reto para que el ejercicio de la memoria se entronque con el presente, descubriendo los rostros contemporáneos de los excluidos.

Las recientes noticias sobre el ingreso de emigrantes africanos en la isla de Malta, por nombrar uno de los más llamativos, donde al rechazo se suma el trato inhumano en centros de acogida que equivalen a cárceles de ínfima categoría –tercermundistas–, trae a la memoria la muchedumbre exangüe y hambrienta de republicanos considerada en febrero de 1939 un elemento pernicioso para los valores y la estabilidad de los países centrales, que habrían sido desbordados³³.

³³ El historiador francés Bartolomé Bennassar se sirve de la comparación para hacer comprensible el confinamiento infligido a los fugitivos: “¿Ha oído hablar de Melilla durante estas últimas semanas? Ahora imagine que, en febrero de 1939, durante 20 días cruzaron la frontera hacia Francia entre 450.000 y 480.000 españoles después de la campaña de Cataluña. Las autoridades francesas no estaban preparadas para una llegada tan masiva. El Gobierno republicano, a través de Álvarez del Vayo, había advertido que no serían más de 150.000 los que fueran a cruzar la frontera y creían que la salida no sería tan rápida. Confiaban en que Barcelona resistiría bastante tiempo, pero la ciudad se derrumbó de manera fulgurante”. Sin embargo, debe aceptar: “Lo que entonces ocurrió fue horroroso, y vergonzoso para Francia. Es verdad que no había preparación material para recibir a tanta gente, pero pudieron tener más cuidado por lo menos con el trato psicológico. No sólo es que levantaran alambradas alrededor de los campos, es que encargaron su custodia a las tropas coloniales, lo que suponía una humillación tremenda para los soldados que acababan de ser derrotados por las tropas marroquíes”. (Rojo: 2005: 39). Recientemente Carlos E. Cué ha recogido que muchos sobrevivientes de Mauthausen, un centenar, “se quedaron en Austria (...) No querían volver a Francia porque allí les habían maltratado: les metieron en campos de concentración cuando huían

La singularidad del confinamiento francés de los refugiados españoles de 1939 tiene la virtud de recordar vivamente que cada catástrofe de la historia tiene un nombre y un rostro propios: “campos –playas– de concentración de refugiados españoles bajo la III República francesa” es el nombre que corresponde a este fragmento de la historia europea. Pero cada catástrofe singular es arrastrada por el huracán único de la historia, donde el ayer y el hoy se encuentran y se reconocen. En los ojos perplejos y famélicos que se asoman hoy a los pasos fronterizos –alambradas– de Europa resurge la memoria de otros éxodos y otros vientos huracanados de ayer.

Bibliografía

- ALONSO, AMADO, 1939. “Contestaciones a una carta de Ozorio de Almeida”, *Sur*, IX, 61, octubre, 116-121.
- ARMENGOU, MONTSE Y BELIS, RICARD, 2004. *Las fosas del silencio. ¿Hay un holocausto español?*, Barcelona: debols!llo.
- , 2005. *El convoy de los 927*, Barcelona: Plaza & Janés.
- COLONNA, VINCENT, 2004. *Autofiction & autres mythomanies littéraires*, Francia: Tristram.
- CUÉ, CARLOS E., 2006. “Luz sobre la última sombra de la historia”, *El País*, 6 de octubre, 53.
- DREIZIK, PABLO M., “De la exclusión al exterminio. Los campos de internación al sur de Francia”, *Nuestra memoria*, 18, <http://www.fmb.org.ar/revista/18/delaex.htm>.
- FERNÁNDEZ PRIETO, CELIA, 2005. “La muerte, pulsión autobiográfica”, *Archi-pielago. Cuadernos de crítica de la cultura, Autobiografía como provocación*, Barcelona, 69, 49-56.
- GROPPPO, BRUNO, 2000. “Memoria e Historia”, *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, CeDinCi, III, 3, oct., 10-17.
- HUYSEN, ANDREAS, 2002. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de la globalización*, México: CEAL.

de la victoria franquista y les mandaron a cavar trincheras a la línea Maginot, donde les atraparon los nazis”. (2006:53)

- JULIÁ, SANTOS (coord.), 1999. *Víctimas de la guerra civil*, Madrid: Ediciones temas de hoy.
- KAUFMAN, ALEJANDRO. “Los desaparecidos, lo indecible y la crisis: memoria y *ethos* en la Argentina del presente”, inédito. [Material del seminario “Memoria, identidad y representación” dictado en la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata, mayo-julio de 2006.]
- , 1997. “Notas sobre desaparecidos”, *Confines*, 4, julio, 29-34.
- , 2004. “Tesis nueve”, *Confines*, 15, dic., 71-77.
- LAMANA, JOSÉ MARÍA Y MANUEL LAMANA. *Diario a dos voces*, inédito.
- LAMANA, MANUEL. Entrevista realizada para el CIDA, Archivo General de la Guerra Civil Española, Proyectos de Historia Oral.
- LÖWY, MICHAEL, 2002. *Walter Benjamin: Aviso de incendio. Una lectura de las tesis “Sobre el concepto de historia”*, México: FCE.
- MACCIUCI, RAQUEL, 1992. “Una novela inédita del exilio español. *Diario a dos voces* de José María y Manuel Lamana”, *Signos*. Universidad Católica de Valparaíso, Vol. 25, N° 31-32, 73-84.
- , “Entre la anomalía y el olvido: los campos de refugiados españoles en Francia. (Primera aproximación a *Diario a dos voces* de José María y Manuel Lamana)”, ponencia leída en el II Coloquio Historia y Memoria, Universidad Nacional de La Plata, 6-8 sept. 2006. Inédito.
- MAINER, JOSÉ CARLOS, 1981. *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid: Cátedra.
- MAY, GEORGES, 1979. *La autobiografía*, México: FCE.
- PONS PRADOS, EDUARDO, 1989. *Los vencidos y el exilio*, Madrid: Círculo de Lectores.
- PIÑA-ROSALES, GERARDO, 2001. Narrativa breve de Manuel Andújar, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001.
- PORTELLI, ALESSANDRO, 2002. “Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos”, *Sociobis-tórica, Cuadernos del CISH*, 11/12, Primer y segundo semestre, Centro de Investigaciones Sociohistóricas, Universidad Nacional de La Plata, 163-176.

- ROJO, JOSÉ ANDRÉS, 2005. "Francia también fue generosa con los exiliados republicanos. Entrevista a Bartolomé Bennassar. Historiador", *El País*, 17 de octubre, p. 39.
- RUBIO, JAVIER, 1977. *La emigración de la guerra civil (1936-1939)*, Madrid: San Martín.
- SEGUROLA, SANTIAGO, 2006. "Memoria detallada de los inexistentes. *Libro memorial* clasifica el destino de los cerca de 9.000 deportados españoles en los campos nazis", *El País*, 20 de sept., 50.
- SERRANO, SECUNDINO, 2005. *La última gesta. Los republicanos que vencieron a Hitler (1939-1945)*, Madrid: Aguilar. [Cap. I aparecido en *El País digital*, 14 jun.2006.]
- TORÁN, ROSA, 2005. "La deportación de los republicanos antifascistas", *El País digital*, 26 de enero.
- UGARTE, MICHAEL, 1991. "Testimonios de exilio: desde el campo de concentración a América" en *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: "¿A dónde fue la canción?"*, José María Naharro-Calderón (coord.), Barcelona: Anthropos, 43-62.
- YERUSHALMI, YOSEF, 1989. "Reflexiones sobre el olvido" en VV.AA. *Usos del olvido. Comunicaciones al Coloquio de Royaumont*, Buenos Aires: Nueva visión, 13-50.

***España Republicana*, una lectura de la Guerra Civil desde Argentina**



María Teresa Pochat
Universidad de Buenos Aires

Resumen

España Republicana fue el órgano de prensa del Centro Republicano Español de Buenos Aires que, entre 1918 y 1964, resultó un medio esencial para la comunicación de las noticias de España en materia política, cultural, económica y social. Además de constituir un ámbito de información, dio lugar al diálogo entre entidades españolas de la Argentina y sirvió como vehículo a la hora de reunir material de ayuda en los momentos más duros de la Guerra Civil y de la posguerra. En sus páginas, las personalidades más destacadas de la II República aparecen como protagonistas, con sus alocuciones citadas en discurso directo, en plena toma de decisiones y, muchas veces, como firmantes de colaboraciones dedicadas en exclusiva a ser publicadas en el periódico.

Dada la importante función que cumplió *España Republicana* durante la Guerra Civil, hemos creído útil dar a conocer en este número monográfico los detalles de un trabajo que formó parte de un amplio proyecto de investigación de archivos que desarrolla el Ministerio de Cultura español, en colaboración con la Fundación “Claudio Sánchez-Albornoz”. En síntesis, la tarea consistió en la microfilmación y elaboración de un índice comentado de cada uno de los más de mil números disponibles de la publicación, con un detallado registro de contenidos, onomásticos e instituciones, entre otros aspectos considerados, a fin de facilitar a los investigadores de todo el mundo la localización de los datos de su interés.

Palabras-clave: España Republicana -Centro Republicano Español de Buenos Aires -índice - microfilmación - Guerra Civil

Abstract

España Republicana was the organ of press of the Centro Republicano Español de Buenos Aires that, between 1918 and 1964, was essential means for the communication from the news of Spain in political, cultural, economic and social matters. In addition to constitute a scope of information, it gave rise to the dialogue between Spanish organizations of Argentina and it served like vehicle at the time of reuniting material of aid at the hardest moments of the Civil War and the postwar period. In its pages, the most outstanding personalities of the Republic appear like protagonists, mentioned in direct speech, in the heat of decision making and, often, like signers of collaborations dedicated in exclusive right to be published in the newspaper.

Given the important as that *España Republicana* acted during the Civil War, we have believed useful to present in this monographic number the details of a work that comprised of an ample project of investigation of archives that it develops the Spanish Ministry of Culture, in collaboration with the Foundation "Claudio Sánchez-Albornoz". In synthesis, the task consisted of the microshooting and elaboration of an index commented of each one of more than thousand numbers available of the publication, with a detailed registry of contents, names and institutions, among other considered aspects, in order to facilitate to the investigators worldwide the location of the data of its interest.

Keywords: España Republicana -Centro Republicano Español de Buenos Aires index - microshooting - Civil War

Cuarenta y siete años de republicanismo en la prensa hispánica de Buenos Aires

España Republicana, órgano del Centro Republicano Español de Buenos Aires, se dio a conocer en abril de 1918 y dejó de publicarse en diciembre de 1964. El periódico, creado con el nombre de *Nuevo Régimen* el 10 de abril de 1918, pasó a llamarse *España Republicana* a partir del N° 17, aparecido el 10 de octubre de ese mismo año. En 1931, pocos meses después de la proclamación de la II República, comenzó a llevar como subtítulo *Decano de la Prensa Republicana en América*. Durante su larga trayectoria, el periódico registró escasas interrupciones,

motivadas por causas económicas y políticas, de las cuales se ha dejado la correspondiente constancia al elaborar el índice.

La frecuencia de publicación fue muy variable; hay oscilaciones entre tiradas publicadas cada diez días y en forma semanal, quincenal, mensual, bimestral y hasta trimestral en el caso del último período. Estos cambios no tuvieron únicamente que ver con cuestiones de administración, sino también con el requerimiento de los diferentes momentos atravesados en materia política. De esta manera, tanto la frecuencia como la cantidad de páginas se incrementan en períodos clave como la proclamación de la II República y la cobertura de la Guerra Civil. De hecho, precisamente en octubre de 1931, el periódico se transforma en semanario. En distintas épocas podemos encontrar números de 2, 4, 8, 12 ó 16 páginas, y números especiales de 20 ó 32 páginas. Los números especiales se refieren principalmente a aniversarios: el de la II República ocupa el lugar más destacado en materia de ediciones extraordinarias. También hay una particular dedicación a acontecimientos como la sublevación de Sanjurjo, la defensa de Madrid, las novedades registradas en los diversos frentes, las sucesivas crisis ministeriales y la II Guerra Mundial.

España Republicana circulaba por suscripción y a este respecto es notoria la participación de las entidades y los particulares del interior del país que actuaban como representantes del periódico en distintas provincias argentinas. El diálogo de la publicación de Buenos Aires con los correligionarios de grandes centros urbanos o de pequeños pueblos que, integrados en alguna institución, trabajaron por la causa republicana se hace perceptible en apartados dedicados a esporádicas visitas a la redacción, como así también en la difusión de sus actividades, sus colaboraciones monetarias –destinadas, por ejemplo, a tareas de repatriación de inmigrantes españoles en momentos en que la economía de Argentina se ve resentida por la crisis del '30– o, en forma muy especial, en la asistencia a las víctimas de la guerra.

El original de *España Republicana* ha sido microfilmado sobre la base de ejemplares encuadernados en veintiséis tomos que difieren tanto en la cantidad de números que incluyen como en extensión cronológica. Sobre esos tomos, un grupo interdisciplinario ha trabajado en la confección de un índice –de próxima publicación en Internet– que cuenta con determinadas particularidades a los efectos de apuntalar la búsqueda del investigador que lo consulte.

Este índice de *España Republicana* no se reduce a un mero registro de títulos de todos los artículos publicados y su localización exacta, sino que se ha incluido un paréntesis aclaratorio para proporcionar información más específica en aquellas situaciones en que la lectura del título no diera cuenta suficiente del tema tratado. Hay encabezamientos más o menos ambiguos, o que tienen un sesgo de ironía fácilmente decodificable para el lector contemporáneo de *España Republicana* en los años de su publicación, pero que en ocasiones resultaría inaccesible para el lector de nuestros días y para la recapitulación de la memoria colectiva de los años de la guerra. Frente a esa brecha temporal y contextual, se decidió redactar un comentario que permitiera al investigador orientar su búsqueda –a partir del paneo general que le dan los títulos de las notas periodísticas– en el paso previo al acceso al microfilm para la lectura completa del artículo de su interés. Esta característica formal de la inclusión de los títulos, sus autores, la paginación y sus correspondientes paréntesis aclaratorios es parte de la sección denominada “Contenido” en cada una de las fichas del índice de *España Republicana* (aún desde el momento en que aparecía con el nombre de *Nuevo Régimen*). Hay una ficha confeccionada con cada ejemplar disponible publicado desde 1918 hasta 1964. Luego de esta descripción general, al acotar específicamente la forma en que *España Republicana* da cuenta de la Guerra Civil, nos detendremos en algunas limitaciones surgidas a la hora de encarar un trabajo de estas características, en el que la exhaustividad resulta una meta inalcanzable.

En cuanto al plano formal, el relevamiento de los contenidos es apenas la primera parte de cada una de las fichas descriptivas de los ejemplares. El índice contiene otros cuatro apartados llamados “Descriptores Onomásticos”, “Descriptores Geográficos”, “Descriptores de Instituciones” y “Descriptores de Materias”; en este último se citan también las publicaciones, cadenas de radiodifusión y agencias de noticias de todo el mundo que en ocasiones constituyeron una considerable fuente de información para *España Republicana*, destacándose especialmente dos agencias de vital importancia en la vida del periódico: Prensa Hispánica (PH) y Oficina de Prensa Española (OPE).

El trabajo de equipo sobre el índice ha sido realizado en forma minuciosa. Se aspiró en todo momento a informar sobre los ejes centrales de los artículos con la mayor objetividad posible. Sin embargo, desde el

primer momento, para los quince investigadores involucrados en la tarea, el trabajo supuso un constante esfuerzo de selección y combinación que nos habla de una toma de posición siempre subyacente. Incluso aquellos aspectos en apariencia mecánicos, como el listado de nombres de personajes citados, con sus correspondientes cargos y profesiones al momento de ser mencionados, imponen la necesidad de un recorte, ya que es imposible proceder a un registro onomástico completo cuando se cubren acontecimientos tales como los debates por la reforma agraria en las Cortes Constituyentes, los intelectuales firmantes de un manifiesto de apoyo a las víctimas antifascistas o las comisiones directivas de la innumerable cantidad de instituciones que funcionaban en la Argentina, muchas de las cuales aún siguen existiendo. En cada recorte hay también un énfasis; pero esto muchas veces deja de ser una limitación para dar paso a una profundización de la idea y enriquece el formato tradicional de un índice.

También está pendiente, en el área de la descripción onomástica, una deuda con aquellos hombres y mujeres de cuya lucha sólo queda un nombre de pila o la ubicación de su pueblo, dado que en algunos momentos de *España Republicana* la redacción está condicionada por la inmediatez de la guerra y, si determinadas secciones permiten un análisis y una recapitulación histórica meditada, otras imprimen el día a día de los acontecimientos posteriores a la sublevación militar, tanto de los informes del frente republicano como de los testimonios espontáneos de sus protagonistas. Esa "instantánea" de la guerra muchas veces va en detrimento de una mención bien delineada de las personas a las que se alude, especialmente si se trata de funcionarios de Franco o militantes republicanos, que suelen ser mencionados con un sobrenombre, sin mayores aclaraciones. En consecuencia, no siempre se ha podido decodificar la alusión, ni se ha logrado completar todas las descripciones onomásticas. Pero estos detalles pasan a un segundo plano en relación con lo que significa contar con tan valioso material de consulta.

Otra dimensión que, por el momento, ha quedado fuera de la confección del índice es la descripción detallada de muchas imágenes. Sin embargo, a través del microfilmado se puede acceder ya a las fotografías que complementan los artículos periodísticos, o a aquellas otras que, sin necesidad de epígrafes, cobran una autonomía relevante al mostrar la devastación de la guerra en ciudades y edificios. Resultan altamente sig-

nificativas también aquellas ilustraciones y caricaturas desde las cuales se ejerce una crítica profunda del franquismo y del papel de las potencias extranjeras, ya por su silencio, ya por su colaboracionismo.

España Republicana como fuente de referencia histórica

Las páginas del periódico constituyen una fuente de inestimable valor, tanto por el caudal de información que se transmite, como por la versatilidad de su enfoque para abarcar los más disímiles aspectos que atañen al desarrollo de la Guerra Civil. Tomaremos, como ejemplo, algunos artículos publicados apenas algunas semanas después de producida la sublevación militar.¹

El 15 de agosto de 1936 (Nº 328), la respuesta de la Embajada de España en Argentina es explicada con minuciosidad: “La Embajada envió hasta ahora al Ministerio de Estado 120.000 pesetas” (sin firma: 10). En el paréntesis aclaratorio que sigue al titular registrado en la ficha correspondiente a ese ejemplar, se aclara el destino de esa cantidad: “[Suma de las remesas enviadas para ayuda de la Cruz Roja Española]”.

Por otra parte, en medio de la guerra, la publicación continúa tratando, como lo hacía antes del conflicto bélico, diversas materias como la sección de espectáculos llamada “Teatro, cinematografía y radio”, que habitualmente comparte el espacio con otra sección denominada “Centros y sociedades”. Esta última detalla los eventos de las instituciones españolas en la Argentina. Entre ellas, el Ateneo Pi y Margall (sección cultural del Centro Republicano Español de Buenos Aires) y el Ateneo Luis Bello (de Rosario) con sus ciclos de conferencias merecen especial atención. Lejos de ser una nota de color en medio del día a día de la guerra, estas secciones, además de ofrecer la cartelera española en Buenos Aires, se ven determinadas por los acontecimientos de España, por ello se producen convergencias entre una presentación escénica y el constante trabajo por el apoyo a la II República. Se entrelazan lo institucional, lo artístico y lo ideológico en una publicación que da coherencia interna a las más disímiles manifestaciones. Las siglas alternan a menudo

¹ Las citas de los títulos serán transcritas tal cual se registran en el índice confeccionado y, en la medida en que se lo considere necesario, se incluirá también el paréntesis aclaratorio.

con los nombres de los protagonistas y es en la familiaridad con que se alude al P.S.O.E., la U.G.T., la C.N.T., el movimiento S.T.V.², etc., lo que hace especialmente funcional la sección del índice dedicada a los descriptores institucionales.

Veremos ahora cómo se aborda en la realización del “índice comentado” la ambigüedad de títulos cuya decodificación es, en principio, inaccesible. En el mismo número, el artículo “Un bello gesto de Argentina en Ginebra” (Sin firma: 1) hace referencia a la actitud del país al reclamar un arbitraje internacional en el conflicto ítalo-etíope y se detiene en una crítica respecto de la posición del Vaticano y de cualquier signo de imperialismo.

Otro ejemplo que demuestra la pertinencia de un índice comentado es un título como “Manotones de ahogado”, tras el cual, el paréntesis aclaratorio explicitará una síntesis del contenido: “[Crítica de la formación de la Junta de Defensa Nacional, con sede en Burgos; listado de los integrantes]”.

No todas las notas del periódico son producto del cuerpo de redactores o de los colaboradores habituales. También se incluyen transcripciones de otras fuentes. El diálogo con otros medios de comunicación y con órganos de prensa de todo el mundo es muy frecuente y enriquecedor en toda la historia de *España Republicana*: “Los intelectuales se hallan al lado de la República. Rouget de Lisle y nosotros”. [Artículo de Jean Cassou en L'Humanité, con motivo del centenario de la muerte del creador de La Marselesal] (Sin firma: 6).

Se incluyen, asimismo, denuncias y protestas tal cual fueron formuladas en pleno debate coyuntural. En el Nº 326, leemos: “La anarquía de los que se dicen gente de orden”. [Reproducción de denuncia del diputado Ricardo Zabalza, sobre la actitud patronal, que no tiene en cuenta el aumento a los jornaleros, ante las pérdidas de cosechas] (Sin firma: 10).

El espacio destinado a las demandas sociales y al protagonismo de los trabajadores es preocupación constante, tanto en el hecho de dar cuenta de noticias de España como en los llamados a contribuir con el producto de un día de los ingresos laborales de los argentinos a beneficio de la Cruz Roja Española. Pero la guerra se convierte en tema central

² Partido Socialista Obrero Español, Confederación Nacional del Trabajo, Solidaridad de Trabajadores Vascos y Unión General de Trabajadores, respectivamente.

y casi exclusivo desde los meses finales del '36. Todo es contemplado por el encuadre de *España Republicana*: desde el relato de un miliciano del sector catalán aragonés hasta el resumen de los partes oficiales, con los detalles técnicos del desenvolvimiento de la guerra.

El ámbito internacional también es visto a la luz de los anhelos democráticos de la publicación: “Buen ejemplo” por Angel Ossorio y Gallardo. [Elecciones en Dinamarca y Suecia, aumento de los votos socialistas, avance de los trabajadores y preocupación por el liberalismo] (Nº 340, 7-11-36: 6).

El desglose de la vida intelectual está dado por la publicación de eventos, las novedades literarias y el seguimiento de aquellas situaciones que determinaron un quiebre en el ámbito académico de España en esos años. A este respecto, las referencias al caso de Unamuno, expulsado de las cátedras de la Universidad de Salamanca, es uno de los temas destacados.

En 1937, el Congreso de Escritores Antifascistas en Valencia y el protagonismo de Rafael Alberti llevan a que se incluya un poema suyo compuesto para ese acontecimiento, bajo el título “Los poetas del mundo defienden al pueblo español”. Con el tiempo, el tema literario se hace merecedor de su propia página (que se duplica en números especiales) con las reseñas y comentarios de las publicaciones más recientes. En ese espacio, muchas veces hay que rastrear quiénes están detrás de las iniciales de los que firman las críticas, siendo algunas de las más destacadas las de M.B.G., C.P.C. y M. de la R., que para el lector habitual de *España Republicana* no necesitaban la presentación de Manuel Blasco Garzón, Carlos Pérez Carranza y Manuel de la Rosa.

Por otra parte, en materia de acontecimientos políticos internos, el surgimiento de las reivindicaciones del pueblo vasco tiene su espacio a menudo en la voz de sus principales representantes: “Nuestro brazo jamás se unirá con asesinos de heridos e indefensos. Charla del ministro nacionalista vasco”. [Reportaje radial a Manuel de Irujo, sobre los derechos de autonomía del país y la opción por la democracia social republicana] (Nº 340, 7-11-36: 9).

Cabe destacar que *España Republicana* permite una mirada diacrónica sobre el desempeño de los políticos como parte del gobierno legalmente electo en plena II República, en el ejercicio de sus funciones en el exilio y como colaboradores habituales del periódico. Hay casos

como el de Indalecio Prieto, que tendrá participación hasta su muerte en las páginas del órgano republicano, y difundirá su opinión como periodista –claro que en lugar muy destacado– tras haber sido diputado, ministro de Hacienda y Obras Públicas, y de Marina, Aire y Defensa de la II República, además de presidente del P.S.O.E. También se puede hacer un estudio minucioso de la participación de Augusto Barcia Trelles y Manuel Blasco Garzón, entre tantos otros; ministros de todas las carteras, sindicalistas y ex jefes de gobierno...

También se reseñan las repercusiones que, en Argentina, halla la Guerra Civil, en especial el eco entre los estudiantes: “Protesta de estudiantes argentinos”. [Crítica al Comité de la Juventud Argentina por su postura respecto de la Junta de Burgos, por no considerárselo representativo y por hacer uso de la denominación ‘apoyo a la República’] (Nº 340, 7-11-36: 12).

En estas últimas líneas, se han tomado ejemplos de un mismo número del periódico para poder apreciar cómo alternan diferentes tipos de noticias que aluden desde distintos ángulos al desarrollo de la guerra. También algunas notas, que podrían ser consideradas casi pintorescas o meramente anecdóticas, dan cuenta de la forma en que la guerra trastocó la vida cotidiana: “La abuela. Episodios del cerco de Oviedo” por Antonio Soto, Antonio. [Descripción de la vida de una anciana asturiana, quien, cerca del frente, trabaja y ayuda a las milicias] (Nº 340, 7-11-36: 13).

Incluso en las dimensiones en apariencia más prosaicas de Buenos Aires, se ha filtrado la guerra; por ejemplo, en el señalamiento de locales comerciales considerados propagandistas de la sublevación.

Y, más allá de eventos especiales como el Congreso de Escritores Antifascistas y las novedades editoriales, no fueron pocas las brechas en que la literatura (y no ya su comentario) halló su lugar en las páginas de *España Republicana*; en la transcripción de poemas o narraciones breves, como en “La muerte del moro Mizzian” por Antonio Sánchez Barbudo, [Romance de la historia de un mercenario marroquí muerto en el frente] (Nº 340, 7-11-36: 16).

En el ámbito institucional, una vez creada la sección “Amigos de la República Española” es mucho más detallada y caudalosa la información sobre el accionar de las diferentes entidades. La ayuda material involucró a todo tipo de agrupaciones, encabezadas por la gestión central del

P.E.A.V.A.³, de las que citamos a continuación sólo algunos de los nombres aparecidos en una página de “Amigos...”: Unión Cortadores de la Confección, Comisión Vecinal Pro Necesitados de España del Dock Sud, Sociedad Cooperativa Ltda. de Propietarios de Automóviles de Alquiler, Comisión Israelita de Ayuda al Pueblo Español, Comisión de Viajantes de Comercio y Corredores para la Ayuda al Gobierno Español, etc. Esto es parte del detalle con que está registrada la organización en torno al caso español y la pasión con que se tomó partido. Las mencionadas no son sólo agrupaciones ya existentes que contaban con una representatividad de España en Argentina, sino generalmente comisiones creadas ad-hoc.

En paralelo, se comunican las actividades y espectáculos en el Teatro San Martín, el Maravillas, el Avenida y el Apolo. Pero la guerra no queda nunca definitivamente fuera de la vida cotidiana de las tablas; emerge en el señalamiento de cómicos considerados facciosos y en la crítica hecha contra la farándula española en Buenos Aires.

En lo específicamente político, cobran relevancia los discursos emitidos en la Sociedad de las Naciones. Ocurre algo similar con la “Conferencia Internacional de Consolidación de la Paz”.

A su vez, el debate, el diálogo a veces tácito y en ocasiones explícito con las voces antirrepublicanas, es algo siempre presente. De igual modo, la apelación a la ironía sirve para una caracterización de Franco que permite salir de la mera indignación y del plano denotativo, como lo muestra este título que inaugura el año 1937: “Carta abierta al general Francisco Franco. Ilustre y respetable general. ¡Respetable...Ilustre...!” por Avelino Gutiérrez [Texto fechado en Buenos Aires en diciembre 1936, en el cual se critica la figura del dictador mediante el formato de una esquila en segunda persona] (Nº 348, 1-1-37: 2).

A nivel internacional, cuando se habla de Alemania e Italia, se tiene en consideración la diferencia entre quienes se inclinaron por la propaganda fascista en España y el pueblo, en medio del cual circulan hojas clandestinas contrarias a la intromisión bélica.

Pero acaso el espacio más caudaloso y significativo sea el destinado a la transcripción de documentos, como los decretos de Miaja en momentos en que aún era presidente de la Junta de Defensa de Madrid o, bajo el título “El bloqueo a cargo del invasor es un absurdo jurídico inconce-

³ Patronato Español de Ayuda a las Víctimas Antifascistas.

bible”, la inclusión de una nota presentada por el Comité Pro Defensa de los Derechos del Pueblo Español ante los embajadores de Francia e Inglaterra, sobre las contradicciones de la no-intervención. Ese tipo de reclamos formará parte de un llamado de atención hasta los últimos años de la publicación.

España Republicana fue también un lugar para el disenso cuando se perfilaba la derrota. Desde sus páginas se ejerció una contundente crítica contra las posturas menos comprometidas y contra la versatilidad en la toma de partido de personajes como Lerroux y Gil Robles. A la vez, la inclusión del punto de vista de publicaciones de todo el mundo, dentro de las que podemos nombrar como de frecuente aparición *ABC*, *Ce Soir*, *Crítica*, *Daily Worker*, *El Ideal Gallego*, *Giustizia e Libertá*, *La Prensa*, *La Nación* y *The Manchester Guardian*, entre otros, es una muestra de la alternancia con la prensa en general, no sólo con los órganos republicanos y socialistas; pero cabe aclarar que esa articulación se da, con respecto a algunos medios gráficos, como cita de autoridad, mientras que con relación a otros, prevalece la crítica o la transcripción de un comentario para su parodia o refutación.

Tomaremos a continuación un número de lo que es considerado oficialmente el último año de la Guerra Civil. En el ejemplar 460 (del 22-2-39), la ironía se extiende a la lectura de un texto propagandístico del franquismo: Bajo el título “Delicias de la literatura franquista” se presenta un ácido comentario sobre un poema de Adriano del Valle. En ese mismo número, el tono cambia radicalmente en la nota necrológica sobre Antonio Machado, junto a otras referencias más generales acerca de las fatigas del exilio, en donde se incluye el fallecimiento de quince niños.

No obstante el declive de las expectativas, sobrevive un gesto de esperanza y una toma de posición utópica, que perdurará hasta los últimos años de la publicación. En este sentido, es notorio que en este mismo número de febrero de 1939, en medio de la muerte y la debacle cultural que se perfila, se le dé un sitio a un poema de Miguel Hernández bajo el promisorio anuncio “Nuestra juventud no muere”. Pocos días después (Nº 461, 4-3-39), se produce una decepción por el giro de la mirada de un sector de la Argentina respecto de la guerra. Como una dolorosa sentencia, las dos primeras páginas anuncian: “El reconocimiento de Burgos” [Editorial sobre la falta de apoyo de Argentina a la causa republicana] (Sin firma: 1 y 2).

Con ese mismo tenor, el título “La conquista facciosa de Buenos Aires” localiza aún más la actitud de algunos sectores de la sociedad en relación con una manifestación de Falange. Como una condensación de la derrota, ese número también trae la necrológica del ex ministro de Agricultura y creador del Partido Radical Socialista, Marcelino Domingo.

Pero en la pervivencia de la esperanza, cuando algunas actitudes reaccionarias toman por sorpresa a los republicanos españoles residentes en Argentina, se amplía el ángulo de la información para reconocer la política de México en su solidaridad con los exiliados (cfr. el N° 476, 17-6-39). Claro que lo laudatorio al intentar rescatar los aspectos positivos, no deja de lado la crítica y el seguimiento que en Argentina se continúa haciendo de la Guerra Civil. Dentro de esa crítica, la alusión a los medios gráficos de Buenos Aires –especialmente *La Prensa* y *La Nación*, a los que se considera portadores de una estrecha filiación con el franquismo– es más que frecuente: “Según *La Prensa*, España está liberada” (Sin firma: 2). Otro ámbito analizado y parodiado con frecuencia es el de la Iglesia. También en el citado ejemplar de junio de 1939, nos encontramos con “El escalofriante espectáculo de la bendición papal” (respecto de la obra de Franco).

El hambre y las campañas de racionamiento son factores que subyacen durante todo el período aludido, y que se profundizarán en la posguerra, mediante la trascripción literal de las peticiones de auxilio dirigidas a los exiliados y a quienes ya residían desde antes en la Argentina. Y una vez más, tras un declive que se evidencia en acusaciones concretas dirigidas a algunas instituciones españolas de Buenos Aires que abandonan en 1939 la suscripción a *España Republicana*, el humor y la ironía siguen encontrando su lugar en secciones como “Fuego Graneado”, firmada bajo el seudónimo de Cabo Gómez, que en cada número aporta una ácida mirada acerca de la actualidad política, con énfasis en la contienda bélica.

La modalidad del índice-comentario es sólo una aproximación entre muchas otras posibles. Sabemos que hay múltiples formas de acercarse a la misma nota periodística y de esa manera se accedería a síntesis diferentes; cada comentario es una lectura, acto más complejo aún si recordamos que, en última instancia, se trata de una meta lectura o una mirada sobre otra, la del cuerpo de redacción, lo cual ya implica una mediación potenciada por la distancia geográfica. Pese a esto, prevalece

la importancia de descubrir *España Republicana* para brindar una entrada a los análisis más disímiles que puedan plantearse en torno a las repercusiones de la proclamación de la República, la Guerra Civil y el gobierno republicano español en el exilio vistos desde América.

También en estas líneas sería impensable aspirar a una exhaustividad que diese cuenta de toda la evolución del periódico, o a una descripción acabada. Se optó en cambio por la mención de algunas secciones significativas y por la reproducción de algunos títulos como muestra de la variabilidad de enfoques a los que puede ser funcional esta publicación como fuente documental.



1. Max Aub, Perpetua (Peua) Barjau e Ignacio Soldevila. Québec, 1962.
(Reproducción autorizada por Ignacio Soldevila y la Fundación Max Aub).

Madrid, 16 de diciembre 1964

Querido amigo:

Nuevas noticias desde Madrid. No sé si ya le dije que Entrambasaguas siguió en sus trece y aun multiplicó, poniendo el veto a mi tesis, de modo que no pude presentarla, ya que amenazó con tal acción y no hubo quien quisiera plantarle cara. A mí me daba igual quedarme con suspense, con tal de que la cosa se hiciera notoria, pero así quedó todo, y aunque a quienes lo cuento no lo dudan, es posible que no pase a la pequeña historia. Con Laposa estoy haciendo una tesis de urgencia, para no volver a Laval rabicoidal, esta vez sobre un tema lexicográfico indoro e incoloro y que no llevará gloria, aunque no le falten penas. Llevé el mamotreto al Fondo, para que lo vieran Andújar que estaba de paso y el director de aquí, Javier Pradera. De Andújar no he sabido después nada, de Pradera muy sanos consejos o ideas para una posible reorientación del contenido en vista de la publicación. Que será para largo, puesto que en un año no voy a poder echar mano a mis libros. Piensó que es lástima que todo eso siga así inédito, y me pregunto si habría manera de publicar lo referente a Ud., suprimiendo los argumentos demasiado extensos y "ad usum daphni". Tal vez La Torre... una vez más. Escribiré ofreciéndolo. Me escribe el Sr. Kohler, a quien intenté orientar en su trabajo sobre Ud. y entre otras cosas quiere leer lo escrito. Le dije que esperaba verlo aparecer en libro, unido a otras cosas sobre Ud., pero veo que aún estamos lejos. Como al hombre le interesa, le ruego le deje Ud. la copia que le mandé, ya que va a ir a fines de este mes a México. Puede utilizarlo a su gusto, siempre que guarde la fineza de citar...

He estado con algunos novelistas jóvenes: López-Facheco, Suoico, Ramón Nieto. Nada más por ahora, entretenido como estoy en mi tesis, pero tendré que empezar un día u otro las entrevistas. Hablé con Ferrer, con G. Hortalano. Todos acogen cordialmente mis proyectos. Estuve un par de veces en casa de Marra-López, quien me prometió su valiosa ayuda de introductor.

España, en muchas caras, está muy cambiada. No dejan de haber sombras de pasados tiempos, y en lo de Entrambasaguas creo tiene Ud. una buena muestra. Oficialmente ya nadie da la cara para nada, pero los métodos indirectos son eficaces, quizá más que los antiguos desplantos. Con los estudiantes sigue manejándose la cachiporra con toda la destreza habitual de los grises, por un quitame allá esa protesta. La gente empleada tiene en cambio una postura de total manifiesto (del valenciano me n'en fot) de decir que mientras haya sueldos decentes y posibilidades o realidades de un Seat 600, lo demás son "gaitas". El obrero se aburguesa. Los burgueses se enseñoran. Y los señores se van al extranjero, a lucir sus calvas. Los millones de turistas tienen algo que vor en esta corrupción del dinero fácil. De vez en cuando alguna chispa, como esa de San Sebastián, donde un día aparecieron todos los cartelones de XXV años de paz con otro cartelito sobrepegado, precedente de la campaña del tráfico, y que los automovilistas pagan en la ventani-

11286

lla trasera de sus coches. El cartelito reza: Senría, por favor.

En torno a la película Franco, ese hombre, se han hecho infinidad de chistes. Ejemplos:

- a) Dice la gente que sale desorientada de esta película, porque está acostumburada a que al final, en las películas, ganen los buenos.
- b) Este Franco, después de 25 años de teatro, se pasa ahora al cine.

c) La película no ha pasado por la censura, porque se presenta a Franco rojo con fonde verde. (En efecto, los cartelones que anuncian la película presentan un retrato de perfil en color rojo, sobre fonde verde).

Me olvidaba contarle que Facheco, al enterarse del incidente Entrambasaguas propuso que esta tesis se llevase a la Sorbona, y escribí a Marrazat en ese sentido, y me dijo hiciese lo mismo. No creo que en el plazo que queda de aquí a septiembre próximo, tendrá exigencias temporales mínimas. De todos modos, la idea y el intento son laudables.

¿Se cree Ud. que, a pesar de estas y otras minucias, me ha entrado la desazón de volver a España definitivamente? Económicamente vendría a malvivir. No me importa. Políticamente me sentiría acojonado. No se me da gran cosa. Tendría que soportar a mi familia. Ni por esas. Sigue considerando mi vuelta, presentarme a una cátedra de francés y buscar me tres o cuatro "jets" por Madrid para 1965. ¿Entiende Ud. algo de todo esto? Racionalmente, yo, no.

¿Les deseo unas felices fiestas navideñas, y una entrada en 1965 con el mejor pie (entramos siempre en un nuevo año con el mismo pie: el forzado).

Escribame y dígame de sus novedades bibliográficas.

Un fuerte abrazo

Ignacio Soldevila

*c/ Lisboa 8, 1-D
Madrid - 8*

2 y 3. Carta de Ignacio Soldevila a Max Aub, fechada en Madrid, a 16 de diciembre de 1964. (Reproducción autorizada por Ignacio Soldevila y la Fundación Max Aub, en cuyo archivo se conserva: sign. C. 1-14-97).



4. José Renau. *El comisario*. 1936. Gráficas Valencia. 70 x 102 cm.



5. Renau. *El fruto del trabajo del labrador*. Gráficas Valencia. 117 x 89



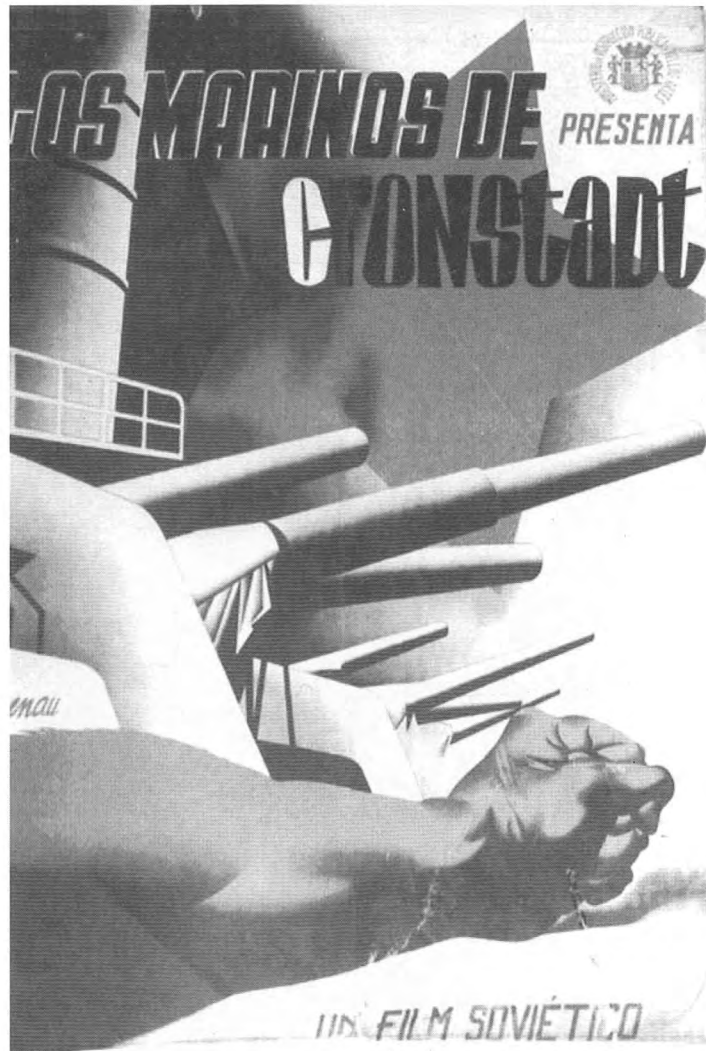
6. Arturo Ballester. *Campesino, rotas tus cadenas*. Litografía Ortega. 99 x 69



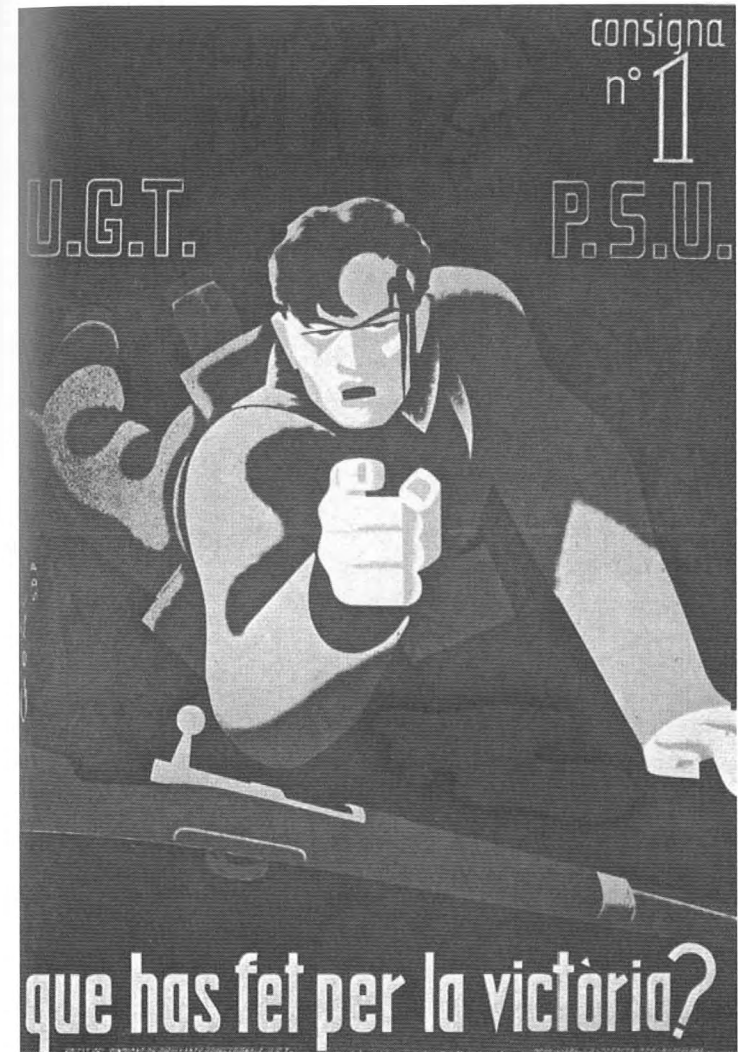
7. Arturo Ballester. *Campesino. Trabaja para el pueblo*.
Litografía Ortega. 160 x 106



8. Vicente Ballester Marco. *Bravos marinos*. Litografía Ortega. 160 x 107 cm.



9. José Renau. *Los marinos de Cronstadt*. Gráficas Valencia. 154 x 103 cm.



10. Goñi. *I tui? que has fet per la victòria?* Gráficas Ultra. 100 x 70 cm.



11. Cantos. *Las Brigadas Internacionales*. 71 x 102 cm.



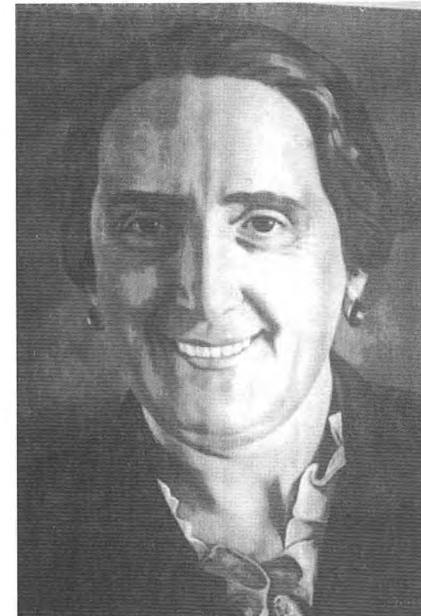
12. Arturo Ballester. *Un marino: un héroe*. Lit. Ortega. 160 x 110 cm.



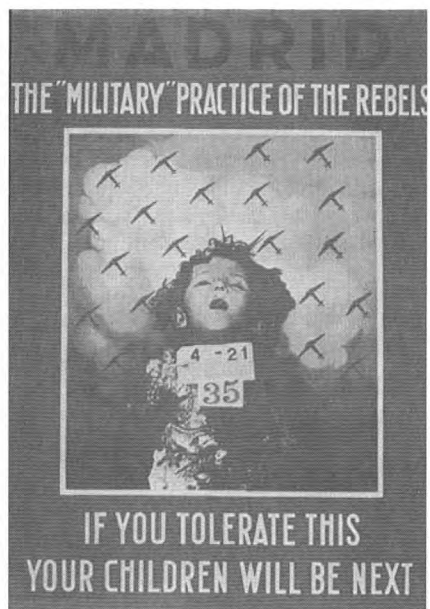
13. Arteché. *Les milicies us necessiten!* Atlántida A.G. 100 x 70 cm.



14. Dubón. *¡Germanos al front!*. Litografía Simeón Durá. 70 x 100 cm.



15. Pelegrín. *La Pasionaria*. 100 x 70 cm.



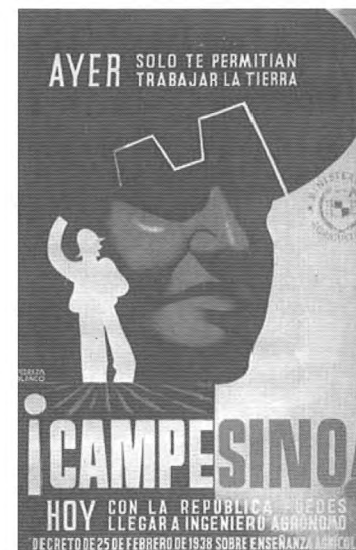
16. Anónimo. *The "Military" Practice of the Rebels*. 100 x 70 cm.



17. Anónimo. *Que fais-tu pour empêcher cela ?* 100 x 70 cm.



18. Wila. *Soldado instrúyete*. Gráficas Valencia, 90 x 63 cm.



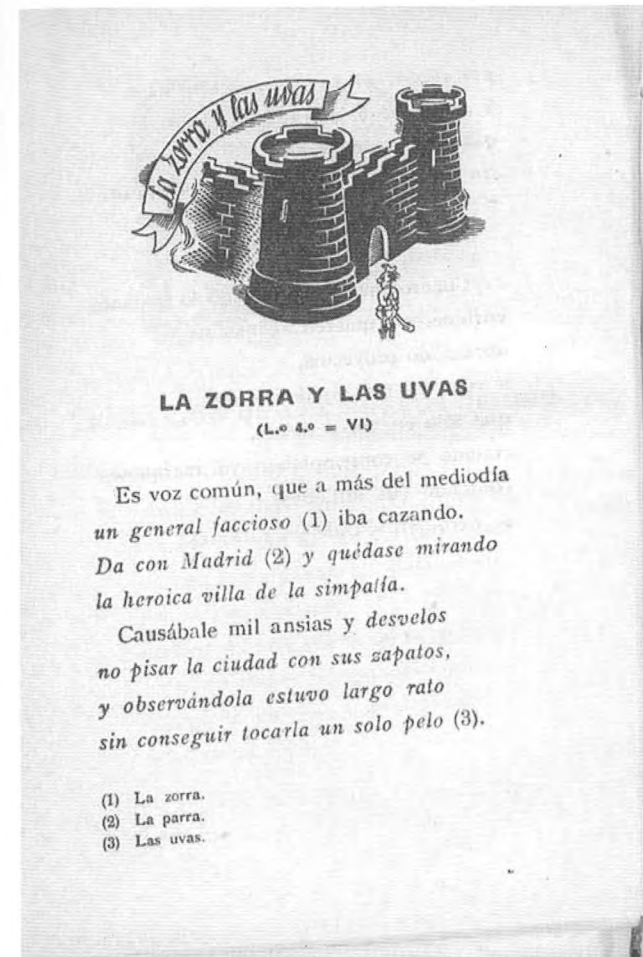
19. Pedraza Blanco. *¡Campesino!* 99 x 71 cm.



20. Tapa de *Fábulas de Samaniego adaptadas a la actualidad española*.



21. Reproducción de "La zorra y el busto".



22. Reproducción de "La zorra y las uvas".



23. Refugiados españoles conducidos hacia una playa de concentración (Capa).



24. Refugiados españoles en la playa de Argelès-sur-Mer (Desconocido).



25. Refugiados españoles esperando alimentos en un campo de concentración francés (Desconocido).



26. Imagen (probablemente de Capa en Argelès-sur Mer) del afiche de la "Conferencia Internacional de Ayuda a los Refugiados Españoles" (París, 15 y 16 de julio de 1939), Rubio (1977).



31. Tapa de *Triunfo* n.º 463, 17 de abril de 1971.



32. Tapa de *Triunfo* n.º 602, 13 de abril de 1974.



Noticia sobre la "Guía de Fuentes para la historia de la guerra civil española, exilio, y movimiento obrero". Una base de Datos para acceder a información puntual de fuentes documentales

Carmen Sierra
CIDA

Este proyecto se inició en 1986, coordinando por el Centro de Información Documental de Archivos (CIDA) dependiente de la Subdirección General de Archivos Estatales del Ministerio de Cultura de España. Desde un principio el proyecto no se limitó al periodo cronológica 1936-1939; se extendió hasta 1978, ya que se consideró que la Guerra Civil española supuso un corte político y social que quebró el sistema democrático, dando paso a una larga dictadura durante cuarenta años, que no se recuperó hasta 1977 con la llegada de la democracia y con la aprobación de la constitución española en 1978. Se comenzó localizando fuentes documentales dispersas en diferentes instituciones españolas, públicas y privadas, y posteriormente, se empezaron a recuperar originales y reproducciones de documentos depositados en diferente instituciones del exterior.

Todos los fondos documentales fueron descritos detalladamente a nivel de documento o unidad documental, excepto en algunos casos en los que la descripción se realizó únicamente el nivel de serie documental. Actualmente en la Base de Datos hay 47.332 descripciones documentales que ofrecen información sobre: Nombre y ubicación geográfica de los archivos donde está depositada la documentación. Próximamente indicará el archivo o centro donde se conserven tanto los originales como las reproducciones (microfilm, digital...); Fondo y serie en la que están integrados los documentos; Descripción del contenido del documento; Descriptores Onomásticos, Geográficos, Instituciones, Materias y palabras clave que figuran en los documentos; Fechas, soporte, lengua y letra de los documentos.



Noticia sobre la “Guía de Fuentes para la historia de la guerra civil española, exilio, y movimiento obrero”. Una base de Datos para acceder a información puntual de fuentes documentales

Carmen Sierra
CIDA

Este proyecto se inició en 1986, coordinando por el Centro de Información Documental de Archivos (CIDA) dependiente de la Subdirección General de Archivos Estatales del Ministerio de Cultura de España. Desde un principio el proyecto no se limitó al periodo cronológica 1936-1939; se extendió hasta 1978, ya que se consideró que la Guerra Civil española supuso un corte político y social que quebró el sistema democrático, dando paso a una larga dictadura durante cuarenta años, que no se recuperó hasta 1977 con la llegada de la democracia y con la aprobación de la constitución española en 1978. Se comenzó localizando fuentes documentales dispersas en diferentes instituciones españolas, públicas y privadas, y posteriormente, se empezaron a recuperar originales y reproducciones de documentos depositados en diferente instituciones del exterior.

Todos los fondos documentales fueron descritos detalladamente a nivel de documento o unidad documental, excepto en algunos casos en los que la descripción se realizó únicamente el nivel de serie documental. Actualmente en la Base de Datos hay 47.332 descripciones documentales que ofrecen información sobre: Nombre y ubicación geográfica de los archivos donde está depositada la documentación. Próximamente indicará el archivo o centro donde se conserven tanto los originales como las reproducciones (microfilm, digital...); Fondo y serie en la que están integrados los documentos; Descripción del contenido del documento; Descriptores Onomásticos, Geográficos, Instituciones, Materias y palabras clave que figuran en los documentos; Fechas, soporte, lengua y letra de los documentos.

Desde un principio, la información recopilada se ha ofrecido a los usuarios, utilizando las tecnologías de la información: primero a través de los PIC (Puntos de Información Cultural del Ministerio de Cultura, y posteriormente a través de Internet (*www.mcu.es*).

Intentamos recopilar todo tipo de fuentes tanto por su procedencia (organizaciones políticas, sindicales, archivos privados, gubernamentales... etc.), como por su soporte (papel, material gráfico y audiovisual). Actualmente solo se ofrece información exhaustiva sobre los fondos pero próximamente el investigador podrá visionar a través de internet, las imágenes digitalizadas de gran parte de los documentos descritos.

Este proyecto se ha llevado adelante en el Archivo Central del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid; Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, Alcalá de Henares-Madrid; Archivo de la Fundación Largo Caballero, Madrid; Archivo de la Fundación 1º de Mayo, Madrid; Archivo de la Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid; Archivo de la Fundación Anselmo Lorenzo (CNT), Madrid; Archivo de la Fundación Universitaria Española, Madrid; Archivo de la Fundación José Barreiro, Oviedo; Archivo de la Fundación Max Aub, Segorbe- Castellón; Archivo de General de la Guerra Civil Española, Salamanca.

En referencia a este último archivo es conveniente aclarar sobre los equívocos a los que lleva su denominación. En este centro no se conservaban documentos de la Guerra Civil española, si no que se almacenaron documentos incautados de épocas anteriores, tanto de instituciones públicas como de particulares, para fundamentar la dura represión franquista. Recuperada la democracia, el fondo documental pasó a depender del Ministerio de Cultura, creándose el archivo como sección del Archivo Histórico Nacional, con una denominación inexacta, y abriéndose a la investigación. Posteriormente, la Sección Guerra Civil del Archivo Histórico Nacional se transformo en un archivo independiente. Paralelamente, el Ministerio de Cultura ha ido incorporando fondos propiamente del periodo de la Guerra Civil y del exilio (Fedip, Exilio Español en Argentina, Exilio Español en México, Carteles de la Guerra Civil, etcétera). De los fondos integrados en este archivo merece destacar la incorporación de la fuentes de historia oral referentes a los proyectos de “El Exilio español en México”, “Exilio Español en la Argentina”, “Mujeres en la Guerra Civil Española”, y “Franquismo: Conflictos obreros y Transición Política”.

Toda la información recopilada puede consultarse en Internet (*www.mcu.es*), dentro del área de archivos en el proyecto denominado Guías de Fuentes. A continuación se adjunta una muestra con tres descripciones de documentos en diferente soporte: textual, gráfico y sonoro.

Documento textual:

Ubicación: País: España; Comunidad Autónoma: Comunidad Autónoma de Castilla y León; Localidad: Salamanca; Localización: *Archivo General de la Guerra Civil Española*; Título de la Sección: *Fondos Incorporados: Exilio Español en la Argentina*; Título del Fondo: *Centro Republicano Español (CRE)-Buenos Aires*; Título de la Serie: *Libro Actas ARDE-Sección Argentina*; Número de documento: esp37001101000010207081; Nivel de descripción: U. DOCUMENTAL: Acta, sin numerar, de la reunión de la comisión directiva de ARDE-sección argentina, en al que se trataron los siguientes temas: Aprobación del acta anterior; envío de fondos a París; aprobación del informe de tesorería. (Original) En el acta se indica la ausencia en esta reunión de Sánchez-Albornoz, pero figura su firma en al misma. Fechas límites: 07-05-1960; Signaturas: *L.36/CRE/ARDE; Signaturas microfilms: *M 5037/6693, *Buenos Aires: M 07/6693, Volumen: *Documentos: 1, Número de hojas: 1*; Lenguas: español; Letras: caligrafía de la época a partir del s. XVIII; Soporte: papel, microfichas; Estado de conservación: bueno, Descriptores de Materias y Palabras Claves: administración, Descriptores Onomásticos: Barcia Trelles, Augusto, Presidente de Honor de ARDE-Argentina, Bordy García, Vicente, Secretario ARDE-Argentina, Ecay Istúriz, José María, Tesorero de ARDE-Argentina, Iglesias Siso, Severino, Vicepresidente de ARDE-Argentina, Sánchez Rivas, Ricardo, Vicesecretario de ARDE-Argentina, Sánchez-Albornoz Menduïña, Claudio (Ausente), Presidente de ARDE-Argentina; Descriptores Geográficos: Buenos Aires (Argentina), París (Francia); Descriptores de Instituciones: Partido de Acción Republicana Democrática Española (ARDE)-Sección Argentina.

Documento gráfico:

Ubicación: País: España; Comunidad Autónoma: Comunidad Autónoma de Madrid; Localidad: Madrid; Localización: *Fundación de Investi-*

gaciones Marxistas-Archivo Histórico del Partido Comunista de España; Título de la Sección: *Archivo Fotográfico*; Título del Fondo: *Guerra Civil Española*; Título de la Serie: *Tesoro Artístico*; Número de documento: esp28001609000010700011; Nivel de descripción: SERIE: Serie denominada 'tesoro artístico' que contiene 7 fotografías en blanco y negro, de diferentes medidas, sobre temas relacionados con el patrimonio histórico artístico; Fechas límites: 1936 / 1939; Signaturas: * 003046 003051; Volumen: *documentos: 7*; Lenguas: Sin lengua; Letras: Sin letra; Soporte: Papel; Estado de conservación: Bueno; Descriptores de Materias y Palabras Claves: Fotografías, Museo del Prado-Madrid, Palacio de Liria-Madrid, Patrimonio Histórico, Restauración Obras de Arte, San Francisco el Grande-Madrid, Tesoro Artístico-Protección, Traslado de Obras; Descriptores Onomásticos: Durero, Alberto, Pintor, Esplá, Carlos, Gutiérrez Solana, José, Hernández Tomás, Jesús, Just, Julio, Renau, Josep; Descriptores Geográficos: Madrid, Valencia; Descriptores de Instituciones: Iglesia del Colegio del Patriarca, Junta Delegada del Tesoro Artístico.

Documento sonoro:

Ubicación: País: España, Comunidad Autónoma: Comunidad Autónoma de Castilla y León; Localidad: Salamanca; Localización: *Archivo General de la Guerra Civil Española*; Título de la Sección: *Fondos Incorporados: Proyectos de Historia Oral*; Título del Fondo: *Proyectos de Historia Oral del Seminario Fuentes Orales-SFO*; Título de la Serie: *Mujeres en Madrid en la Guerra Civil Española*; Entrevista realizada por Carmen García-Nieto a Irene Falcón, en Madrid el día 3 de mayo de 1985. Consta de una cinta casete, reproducción de la misma en CD (Disco Compacto), y de la transcripción literal de la misma con sus respectivos índices; Resumen de la entrevista: Nace en Madrid en 1907. Su padre era comerciante de origen hebreo. A los cinco años se queda huérfana de padre. Estudió en el colegio alemán. Aprendió cuatro idiomas. Recuerda sus años en el colegio alemán. Trabajó con Don Santiago Ramón y Cajal, siendo su secretaria y ayudante. Fue amiga de Maruja Mayo y recuerda que iban a pintar al estudio Ochoa. Empieza a prepararse para realizar el preparatorio de medicina. Conoce a Cesar Falcón y le empezó a interesar la política y los problemas sociales. Cuando Falcón es destinado a

Londres en 1926, se marcha con él y allí se casan por lo civil tomando el apellido de él. Recuerda que se tuvo que ir a casar a Edimburgo porque había una ley en Escocia que permitía casarse a los menores. Desde Londres escribe artículos periódicos de Madrid. Nace su hijo. Vivió la huelga general de Inglaterra en 1926. En 1929 regresan a España, y sigue colaborando en diversos periódicos españoles, escribiendo artículos de ideología de izquierdas y feministas. Recuerda como en el año 1933 escribió un artículo para 'la voz' sobre la detención de Dimitrov y Wellman y al no publicárselo el periódico, dimitió. Fundan la organización 'izquierda revolucionaria y antimperialista' y crean la revista 'nosotros' y la editorial 'historia nueva'. Comenta la actividad en esta editorial y analiza la difícil situación de la prensa en aquellos años, por lo que organizaron una reunión para protestar por la situación. Como consecuencia a su marido le metieron en la cárcel y después le expulsaron a Francia. Su marido regresó, junto con Prieto, pocos días antes de la proclamación de la II república; recuerda la inmensa alegría del 14 de abril y el posterior desencanto. Organizan el teatro proletario que realiza giras por los pueblos. Recuerda la realización en 1932, del IV congreso del partido comunista y como el partido de izquierda revolucionaria antimperialista ingresa en bloque en el partido comunista. Continúan con el teatro proletario pero ya integrado dentro del partido comunista.; Fechas límites: 03-05-1985; Signaturas: *SFO/14; Volumen: *Expedientes*: 1, *Número de bojas*: 25; Lenguas: Español; Letras: Mecanografiado; Soporte: Papel, Registros sonoros-cintas; Estado de conservación: Bueno; Descriptores de Materias y Palabras Claves: Historia Oral-Conversaciones Temáticas Puntuales, Historia de la Mujer, Seminario de Fuentes Orales (SFO)-Universidad Complutense, II República Española, .Actividad Intelectual, La Voz, Periódico, Nosotros, Revista, Historia Nueva, Editorial, censura; Descriptores Onomásticos: Lewy Rodríguez, Irene (Irene Falcón), Militante Comunista, (Entrevistada), García-Nieto Paris, Carmen, Entrevistadora, Falcón, César, Marido de Irene Lewy (Irenen Falcón), Ramón y Cajal, Santiago, Investigador y Médico Español, Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1906, Prieto, Indalecio, Dirigente Socialista, Mayo, Maruja, Pintora Española, Dimitrov. Georgi Mihaylov, Dirigente Comunista Búlgaro, Wellman, Berenguer, Buonaroti, Miguel Ángel, Pintor, Escultor y Arquitecto del Renacimiento Italiano, Carabias, Josefina, Periodista, Carneli, María Luisa, Casimiro, Cughan, Jackie, Imberg, Vera, Gorki, Máximo,

Kolontai, Alejandra, Lanngley Moore, Doris, Lewy Rodríguez, Enriqueta (Kety), Hermana de Irenen Falcón, Mayakovski, Vladimir, Montseny, Federica, Morales, María Luz, Muñoz Arconada, Cesar Felipe, Ochoa, Primo de Rivera, Miguel, General, Dictador Español, Russell, Bertrand, Russell, Dora, Sender, Ramón José, Escritor Español, Exiliado en México y en Estados Unidos de Norteamérica, Tello, Francisco; Descriptores Geográficos: Madrid (España), Francia, Londres (Inglaterra-Reino-Unido), Edimburgo (Escocia-Reino Unido), Inglaterra (Reino Unido), Alemania, América Latina-Iberoamérica, Asturias (España), París (Francia), Polonia, Valladolid (Castilla y León-España); Descriptores de Instituciones: Partido Comunista de España (PCE), Izquierda revolucionaria Antiimperialista, Partido Político; Notas: breve relato hasta 1932.



Del Paseo de las Delicias a Corrientes: el largo fin de la guerra para un soldado

Natalia Corbellini

Universidad Nacional de La Plata

Resumen

El texto refiere una entrevista mantenida con un soldado republicano que se alista en Madrid, a quien fin de la guerra lo encuentra pasando a Francia por Cataluña. El diálogo refleja el largo camino que debió transitar aquel joven soldado, luego de soportar los campos de concentración franceses, para poder arribar a Monte Caseros, un pequeño pueblo del litoral argentino donde parte de su familia lo esperaba para que pudiera establecerse y llevar adelante una vida.

Palabras-clave: Guerra Civil – Campos de concentración- exilio - memorias

Abstract

The text refers an interview maintained with a republican soldier that it gets ready in Madrid, and the end of the war finds him passing to France by Catalunya. The dialogue reflects the long way that had to journey that young soldier, after supporting the French concentration camps, in order to be able to arrive at Monte Caseros, a small town of the Argentine coast where part of his family waited for him, so that he could settle down and take ahead a life.

Keywords: Civil war - Concentration camps – exile - memories

Esta entrevista fue realizada a José María¹ el lunes 19 de diciembre de 2005 en su domicilio en La Plata por Raquel Macciuci, Federico Gerhard y Natalia Corbellini, por invitación suya, para compartir con nosotros sus recuerdos. La entrevista transcurre en un clima de cordialidad y alegría por poder transmitir experiencias de una vida entera marcada por una decisión tomada en la primera juventud: participar en la guerra. En las palabras de José María se presiente su intención de dejar testimonio de lo que pasó, contar el siglo XX desde su mirada. Decisión esta tomada luego de años y años de elaborar un recuerdo y asumirlo de tal manera que permita relatar hoy, con humor, su paso por los campos franceses. El texto trata de conservar la espontaneidad del relato oral en sus expresiones y en sus giros temáticos, ya que, aunque José María permitió que le preguntáramos todo, él tenía muy claro de qué era de lo que quería hablar, y así eludió algunas preguntas, y cambió el rumbo de algunas respuestas. Esto marca también en el texto los temas en los que su memoria hace hincapié y los que intenta olvidar.

La conversación comenzó en su mesa en el horario pautado por José María. Nos esperando para contarnos la historia de la Guerra Civil española a partir del momento que él consideraba necesario para que se comprendiera bien²: la dictadura de Primo de Rivera. Contó su surgimiento, con la anuencia de Alfonso XIII que se retira a Italia. Siguió su relato con el comienzo del proceso democratizador, con las elecciones del 31 y la creación de la Junta, de la que enumeró la mayoría de sus integrantes. La reforma agraria. El laicismo del estado. Relató el proceso por el cual la Iglesia y los terratenientes se unen y logran el triunfo en las elecciones del 32. Relató la exigencia del nuevo estado de la jura de fidelidad de los generales, y su re-ubicación en distintos cuerpos del ejército, con lo que, detalla, no se quitó el problema ya que “era el mismo perro con distinto collar”.

Su historia personal en relación a la guerra la tiene escrita en un cuaderno que lo acompañó en todo su viaje. Ahora la está pasando en limpio “porque el pobre ha pasado tanto sol y tanta agua, y se mantuvo sólo porque las dos tapas eran de cuero”.

¹ Por expreso pedido del entrevistado, no se proporciona su apellido.

² Por problemas técnicos de la grabación debo referir de esta primera parte de su relato.

El comienzo de la guerra lo encuentra trabajando en una gestoría en Madrid, próximo a cumplir los 19 años, el 11 de octubre. A finales de ese mes se alista con su compañero de trabajo como voluntario. Elige el cuerpo de Carabineros (protección de costas, como Prefectura—nos aclara). Luego de un mes de instrucción es derivado a diferentes frentes en las afueras de Madrid. (Detalló antes cómo se organizaron los distintos frentes que asediaban la capital según el cuerpo del ejército del que provenían y del general que los comandaba).

Entrevistadores: —¿Y cómo iban de un frente a otro?

José María: —A todo esto íbamos en el tren, ¿por qué? porque nos dieron orden de ir al frente de Andalucía, luego la contraorden de ir al de Cataluña, primero a Andalucía, después a Cataluña y nos volvimos atrás. Y en el tren, que ahí nos tocó, a veces que teníamos suerte, íbamos en el coche dormitorio e íbamos como unos pachás, y otras veces íbamos como el ganado metido en unos vagones, como jaula de ganado

E: —Lo que tocaba.

J.M: —La guerra, la guerra.

3 de noviembre: marcha hacia Jaén.

11 de noviembre: llegada a Minaya, Albacete, provincia en el centro de España, como te dije, Albacete está ahí, para ir a la zona de Cataluña.

Llegada a Vinaroz, el 18 de noviembre del 37.

23 de noviembre del 37, llegada a Vilanova i la Geltrú en donde permanecí de guardia de costa hasta el 24 de febrero del 38, ahí permanecí tres meses...

E: —Ahí ya estaba terminando todo...

J.M: —Ahí fue lo que yo le dije a Usted que nos bombardeaban³...

E.: —Los bombardeos

J.M: —El bombardeo, que nos bombardeaban Vilanova i la Geltrú, donde estaba la fábrica Pirelli, una población muy linda, muy moderna, cerquita de Barcelona, 40 kilómetros de Barcelona, más al sur, estaba en el límite entre Barcelona y Tarragona, una linda ciudad. Bueno, el 24

³Hace referencia a un comentario previo de la presencia de la aviación italiana y alemana; en este caso en particular, llegaban desde las islas Baleares y se acercaban a bombardear la costa. En esta localidad existía una fábrica Pirelli, cuyos planos poseían los italianos por lo que bombardearon los puntos críticos de la construcción.

de febrero me nombraron ayudante del 21 batallón de montaña, ya me cambiaron de unidad, ya no estaba en el batallón 9, estaba en el 21. Nos cambiaban. Ya verá usted más adelante.

Con fecha 16 de febrero fui nombrado Habilitada en el batallón 9. Habilitada es el que tiene que ir a pagar a las viudas, y tenés que pagar a los que estaban en actividad todavía. Algunas veces me tocó ir a Madrid, otras veces, me tocaría a lo mejor, otros lados, pero muchos, muchos, muchos muertos había en Madrid. Entonces se les avisaba a las viudas que fueran a cobrar en tal o cual lugar, igual que me tocaba pagar a los que estaban en actividad. Pero esto duró poco. Duró poco porque el 24 de febrero de 1938, reorganización, y me tocó en el batallón 21. El 28 de febrero salimos a relevar al batallón 41 en Puigcerdá, ya no estaba en ese batallón, estaba en el otro. Puigcerdá, en Girona, esta [ciudad] ya es conocida, verdad, Girona, es una linda ciudad, [al] norte de Cataluña lindando con Francia.

Tanto es así que en Puigcerdá hay un puentecillo que se pasa a Francia, a la derecha está España y a la izquierda, Latour-de-Carol. Por la montaña, pasaban los que eran baqueanos, y pasaban a la gente que querían desertar de España. Y pasaron mucha, mucha gente. Y a alguno también lo mataron, porque para eso estaba la fuerza del ejército para vigilar que no se fuera mucha gente, pero, se iban lo mismo, no mucha pero se iban, ahí, en Puigcerdá. Se iban, cuando llegaban a Latour-de-Carol ya estaba, habían pasado los Pirineos.

El 5 de mayo del 38, trasladado como ayudante del batallón 47 en Arenys de Munt. Ya me trasladaron de nuevo de batallón, ya no estaba en el 21 sino en el 47, estaba en Arenys de Munt que queda, Arenys de Mar, un poquito más al norte de Barcelona, está Barcelona, Mataró, Arenys de Mar, y cuatro kilómetros hacia el norte está Arenys de Munt.

El 15 de enero del 39, ya se está terminando la guerra, la caída de una ciudad: Tarragona. Las fuerzas de Franco seguían avanzando y cuatro meses después llegaron a Barcelona.

Del 16 y 17 de enero recorrida de líneas de servicio, a ver que ha pasado.

Bien, el 26 de enero del 39 a las 16 horas se perdió la capital, Barcelona. Se rindieron porque no daban más, no daban más. Como dije al principio, la falta de *morfi*, la falta de material para encender, y Barcelona cayó, como después cayó Madrid, como una pera madura, ¿no?

Fue un triunfo de Franco, porque era la segunda población de España y la primera en importancia, porque Barcelona es el segundo puerto en importancia del Mediterráneo. El primero es Génova, Italia, y el segundo Barcelona. Allí, en Barcelona, me encontré por la calle con un primo, que era Guardia de Asalto. Nos saludamos, que tal y cual un rato, y después cada uno se fue a su cuartel, y nunca más lo volví a ver. Él regresó a España porque los franceses de m... esos (perdonan las señoritas)... Es que empezó la segunda guerra y a los que estábamos en Francia vinieron y dijeron “¿España o la Legión Extranjera?”. Muchos volvieron a España, los metieron en el campo de concentración, muchos que hicieron la guerra conmigo, como Luisito García, que cuando voy, lo visito o lo llamo por teléfono. Quedó medio sordo. Era ametralladorista. Y el otro quedó medio rengo. Dijeron “y, mercenario no soy”, y Franco los metió al campo de concentración por desertores.

E: –¿En el valle de los caídos?

J.M: –No, ahí no. Eso fue una fanfarronada de Franco, que como vio que estaba el Monasterio del Escorial que lo hizo Felipe II, también quería hacer una cosa así. Porque si al final de todo, este Franco hubiera dicho “año de la paz, año de la victoria”, y los demás todos rebeldes y listo. Estos muchachos como yo, los meten al campo de concentración, y luego, como eran desertores según la ley de Franco, entonces a servicio militar: dos años en Zaragoza. Entonces, dos años y pico en la guerra de España, casi un año en el campo de concentración, y dos años de milicia. Luego [él] se casó con una muchacha que había conocido cuando estábamos de servicio. Él en los años cincuenta me buscó en la guía telefónica, lo encontró a mi hermano, y me escribió una carta larguísima a Monte Caseros, que la tengo guardada, contándome todo esto que les digo. Cuando volví a España, en el año ochenta y siete, lo llamé y nos encontramos. Nos re-conocimos, porque imagínese que habían pasado ¡cuarenta años!⁴ Él tiene dos hijas, que se han casado ya, trabajan como administrativas, una del gobierno y la otra en la policía, viven un poco lejos del centro pero tienen sus casas.

28 de enero del 39: A las 15 horas se salió para Francia, haciendo noche en la montaña.

E: –¿Iban todos juntos o como fueron?

⁴ En realidad, han sido cincuenta.

J.M: –Habrán visto en las películas que van todos por la carretera, con su macuto. Macuto se llamaba a lo que ahora se llama mochila, pero del año 39 ¿no?, que era la frazada (que allá llamamos manta) arrollada, con la ropa dentro; la ropa interior, por ejemplo, porque teníamos que cambiarnos la ropa también. Y ahí pasamos muchos, muchos. Yo pasé por la montaña. Hay que atravesar el Pirineo y bajar. Mucha gente fue por la carretera.

Llegada a [Le] Pertus, Francia. Ahí en Pertus, después nos dieron orden de volver nuevamente a España, cruzando a Coll del Portús, y llegamos al que era el pueblo más cercano y de ahí nos mandaron a Figueras, que ahí era donde le había dicho a usted que había un castillo muy famoso, donde ahí también se mató mucha gente...

5 de febrero del 39, servicio en Coll del Portús, internacional.

El 6 y 7 de febrero del 39, en del Portús, a mi me toca, me ordenan, pues ahí el lado derecho era español y el lado izquierdo era francés. Sobre el lado izquierdo se iban dejando todas las armas, los que llevaban fusil, los que llevaban ametralladora; y a mi me dieron la misión de hacer desarmar las bombas, las que llamábamos F1. Las F1 eran como una piña...

E: –Como una granada...

J.M: –La granada, que nosotros le llamábamos F1. Era como una piña, que tenía el percutor, que era como un llavero, pero liviano. Se tiraba de eso, y mientras usted sujetaba la espoleta de ese, no pasaba nada. Entonces ¿qué había que hacer? Antes de sacar la arandela ésta, había que desarmarla, porque se desarmaba. En un lugar dejábamos la dinamita, y en otro lugar, dejábamos la bomba, la granada. No tenía peligro porque ahí no estaba la dinamita. Digo ahí, digo 20, 30 metros más adelante. Con esa misión que me dieron a mí estuve dos días.

- 11 de febrero del 39, marcha a Perpignan. 10 de febrero, llegada de las fuerzas de Franco a del Portús, ¿no? Yo ya había pasado. Yo pasé a Francia el 8 y estos llegaron el 10, 48 horas después.

En Perpignan, en el consulado español, a mi me dieron 25 francos. Yo tenía una tía, más que tía una tía segunda, porque esa era tía de María Josefa⁵, que vivía en Salle [La Salle]. Salle queda en el otro lado de los Pirineos. Nosotros estábamos en los Pirineos Orientales y ella

⁵ Su sobrina, que actualmente vive en La Plata.

estaba en los Pirineos vascos, así que yo agarré y pum pum pum pum, hablaba bastante bastante el francés –ahora no hablo nada porque se me ha olvidado de todo, han transcurrido sesenta y pico de años que no tengo contacto. Nosotros teníamos en el secundario francés porque era, en aquel entonces, el idioma diplomático. Después de la segunda guerra cambió, ahora es el inglés.

El 23 de febrero del 39, por no tener autorización para residir en Salle, me agarró la policía, tuve que presentarme en el puesto de gendarmería. Y de este lugar fui conducido a Hendaya. En Hendaya, se empenaba el jefe que regresara a España, que Franco era muy buena persona, que no sé que, que no sé cuanto, que no me iba a pasar nada. Yo, que no no no no, que yo no vuelvo. Cinco o seis hicimos lo mismo, nos llevaron al campo de concentración de Argelès, o sea, de la parte este de Francia por decirlo así, al oeste, y ahí nos mandaron en unos días. Y ahí, en el campo de concentración, fue cuando la pasamos bastante mal.

E: –¿Ahí no había nada, no?

J.M: –No había nada. Era la playa, y teníamos el agua, y teníamos póngale ochocientos metros, un kilómetro, hasta una alambrada, alambre de púa, y ahí estaban los senegaleses, que dicen que nos cuidaron a nosotros. Porque aquello no se llamaba “campo de concentración”, se llamaba “camp d’ accueil”, campo de acogimiento, sí, de acogimiento era, porque de verdad, eso era (risas).

Bien. Ahí la pasamos muy mal. ¿Sabe qué? había arriba de 40.000 personas, viejos, jóvenes, de todo había, no había lugar, no había baños, nada. Si usted tenía que hacer su necesidad tenía que ir hasta la playa, daba una pena, lástima, ver a las mujeres, era una lástima.

E: –Y el frío.

J.M: –Y el frío, claro, era el mes de febrero. Un frío terrible. No teníamos cobijas, no teníamos nada. Dormíamos sobre la playa, sobre la arena del mar. Yo tuve suerte porque llevé bastantes diarios, y cuando había mucha humedad, lo tiraba sobre la arena, sobre la playa, y ahí más o menos la pasaba. Pero de techo teníamos el cielo, los primeros días. Después nos dieron, los franceses, nos dieron una carpa de un camión, nos dieron porque éramos cuatro que estábamos juntos, y fuimos a hablar porque eso no podía seguir así porque estábamos llenos de piojos, y nos iban a comer. Entonces nos dieron como una lona de camión y con eso hicimos como una especie de carpa, y ahí nos metimos los cuatro,

decididos a matarnos los piojos. ¿Cómo los matamos? Cuando nos íbamos a acostar, digámoslo así, nos metíamos en la carpa, nos sacábamos toda la ropa, conforme vinimos al mundo, previamente habíamos hecho un hoyo en la arena y ahí metíamos la ropa, ¿no?, la ropa que nos sacábamos. Al día siguiente, esa ropa, nos habían dado un tacho, como esos que antes venía el aceite “Cocinero”, “La patrona”, pero más grande. Ahí, en esos tachos –esos los habían mandado de acá, sobre todo del Uruguay, con papas, en el tiempo de la guerra, y muchos, muchos, yo no, conservaron esos tachos vacíos, porque después sirvieron– nos dieron un tacho de esos, metíamos la ropa dentro y la hacíamos hervir, con el agua del mar. Teníamos agua del mar porque pusieron una de esas bombas reloj que escarbaban la arena y como el mar estaba a un pasito, el agua salía, ¿pero que agua? agua salubre. ¿Qué tomábamos? Agua salobre. ¿Qué pasaba con el agua salobre? Claro que a las criaturas y a los ancianos les daba una diarrea terrible, y plaf, se iban para el otro lado. ¿Qué hicieron los franceses? Enseguida armaron una caseta, como sanitario, como un hospital de sangre, y ahí murió mucha, mucha gente. Sobre todo ancianos y criaturas. Y después nos daban lo que hoy decíamos, el rancho, que cocinaban en las grandes cacerolas esas, arroz y fideos. La carne la veíamos cada 25 días. El único día que nos atendieron bien fue el 14 de julio, porque era el día de la fiesta de los franceses; ahí ya nos atendieron bien, pero yo ya no estaba en ese campo de concentración. Me trasladaron a otro pero después vamos a eso, vamos a ir por partes.

Ahí entonces, pues hicimos eso y pudimos combatir a los piojos que nos iban a comer vivos a todos. Fue terrible, porque era triste ver, sobre todo a las mujeres, el hombre no tanto, pero ir a la costa del mar y agacharse para hacer sus necesidades, que en el agua, que la mierda la tenía que llevar el agua, que las olas las llevaban, pero esa agua era la que después tomábamos. Ahí, a trescientos metros, cuatrocientos, estaba la bomba reloj, que la usábamos para hervir la ropa pero también para otras cosas. Pero claro, los franceses después fueron reorganizando, llevaron camiones cisterna con agua dulce... Pero mientras tanto los primeros días, los primeros días, fueron terribles.

A todo esto en Francia, en ese entonces, gobernaba el partido socialista. Erriot era el presidente. Pero estaban dominados por los ingleses. Que después, cuando ya Hitler comenzó a anexarse Austria, se anexó Checoslovaquia, y se anexó no sé cuanto, y con tal de que a ver donde

paraban, le dejaban hacer todo lo que quería, los ingleses y los franceses, hasta que le llegó el momento en que les tocó a ellos, a los franceses también, ¿no?, porque la segunda guerra comenzó el primero de septiembre de 39. El primero de septiembre del 39 yo estaba en el campo de concentración de Gurs, ahora, ahora vamos a llegar allá.

Como a ellos les tocó después, entonces tomaron medidas. Pero hasta entonces, mientras nosotros estábamos en el campo, los primeros días fueron terribles, terribles, terribles. Gente como le digo, con enfermedades.

E: -Y muerte de frío

J.M: -Y muerte de frío. Bueno. 24 de febrero del 39 salida para el campo de concentración Argelès-sur-Mer, llegando el día 25. Salida de Argelès: 6 de mayo. Vale decir, que yo estuve en Argelès setenta días.

E: -Larguísimo.

J.M: -Sí. Bueno, de ahí, nos trasladaron al campo de concentración de Gurs que estaba todo bien organizado. Porque había como manzanas, había varias manzanas, por supuesto con alambre de púa con los senegaleses cuidando. Y habían organizado unas casetas de madera que se subía por cuatro escaloncitos, por la humedad, por el frío y, y a algunos, no a todos, nos dieron esas colchonetas de estopa. Y ahí teníamos madera y teníamos techo, así que ahí estábamos dentro de lo malo, lo mejor; y ahí también teníamos agua dulce, así que ahí cambiaba bastante el panorama. Y ahí estábamos cuatro, yo y tres muchachos, que nos daban la ración, por ejemplo medio kilo de papas, medio kilo de arroz, un poco de grasa, pimentón. Uno era cocinero, el otro era el sastre, cosía todo. A todo esto yo tenía la tía que me mandaba. Ya en el campo de concentración de Argelès me mandó plata, y me mandó cualquier cosa. Hasta camisones. Ella estaba de doméstica en una casa, de unos franceses de buena posición, así que me mandaba camisones de la señorita. Yo me ponía cualquier cosa total para mi era lo mismo. Y ya en el campo de concentración de Gurs a ella le quedaba cerquita de Salle, el pueblo donde ella residía, y trabajaba. Y ahí, una vez por mes, o cada tres semanas, me iba a visitar. Me llevaba dinero, me llevaba *morfi*, me llevaba ropa y alguna cosita más. Y me llevaba diarios para leer y enterarme de lo que estaba pasando. Alguna revista.

Bueno, entonces uno cocinaba, de cualquier cosita hacía una comida especial, lo capaz que era del hambre que teníamos. El otro, cosía

excelente, y el otro, se dedicaba a la limpieza. Y yo me dedicaba a lavar la ropa. Nos habían puesto unas tinas, unas tablas de lavar de madera. Teníamos como dije agua dulce, y nos daban jabón, jabón en pan. Y después tendíamos la ropa como podíamos, nos la arreglábamos como podíamos. Yo tenía la suerte de que esa tía me llevaba de todo, una piola, broches de ropa, cualquier cosa. Era una mujer especial. Yo la quería... Pilar se llamaba. Mía era segunda tía, digámoslo así, o yo era sobrino nieto. Bueh, porque mi madre, mi madre no, que murió cuando yo era chico, mi madrastra. Yo no conocí a mi madre... Nací en octubre y mi madre murió en febrero. Yo no conocí a mi madre. Mi padre se volvió a casar, y se volvió a casar con una Imaz, (...) así que era tía de mi madrastra, que no fue madrastra sino una madraza porque era muy buena mujer yo la traje acá en dos oportunidades y ... ¿qué iba a decir?

E: –Estábamos con lo del campo.

J.M: –¡Ah! Yo desde el campo de concentración escribía a los parientes que tenía acá [en Argentina]. A el padre de María Josefa, y un hermano de él, que murieron justo en el mismo año [en 1979] (...) Y en España quedaban seis o cinco, cinco hermanos, entre ellos mi madre, y otro mi tío que el otro día cumplió 98 años (...).

Bueh, ¿por donde íbamos?: llegada al campo de concentración de Gurs: 7 de mayo de 1939. El 1 de julio, es que primero estaba en el islote C (islote eran las manzanas que estaban cercadas), y el 1ro de julio me trasladaron al islote J. Era lo mismo pero bueno. ¿Cuál fue el motivo, cual fue la razón? Sería para que nos conociéramos uno a otro, no sé, no tengo la más remota idea. Ahí lo que teníamos, ahí, era un soldado francés que había, que era el encargado de cuidarnos a nosotros, en el islote ese. Que era francés por casualidad: Era nacido en Hendaya, que es del lado francés, y Fuenterrabía es del lado español. Esos pueblos están separados por un puente, sobre el río Bidasoa, que divide. Este pobre nació en Hendaya, y todos sus hermanos habían nacido en Fuenterrabía. Y él, le gustaba estar con nosotros en el islote y en la caseta que teníamos porque él quería perfeccionar el español, y nosotros queríamos perfeccionar el francés. Y hablábamos mucho con la gente. Pero este, como buen francés, era..., hombre, que se creía todo: hablaban de la guerra como si estuvieran hablando de un paseo militar. Un incrédulo. Y nosotros le decíamos que la guerra era brava y que tal. Y él, no, él decía que los alemanes no iban a poder pasar “ne pas possible” por la línea Ma-

rinot⁶. Imposible pasar por la línea Marinot. Los alemanes se pasaron la línea Marinot por el traste, así fue, se fueron por otro lado y se terminó la línea Marinot. Bueno, esta era otra de las tantas anécdotas.

Voy a preparar té y seguimos conversando. ¿Van a tomar té o van a tomar café?

E: –Lo que vos tomes, José María.

J.M: –Yo voy a tomar té, pero yo como buen demócrata respeto a la gente.

(..)

Lo que pasa es que en esa época se decía cualquier cosa... que los comunistas nos habíamos comido a los curas fritos, a las monjas en salsa de tomate, cualquier cosa. Tanto es así...

E: –¿Usted tenía alguna filiación política?

J.M: –No. Si yo tenía diecinueve años, dieciocho.

E: –¿Simpatizaba?

J.M: –Yo lo único que era... Me gustaba la República. Inclusive ahora. ¿Cuál es la razón para que haya una monarquía, que esté el rey, que esté el heredero, ¿cuál es el sentido? ¿Cuál es la razón?, ¿no pueden renovarse, no pueden ser cada seis años, cada ocho años, cada cuatro años? No. Se perpetúan en el poder, *secula seculorum*. Eso para mí, eso si... Porque oiga, este rey que hay ahora, será una monarquía de la paz, pero una monarquía que cuesta mucha plata. Esta que nació el otro día, la Leonor, tiene de entrada nomás 23.000 dólares de renta, de sueldo, que sé yo. A eso no hay derecho. Esas son cosas que ya no deberían existir. Pero bueno, ese es el mal menor.

E: –¿Y? ¿Le gusta el nombre Leonor?

J.M: –Leonor, Juanita, me es indiferente.

E: –¿Usted entonces se educó en la época de la República, iba a la escuela en la época de la República? ¿Tiene recuerdos de la educación de esa época?

J.M: –Claro, claro. Así es. Yo en el 31 tenía 17 años.

E: –¿Conoció la escuela anterior?

J.M: –Claro, como te venía diciendo, yo conocí la dictadura de Primo de Rivera, Alfonso XIII, todo. A mí me gustaba leer. Me gustaba leer, y mi madre me retaba, de arriba abajo “¡basta niño que se te va a cansar la

⁶ Se refiere a la línea defensiva Maginot.

vista!". Tenía razón. Pero, así, a uno le da por beber, a otro... son cosas que aprendí. Una cosa que no aprendí fue a bailar. Qué va, la vida es así. Mí mamá...

La vida es así. Bueno, como les contaba, mientras se cocina esto, yo estaba en el campo de concentración, pedí plata y me mandaron⁷. Saqué pasaje, para la República Dominicana, que era la nación a la que iría, porque estaban otros países como México, otros países como Chile, vinieron muchos españoles que están trabajando. Que en Chile, ustedes habrán escuchado, que Pablo Neruda...

E: -Sí, sí... fletó un barco

J.M: -Si, fletó un barco, el *Winnipeg*. Que fueron mil, mil doscientos españoles entre chicos y grandes y medianos, que fueron a Santiago de Chile, y otros que fueron a México. Pero, no todos podían ir a México. ¿Yo que hacía en México? La República Dominicana -que dicho sea de paso estaba gobernada por un dictador, por Rafael Leónidas Trujillo, que lo único que tenía de bueno el Trujillo ese era la hija, que era preciosa, entre paréntesis. Bien, la República Dominicana exigía, al llegar, un depósito de cincuenta dólares, y el pasaje para llegar, claro. Yo quería salir de Europa, que había comenzado la segunda guerra. Porque yo salí de Europa, de Francia, el 8, por casualidad. Me dejaron salir del campo de concentración el 8, yo tenía que embarcar en Burdeos el día de mi cumpleaños, el 11 de octubre. Y el barco que tenía que embarcar yo para venir a República Dominicana lo hundieron los alemanes con el barco este, el submarino, el *Graf Spee*, que hundieron los americanos acá en Montevideo. Yo había avisado acá que venía en tal barco, que tal día, pa-pa-pa... Cuando leyeron en el diario que lo habían hundido, ¡uff!... Llegamos, llegué a Burdeos para embarcar, ¿y el barco señorita? No, el barco no llegó. Tercer día, "no, el barco no llegó"; cuarto día, vemos en un pizarrón que el comando francés que el Lusitania y no sé cual otro, tres barcos, que venían de las colonias francesas acá del Caribe, los había hundido el *Graf Spee* ese. Porque de las colonias llevaban el morfi, porque ya había empezado la guerra. Entonces la compañía francesa de navegación puso otro. El Cuba. El barco Cuba, que era de la primera guerra, en aquel tiempo lo utilizaban para el transporte de ganado en

⁷ Hace referencia a un pedido que hizo a sus parientes en Argentina, quienes entre todos le mandaron dinero.

pie, los franceses. Bueno, ahí armaron, en todo lo que era el barco, donde llevaban los animales, todas de esas camas cuchetas. Y embarcamos el día, lo tengo anotado, no en Burdeos, en Nantes, tuve que ir de Burdeos a Nantes, al oeste de París, trescientos kilómetros...

E: -¿Primera clase?

J.M: -Mira...

Primero pasamos por Inglaterra, porque salíamos en convoy. Un barco canadiense, uno norteamericano, un francés, un inglés, un polaco, ... e iban aviones por arriba, hasta que salimos del canal de la Mancha. Una travesía que tenía que durar ocho días duró quince, porque tenía que ir esquivando el *Graf Spee* ese que todavía andaba por ahí. Paramos en algunos puertos franceses del Caribe, Martinica, Santo Tomé, Saint Tomas, y el Cuba nos bajó antes de llegar a Santo Domingo, porque el calado del puerto no le permitía entrar.

E: -Entonces ¿conociste todo el Caribe!

J.M: -Sí, claro, turista.... (risas con ironía).

Llegamos a República Dominicana (...). Ahí hice lo que pude, y al poco tiempo me empleé de mozo en un hotel. Porque parece que al candidato⁸, que era un sirio libanés, don Javier Abraham, parece que le caí simpático. Bueno, y ahí estuve trabajando de mozo de un hotel. En un hotel, que me llamaban para servir la comida. Porque allí la comida fuerte, la hacían en aquel entonces, temprano, tipo comida norteamericana: plato fuerte, jamón con esto, lo otro, lo de más allá, y almorzar generalmente no lo hacían. Y el desayuno era fuerte, era panceta, con huevo, tipo norteamericano. Y a mi me tocó servir la mesa al que era, fue, vice subsecretario de relaciones exteriores, doctor Joaquín Balaguer, que después, ustedes habrán leído, habrán escuchado, llegó a ser presidente de la república, llegó a ser presidente de la República⁹. Bien, yo le atendía, hablaba poco pero de lo poco que hablaba, bueno... yo le servía la comida y ahí estaba. No iba a estar hablando mucho con él, pero a él también le gustaba algo hablar de España y de la guerra. Y ahí, y ahí, que yo estuve desde el 8 de noviembre del año 39 al 8 de abril del año

⁸ Se refiere al dueño del hotel.

⁹ Asumirá la presidencia en 1960 por la renuncia del entonces presidente (Héctor Bienvenido Trujillo), y cayó el 30 de mayo del 61, tras el asesinato de Trujillo. En 1966 fue elegido por votación, y reelegido sucesivamente en 1970 y 1974; volvió a asumir en 1986, reelegido en el 90 y 94 hasta 1996.

40, duré seis meses –para mí todo comienza o termina en ocho. Bueno, entonces, los dos amigos míos que habían quedado en Francia, uno que cocinaba y el otro que cosía, querían venir a la República Dominicana, entonces yo salgo de testigo de ellos. Entonces le hablo a éste, Joaquín Balaguer, para que me autorice el pasaporte para que ellos puedan entrar. Pero entonces me dice “pero cómo, usted viene acá, y se va, y quiere que yo...” Bueno, pero el tipo me autorizó, así que yo le mandé los documentos, les conté lo que pasó, nos escribimos, una carta, dos cartas, tres cartas, tal así que ellos llegaron a República Dominicana, pero llegaron cuando yo ya había salido. Ya me venía para acá.

Bueno, vamos a servir el té. Bueno, que pasa, yo llegué a República Dominicana pero yo quería llegar acá [a Argentina]. Entonces, la compañía italiana de navegación anuncia el paso por Santo Domingo –que entonces se llamaba “Ciudad Trujillo” en homenaje al dictador, igual que pasó acá: la calle Perón, la avenida Eva Perón, el hospital Perón, que se yo, lo que estaba se llamaba Perón; allí pasaba exactamente igual: todas las dictaduras son iguales, y son personalizadas, así que ésta entonces se llamaba Ciudad Trujillo; y después, cuando cayó Trujillo, que le hicieron una emboscada y lo mataron, se volvió a llamar Santo Domingo.

E: –¿Y usted que tenía?, ¿pasaporte español? ¿Tenía documentos?

J.M: –Tengo.

E: –¿Un pasaporte de la República?

J.M: –Claro, claro. Consulado de España en Perpignan.

Bueno, entonces la compañía italiana esa anuncia la llegada a ciudad Trujillo de un barco que venía de Génova que iba Valparaíso, Chile. Ya en Valparaíso, yo aunque sea caminando, iba a llegar a Monte Caseros. A todo esto claro, estando en República Dominicana, tuve que pedir plata acá, a la familia, y todos me mandaron, me mandaron a República Dominicana, y saqué pasaje y me embarqué en Ciudad Trujillo y llegué a Valparaíso. El viaje, lo mismo que el primero fue un desastre por el alojamiento que teníamos en el barco, este fue completamente distinto. Aparte de que tenía muy buena comida, tenía muy lindo panorama, porque pasamos el canal de Panamá. Es una cosa de las más bonitas que yo vi. Son sesenta y pico de kilómetros creo, pero con una visual enorme; y además, el trabajo enorme que hacen para subir las esclusas. Ustedes saben que el Atlántico está un poco más bajo que el Pacífico, pero el trabajo que hacen es formidable. El tipo que hizo eso... del canal interno... un genio, una eminencia.

El único problema que teníamos al pasar allí era que había una cantidad de mosquitos impresionante, porque es una vegetación impresionante. Una vegetación muy rica. Bueno, claro que eso demoró unas cuantas horas. Y los dos puertos, tanto el del Atlántico como el del Pacífico, eran puertos francos, así que las cosas estaban baratísimas. Pero ahí nosotros veníamos secos, ¡no teníamos ni para hacer cantar a un ciego!

Bueno, llegamos a Valparaíso, una linda ciudad. Llegamos de noche, a la tardecita. La ciudad está en una montaña, estaba iluminado, era precioso, precioso el paisaje. Llegamos Valparaíso, nos vamos al consulado, digo nos vamos porque éramos tres muchachos que queríamos venir a Argentina: uno que era sobrino de Francis, el de los casimires; otro que era sobrino de uno que hacía placas para el cementerio, ¿cómo se llaman?... ¡lápidas!

Llegamos al cónsul argentino en Valparaíso, le explicamos lo que queríamos al cónsul argentino, y por poco nos largó todos los perros que tenía, si tenía perro. Cualquiera cosa nos dijo menos bonitos. Tuvimos que salir rajando, porque sino... Pero que tipo maleducado, porque aunque uno sea enemigo, político digo yo, considero yo que se debe guardar el debido respeto, aunque seas enemigo político..., pero bueno, digo yo. Pero éste...

Le dijimos que nos íbamos a Mendoza, pero no, no hubo caso. Fuimos a Santiago de Chile, al consulado general de Argentina en Santiago. El trato era igual, igual, igual. Tenían órdenes de no visarnos para nada¹⁰. Allá, en Santiago, había un Comité de Ayuda a los Refugiados Españoles. Ahí fuimos, y hablamos con el que mandaba en ese asunto. El tipo agarró y habló por teléfono. El gobierno de allá era Aguirre Cerdá, que era el revés de la medalla, más bien de izquierdas. Nos atendió personalmente, él habló, el presidente de la ayuda para el refugiado español, habló con el de Migraciones. Y el tipo dijo “dile a esos chicos que vengan acá”. Subimos a un edificio al séptimo piso, nos habla el tipo muy prolijo: “Nosotros les vamos a dar documentos, cédula de identidad chilena, pero a ustedes nunca se les ocurra decir que vienen de España”, que pareciera que hacia treinta años que estábamos viviendo en Chile. Afortunadamente con esos documentos entramos acá, con la cédula chilena. Es chiquitita, tipo tarjetita. A todo esto lo que dijimos era que estábamos medio secos. Entonces dijeron que nos iban a pagar el pasaje. Teníamos algunos pesos, pero como teníamos que viajar como turistas, entonces

¹⁰ El presidente argentino entonces era Roberto M. Ortiz.

tomamos taxis en Santiago y en la ciudad de Mendoza. Y tuvimos que parar en uno de los mejores hoteles de Mendoza de aquel entonces. Llegamos el primero de mayo, que todavía se trabajaba, en el correo, el telégrafo y todas esas cosas. El primero de mayo ahora no trabaja nadie. Entonces mandamos un telegrama para pedir que nos manden plata a Mendoza para poder seguir viaje. Allí me mandó un telegrama uno de mis tíos, Dionisio, y me dijo que vaya a Buenos Aires y me aloje en tal hotel. Tomamos el tren los tres a las cinco de la mañana y llegamos a Buenos Aires a las once y media de la noche. A mi no me fue a recibir nadie, a los otros dos chicos sí. Fui al hotel y ahí tenía una carta de mi tío, que no estaba en Buenos Aires, y que me decía “Te visitará Francisco Lasarte”. El tipo fue, me llevó a comer, a pasear, a ver el fútbol, a la casa de él,... Y me fui el próximo día que había tren para Monte Caseros. Yo no conocía a nadie cuando llegué, pero con la cara de pajuerano que traía yo, me conocieron en seguida en el pueblo. El tipo del tren me llevó a saludar a la gente que yo conocía porque les quería dar la sorpresa de que yo había llegado. Monte Caseros es una ciudad que está en el vértice de los tres países. Está sobre el río Uruguay, enfrente a Bella Unión, de Uruguay y cerca de Uruguayana, Brasil.

E: —¿Y le resultó difícil conseguir trabajo?

J.M: —No, porque estaba con mis parientes y pude trabajar con ellos en el negocio que tenían: panadería, almacén. Yo sabía escribir a máquina, y tenía buena letra entonces. Dormía en una pieza, que todavía estaban solteros los tíos que me recibieron. Luego se casaron tuvieron sus hijas y sus nietos que hoy estudian en la universidad o ya se han recibido. Los que aún viven en Monte Caseros y vienen a estudiar a La Plata, viven en mi casa de acá.

E: —¿Y cuantas veces has vuelto a España desde entonces?

J.M: —En el 80 con mi sobrino. En el 87 fui sólo, nadie me quiso acompañar pero yo tenía que ir porque mi madre cumplía los años, 89, el 31 de julio, el día de San Ignacio de Loyola, y lo pasamos juntos, mi hermano, mi madre y yo (...). Después volví en el 90. Mi madre había muerto en el 89. Solo también, paré en casa de mi hermano. Me fue a buscar a Barajas y fuimos a la parroquia de la Paz donde mi hermano había encargado una misa para mi madre, pues era donde ella iba siempre. Y después fuimos al cementerio a llevarle una flor. Año 92 fui con mi sobrino nieto, dos meses, la pasamos bomba. Fuimos a la Expo de

Sevilla. Granada. El País Vasco, pasamos por Santander, al pueblo de las tres mentiras: Santillana del Mar –¡no es llana, ni santa, ni hay mar que hay montañas! (risas). A Galicia no llegamos porque llovía mucho. A la Costa Brava, Cataluña. Luego a París. Palma de Mallorca. Tenerife, Cuenca. En el 98 me casé por segunda vez y fui de viaje de bodas. Ahí sí pude ir a Galicia y ¡me agarré un empacho de mejillones!.

E: –¿Y su hermano?

J.M: –Es menor cuatro años. Le tocó lo que le decís aquí la colimba, el servicio militar, cuando terminó la guerra, en Ceuta. Él quería estudiar para medicina pero como no alcanzaban las divisas estudió para técnico sanitario.

E: –¿De que barrio de Madrid es usted?

J.M: –Yo soy del Paseo de las Delicias, la puerta de Atocha (...)

E: –¿Y a tenido aquí contacto con alguien que estuviera del otro bando, del bando franquista? ¿Cómo fueron las relaciones?

J.M: –Sí, dos tíos de mi sobrina, en Segura, Jacinto y Rafael. Uno aún vive, con esquiras de la artillería que le han traído cantidad de problemas; y el otro ya en el 80 cuando fui yo había fallecido de una tuberculosis que se agarró en tiempo de la guerra y no se curó más. Ellos estuvieron del otro lado, los agarró allí y les tocó. ¿Sabe dónde me encontré con más franquistas? Acá. Cuando llegué a Monte Caseros. Había muchos, muchos. Y con tal motivo me trataban como si yo fuera sapo de otro pozo. Yo no les llevé el apunte. Después de todo lo que pasé, a mí me podían decir lo que quisieran que a mí me importaba un bledo. Pero, pero, me marcaban. Bueno, igual murieron todos ya.

E: –¿Y no lo buscaban para integrarlo a grupos de republicanos?

J.M: –No. Allí no hubo eso. Ahí habían dos o tres que habían sido republicanos. Cuando yo llegué había una colonia española bastante grande, de cuarenta o más españoles. De ahí dos o tres republicanos, los demás eran todos que le daba lo mismo Franco, la monarquía o el arroz con leche, o los que eran franquistas. Yo ahí tenía veintidós años y esta gente toda cuarenta. ¿Sabe cuantos españoles quedamos ahora en Monte Caseros? Dos, el vasco Arrondo, y yo.

Teníamos la Asociación Española de Socorros Mutuos. Pero se fueron muriendo, mudando los hijos. Al final que hace diez años o más, que quedábamos cuatro o cinco españoles, y lo donamos porque de asociación mutual no quedaba nada.

E: –José maría, toda esa épica de la guerra civil, las canciones, los romances, ¿formaba parte de la vida de ustedes, de los soldados, para animarse?

J.M: –Sí, sí sí. Eso sí es cierto. Pero qué pasa: La sobrina que tengo, hija de mi hermano, de la guerra, no sabe nada. Ni quiere saber. Y hacen bien. Mi hermano recuerda porque el estaba con mi madre en la guerra, y como no había comida tenía que salir a los pueblos a buscar. Dos o tres kilos de papas, las alubias, las lechugas, lo que fuere. Pero los que vivían en los pueblos no querían plata, querían ropa. Así que mi madre se fue desprendiendo primero de sábanas, de colchas, de frazadas. Mis zapatos y cosas así, y corbatas. Porque yo cuando trabajaba allí, hasta los diecinueve años al menos, era loco de las corbatas; todas las semanas me compraba una corbata. El último sábado, el 18 de julio, me compré la última corbata, me acuerdo perfectamente, era fondo amarillo con pintitas azules. Así que sirvieron para algo.

Así se escribe la historia....

Yo estuve todos estos años acordándome de la guerra.

E: –Ahora hay un poco de interés por recuperar historias que estaban un poco silenciadas...

J.M: –Es lo mismo que pasa con la gente joven, que yo les decía hace un ratito que no quieren saber nada de la guerra, y hacen bien. Cuando yo la traje a mi madre en dos oportunidades. La primera vez en el año 1954 y se quedó hasta junio del 55, justo cuando estaban bombardeando la Plaza de Mayo! Mi madre se asustó y me decía que así, José, empezó la guerra en España. Afortunadamente aquello duró poco. Imagínesse que los tanques que desfilaron en Curuzú Cutiá en el 55 eran los tanques que nosotros teníamos en la guerra de España. Estaban un poquito pasados de moda, no servían ni para prender un cigarrillo. Bueno pero ahora igual, ¿no ha leído el otro día que Argentina está por comprar no sé cuantos vagones de tren usados a España? Lo mismo. Negociados de los gobiernos de turno.

E: –¿Y usted percibe pensión o algo hoy de España?

J.M: –Resulta que en la plataforma de Felipe González decía que iba a reconocer a los republicanos españoles un sueldo, un viático, un subsidio... Entonces luego salió el decreto que a todos nos reconocían el sueldo mínimo que cobraban los españoles en España. A mi me pagaron lo que le pagaban a mi madre como pensionada. Esto fue en el 84, 85

empezó a regir. Junté papeles, visado por este, por aquel. Afortunadamente en mi libretita yo tenía anotado todo “ascendido a cabo en fecha ta-ta-ta boletín oficial ta-ta-ta”. A mi me pagaron en el 87. Así arreglé la casa de Monte Caseros, que es muy antigua. Posteriormente, salió la disposición que a los que habíamos estado en la guerra nos reconocían la jerarquía que habíamos alcanzado. En el caso mío, teniente. Con ese dinero me pude comprar esta casa.

¿Y tú que estás tan calladito? ¡No te dejan hablar!

E: —¿Conoce usted a Max Aub?

J.M: —¡Ah! ¿Un escritor? Sí, he oído hablar de él, pero creo que no le he leído. ¿Español es?

E: —Nació en Francia pero se crió en España. Pasó también a Francia en el 39, a los campos, y luego pasó a México.

J.M: —Sí, de Francia, muchos españoles, muchos republicanos, se fueron a México. ¡Los que pudieron! En México estaba de presidente Lázaro Cárdenas y ayudó mucho, mucho, igual que Chile. Yo a la que conocí en España, que era cónsul general en Madrid era a la Gabriela Mistral. Cuando trabajaba en la gestoría, que llevaba al consulado algún papel a legalizar. Tenía las oficinas en la calle Menéndez Pelayo, en el Retiro, lindando con la calle de Alcalá. ¡Fea, era, y fumaba, mi dios! Y vestida de negro, siempre.

E: —¿Y usted pensaba que iba a durar tanto Franco una vez que terminara la guerra?

J.M: —No.

Yo nunca pensé que iba a durar cuarenta años. ¿Usted sabe lo que es del año 36 al 75? Casi cuarenta años. El otro día, treinta años que murió. Un día estábamos en una reunión en Monte Caseros y a uno se le ocurrió decir “¡qué lástima que murió Franco!”, y le tuve que contestar, “¡lástima fue que nació!”. No pasó nada, los otros pusieron los ojos así de grandes y nadie dijo nada.

E: —Quedan simpatizantes.

J.M: —Sí, sí, quedan, y quedan los que todavía añoran aquellos tiempos. Los que eran o tenían títulos de algo, paniaguados de él. Entonces vivían como unos pachás, y entonces añoran aquello.

En abril del 31, cuando llega la República, lo primero que dice es por qué el estado le tiene que pagar a la Iglesia. ¡Para qué! Todos los curas,

los obispos, los arzobispos, y todos los que iban a darse golpes de pecho. Y entonces luego fue terrible, el ensañamiento con los republicanos...

¿Sabe qué? Después de la guerra este Franco mató a 190.000 personas, después de la guerra. Entre ellos a mi amigo. Cuando en Francia le dicen [que elija] España o la Legión, se va a España. Lo llevan al Castillo Monjuich, y bum. Tengo cartas de la mujer, la señora, [avisando] que no estaba más. Después a la señora, como era de Palma de Mallorca la mandaron a Palma de Mallorca, y las dos hijas, que eran chiquitas, para subsistir, a trabajar de niñera o de lo que fuere.

Ciento noventa mil personas mató cuando ya había terminado la guerra, según dice el diario ese¹¹. Tres o cuatro días antes de morir, cuando estaba ya en estado de coma, firmó tres penas de muerte, que fueron muy, muy, muy comentadas. El Papa, el presidente de Francia, la Reina de Inglaterra, el Ronald Reagan, no sé quien y no sé cuanto, todos pedían para que no los mate, que no los mataran a esos tres. Serían revolucionarios, serían comunistas, pero no tenían por qué ya después de cuarenta años de terminada la guerra, o treinta años, que todavía la fusilaran a esta gente. Y los fusilaron. Ahí, en Burgos, por ahí, era donde los mataban. ¡Ciento noventa mil personas!, es grande el asunto.

Mi padre era ferroviario. En Madrid. Y algunos compañeros de él, los que no comulgaban con Franco, o eran socialistas, o de la UGT (aquí es la CGT, allí es la UGT, Unión General de Trabajadores), los que eran de esos, los pasaban al medio, así nomás, sin soda. No, no.. fue... fue una dictadura muy pero muy grave. Porque la dictadura de Primo de Rivera, claro, al lado de esta, un poroto; pero, tuvo lo suyo. Esta era corregida y aumentada.

Mi madre me contaba cosas terribles. Y se salvaron porque mi padre no se metía en nada, y mi hermano menos. Así que se salvaron por carambola. Y con mucho miedo. Y como ellos tenían que ir a buscar comida, porque no había, y por tal motivo cambiaban ropa por víveres.

¿Cuánto hemos hablado?

¹¹ Se refiere a la revista *Radar*, año 7, 424, del 3 de octubre del 2004, "España revive. Los nietos reconstruyen la historia hablando con sus abuelos y los intelectuales, escritores, científicos y documentalistas trabajan en las fosas comunes del franquismo para que España tenga su Nunca Más".

E: –Y, como tres horas, ¡más de tres horas!

J.M: –He hablado, ¿no? Y este no habla nada, parece que le tragaron la lengua.

E: –José María, ¿quiere sacarse una foto?

Nos muestra una nota de periódico de Curuzú Cuatiá, del 3 de agosto del 84, que da cuenta de cierre del comercio “La amistad” de Monte Caseros (“panadería, fideería y ramos generales”), inaugurado por el español Dionisio Imaz en 1931, adonde llegó José María, y donde actualmente sigue teniendo su casa. La reseña finaliza diciendo: “Lamentamos esta situación por la cordialidad y la calidez humana de este español de ley, que hace más de cuarenta años se afincó en nuestro medio”.



Escribirlo al fin: *Visto al pasar. República, guerra y exilio* de María del Carmen García Antón. Memoria desde el destierro en Argentina

Adriana Virginia Bonatto
Universidad Nacional de La Plata

Resumen

Visto al pasar. República, guerra y exilio es el relato autobiográfico de una mujer que vivió la Guerra Civil desde el bando republicano y que se vio obligada a un exilio permanente en Argentina. El valor documental de su libro radica no solamente en la reconstrucción detallada que elabora de la vida y las costumbres durante los años del conflicto sino también en el testimonio que aporta el recuerdo de su experiencia junto a escritores y artistas hoy conocidos y celebrados. El libro, además, invita a una reflexión acerca de las estrategias de legitimación y de construcción de la identidad del sujeto en la autobiografía actual.

Palabras clave: autobiografía - estrategias de legitimación y reconocimiento - exilio

Abstract

Visto al pasar. República, guerra y exilio is the autobiographical story of a woman from the Republican faction who was driven to permanent exile in Argentina after the Spanish Civil War. The documentary value of her book resides not only in its detailed reconstruction of life and habits during the years of the war, but also in the experiences of Carmen García Antón with world-wide known writers and artists. Moreover, the book invites a reflection on the strategies to legitimize and construct the subject's identity in contemporary Autobiography.

Keywords: Autobiography - strategies of legitimization - exile

Olivar N° 8 (2006), 237-247.

Escribirlo al fin. Porque quizás sea la escritura el único consuelo del vacío presente y de una vida de exilio. María del Carmen García Antón, madrileña, que desde 1939 ha vivido en Buenos Aires, viuda de Gori Muñoz, famoso pintor y escenógrafo valenciano, recupera en estas memorias los años que transcurrieron entre el estallido de la Guerra Civil y la llegada a Buenos Aires con su marido y su hija recién nacida en el Masilia (el buque trasatlántico francés que transportó en 1939 numerosos refugiados españoles y judíos), por puro azar, ya que los planes iniciales eran exiliarse en Chile, gracias a la ayuda de Pablo Neruda desde Francia. “El desterrado en todas partes está solo” dice la autora citando a Mariano José de Larra (25)¹, y es esa soledad del “permanente exilio” (25), en el otoño de una vida de ausencia, la que dicta día a día los recuerdos, y a lo largo de diecinueve capítulos redactados entre 1992 y 1999 en una “Macintosh Plus” (205), símbolo de un espíritu despierto, dispuesto siempre a encararse de lleno con el presente.

Edicions Do Castro decidió publicar dentro de su serie de cien números *Documentos* este libro de memorias, bajo la intención de “contribuír (...) dhuna maneira sistemática, á divulgación de testemuños que poidan axudar a unha aproximación da historia contemporánea de Galicia”. Para lograr ese objetivo, la editorial deja expresamente aclarado que se renunciará a los “valores poéticos, literarios ou estéticos” para preferir los “simple testemuños”, portadores de una verdad mucho más directa² (más adelante nos detendremos en ese “efecto de verdad” que la prosa testimonial construye). El hecho de que una editorial de Galicia haya publicado este “documento” se debe a su validez como testimonio español, ya que tanto la autora como su marido no nacieron ni vivieron en esa región.

Visto al pasar pertenece a ese género híbrido e incómodo que es la autobiografía. El rasgo curioso es que se trata de las memorias de una mujer que no ha publicado libros antes y que, contrariando las expectativas de la “esposa de artista”, no escribe tampoco sobre la vida de su marido. El libro, de un estilo sencillo y directo, interesa, “gusta”, por su información histórica y anecdótica, expresada con detalle y lucidez. María del Carmen García Antón vivió como militante de la Federación

¹ Las citas textuales correspondientes a *Visto al pasar* se indicarán con el número de página entre paréntesis, siguiendo la edición mencionada en la bibliografía.

² Castro de Samoedo, 2004.

Universitaria los años de la Guerra Civil española y conoció íntimamente a artistas y escritores que luego pasaron a la historia: Federico García Lorca es uno de los hombres más mencionados en sus páginas, pero también nos encontramos con anécdotas relativas a Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Pablo Picasso, Rafael Alberti, María Teresa León, Pablo Neruda, Miguel Hernández, Max Aub y, por supuesto, Gori Muñoz, entre varios otros más. Todas ellas, personalidades junto a quienes la autora padeció la crudeza de los ataques y persecuciones falangistas o el exilio en París, antes de la residencia final en Argentina.

Son las figuras de intelectuales republicanos y las anécdotas relacionadas con ellos el material narrativo que organiza el relato, en mayor medida que la historia personal y los avatares de una mujer joven durante el conflicto. El recorrido personal ocurre enmarcado por el trato y la descripción de aquellos protagonistas culturales de la República, como si su presencia justificara el acto de escritura. Comentaremos a continuación algunos de estos episodios.

Federico García Lorca y La Barraca

María del Carmen García Antón participó del grupo de teatro estudiantil dirigido por el poeta granadino, al cual ingresó luego de una audición recitando las “Coplas de Jorge Manrique”. El recuerdo de esta actividad adquiere a lo largo del libro carácter de emblema, que excede a su tratamiento en el capítulo cuatro, dedicado a “La Barraca”. El teatro ambulante conformado por jóvenes universitarios y encargado de difundir la obra de los clásicos españoles en distintos pueblos es emblema de los valores democráticos y liberales de la República, y sus reapariciones constantes a lo largo del recuerdo, junto a la figura de García Lorca, prueba su carácter de símbolo. El final de “La Barraca” coincide con el comienzo de la Guerra Civil y está marcado por un hecho atroz: el asesinato en Fuentevaqueros del poeta. Son los ideales de fraternidad y comunitarismo los que se quiebran con estos hechos. García Antón redacta sus memorias urgida por la necesidad de no perder esa memoria:

Los recuerdos son los últimos acompañantes de los ancianos y son los testigos mudos de la vida que uno ha llevado; feliz o infeliz, disipada o frustrada, cuando no se recuerda nada, debe dar igual morir (204).

Pero esta necesidad íntima (volveremos sobre el impulso autobiográfico más adelante) convive con una fuerte conciencia ética e histórica. Si bien la adscripción de la autora al comunismo ha sido siempre ambigua³, el espíritu idealista y pugnante es uno de los rasgos principales de su personalidad, según se conforma a lo largo de sus memorias. Junto al acto de recordar “desde la mecedora”, en la quietud del hogar (capítulo 1), la construcción del recuerdo se realiza en una continua confrontación del pasado histórico y de los valores éticos y políticos involucrados en la guerra con los años posteriores de exilio, y con el presente. El motivo que podríamos llamar “ético” es también motor del relato. El compromiso político y social se ubica en el ámbito de la autopercepción y de las decisiones más íntimas. Veamos dos ejemplos, tomando dos citas diferentes:

Antes del 18 de julio yo era una chica estudiante sin otro compromiso que aprobar el curso, jugar al hand ball, formar parte de La Barraca, me gustaba bailar, “Flirteaba” (como se decía entonces) y los chicos me llevaban los libros que era una forma de insinuarse. Ahora, tenía que ayudar a los que daban su vida y había mucho dolor (89).

Aquí, la toma de conciencia, advertida en medio de un campo de heridos, separa dos etapas en la percepción del sujeto: un pasado convencional (aún a pesar de lo poco usual que era el hecho de que una mujer cursara estudios universitarios y participara de un teatro ambulante junto a varios hombres) confrontado con un presente y un futuro (proyectado allí mismo y confirmado a lo largo del libro) de compromiso y de participación en el avatar histórico-político. Resulta llamativo que este acto ocurra casi en perfecta soledad, ya que por ese entonces (respetamos aquí la historia tal cual es narrada en el libro) esta mujer joven, casi adolescente, no perseguía intereses o ideales más que los de un grupo de estudiantes (la FUE), y ni siquiera coincidía con las ideas de su familia en relación con la decisión de “participar”.

La segunda cita ejemplifica el modo en que el acontecer político se enhebra con el devenir íntimo, haciendo uno los espacios público y privado:

³ García Antón y su marido recelaban del comunismo estricto, como la cita a continuación ejemplifica: “Vayamos a un país donde podamos ser comunistas si nos lo permiten y luchar por el bienestar social, pero no a ciegas y teniendo que soportar la férrea disciplina sin derecho a réplica” (211).

El pacto [germano soviético] no obstante había hecho mella en todos. Desilusionados y sin poder creerlo lo considerábamos traición a todos los principios en los que creíamos y que nos llevaron a una lucha fratricida. Nadie sabía lo que podría llegar a pasar.

Vino Siqueiros⁴ [a París, donde María del Carmen y su marido esperan la salida al exilio] en un viaje relámpago y me afirmó que desde el lugar donde se encontrara vendría a apadrinar, pero tan sólo si era una niña. La niña llegó, pero no Siqueiros; fue un deseo lanzado en aras de la amistad. Hitler lo impidió (215).

En este contexto de preocupación ética y de indivisión de lo privado y de lo público, la aparición intermitente de Federico García Lorca y la invocación a “La Barraca” intensifican el desgarramiento ante la guerra perdida. Frases como “¡Ay Federico! ¡Cómo ha llegado tu voz a la del pueblo” (89), “¡Ay, Federico! ¡Cómo hubieras sufrido al ver este fuego desatado en la España que tanto quisiste!” (182), o “¿Dónde habrán ido a parar mis amigos de La Barraca? Todos dispersos o ejecutados como Federico, o tal vez prisioneros” (213), son mucho más que lamentos dispersos a lo largo del relato, puesto que funcionan como íconos de un pasado irrecuperable, símbolo de lo ético y políticamente admirable.

No obstante eso, la invocación de una figura tan cargada de significación cultural e histórica como lo fue el autor de *Un poeta en Nueva York* y el carácter anecdótico de su intervención en el relato importan como modos de justificar el acto de escritura. María del Carmen García Antón no publicó libro alguno antes de su autobiografía, y es la presencia de figuras artísticas con el peso de García Lorca, como de otras más que a continuación comentaremos, una de las llaves de entrada al mundo editorial. La otra, el valor testimonial de su memoria.

“Los poetas”: Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre

En plena Guerra Civil, debido a la imposibilidad de regresar a Madrid luego de una misión de la FUE (Federación Universitaria Escolar) de evacuación de niños a Alcoy, García Antón se radica en Valencia, sede en ese momento del gobierno de la República, donde colabora con

⁴ Se refiere a David Alfaro Siqueiros (1918-1974), pintor mexicano que participó de la Guerra Civil española en el bando republicano.

la “causa” y se gana la vida con trabajos temporales. La estadía en esa ciudad ocupa tres capítulos de sus memorias y en ellos el relato personal cede a la relación de anécdotas compartidas con escritores, españoles y extranjeros, que comenzaban por esos años su carrera y que apoyaban la causa republicana. De ellos, quienes más espacio narrativo ocupan son Manuel Altolaguirre y Luis Cernuda. Nos encontramos nuevamente con el relato sobre “los otros” y con un recuerdo ocupado no sólo en retratar aspectos físicos o psicológicos de figuras que más tarde adquirieron reconocimiento y fama literaria, sino también en reproducir conversaciones y situaciones que las involucran como protagonistas del relato. El valor biográfico y anecdótico de estas páginas es incuestionable, y el hecho de que el pasado personal pierda protagonismo se explica, una vez más, por la necesidad de legitimar un espacio de escritura del que la autora no se siente dueña por completo.

En 1937 se llevó a cabo el Congreso de Escritores Antifascistas en Valencia. García Antón refiere la preparación de la pieza de García Lorca “Mariana Pineda”, dirigida por Altolaguirre y protagonizada por ella, Luis Cernuda, Margarita Xirgu, Carmen Lastoyti y Blanca Chacel (hermana de Rosa). Los participantes del congreso asistieron a la representación en homenaje al poeta, y esa noche (en la que no faltaron sirenas de alarma y bombardeos) fue recordada por Alejo Carpentier en *La consagración de la primavera*.

La memoria admirada de García Antón no olvida mencionar a muchos de los escritores que participaron del encuentro, como por ejemplo León Felipe (quien sostenía que “quedarse en la luna de Valencia” no “era tan malo como se pensaba” [121]), Raúl González Tuñón (junto a Córdoba Iturburu, “cariñosos amigos” [123]), Octavio Paz (“tengo el recuerdo de unos fantásticos ojos verdes” [123]) y Antonio Machado (a quien visitó junto a sus amigos una tarde y sobre quien escribe: “quiero recordarle siempre con el eco de aquella voz, con su oscuro y un poco roído traje y su noble aspecto de poeta pobre, pero resplandeciente” [128]).

Sobre Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre, compañeros de García Antón en el hotel “enfrente de la Plaza de Toros” (117), aportando una mirada testimonial al recuerdo y al interés de dos figuras literariamente contundentes, García Antón escribe:

Conocí a Luis Cernuda en Madrid y al primer golpe de vista caía antipático, sobre todo porque los sevillanos tienen fama de alegres, ruidosos, exaltados y Luis era todo lo contrario, bastante tímido y su homosexualidad no confesada pero sí percibida le ponía a veces muy incómodo ante gente que no conocía y se replegaba tomando un aire distante y un tanto altivo. Yo que le traté bastante, creo que tenía cierta inseguridad en sí mismo, siempre con aire atormentado de Lord inglés desheredado y jamás vi a alguien de aspecto tan impecable, tan “comme il faut”. Me intrigaba ver cuán limpios estaban sus zapatos blanco y negro a la manera del Gran Gatsby. Un día ensayando, se puso imposible porque en una escena “amorosa” con el “rouge” de los labios le manché una immaculada chaqueta de lino blanca, pero el enojo se le pasó enseguida porque éramos muy buenos amigos. En realidad, sentía un exagerado temor al ridículo, la corrección en su manera de vestir, su dandysmo, le daba una seguridad de la que carecía y vaya usted a saber lo que pasaba por su mente, sin analistas que se lo explicaran: estaba fuera de la senda de la popularidad siendo quizás el mejor de los poetas de todos. Odiaba las risas fuertes, lo feo, lo sucio, y rayaba a menudo en una gran melancolía, cosa en la que coincidíamos a menudo. Todo lo contrario era Manuel Altolaguirre, excelente poeta también, extrovertido, alegre, dicharachero y con una enorme simpatía. Cuando se agotaba la comida en los restaurantes, una visita de Manolito a las cocinas solucionaba todo. Era encantador, como uno de esos Ángeles Arcabuceros con su melena rizada al viento, y por más que usara buenos trajes su aspecto era el de un niño que se hubiera vestido deprisa y corriendo, más de una vez le corregí el nudo de la corbata que flotaba cual bandera al viento. Su mujer, la escritora Concha Méndez y su hija Paloma estaban en Londres. Mi generación, en ese lado o en el otro estábamos como quien dice (y con verdad) al pie del cañón. (117-118)

Sirva la extensa cita para llevarse una muestra del contenido anecdótico de estas memorias, cuyo principal rasgo es la recuperación de aquello que por ser mínimo, cotidiano, adquiere valor de testimonio y de “verdad”. Una recuperación similar, atenta al detalle, sucede con la figura de Pablo Picasso, a quien García Antón, enviada desde Valencia por el gobierno de la república, conoció mientras atendía el stand de libros en el pabellón de España durante la Exposición Internacional de París, en 1937. Fue durante ese viaje donde también conoció a su futuro marido, el pintor valenciano Gori Muñoz, a Max Aub (quien se encargó de guiarla hasta su puesto de trabajo) y los pintores Esteban Francés, Lucho Vargas y Wilfredo Lam; pero es el breve transitar de Picasso por las páginas,

retocando su “Guernica” junto al stand de libros, la presencia que mayor interés despierta. El pintor interrumpe su trabajo para invitar a la joven muchacha a un café y, “a bocajarro”, le pregunta si había estado alguna vez en un bombardeo y si podía describir el color que en ellos vio (151). Es en la inmediatez del detalle, como en el devenir espontáneo y poco cuidado de la prosa, donde este relato revela los rasgos de una autobiografía que, como tantos otros textos escritos bajo el impacto de un recuerdo doloroso o de una crisis no resuelta, ha dejado de ser el discurso privilegiado de una voz masculina y unitaria para forjarse en discurso de la pluralidad y de la marginalidad, cuyo signo es la dilogía.

Escritura de la crisis, escritura dialógica

En la introducción a su libro de análisis de autobiografías contemporáneas, *Mirror Talk. Genres of Crisis in Contemporary Autobiography*, Susanna Egan subraya la presencia del dialogismo como un rasgo recurrente y opuesto al “monologismo” característico de la autobiografía tradicional. El dialogismo aparece en la relación entre las personas involucradas en la escritura (el autor, el lector, el “héroe” y los personajes) y en la combinación de distintos géneros para contar una vida (fotografías, documentos personales y cartas, además del relato escrito). Repasando a Sidonie Smith (1987), Egan recurre al concepto de “imaginación dialógica” para definir la autobiografía femenina como un tipo de escritura que sucede desde los márgenes del discurso patriarcal, “engaging in an anxious dialogue with her reader in order to identify and justify herself” (1999: 24). La mujer que escribe una autobiografía proyecta múltiples lectores, con múltiples expectativas, y responde a ellos en una suerte de “doble voz” (1999: 24) o de heteroglosia.

Visto al pasar puede leerse desde esta perspectiva, si tenemos en cuenta las observaciones que hicimos más arriba. La escritura *incluye* al otro y éste puede aparecer, como Federico García Lorca o como los numerosos poetas y artistas recordados, acompañando o sustituyendo la historia personal, y otorgándole entidad pública. La entrada de la voz de una mujer a un género literario que aún se resiste a la “vulgarización”, por haber sido cultivado como discurso privilegiado de *escritores* o de *pensadores*, ocurre mediando las voces de otros (incuestionablemente dignos de recordarse) o respondiéndoles en un

proceso constante de construcción de identidad. Son ellos quienes, con su presencia y los detalles que la avalan, revisten de identidad pública al sujeto que intenta escribirse y que se fuerza por recordar aún a pesar del dolor que ello implica. Pero son también los lectores avizorados esos otros a quienes el “yo” intenta contentar con el relato de su vida como “vida en” (en la guerra, en *esa* guerra) y “vida con”. El rasgo dialógico radica, además, en la interacción de géneros dentro del libro, con el “Apéndice documental y fotográfico” que interrumpe bruscamente el devenir narrativo para mostrar fotografías, bocetos de teatro, notas periodísticas y otros documentos; introduciendo un modo paralelo, y con efectos de mayor inmediatez que la narración escrita, de contar la propia historia. Ese modo implica además la entrada de la mirada ajena como complemento o respuesta de la propia. Las fotografías y los dibujos son la perspectiva de “otro” (el fotógrafo o el artista), y lo mismo sucede con los documentos, como la matrícula de inscripción a la Facultad de Medicina o el pasaporte de la República Española, y en especial con las notas periodísticas sobre Gori Muñoz y documentos como el decreto municipal de La Plata o la plaqueta de la Embajada de España en Argentina, que honran a García Antón por su trayectoria. Éstos aportan matices públicos a una subjetividad necesitada de nuevos medios para legitimarse ante los lectores.

El elemento dialógico otorga efecto de verdad y de inmediatez a la identidad y a la historia reconstruidas en el relato autobiográfico. La escritura es testimonial y su impulso nace de la existencia de un conflicto o, en palabras de Egan, de “una crisis que aún no ha sido resuelta”, a diferencia de la autobiografía tradicional que, si bien se origina gracias a algún tipo de crisis, desarrolla algún tipo de resolución (1999: 4). La escritura dentro de un conflicto no resuelto subvierte los patrones teóricos de ficcionalización absoluta del sujeto autobiográfico e introduce la posibilidad de realizar una lectura que momentáneamente olvide su carácter “puramente teórico” y separado de las “realidades políticas y éticas” (Egan, 1999: 4). La vivencia de la diáspora supone la existencia de una crisis como “estado permanente” (Egan, 1999: 5) y moviliza a un sujeto de escritura que interviene inevitablemente en su entorno mediante estrategias contestatarias o de resistencia. La necesidad de publicar lo que

uno ha vivido se experimenta, en palabras de Celia Fernández Prieto, como “deuda moral frente a los otros” (2005: 51)⁵.

El sujeto de *Visto al pasar*, como sus palabras lo advierten, se afana por evitar la disolución de ese pasado: “es imposible trasladarse a esa época, el tiempo en que sucedieron estos hechos pocos lo recuerdan, y todo queda resumido en fechas, nombres, algunas reseñas” (110). Pero también escribe para atestiguar la conservación de la propia conciencia de compromiso, frente al peligro constante de perderse en la comodidad de la vida en el país de acogida o de caer en el olvido que propicia la vejez. Consecuencias de esos afanes son el continuo vaivén entre el tiempo presente de la escritura, en Argentina, y el tiempo pasado del recuerdo; y la desprolijidad de una prosa que, se intuye, hubiera lucido cuidada de no haber mediado esa urgencia por “escribirlo al fin” y antes del fin. El impulso de escribir nacido en el presente constante de la crisis devuelve al sujeto autobiográfico su entidad “real”, espontánea, que no necesariamente debe ser unitaria o monológica, ni siquiera ordenada; pero que, por ser plural, fragmentaria y dialógica, se percibe como inmediata.

Bibliografía

- ANTÓN, CARMEN, 2002. *Visto al pasar. República, guerra y exilio*, Sada - A Coruña: Edicions Do Castro.
- CASTRO DE SAMOEDO, 2004. “Documentos para la historia contemporánea de Galicia” (Tapa y contratapa de: Carmen Antón, *Visto al pasar. República, guerra y exilio*, op. cit.).

⁵ El trabajo de Fernández Prieto “La muerte, pulsión autobiográfica” ahonda en la temática de la escritura a partir de la crisis sufrida por la vivencia de la guerra. Completamos aquí la cita: “El testimonio, además, se realiza para hacer saber, para impedir el no querer saber, la ignorancia o el olvido, y este designio ejerce un control sobre el estilo y los contenidos del relato, imantado por episodios reales y dramáticos de los que pretende dar cuenta fidedigna. Pero el testimonio es, antes que enunciado, enunciación, acto de habla que se produce en presente, y cuya condición necesaria es su imposibilidad de *probar* que es verdadero. Por eso se ampara bajo la promesa o el juramento de veracidad. Siempre cabe la mentira, el fraude, el error, la invención. Sin estas opciones ningún testimonio sería posible. Tampoco la credibilidad. El autobiógrafo, entonces, ha de validar la verdad del contenido de su relato validándose a sí mismo como testigo, cargándose de autoridad moral, cognitiva y verbal”. (2005: 51)

- EGAN, SUSANNA, 1999. *Mirror Talk. Genres of Crisis in Contemporary Autobiography*, Chapel Hill and London: The University of North Carolina Press.
- FERNÁNDEZ PRIETO, CELIA, 2006. "La muerte, pulsión autobiográfica". *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, 69, *Autobiografía como provocación*, Barcelona: Archipiélago, 44-56.
- SMITH, SIDONIE, 1987. *Poetics of Women's Autobiography: Marginality and the Fictions of Self Representation*, Indiana: University Press.



Las voces antiguas: la Guerra Civil española en algunas memorias y autobiografías del exilio literario de 1939

Eva Soler Sasera
Universitat de València

Resumen

La vindicación de la Guerra Civil española por parte de los intelectuales exiliados se convierte en las memorias y autobiografías en una deuda ética frente a la desmemoria de gran parte del interior del país y, sobre todo, en un campo de reconstrucción identitaria de un sujeto que ha quedado definido por un pasado perdido y por una obligatoria readaptación a la sociedad que lo acoge. La narración de la Guerra Civil en *Vida en claro* (1944) de José Moreno Villa, *Recuerdos y olvidos* (1988) de Francisco Ayala, *Memoria de la melancolía* (1970) de María Teresa León, *Quan érem capitans* (1974) de Teresa Pàmies, *Una mujer por los caminos de España* (1952) de María Lejárraga y *Memorias habladas, memorias armadas* (1990) de Concha Méndez recuperan los arduos sucesos bélicos para entretejerlos con el rescate y reubicación del yo.

Palabras-clave: Guerra Civil española - exilio - memoria histórica - autobiografías

In exile's autobiographies and memories, the vindication of spanish civil war appears as a moral duty in front of the general forgetfulness inside Spain. In the same way, its became a place to construct the subject's identity determinated by a lost past. The civil war narrative in José Moreno Villa *Vida en claro* (1944), Francisco Ayala *Recuerdos y olvidos* (1988), María Teresa León *Memoria de la melancolía* (1970), Teresa Pàmies *Quan érem capitans* (1974), María Lejárraga *Una mujer por los caminos de España* (1952) and Concha Méndez *Memorias habladas, memorias armadas*

(1990) gets arduous war's events back in order to link with the recovery and the placement of the self.

Keywords: Civil war - exile - historic memory - autobiography

El final de la Guerra Civil española no sólo supuso la represión directa o indirecta de aquella parte del país que había respaldado el régimen democrático de la Segunda República o que, al menos, había luchado contra el avance del fascismo, sino también el comienzo del exilio de más de 160.000 españoles (Faber, 2002: 5), entre los que se encontraban lo más y lo mejor de científicos, profesores, escritores, artistas..., que en su gran mayoría habían permanecido al lado de la República. El panorama cultural y educativo, por tanto, quedaba desierto en el país; a través de distintos caminos, España perdía su “voz antigua”, el espíritu de muchos años de esplendor cultural.

Recuperando el consagrado verso de León Felipe “Mía es la voz antigua de la tierra”, hablaremos de la importancia que, en el exilio literario español, tuvo la elaboración de una memoria colectiva consciente de su alteridad, de su naturaleza contra-discursiva frente a los discursos legitimadores del régimen franquista. La vigilancia de su propio testimonio como “voz antigua”, depositaria de una parcela decisiva de la memoria histórica, se convierte en un motivo fundamental de identificación como grupo, frente a aquellos que se habían quedado en el territorio peninsular. “Hermano... tuya es la hacienda.../ la casa, el caballo y la pistola.../ Mía es la voz antigua de la tierra./ Tú te quedas con todo”, escribía León Felipe; de ese “todo” quedaba, por supuesto, excluida la palabra.

María Teresa León, con frases emocionadas, escribía en su *Memoria de la melancolía* sobre la preservación de la utopía y la palabra en el exilio español:

Bienaventurados los que os llevasteis a cuestras la dulce carga del recuerdo de España, los que salvasteis la palabra más alta de nuestro idioma, esa que tantas penas costó siempre a los que hablamos español, por la que el español ha muerto tantas veces, esa ¡Libertad! Que no alcanzaremos nunca. (1998: 363)

Como ha indicado Joseba Martínez-Gutiérrez “El exilio español contó únicamente con esa memoria que lo identificó como grupo y que se pro-

pagó de generación en generación” (1998: 326). Los escritores vieron en su oficio no sólo una vía para dejar constancia de los hechos históricos, sino una posibilidad de compensar la necesidad de supervivencia de la imagen colectiva del exilio español.

Si bien Marra-López (1963: 105-106) señaló, siguiendo a Serrano Poncela, la ausencia de una gran novela sobre la Guerra Civil, el exilio literario produjo un amplio número de escritos en torno al suceso histórico; muchos de ellos, textos fronterizos –novelas crónicas, autobiografías noveladas o novelas autobiográficas–, recuperan la memoria del conflicto bélico desde un narrador independiente del autor: *El Laberinto Mágico* de Max Aub, *Los cinco libros de Ariadna* de Ramón J. Sender, *La llama* de Arturo Barea, *En aquella Valencia* de Esteban Salazar Chapela, *En mi hambre mando yo* de Isabel de Palencia..., son algunas de las obras depositarias de un fragmento de historia, que quedó soterrado en el interior del país y que, consecutivamente, fue reelaborado por la ideología totalitaria. Como dijo, en su momento, José R. Marra-López: “como [...] se sabían actores de un acontecimiento trascendental, uno de los más densos y dramáticos de nuestra historia, pródiga en hechos semejantes, es lógico y casi inevitable el testimonio” (1963: 104).

Mientras se proyectaban estas obras de ficción, y, en algunos casos, llegada ya la transición política, otros escritores e intelectuales fueron elaborando un determinado tipo de discurso –memorias y autobiografías– donde el autor quedaba indiscutiblemente identificado con el narrador y el personaje de la narración. Esta identidad de nombre, fruto de lo que, en palabras de Philippe Lejeune (1994), se ha denominado “pacto autobiográfico”, convierte la práctica social de la autobiografía en un texto referencial, donde los hechos pueden ser sometidos a una verificación histórica. Acometemos la recuperación de estos discursos autobiográficos centrándonos no sólo en la reconstrucción personal a la que se somete el autor en relación con el referente, sino en la construcción del sujeto en relación con el otro, esto es, la construcción de un yo que es, sobre todo, social. Este discurso del yo se halla directamente afectado por la difícil posición del individuo entre un pasado interrumpido y perdido, y un presente, al que necesariamente ha de ir readaptándose. De este primerizo análisis, en el que se ha obviado la cita de bibliografía específica

sobre la literatura del exilio, excluimos también la revisión del concepto de autobiografía que tantos discursos ha producido en las últimas décadas, tanto en el ámbito hispánico como en el internacional¹.

El exiliado, víctima de la realidad histórica, convierte el asunto de la reconstrucción autobiográfica en un acto ético. El testimonio de su vida queda inevitablemente ligado a la vindicación de un proceso histórico concreto que ha definido su ambigua posición identitaria; la Guerra Civil, en nuestro caso, es, por tanto, el acontecimiento crucial que va a definir el conflicto de la identidad del autobiografiado. Se trata de narrar, de volver con antiguas y nuevas palabras al acontecimiento que marcó profundamente sus trayectorias vitales y, por supuesto, su escritura.

Alejados, en el tiempo o en el espacio, de la España totalitaria, se dedicaron a escribir acerca de aquellos acontecimientos que, vividos a partir del '36, producirían su éxodo. En algunos, la Guerra Civil es casi el *leit-motiv* que conduce al sujeto por los caminos del pasado; en otros, es un episodio más en todo un recorrido vital; sin embargo, en todos ellos el malogrado trance imprime una profunda huella. En 1944, *Vida en claro* de José Moreno Villa (1976), *Recuerdos y olvidos* en 1988 de Francisco Ayala (1991), *Memoria de la melancolía* en 1970 de María Teresa León (1999), *Quan érem capitans* en 1975 de Teresa Pàmies, *Una mujer por los caminos de España* en 1952 de María Lejárraga (Martínez Sierra, 1989) y *Memorias habladas, memorias armadas* en 1990 de Concha Méndez son los textos que hemos ido entretejiendo para hablar de la dolorosa, pero a la vez bien preservada, memoria de la Guerra Civil española desde el destierro².

La función del intelectual en guerra

Muchas de las autobiografías analizadas albergan un fabuloso caudal de detalles en torno al ambiente intelectual en el conflicto. La mayoría

¹ Hemos obviado, además, la revisión de una amplia bibliografía que analiza el corpus textual que estudiamos. En el caso de la obra de María Teresa León, quizás la más estudiada, remitimos a la edición de Torres Nebrera (Madrid, 1998), así como al volumen *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, SECC, 2003.

² Hacemos referencia aquí a la fecha de la primera edición de las obras; no obstante, excepto en los textos de Francisco Ayala, Concha Méndez y Teresa Pàmies en los que hemos podido hacer uso de ésta, citamos a partir de las siguientes ediciones: José Moreno Villa (1976), María Martínez Sierra (1989), María Teresa León (1998).

de los escritores, excepto aquellos que dieron prioridad a su faceta política como Francisco Ayala, María Lejárraga o Teresa Pàmies, formaron parte de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, punto de encuentro de científicos, artistas u hombres y mujeres de letras que llevaron a cabo numerosas iniciativas –las tareas de alfabetización en el frente, la publicación de *El Mono Azul* o el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura–. Mientras algunos consideraban aquella circunstancia histórica un mal momento para coger la pluma –recordemos las palabras de Francisco Ayala: “En esa temporada, preferí olvidarme de que soy escritor” (1991: 217)–, otros hallaban en la profesión de la palabra una posibilidad de activismo social y político.

Quizás sea María Teresa León quien, junto a su marido Rafael Alberti, figure entre los intelectuales más activos de aquellos tiempos revueltos, y de modo espléndido lo va relatando en sus memorias:

Muchas veces he tenido que subir a hablar a una tribuna, o a un balcón o a una silla o a cualquier sitio, porque los tiempos españoles de aquellos años nos hicieron tomar una posición clara en nuestra conciencia política. Muchas veces había tenido delante aquellos rostros profundamente serios y aquellos ojos oscuros de siglos que van heredando los hombres y mujeres de los campos de España. Íbamos por los pueblecitos hablándoles de lo que podía ser su esperanza. (1998: 125)

Porque no sólo se trataba de una cuestión proteccionista con el arte, como la emprendida para trasladar los lienzos del Museo del Prado a Perelada, o propagandística, como la también relatada por José Moreno Villa en sus pocos actos públicos (1976: 230), sino la conciencia que examinaba el trabajo del intelectual hacia todo aquello que comportaba la colaboración decidida en contra del avance fascista. El conflicto personal en torno a la utilidad o capacidad personal de asistencia deviene, en ocasiones, en un análisis de la propia tarea como intelectual:

Creo que dábamos cierta lástima. ¡Esta pobre gente sin fusil, con una pluma nada más para oponerse a los fascistas! Y nos empujaba y empujaba a los más jóvenes: Vamos, canten. Hagan canciones, hacen falta poemas. (León, 1998: 283)

Había tiempo para todo, menos para retirarse y concentrarse. Nadie lo prohibía, pero lo rechazaba la conciencia. El ambiente solicitaba colaboración [...] Hay quien se encuentra incapaz para todo lo que no había hecho antes, y ése está perdido. Confieso que si yo no hubiese tenido entonces cincuenta años, hubiera preferido tomar el fusil y marcharme al frente en vez de quedar en la retaguardia para menesteres necesarios pero de poca monta. Y, sobre todo, extraños a mis hábitos. Pero de esto he de escribir en otro momento. Aquí me corresponde decir que me encontraba desajustado y que para conservar el equilibrio que aparentaba gasté mucha fuerza nerviosa. (Moreno Villa, 1976: 231-232)

Dedicado a la elaboración de litografías basadas en motivos del frente en los talleres de José Renau, en Valencia, junto a Aurelio Arteta y José Gutiérrez Solana, Moreno Villa emprendió la tarea que ocupaba a numerosos artistas e intelectuales de la época: la elaboración de un producto cultural que fuera aliento de los tiempos bélicos. Como reseñaba Teresa Pàmies, la misma población civil que era asediada por constantes bombardeos, era la que ansiosamente requería y gozaba de este arte:

Hi havia, però, una explosió d'apetència de coneixement i cultura i això explica que la població afamada, cansada i atribolada, temperés l'ànim i els nervis, sobretot en temps de bombardeigs freqüents, com ho fou el primer trimestre del 1938, cercant la força de l'art. Mai no havia jugat l'art un paper tan mobilitzador i sedant a la vegada, com en aquells dies. (1975: 80)

En los días del Madrid sitiado, el público se congregaba, del mismo modo, para asistir al teatro. No hará falta recordar las representaciones que emplearon en aquellos tiempos a María Teresa León junto a Alberti (Oleza, 2003: 3-5); lo que nos queda en torno a esta cuestión son las razones que la escritora va entrelazando en su prosa para hacer constar el efecto catártico o, como apuntaba Teresa Pàmies, *sedant* que la cultura adquirió:

Muchas noches, mientras representábamos *Numancia*, María Teresa León lloraba entre bastidores viendo subir a su pueblo hacia la hoguera de la muerte común. Luego, llegaban los aplausos, nuestro público se secaba los ojos. El corazón se calmaba. Saludábamos los vivos y los muertos al pueblo de Madrid que teníamos delante. Se abrían de par en par las puertas del Teatro de la Zarzuela y todos un instante escuchábamos los duelos de la artillería, el bombardeo de la aviación a alguno de los barrios y salíamos hacia las calles de Madrid, reconociéndolas a tientas en medio de las sombras que iban, poco a poco, tragándose a nuestro público. (1998: 135)

La ciudad fragmentada: escenografía bélica

La guerra creó otro escenario superpuesto al de la geografía urbana de los tiempos de paz. Las trincheras, los soldados, los tanques, las barricadas... iban recubriendo el espacio para crear otro tipo de referentes. Los espacios familiares iban perdiendo sus perfiles cotidianos para convertirse no sólo en el territorio de la violencia bélica, sino en el espacio de la lucha compartida, de la causa común.

La descripción del Madrid sitiado durante la Guerra Civil es una constante dentro de las autobiografías de escritores e intelectuales del exilio; y es, a través de ésta, como se introduce el matiz trágico de una capital cada vez más aprisionada que se debate entre la esperanza y el terror. Madrid, capital de la gloria, se convierte, en el imaginario republicano, en un lugar mítico: ciudad de utopía, memoria y epopeya. Como afirma Teresa Pàmies en sus memorias de guerra:

D'aquell Madrid recordo una diferència essencial amb Barcelona: la guerra era allí i la seva presència donava a la ciutat un caire més greu, menys frívol i, ensems, més decidit a guanyar-la [...] Restava allò que en podríem anomenar "le petit peuple", i a l'hora d'esberlar carrers per obrir barricades, a l'hora de fer fortificacions o d'agafar el darrer fusell de la darrera batalla, allí el trobàveu. (1975: 90-91)

El narrador no sólo manifiesta, en algunos casos apasionadamente, la nostalgia por los espacios perdidos en el recuerdo, sino la intensidad del sujeto que, unido a esta geografía específica por nacimiento o vínculo cotidiano, ha sentido cómo ésta ha sido golpeada. En este sentido, las memorias de María Teresa León resultan claramente descriptivas:

¡Cuánto íbamos queriendo aquellas calles que defendíamos con los dientes! Calles donde los tranvías circulaban despacio para dejar que en algunas bajasen los viajeros y luego lanzar el vehículo, a toda velocidad, hasta la protección de otra casa. Así engañaban a las balas, porque el frente se veía desde las azoteas. Calles que llegaban al frente, frentes que permitían descansar, de cuando en cuando, en la cama de la casa cuando se salía con permiso. Calles donde era posible reír o llorar como aquel día que, al ir a subir una escalera, me encontré con unos compañeros anarquistas, luciendo unos graciosos sombreros de señora, cargando con un piano

y gritando: ¡Ahora somos los condes! Calles sin condes llenas de gracia madrileña, cuidadas por el sol, golpeadas de obuses, donde ya no había palomas ni gatos ni perros ni ratas porque el hambre la entreteníamos con orgullo, con la convicción de que el mundo nos estaba mirando. Y era verdad. (1998: 290-291)

Y es que, cuando todas las casas de Madrid estaban demasiado cerca de los bombardeos, del frente o de la derrota, la división entre espacio público y espacio privado dejaba de tener sentido en una sociedad que se volcaba a la defensa de su vida cotidiana. Los hombres y sus vidas aparecen en el exterior, son la ciudad intentando sobrevivir, pero también son objetivo de la violencia que destripa casas y vidas, e interrumpe el transcurso habitual de las horas.

Mi barrio se quedó lleno de hoyos enormes colmados de agua. Agua de cañerías quejándose, cicatrices en los muros, astillas, cables y hierros rotos. Los árboles tenían su cabeza al pie del tronco: en el alero, el chal de una muchacha, y un poco más arriba, sobre el techo humeante, una maquina de coser. Estrellada en la acera, una muchacha que tal vez fuese la propietaria de las tres cosas. (León, 1998: 333)

El espacio privado se convierte en un territorio franqueable, amenazado por el caos y por la violencia; Moreno Villa cuenta cómo su trabajo acumulado en la Residencia de Estudiantes se convierte en un territorio amenazado por el peligro de la huida precipitada:

El día 28 de noviembre leí en el "A. B. C." que el Ministerio de Instrucción Pública sacaría de Madrid a los intelectuales [...] Pasé la noche intranquilo, comprendiendo que la salida podía ser definitiva. ¿Qué sería de todo lo acumulado en aquel cuarto durante 20 años de trabajo? ¿Qué cosas me llevaría conmigo? Todas eran preciosas para mí. "No sacaré nada; puede ser que dentro de unos días volvamos todos", pensé para engañarme. (1976: 222)

Frente a Madrid, Valencia, capital de la República entre noviembre de 1936 y octubre de 1937, se convierte en la residencia de gran parte de los intelectuales que, como José Moreno Villa, fueron reubicados por las autoridades gubernamentales. Dentro de las narraciones analizadas, Valencia conforma una geografía menos dramática que Madrid, a pesar

de que la costa mediterránea española sufrió a partir de 1937 el acoso de los bombarderos italianos, que acabaron con la vida de un buen cupo de población civil³. La ciudad levantina, en contraposición a Madrid, es descrita como el paraíso amenazado, el lugar ameno apenas salpicado por la barbarie. Francisco Ayala resume en pocas líneas esta evocación: “¡La Valencia de la guerra! Nunca antes había estado yo en esa ciudad. Conservo de aquella temporada la impresión de una fulgurante hermosura desgarrada en ocasiones por jirones trágicos” (1991: 214). Valencia, entre el caos y el regocijo, se convierte en un hervidero de periodistas, intelectuales, funcionarios, colaborando contra el avance fascista. Como expresa Francisco Ayala:

Atrás quedaba el Madrid heroico y sufrido y cada día más hambriento, mientras que ahí, junto al Mediterráneo luminoso, la gente vivía y gozaba con un poco de remordimiento a ratos; y sólo algún que otro episodio venía tal vez a recordarnos que la guerra estaba en curso. (1991: 214-215)

La descripción de José Moreno Villa es, en el mismo sentido, más explícita si cabe:

En Valencia no se oían los cañones ni las bombas. Las calles estaban concurridas, funcionaban las tiendas, los cafés y los teatros, podía comer uno ricas paellas en los restaurantes a la orilla del mar. Todos los Ministerios se habían trasladado allí, con sus numerosos funcionarios, y se encontraba uno a cada paso con amigos y caras conocidas. De no ser por ciertos síntomas, hubiéramos creído que estábamos en tiempos normales. (1976: 227)

Madrid, Valencia o Barcelona; la tierra o España –como en la tragedia cervantina *La Numancia*– aparece representada, en el imaginario del exilio, como una mujer mutilada o lacerada para regocijo de aquellos que quisieron interrumpir por la fuerza el natural curso de los acontecimientos políticos. María Lejárraga⁴, diputada a las Cortes a partir de 1933 y exiliada tras

³ Comparado con el bombardeo de Guernica en la ofensiva contra población civil, la capital alicantina sufrió el ataque realizado por los aviones italianos Savoia a las 11 de la mañana del domingo [25 de mayo de 1938](#) cuando, tras soltar 90 bombas, murieron 313 personas, en gran parte mujeres y niños, que se encontraban en el Mercado Central.

⁴ María Martínez Sierra, esposa de Gregorio Martínez Sierra, además de ensayista, política y activista del movimiento feminista español, fue la principal “colaboradora” del

vivir pocos meses de Guerra Civil en España, convierte en pura alegoría la narración del estallido del conflicto armado tras la segunda República:

Fue en la última campaña electoral de nuestra bien nacida y mal muerta Segunda República. Nació en paz, y murió a mano armada. Para traerla a la luz, España tuvo un parto sin sangre y sin dolor. Fenómeno acaso de mal agüero. Toda desviación de las leyes naturales puede pagarse cara. Para morir asesinada, derramó y vertió ríos de sangre, y suscitó quebrantos, llantos y duelo tal vez para un siglo. (Martínez Sierra, 1989: 185)

Anonimia y tragedia: la memoria de los seres

“No puedo recordar algunos nombres, pero sí el surco que dejaron algunos seres” (1998: 139), decía María Teresa León. Las memorias son un campo propicio para dejar la estampa de seres y nombres con los que el individuo va tejiendo vínculos y que van construyendo la identidad del yo en relación con la sociedad. Más todavía, si el que escribe es testigo de violencias y de ciudades devastadas, de crímenes donde las víctimas, gentes anónimas, pertenecieron en su mayoría a la población civil de ambos bandos. En casi todos estos textos, encontramos la rehabilitación de la memoria de individuos sin rostro y sin nombre, golpeados por la brutalidad repentina, que aparecen y desaparecen de los ojos del narrador, pero que imprimen en su recuerdo un matiz verdaderamente deplorable.

En las memorias habladas, y posteriormente transcritas por su nieta Paloma, Concha Méndez deja constancia de múltiples historias ajenas que, entrelazadas con su propio recorrido personal para dejar una España cercana ya a la victoria de las fuerzas rebeldes, dan imagen del tremendo terror sufrido por la ciudadanía y de los lazos extraordinariamente solidarios que se iban trazando entre las víctimas de la contienda civil:

Conseguimos un tren hacia Figueras. Al entrar en la estación, nos encontramos un matrimonio con dos niñas que lloraban de hambre. Al estar hablando con ellos me doy cuenta que Manolo ha desaparecido, y yo con

escritor en su labor creativa. Cuando su marido, años después de su separación, muere en 1947, deja entre sus papeles un documento notariado en el que declara que sus obras están escritas en colaboración con su mujer, María de la O. Lejárraga y García.

la preocupación de que el tren llegaría sin estar él; al rato lo veo pasar con una olla de patatas hervidas que habíamos dejado en casa, para las niñas que no sé cuántos días llevarían sin comer. Llegó el tren. Íbamos a subirnos a los vagones últimos, pero, por un presentimiento, abordamos el centro; y fue que, al llegar a la segunda estación de Barcelona, cayó una bomba en la cola del tren, quedando destrozados los vagones, la gente muerta, y los heridos dando gritos. (1990: 105)

No es extraño, entonces, que la huella del propio dolor por una muerte cercana aparezca, entre tanto, como la de muchos sin rostro que van quedando por las calles o los campos. El relato de la muerte del hermano de Manuel Altolaguirre –en las memorias de Concha Méndez– o la del padre de Francisco Ayala son algunas de las que aparecen para dar cuenta del modo en que la pérdida de los lazos geográficos y sanguíneos va tiñendo los discursos de los exiliados.

Las memorias de María Teresa León son las que más ahondan, como en otros muchos aspectos, en la construcción de un yo colectivo inevitablemente ligado a la concepción de la Guerra Civil como tragedia de un pueblo –tragedia numantina–. “Cada uno tiene su guerra personal y su enfoque y sus porqués”, dice la escritora en un momento de la narración del episodio bélico (1998: 295). Es así como la burgalesa narra su vida, entrelazada con la historia colectiva y también así es como –con el inevitable telón de fondo de *La Numancia* de Cervantes– finaliza el relato de la Guerra Civil española, aunque continuamente lo retome, convirtiéndolo en motivo fundamental de su historia personal:

El fin de nuestra guerra fue tan espantoso como esas tragedias colectivas que luego ocupan su lugar en la escena. Pensad en los miles y miles de seres que se acercaron en Alicante hasta la orilla del mar convencidos de que no iban a ser abandonados por los países democráticos, convencidos de que llegarían los barcos que no llegaron nunca. Pensad en los suicidios de la desesperación. (1998: 389)

El discurso de la escritora parece dirigirse a un narratorio concreto; “Desterrados de España, contad, contad lo que nunca dijeron los periódicos [...] Que recuerden los que olvidaron” (1998: 404), dice más adelante dirigiéndose al mismo colectivo desterrado. Queda, por tanto, la propia narración del exiliado, vertebrada conjuntamente por la exploración del territorio

íntimo y por la necesaria vindicación del proceso histórico que pasa a definir su difícil situación profesional, económica y, sobre todo, identitaria. Al hablar del exilio, Moreno Villa afirma, para dar gracias a la creación de la Casa de España y del Colegio de México, “a esta hora no sé dónde estaría”. Llega así al final de su relato autobiográfico, el cual ha intentado responder a la pregunta lanzada en el primer capítulo: “¿qué soy, cómo soy?”. Su propia reconstrucción personal no ha podido evitar la amarga travesía de la Guerra Civil que ha definido su rol ambiguo en una nueva sociedad.

Arraigados o desarraigados en la sociedad de acogida, los exiliados no abandonaron sus raíces y, mucho menos, el recuerdo del último acontecimiento vivido en su país. Con toda su carga de problematicidad histórica, la Guerra Civil marcó a esta generación que vivió en ese periodo los años de juventud, y se convirtió en *leit-motiv* de gran parte de su obra. Situados en circunstancias favorables para desarrollar el tema, han sido, por contra, víctimas del silencio que fue soterrando la memoria del conflicto español.

Frente al discurso del régimen franquista que por más de cuarenta años encubrió las voces discordantes y frente a la voluntad de olvido impuesta por los discursos institucionalizados a partir de la transición, las memorias del exilio intelectual español se convierten no sólo en un contradiscurso susceptible de análisis, sino también en el saldo de una deuda ética con aquellas generaciones de escritores que fueron elaborando y publicando textos en diferentes puntos de los distintos caminos geográficos que entretanto iban trazando. Sus propias identidades personales quedan unidas, involuntariamente, a un conflicto bélico que no hizo más que minar sus propósitos y los de millones de españoles, y su obra literaria, totalmente enterrada para el gran público, se vuelve objeto de necesaria lectura y reubicación en la historia literaria.

Bibliografía

- AA.VV., 2003. *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid: SECC.
- AYALA, FRANCISCO, 1991. *Recuerdos y olvidos*, Madrid: Alianza Tres.
- FABER, SEBASTIAN, 2002. *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico*, Nashville: Vanderbilt University Press.
- LEJEUNE, PHILIPPE, 1994. *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid: Megazul-Endymion.

- LEÓN, MARÍA TERESA, 1998. *Memoria de la melancolía*, Ed., intr. y notas de Gregorio Torres Nebreira, Madrid: Castalia.
- MARRA-LÓPEZ, JOSÉ R., 1963. *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*, Madrid: Guadarrama.
- MARTÍNEZ-GUTIÉRREZ, JOSEBA, 1998. "Hegemonía intelectual, exilio y continuidad histórica", en *El exilio literario español de 1939*, vol. I, Barcelona: Gexel, 325-332.
- MARTÍNEZ SIERRA, MARÍA, 1989. *Una mujer por los caminos de España*, Madrid: Castalia - Instituto de la Mujer.
- MÉNDEZ, CONCHA y PALOMA ULACIA, 1990. *Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid: Mondadori.
- MORENO VILLA, JOSÉ, 1976. *Vida en claro. Autobiografía*, México: Fondo de Cultura Económica.
- OLEZA SIMÓ, JOAN, 2003. "Rafael Alberti, Max Aub, Pablo Picasso: urdimbres", en *Max Aub, testigo del siglo XX. Congreso Internacional del Centenario (Valencia, 7 a 12 abril del 2003)*, Valencia: Biblioteca Valenciana [En prensa. Cito por www.uv.es/entresiglos/max/pdf/joan%20oleza%20y.pdf].
- PÀMIES, TERESA, 1975. *Quan érem capitans (Memòries d'aquella guerra)*, Barcelona: Dopesa.



Los notarios del olvido: memoria y silencio. La antropofagia discursiva de *Mazurca para dos muertos* de Camilo José Cela

Mariela Sánchez

Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de La Plata

Resumen

Por medio de esta lectura se proponen algunas líneas para el análisis de la configuración de la memoria a partir de la novela *Mazurca para dos muertos*, de Camilo José Cela, sobre la base del estallido de voces rastreable en el texto. La complejidad del manejo de la polifonía es susceptible de un detenimiento a través del cual se puede advertir cómo la comunicación y la ausencia de ella devienen ejes centrales en la orquestación de una particular historia de la Guerra Civil, que emerge de la fragmentación brindada por el carácter selectivo de los recuerdos.

Palabras clave: Cela - Mazurca para dos muertos - Comunicación - Memoria - Guerra Civil

Abstract

This article attempts an analysis of the configuration of memory in Camilo José Cela's *Mazurca para dos muertos*, based on the outburst of voices that can be traced throughout the text. The complex use of polyphony in this novel admits a reading focused on the way that the presence and absence of communication become central axes in the orchestration of a particular history of the Civil War. This history emerges from the fragmentation caused by the selective character of memories.

Keywords: Cela- Mazurca para dos muertos - communication - memory - Civil War

I. Alusión y elisión de la Guerra Civil en *Mazurca para dos muertos*

La fusión y confusión de las voces delimita en *Mazurca para dos muertos*¹ un microcosmos correspondiente al acotado perímetro de una familia que, más allá de un aparente pintoresquismo, da cuenta del abismo comunicacional impuesto por la guerra. En los dos muertos emblemáticos del título está cifrada la memoria coral que nos acerca la historia. El ambiente de revancha personal se carga de un accionar bélico en el que el rumor, la conspiración y la administración del poder se planifican con la rigurosidad de la venganza más elaborada y, a la vez, la más improvisada. El detalle principal radica en que el referente histórico se difumina en lo que la crítica ha denominado lengua celiana (Giménez Frontín, 1990: 32), signada por el dialogismo, el bilingüismo y la mezcla de niveles discursivos, entre otros recursos y, sin embargo, la Guerra Civil subyace y articula en forma constante las digresiones que hacen de la espera el medio para responder ante la ausencia de ley. Si bien la crítica sobre esta novela se ha centrado en el señalamiento de los usos lingüísticos, lo más interesante parece ser cómo el entramado de voces narradoras y de su tono expresivo se combina con “la serie de temas y subtemas contenidos implícita y explícitamente en los materiales argumentales de la *story*, la disposición de los mismos en el texto” (Giménez Frontín, 1985a: 86).

II. Los diferentes registros y la recapitulación del pasado

Bajo el caos del fluir de las voces en *Mazurca* subyace un orden sonoro que se apoya en la variación de sus registros y en el gesto del narrador al delegar la voz. Se considerarán en primer término las principales manifestaciones de esa variedad, dado que su riqueza contribuye a un complejo entramado y a que el devenir monocorde de la letanía –denominación que se tomará como eje central en otro apartado– se nutra de la diversidad de las voces.

Los personajes se presentan por sus alocuciones, que estallan sin previa introducción. Se trata de parlamentos sin didascalía –pese a la

¹ Se citará en el texto *Mazurca* y el número de página correspondiente a la edición citada en la bibliografía.

carga de teatralidad que en algunos pasajes el diálogo habilita— materializados en expresiones de la lengua vulgar. El ejemplo más contundente a este respecto es la narración de Ádega, teñida de todos los excesos y la naturalidad asociados a la oralidad y, en particular, representante de la versión más extensa de la autojustificación, en nombre del pueblo, por la venganza ejecutada contra el falangista que asesinó a un miembro de la familia cuya memoria se (re)construye. En las palabras de Ádega se dan todos los signos de espontaneidad —más o menos calculados según el momento en función de la intriga— tales como falsos comienzos, interrupciones explícitas y sugeridas (“algún día le diré quién, usted cálese que la que habla soy yo”, *Mazurca*: 20), digresiones varias, etc., que otras variedades lingüísticas no pueden permitirse.

En el extremo contrario —no sólo por definición sino también estructuralmente, dada su ubicación en la parte final de la novela—, nos encontramos con la variedad denominada técnica o disciplinar, propia del informe forense. Allí se resignifican determinados aspectos que en el discurso de los personajes quedaban librados a la superstición. El saber académico le atribuye un nombre científico relativo a un problema cutáneo a aquello que la sabiduría popular enumera en la primera parte como una de las “señales del hijoputa”.

La variedad lingüística regional se da en el uso del gallego. Esto se produce por medio de frases breves, por lo general refranes o dichos asociados a saberes populares, no siempre azarosos sino planteados como síntesis del carácter inevitable de la venganza que impone el detenimiento de la memoria en un día, un hecho y un muerto. En este sentido se articula una voz bien distante del saber académico encarnado en el discurso de la autopsia. Pero el abismo que se establece entre estos dos tipos de conocimiento no excluye que en ambos casos, también en el presuntamente más autorizado, se trate de una lectura del referente (en este caso, el cuerpo de Moucho), una mirada sesgada y parcial², porque nada en el texto celiano es cerrado y definitivo; todo fluye como el agua de la constante lluvia que hace de telón de fondo, junto con la guerra.

²De hecho, en el informe forense se hace alusión más de una vez a que la muerte del asesino de Baldomero fue provocada por un ataque de lobos, lo cual, más allá de encubrir la verdad, dejaría abierta la posibilidad de introducir lo sobrenatural del ataque del lobizón. De este modo, se multiplican las posibilidades de lectura de esta instancia casi paratextual dada por el informe.

Hay otro tipo de “intromisión idiomática” que se utiliza en clave paródica. Se trata de las locuciones latinas. El ejemplo más extremo es el de la letanía del santo rosario, en el que el registro de lenguaje se desliza, abandonando el rezo:

Virgo prudentissima, ora pro nobis, virgo veneranda, ora pro nobis, virgo predicanda, ora pro nobis, aquí hay virgos de más, esto es como tener en casa a los jesuitas desbravando mozos pajilleros de buena familia (*Mazurca*: 59-60)

Por último, cabría dar cuenta de una variante estándar: la voz del narrador que convoca a los efímeros narradores que van tomando la palabra o, como veremos luego, se van adueñando de los turnos de la conversación. Ahora bien, ese registro puede considerarse estándar porque no está matizado con las especificidades de las variedades sugeridas antes pero, dada la labilidad de los límites existentes entre cada intervención, por momentos la aparición de un término que sobresale demasiado es un llamamiento para volver a líneas anteriores, puesto que es probable haber saltado un cambio de emisor. Esta confusión se refuerza por la mezcla del discurso directo con el indirecto libre. Cuando no hay marca gráfica alguna (como en algunos casos, la bastardilla), lo que predomina es la polifonía, las diferentes versiones sobre un mismo hecho, la actualización del pasado desde distintos puntos de vista. La memoria se reconstruye a retazos, por lo tanto, más que reconstrucción es construcción plena, un proceso permeable a cada nueva o reiterada mirada en torno a los acontecimientos del pasado. Pero el desorden responde en *Mazurca* a una orquestación, o tal vez a un “orden”:

...porque si alguna característica fundamental tiene la prosa, la novela y la escritura de Cela es orden en las palabras. Un orden a veces hasta irritante (...); un orden repetitivo y de letanía bíblica. (Armas, 2001: 10)

Ese orden caóticamente presentado es siempre subyacente a las dos muertes aludidas en el título, que en cierta medida espejan las dos muertes paradigmáticas en torno al comienzo de la Guerra Civil, a las que Cela vuelve una y otra vez *San Camilo*, la del teniente Castillo y la de Calvo Sotelo.

III. Sonidos del recuerdo

El medio más estetizante de *Mazurca* no es necesariamente el de las palabras que modulan los humanos o, en ocasiones, los animales, sino la música, idea sintetizada en metáforas como “el mundo es una caja de resonancia y la piel de la tierra es como la badana del tambor” (*Mazurca*: 116). Desde el género mencionado en el título hasta las diferentes manifestaciones de efímera aparición (como el tango y el jazz) van otorgando un ritmo interno y permiten ver:

...hasta qué punto los diferentes lenguajes se nutren mutuamente, en un camino que ya no puede pensarse como unívoco sino como eminentemente intertextual. *Mazurca para dos muertos* tiene mucho de composición musical; no debe extrañar, pues, que la composición de Cela parta de una forma musical: la letanía, estructuralmente monotemática y cuyo motivo se repite sin variaciones a lo largo de la obra. (Audubert, 2000)

El ciego Gaudencio es el principal emisor a este respecto; la mazurca “Ma petite Marianne”³ –que sólo se toca dos veces– es el signo de apertura y cierre de la historia que se reconstruye en la narración hecha desde el distanciamiento temporal. Sería entonces el marco que delimita el pasado y que señala los dos años clave de principio y final de la guerra.

Por otra parte, esta forma de alternativa de comunicación, la musical, deviene incomunicación cuando no conlleva significado para los demás. Tal el caso de la imposibilidad de diálogo entre Cleto y las tías Emilita y Jesusa. La batería del tío Cleto y la variedad de jazz que interpreta es meramente ruido en un ámbito en que parece no haber nada para compartir más que el espacio, y esto por razones de fuerza mayor.

Tía Jesusa y Tía Emilita no le dirigen la palabra al hermano más que para preguntarle si cumplió con el precepto: “¡Iros a la mierda! Yo baso mi conducta en el libre albedrío”. (*Mazurca*: 63)

La profusión de voces y sonidos evidencia la imposibilidad de hablar de lo que está vedado. Se establece una competencia entre los ancianos por la hegemonía en el hogar, lo cual lleva a un perpetuo desentierro de rencores. Ahora bien, las diferencias internas se dirimen paredes aden-

³ Marianne es el nombre de la mujer hermosa y de semblante feliz, símbolo de Francia; con ese nombre se caracterizaba a la República en la prensa gráfica, según Thomas (1962: 21).

tro, por lo cual pasan a un segundo plano al haber un rencor superior, siempre latente; el de la muerte que hay que saldar, que excede el campo de batalla doméstico.

IV. El “rezo” de la lluvia y los cuerpos

Latente también, por momentos silenciada o imperceptible, pero siempre allí como una música de fondo, como una insistente sucesión de disparos, se encuentra la lluvia, el orvallo característico de Galicia. El prosaico fenómeno meteorológico se funde con el tono constante de la letanía, con el cual es parangonado, y conforma el telón ideal para la evocación del pasado. El carro y la lluvia musicalizan la ausencia de una trama típicamente novelesca. De hecho, pese a la sobrecarga de voces y de anécdotas narradas por los personajes, prevalecen la quietud y la inacción. El pasado frena la capacidad de seguir adelante y la memoria, enfocada en un hecho puntual, constituye una trama para el devenir. No hay prácticamente muertes en el limbo de abandono, ruina y decadencia del pueblo. La muerte en *Mazurca* parece estar en el pasado, como una marca inaugural que trunca el olvido definitivo, y en un futuro que en realidad es pasado para el tiempo de la narración.

En la espera, en el gesto de anestesiar momentáneamente el recuerdo del primer estrago de la guerra al meterse en los hogares de los Guxindes y los Moranes, las voces pierden su autonomía y son como el agua que no para de caer. Las voces y el agua actúan formalmente como una letanía y como suele ocurrir, ese rezo, que cada tanto permite la irrupción de un estribillo, a veces se automatiza y ve difuminado su contenido; pero se mantiene formalmente dando una estructuración a la monotonía (coherente con el manejo de la puntuación).

La asociación de uno de los elementos básicos (el agua) con la oración, con el rezo, es tratada detenidamente en “Las letanías del agua”. Allí se afirma que la letanía marca el ritmo y que el repiqueteo de la lluvia logra contagiar su música y propagar su presencia a lo largo de todo el texto (García Jambrina, 2001: 20). Sin embargo, pese a que dicho artículo ilumina numerosas aristas a este respecto y contribuye al abordaje de la memoria en *Mazurca* como un ejercicio de toma de conciencia colectiva, hay un punto en el que debemos divergir. García Jambrina sugiere que el agua en *Mazurca* tiene la función de “lavar” lo negativo de los recuerdos que se actualizan

(“lavar los pecados, borrar las diferencias e igualar cielo y tierra”). Más bien cabría afirmar que lo que hace es justamente lo contrario, confundir una partitura de diferentes versiones y mantener viva la memoria colectiva. La limpieza como atributo fundamental del agua equivaldría al olvido carente de rencor. Por el contrario, aquí se ejerce una administración del olvido que no es más que una dilación. Lo que hace ese telón de fondo es remover lo ocurrido. Frente a eso, la palabra es sólo un elemento retardatario, un *delay* que estructura y da cuenta de la necesidad de hablar para matizar la espera y es, a su vez, condición para la supervivencia (“mientras me dejen hablar no me matan, eso tenlo por seguro”, *Mazurca*: 137). Ese *delay*, también musical, es un avance *cuasi jazzístico* (como la música generada por uno de los personajes del clan) que no progresa; sería un regreso sincopado por la presencia (y el hacerse presente) del recuerdo.

No sólo la palabra está usada como medio de perpetuación en el tiempo, como única garantía de supervivencia. También el sexo en *Mazurca* puede pensarse como una práctica para arrollar el vacío. El narrador frecuenta a Benicia porque no hay mucho más para hacer y porque no se puede ir a ningún sitio a causa de la lluvia. La muerte, el sexo y la palabra (cfr. Conte, 1986), que ha veces se excluyen mutuamente y en ocasiones alternan con la naturalidad con que todo discurre en la experiencia cotidiana y hasta tribal de los protagonistas, son los términos entrelazados en esta variante para cumplir con el mandato de la memoria coral de los Guxindes. El lenguaje de los cuerpos, como el de la letanía, adquiere una impronta de mecanismo que también contribuye a la estructuración de lo que se narra. Sería entonces un medio y no un fin en sí mismo; un entreacto que condimenta la espera y que por momentos deviene en un factor más para el hastío.

V. Naturaleza y palabras

En medio del ocio reinante, algunos personajes de *Mazurca* hallan tiempo para adoctrinar a los animales en el uso articulado del lenguaje. Lejos de ser un detalle pintoresco, el hecho de que los animales adquieran una mínima y ciertamente precaria forma de comunicación le quita al ser humano su marca identificadora por antonomasia. Además, es a través de la pseudo capacidad comunicativa de los animales como entra

en juego un pasado lejano (no sólo temporalmente) asociado a la libertad. Así funcionan los cuervos que silban la Marsellesa, con todo lo que ello implica en plena Guerra Civil y en territorio nacional. El episodio del loro que blasfema en latín también puede leerse bajo esta luz. El disenso, lo prohibido, se introducen por los seres más elementales de la Naturaleza. El humano no puede dar cuenta del disenso más que a costa de perder la vida y no puede hacer presente más que el recuerdo acotado que tiene como punto de partida el año de la sublevación militar contra la II República.

Otra dimensión de lo animal tiene que ver con el clima de leyenda propio de la impronta gallega en la literatura de Cela. El galleguismo de *Mazurca* no está dado por el particular manejo del castellano por parte de quienes no lo manejan suficientemente bien, defecto que pretendió atribuir Cela a sus personajes cuando le preguntaron sobre la lengua y los galleguismos. Para Casares (1990: 15-16) en “Cela, Galicia y galleguismos” la incorporación de términos arcaizantes cumple una función estética y no meramente comunicativa. A su vez, se va creando un tono de misterio y de fusión con la naturaleza; y es en relación con ese tono como cobra cuerpo lo sobrenatural y se borra la línea divisoria entre lo animal no-humano y el animal humano, por medio de la licantrópía. La metamorfosis de Romasanta⁴ conlleva una anulación de la memoria y del reconocimiento, lo cual hace que degluta a su propia familia. Tampoco este detalle de la deglución es menor. La antropofagia, el acto de devorar el hombre al hombre, aún con el atenuante que introduce el humor (“se conoce que esa familia le tiraba”, afirmado en relación a que el lobizón mata y come a distintos miembros de una misma familia) es acaso el elemento más determinante ubicado en el plano connotativo del lenguaje para actualizar metafóricamente el recuerdo de la guerra y, en especial, la condición fratricida de la Guerra Civil española, signada por la aniquilación del otro, aún mediante la pertenencia a un mismo tronco filial o a un mismo pueblo (por más que siempre se quiera resaltar la condición foránea de Moucho - Fabián Minguela)⁵.

⁴ Vecino tendiente a la licantrópía. En la pérdida de sus facultades mentales, devora a su mujer, al hijo que tuvo con ella, y a otros miembros de la familia.

⁵ Hay otra evocación que cobra carácter simbólico: otros dos animales –señalados como portadores de mala suerte– son los cisnes, llamados Rómulo y Remo en obvia referencia a la matanza de un hermano por otro en aras del poder en la mítica fundación de Roma.

VI. Polifonía y silencio

Detengámonos ahora en otro caso de antropofagia; si bien algo más diferido, no menos significativo: Ádega, como en una suerte de novela por entregas, administra información de manera dosificada. Funciona como “notario de las muertes” (“Ádega lleva la cuenta de los muertos, alguien tiene que ser el notario de las muertes”, *Mazurca*: 58) y también como el personaje principal a cargo del suministro de datos para reconstruir la memoria y la historia, porque “se sabe bien sabida la crónica del monte” (*Mazurca*: 109). A medida que narra, que alimenta al narrador con su mirada sobre el pasado, también lo alimenta literalmente⁶. Lo que en apariencia resulta un factor anecdótico podría pensarse como una metáfora sobre la Guerra Civil, espejada en la deglución, literal cuando no queda más opción –cuando no hay otra legislación que la Ley del Monte⁷; e ideológica cuando, como en el caso de Baldomero Afouto, no hay lugar para la disidencia política. Y a su vez, la metáfora de la deglución tendría, como veremos luego, vinculación con el desenvolvimiento lingüístico de los personajes.

Fabián Minguela es literalmente devorado por la familia de su víctima. Se desentierran sus restos –para que no quede rastro y no se pueda evocar materialmente su recuerdo, y así se responde al “gesto” de Fabián Minguela–, y se los arrojan a los cerdos, los que finalmente formarán parte de una receta de Ádega. Todo se da en un clima de “autodiálogo”, término elegido por Bertrand de Muñoz (1990: 10) para estudiar la formulación narrativa de *San Camilo*, donde el narrador habla en primera persona a su otro “yo” en segunda. Sin embargo, en muchos casos el destinatario del autodiálogo llega a ser el destinatario del texto. De esta forma, el tú se pluraliza en un examen de conciencia colectivo.

⁶ Ádega va administrando gradualmente la información hasta que le hace saber a su interlocutor y al lector que los restos mortales de Fabián Minguela fueron desenterrados, devorados por los cerdos, y a su vez, esos cerdos fueron elaborados para ser comidos por los miembros de los Guxindes. Este vendría a ser un apartado más de la Ley del Monte a la que luego haré referencia; cuando, además del derecho al disenso, propio de una militancia republicana que nunca se explicita en forma acabada, se le niega a Baldomero Gamuzo la posibilidad de cristiana sepultura, cada uno toma su parte en la venganza.

⁷ Este término cifra el plan de ajusticiamiento, por parte del clan de los Guxindes, contra el falangista Fabián Minguela. Ante la ausencia de derechos cuando un orden impuesto avanza sobre el orden natural, se accede a una solución local (la justicia por mano propia), que responde a las normas de un mundo a punto de naufragar, el del clan, silenciado por la intromisión de la Guerra Civil en la vida cotidiana de la familia y en los hogares del pueblo.

El olvido y los llamados a silencio de *Mazurca* (del orden de “Bueno, me callo, lo mejor es estar callado” (*Mazurca*: 178) supondrían una dilación para que pueda hacerse efectiva la única ley que ampara a aquellos a quienes no ampara ninguna Ley.

...ahora no se puede hablar de Machado, de Antonio Machado, del otro sí se puede, el secreto es vivir a espaldas de todo, es una situación difícil de alcanzar, eso debe ser casi la beatitud, sólo hay dos posibilidades, que la soledad se desee y se busque o que la soledad se tema y se encuentre aun a nuestro pesar, en el primer caso es un premio, en el segundo es un precio, el de la independencia. (*Mazurca*: 241)

La profusión de voces y la mezcla de registros podrían pensarse entonces como un gran paréntesis que contiene en sí el derecho esencial de la libertad que ya no pertenece a los habitantes del pueblo. Le queda al lector el trabajo de decodificar los silencios para ver la trama que se va dibujando al construir una versión de los hechos. O mejor, leer qué hay detrás de la multiplicidad de voces, del disenso y las desmentidas. Y he aquí el correlato que el tópico de la antropofagia tiene en el plano lingüístico. Hemos sugerido que el narrador —o aún Robín Lebosán⁸, en su reconstrucción material del pasado— convoca a las otras voces, que hacen las veces de fuente. El narrador, también él como un notario del pasado, pide testimonio y evoca. Pero a la vez puede hacerse una lectura en un sentido opuesto: ¿hasta qué punto conduce la historia, si por momentos la vertiginosidad polifónica parece avanzar sobre la presunta hegemonía de una voz central? En una oración que se extiende a lo largo de cuatro páginas (201-204), es posible advertir cómo se entretajan tipos de discursos bien disímiles, destacándose especialmente los textos instructivos y la profusión de chismes. Ese párrafo termina con el fin oficial de la guerra:

¡Sebastiana!, ¡mande, don Rómulo!, ponte en enagua en el balcón hasta que te acatarres, cada punto de tu aguja hacendosa, mujer de España, es una victoria segura contra el frío que tortura a los soldados que con tu sacrificio están haciendo la patria, toma de Madrid, 1 de abril de 1939,

⁸ Giménez Frontín (1985b: 105-127) establece una gradación entre el narrador central, el que conduce la historia, y el personaje de Robín Lebosán, de quien sabemos que está escribiendo su autobiografía. La narración del primero contiene la de Robín, y ambos concentran en sí diversas características de Camilo José Cela.

Año de la Victoria: en el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, etc. La guerra ha terminado. (*Mazurca*: 204)

La toma de turnos de la conversación deviene en un acto de avanzar sobre el otro, de silenciarlo y, ¿por qué no?, de “devorar” su argumento. Una alocución pasa al espacio presumiblemente destinado a la siguiente, en una permanente invitación a la relectura para la identificación cabal –a veces imposible– del emisor. El silencio se abisma en lo no dicho o en los excesos de una verbosidad que conduce a la idea de que, además de la imposibilidad, también llega a ser impropio el intento de atribuir a cada personaje su parlamento, ya que lo que se va conformando es una memoria coral. La pluralidad permite el enriquecimiento y, a su vez, la contradicción dada por la puesta en duda de una versión definitiva del pasado.

Más allá de la posibilidad de ver las fisuras con que Cela retoma una historia que ya había intentado contar⁹, queda la imagen de la pérdida de un mundo añorado por la memoria coral de un clan, imposible de ser recuperado debido a los estragos de la ausencia de ley y de comunicación, estragos impuestos por códigos foráneos, invasores de las leyes locales.

–Los gallegos hubiéramos arreglado esto en menos de una semana pero, ¡qué quiere!, se metieron quienes usted sabe, Raimundiño dice que los aventureros, los patriotas, los jugadores de ventaja, los mesías, los mártires de la China y del Japón, y ya ve usted cómo acabó todo: con el país ahogado en sangre, con el personal famento y merdento y con la gente sin atreverse a mirar los unos para los otros. (*Mazurca*: 124)

⁹No puede dejar de pensarse en cierto oportunismo dado por la distancia temporal de *Mazurca*, desde la que se enuncia un alegato contra la insensatez de la guerra fratricida (“lo malo es la fría y mantenida violencia de la mediocridad empapelando el lozano chorro de la vida” *Mazurca*: 205); el punto de vista sobre la Guerra Civil está dado desde una mirada distanciada, ya sin riesgos, bien lejana del momento en que Camilo José Cela actuó como censor. Aún así, por momentos, el alarde estilístico duplicaría la autocensura de los personajes al perderse en el derrotero de las verdades dichas a medias. En este sentido, Moucho, en su condición de forastero, podría pensarse como una sinécdoque del fascismo; pero su improvisación y su impulso no alcanzan para dar cuenta de la impronta fascista, que es el gran fantasma de la segunda parte, y que no abandona definitivamente la condición de fantasma. La caracterización del enemigo no es finalmente tan osada. Tal como afirma Giménez Frontín (1985), Moucho puede ser leído también como una especie de víctima; es un inmigrante que sufre la imposibilidad de inserción y que usa la guerra para una venganza de índole más bien personal.

Desde este punto de vista, aún después de todo lo escrito sobre esta novela, principalmente en la prensa gráfica, quedaría planteada la posibilidad de extender –pese a la acotación referencial de *Mazurca* y, probablemente pese a su autor mismo– la matriz de esta mirada sobre la espera de un silencio doméstico impuesto y las “soluciones” provisionarias de la Guerra Civil española, al tratamiento literario de otros conflictos bélicos en los que códigos culturales foráneos avanzan sobre las costumbres y la libertad de pensamiento y acción (o de quietud) de un pueblo.

Bibliografía

- ARMAS, MARCELO, 2001. “El orden de las palabras”, *ABC Cultural: Cela, 85 años de pasión literaria*, 5 de mayo de 2001.
- AUDUBERT, ROSA, 2000. “*Mazurca para dos muertos*: la historia o el retorno de las voces y los discursos”, *Espéculo, Revista de estudios literarios*, 15, www.ucm.es/info.espectaculo.
- BERTRAND DE MUÑOZ, MARYSE, 1990. “Novelas de la guerra. *San Camilo, 1936*”, *Ínsula* 518-519, febrero-marzo.
- CASARES, CARLOS, 1990. “Cela, Galicia y galleguismos”, *Ínsula* 518-519, febrero – marzo.
- CELA, CAMILO JOSÉ, 1985. *Mazurca para dos muertos*, Barcelona: Seix Barral.
- CONTE, RAFAEL, 1986. “La muerte, el sexo y la palabra”, *ABC Cultural, Cela desde los '80*, 9 de mayo de 1986.
- GARCIA JAMBRINA, LUIS, 2001. “Las letanías del agua”, *ABC Cultural: Cela, 85 años de pasión literaria*, 5 de mayo de 2001.
- GIMÉNEZ FRONTIN, JOSE LUIS, 1985a. “De la memoria como experiencia estética”, en *Camilo José Cela. Texto, contexto*. Madrid: Montesinos, 85-103.
- , 1985b. “Tierra e historia en *Mazurca para dos muertos*”, en *Camilo José Cela. Texto, contexto*. Madrid: Montesinos, 105-127.
- , 1990. “*Mazurca para dos muertos*, una propuesta de lectura”, *Ínsula* 518-519, febrero-marzo.
- THOMAS, HUGH, 1962. *La Guerra Civil Española*, París: Ruedo Ibérico.



Max Aub revisitado: lugares en (torno a) *La gallina ciega*

Federico Gerhardt

Universidad Nacional de La Plata - CIC

Resumen

En *La gallina ciega*, Max Aub recoge y reelabora las impresiones -propias y ajenas- provocadas por su regreso a España en 1969, tras treinta años de exilio en México. El artículo aborda algunas manifestaciones de la dinámica de relación entre memoria y literatura, tanto en *La gallina ciega* –en el recorrido de Aub por la geografía peninsular–, como en las (re)lecturas de la obra aubiana que ponen en evidencia el lugar que ella ocupa en el canon español moderno.

Palabras-clave: Max Aub - La gallina ciega - memoria - Guerra Civil - exilio

Abstract

In *La gallina ciega*, Max Aub recollects and re-elaborates impressions (of his own and of others) caused by his returning to Spain in 1969, after thirty years of exile in Mexico. This article analyses some of the manifestations of the dynamic relation between memory and literature, within *La gallina ciega* (in Aub's trips through the peninsular geography) and also in the (re)readings of Aub's work, that show its position in the Spanish modern canon.

Keywords: Max Aub - La gallina ciega - memory - Civil War - exile.

La gallina ciega (1971)¹, libro en el que Max Aub recoge sus experiencias al volver a España tras treinta años de exilio, dio origen a dos presunciones de lectura que parecen gozar de relativa aceptación en la crítica aubiana. Por un lado, en el prólogo a su *Diario español*, Aub reconoce la posibilidad de haber llegado a España con una idea preconcebida del estado de ese país, de modo tal que la experiencia del regreso no sería sino una constatación de sus suposiciones², la realización presente de un futuro previsto, fundamentalmente, en su producción literaria. Junto con algunos relatos breves³, *Las vueltas* (1947, 1960 y 1964) escritas con anterioridad a su fallido regreso a la Península en agosto de 1969 son el referente casi obligado a la hora de estudiar este tópico crítico (Soldevila, 2003a: 179-180; Aznar, 2003: 8; Ugarte, 1999: 150n). Por otro lado, también en el prólogo, el autor da la otra clave de lectura al manifestar que el libro, aunque mayormente basado en registros simultáneos con respecto a los hechos referidos⁴, es fruto de una reconstrucción literaria posterior⁵, llevada a cabo en los dos años que median entre la experiencia española que lo motivó y su publicación en 1971. El minucioso análisis del texto y la consulta de las fuentes permitieron a los especialistas comprobar esta particularidad y estudiar su incidencia en la composición de la obra⁶.

¹ Todas las citas corresponden a Aub (2003). Las mismas se indicarán en el cuerpo del texto como GC y el número de página.

² La idea se repite a lo largo del libro (GC: 164, 187, 310), a veces matizada (GC: 383).

³ El relato más estrechamente relacionado con *La gallina ciega* es *El remate* (1961), cuyo protagonista regresa a España después de un prolongado exilio. Partiendo del tema en común, el relato y el *Diario español* comparten un conjunto de ideas y su respectiva cristalización literaria –que merecerían un trabajo aparte–, cuyo ejemplo más notorio es el de la metáfora que da nombre al libro (GC: 594-595, texto de la contraportada) y que expone el protagonista de aquel relato (Aub, 1995: 476).

⁴ Abundan en el libro menciones de los diferentes modos de registro de que se vale el autor, fundamentalmente, la grabación magnetofónica (G: 243, 265, 318, 515), aunque también la toma de notas o fotografías (GC: 480).

⁵ Si bien en ocasiones lo hace por una deficiencia de los registros (GC: 383-384, 455), otras veces responde a criterios estilísticos, como el orden (GC: 218) o la agilidad (GC: 416) del discurso.

⁶ Aunque se trata, en su mayoría, de detalles evidentes, como la fecha de la cita de Buñuel al principio del libro –18-VIII-71 (GC: 109)–, hay casos en que la reelaboración literaria a que fue sometido el registro primero es puesta al descubierto por la investigación (Aznar, 2003: 10-17). Esta característica del proceso de creación del “diario” repercute en la consideración del mismo –en lo que respecta a su estatuto genérico– por

Estos dos “lugares comunes” de la crítica con respecto a *La gallina ciega* sugieren sendas líneas de análisis. Por una parte, si el futuro al que Aub acomoda el presente vivido y registrado había sido concebido literariamente, cabe predicar lo mismo de la otra dimensión temporal sobre la que se imprime dicho presente en forma casi constante: el pasado. Por otra parte, si la experiencia de 1969, en tanto pasado relativamente reciente, fue sometida a una reconstrucción literaria, es lícito conjeturar que un proceso semejante fue sufrido por el otro pasado que entra en juego en las páginas del *Diario español*, la República y la Guerra Civil, cuyo recuerdo reivindica Aub ante el olvido imperante. En el lugar determinado por la coincidencia de estos dos lineamientos se constituye el punto de partida de la presente lectura, que no es otro que la observación de las diversas emergencias de la dimensión literaria de la memoria⁷ en *La gallina ciega*.

parte de los críticos, algunos de los cuales han visto en él una novela, ya ligada a *El laberinto mágico* (Soldevila, 2003a: 181; Aznar, 2003: 18), ya a las novelas de artista *La calle de Valverde* y *Jusep Torres Campalans*. (Fuentes, 1996: 770)

⁷Desde el establecimiento de sus bases, la investigación moderna sobre la memoria colectiva y sus relaciones con la memoria individual reconoció la dimensión literaria del fenómeno. El pionero estudio publicado por Maurice Halbwachs en 1925, *Les cadres sociaux de la mémoire*, parte, para la elaboración del capítulo central del libro –el cual versa sobre la reconstitución del pasado–, de reflexiones sobre la recepción literaria (2004: 105-138). Posteriormente, en el último capítulo de su inacabado y póstumo *La mémoire collective* (1950), aborda la relación entre memoria colectiva y espacio –estrechamente relacionada con la presente lectura (v. *infra*)– partiendo de observaciones sobre la construcción literaria del espacio, citando por ejemplo a Balzac y Dickens (1950: 131). Esta marca de origen perdura en trabajos como el dirigido por Pierre Nora en torno a lo que denomina *lieux de mémoire*. Nora reconoce una dimensión literaria de los lugares de memoria (1997a: 16), una dimensión por momentos poética –en sentido jakobsoniano–: “... ils (les lieux de mémoire) sont à eux-même leur propre référent, signes qui ne renvoient qu'à soi, signes à l'état pur. Non qu'ils soient sans contenu, sans présence physique et sans histoire: bien au contraire” (1997b: 42-43). La volubilidad y laxitud del concepto propuesto por Nora en 1984, su fecundidad, su naturaleza interdisciplinaria, el discurso de ribetes literarios –lírico por momentos– con que lo expuso, acaso hayan sido factores que dieron lugar al uso no deseado que, en ocasiones, de ellos se hizo, por el que se lamenta años después en el texto que, con tono elegíaco, cierra la monumental obra desarrollada bajo su dirección (Nora, 1997d). V. nota 24.

El autor expone de forma patética la encrucijada en la que lo colocó “el tiempo multiplicado por la ausencia” (GC: 542), donde entran en contacto “lo que es” y “lo que fue”, el presente y el pasado⁸:

¿Cómo puedo ponerme a juzgar si estoy mirando –viendo– lo que fue y no puedo ver, más que como superpuesto, lo que es? Tengo que hacer un esfuerzo. Tendré que hacerlo, a cada momento, no olvidarme de la fecha, del tiempo pasado. Matar los recuerdos. No he venido a eso sino a trabajar en lo que fue (uno) y ver, por mi gusto, lo que es (dos). No a relacionarlo. Y es lo que hago en todo momento, sin remedio. (GC: 138)

El pasado es el otro “texto que debe leerse en filigrana a través de todas las hojas de este libro” (GC: 103), y su autor es también Max Aub; al llegar, reconoce en España su propia invención:

Extraña sensación de pisar por primera vez la tierra que uno ha inventado o, mejor dicho: rehecho en papel. No es la carretera de *Enero sin nombre* sino otra, paralela. Pero puede ser la de *El limpiabotas del Padre Eterno*. Existe. No la inventé. O, sí, la inventé con sólo levantar la cabeza. Antes no era así. Es la primera vez que voy y vengo por aquí. (GC: 115)

Una vez más, el tiempo le juega una mala pasada a Aub. No sólo su percepción se superpone a su recuerdo, sino que en éste, lo histórico y lo literario hacen lo propio, tanto al señalar los cambios observados como al dar cuenta de lo que permanece invariable. Por un lado, encuentra “todo nuevo” en la carretera de Francia y compara sus árboles con “los de *Enero sin nombre* o, mejor dicho, el de *Enero sin nombre*” (GC: 113), y lamenta la desaparición del Teatro Universitario de Valencia,

...el teatro donde Asunción descubrió, aterrorizada, el cadáver de aquel personaje de cuyo nombre no me acuerdo, colgado en un palco. (Ese teatro donde dirigía a estos, a estos mismos. Es decir, a sus abuelos, cuando tenían su edad (...) ese teatro, que ya no existe...) (GC: 295)

⁸ Aunque es sabido que el pasado, para Aub, no se limita a “lo que fue”; se dice el autor a sí mismo: “te deshaces en deseos, te consume la furia del amor hacia un pasado que no fue...” (GC: 311).

Por otro lado, afirma que Barcelona está “como tantas veces la he retratado” (*GC*: 137) y que el Oro del Rhin, el café de sus tertulias juveniles, “hasta hoy está todavía igual que en *Campo cerrado*” (*GC*: 139).

Sin embargo, por momentos, la relación cobra formas diferentes. Así, por ejemplo, el 24 de agosto, Perelada despierta en Aub palabras que cruzan geografía, historia y literatura:

Allí está Perelada. Para la enorme mayoría es un vino excelente, a veces. Para mí, un castillo y un capítulo de novela y la historia: allí estuvieron, algún tiempo –hace mucho o poco según se mire o se sienta– las Meninas y las Lanzas. (*GC*: 121)

En este pasaje, “Perelada” tiende a ser literatura; ya no es sólo el lugar representado en una novela, sino también una parte de ella, es decir, un capítulo de *Campo de sangre*.

Los lugares que ve Aub, como partes de ese pasado que emerge ante sus ojos en el presente visitado, desaparecieron o están en vías de hacerlo (*GC*: 139), y sus palabras al respecto dejan al descubierto el carácter literario de los mismos: “Todos los sitios de mis novelas en trance de caer bajo la piqueta” (*GC*: 166)⁹.

A lo ya expuesto se suma una serie de detalles presentes en la edición española de *La gallina ciega*, cuya concurrencia se orienta en el sentido propuesto. Observando la anotación del texto por Manuel Aznar Soler, puede encontrarse que, en varias ocasiones, la aparición de un topónimo español provoca la introducción de una nota que marca la existencia de una obra aubiana –o una parte de ella– de igual o semejante nombre, cual si fueran los datos bibliográficos del lugar. De este modo, la lectura experta de Aznar pone en evidencia, voluntaria o involuntariamente, la relación existente entre los lugares históricos españoles y la literatura de Max Aub. Por ejemplo: Oro del Rhin, “Oro del Rhin”, capítulo de *Campo cerrado* (*GC*: 139n); Viver, “Viver de las aguas” de *Campo cerrado* (*GC*: 139n); la calle de Valverde, *La calle de Valverde* (*GC*: 308n); Campo del Moro, *Campo del Moro* (*GC*: 309-10 y n).

⁹No se trata, sin embargo, sólo de la propia escritura. El paso por tierras españolas también suscita en Aub el recuerdo de pasadas lecturas, de autores que dejaron huellas en su obra, como Cervantes y Galdós al recorrer las calles de Madrid (*GC*: 308), o Machado en las tierras de Castilla (*GC*: 427-431).

En los lugares que recorre, el recién venido encuentra personas y personajes –o sus huellas– sin establecer distinciones claras entre unos y otros. Así como se refiere al piso madrileño de Francisco Ayala en la calle del Marqués de Cubas (*GC*: 312), lo hace a la casa donde nació Julián Templado, personaje de *Campo de sangre*, en la calle Campomanes (*GC*: 496). Habla del fin de sus dos “antihéroes de *Campo del Moro*”, Lola y Casado, sintiendo “no haber hablado con ellos” (*GC*: 120), mezclando al militar Segismundo Casado López con Lola Beltrán, personaje protagonista del episodio más densamente ficcionalizado de la novela (Lluch, 2002b: 135). El 24 de septiembre se presenta una (con)fusión similar: “Por aquí vivía Chuliá (el que así se llama en mis novelas)” (*GC*: 297). Con la superposición de tiempos característica de *La gallina ciega*, Aub encuentra por las calles de Valencia a sus propios personajes: “Allá, del brazo, me parece ver a Vicente y a Asunción” (*GC*: 176),

...me hiere, me duele que ahí, a cincuenta metros, en la lechería de Lauria, Vicente esperaba (espera) a Asunción, que –unos metros más acá– en casa Balanzá, Chuliá cuenta hazañas, y que nadie lo sepa. (*GC*: 295)

El dolor manifestado es consecuente con su condición de expulso que vuelve a un lugar que ya no es el suyo, de “turista al revés” que va a “ver lo que ya no existe” (*GC*: 245). Desde el primer día que pisa suelo español es consciente de su problema: “Ve una España que ya no existe” (*GC*: 113). ¿Cuál es esa España inexistente? Aub lo deja en claro, negativamente, al decir que el país que encuentra en 1969 “no era España, no era mi España” (*GC*: 310). La iteración es reveladora; la alteración que se inserta en la repetición de la frase vuelve redundante cualquier énfasis gráfico tendiente a señalar la relevancia del posesivo. Posesivo porque, de acuerdo con lo visto hasta aquí, “su” España es no sólo la que recuerda sino también la que inventó, un lugar de (su) memoria y un lugar de (su) literatura. “Su” España, la de la República, es, a la vez, su representación literaria. Esto explica la solución que Aub plantea a Dámaso Alonso ante la desaparición de “su” España: “Habría que inventarla” (*GC*: 413).

Entonces, si –como se ha observado anteriormente– la literatura de Max Aub es un factor de peso en la construcción del pasado en *La gallina ciega*, el desconocimiento del pasado por parte de los españoles con que tropieza el autor implica la ignorancia de su obra. Una vez más, Aub se adelanta al paso de la presente lectura, al reconocer que su literatura se confunde con la memoria que constantemente reivindica:

Lloraba calmo, por mí y por España. Por España tan inconsecuente, olvidadiza, inconsciente, lejana de cualquier rebeldía, perjura (...) ¿Sobre qué lloras? ¿Sobre los mineros de Asturias? ¿Sobre los obreros de Sabadell o de los alrededores de Madrid? ¿Sobre los campesinos andaluces? No me hagas reír. Lloras sobre ti mismo. Sobre tu propio entierro, sobre la ignorancia en que están todos de tu obra mostrenca, que no tiene casa ni hogar ni señor ni amo conocido, ignorante y torpe... (GC: 311)

En efecto, en 1969, cuando Max Aub llega a España, ninguna de las novelas de *El laberinto mágico* –la empresa más decididamente abocada a la construcción de una memoria sobre la Guerra Civil y sus consecuencias, dentro de su extensa producción literaria– formaba parte del reducido número de sus libros publicados en el país (Aznar, 2003: 32). El autor, en su recorrido, es testigo de esta situación, que en ocasiones admite (GC: 386) aunque no acepta como excusa de la ignorancia de sobre su obra (GC: 404). Así sucede en su decepcionante visita a las librerías españolas (GC: 154-155, 291). Los pocos lectores interesados por la literatura en torno a la Guerra Civil prefieren a otros escritores (GC: 138, 251), y sus propios admiradores no leyeron más que un par de títulos (GC: 404); tampoco tiene la certeza de que sus amigos hayan leído los libros que pudo publicar en España (GC: 127). Aub siente que es un perfecto desconocido en la prensa y en el ámbito universitario (GC: 156, 219), entiende que la crítica lo conoce poco y mal en el mejor de los casos –ya sea como creador o como crítico– (GC: 386, 550), y considera que las revistas literarias no son órganos de difusión cultural válidos (GC: 214, 386, 403). Para completar el cuadro desolador, comprueba que los poetas jóvenes jamás oyeron su nombre (GC: 127).

Aub, aun conociendo las particularidades de su caso, ubica la ignorancia de su obra en el contexto más amplio del desconocimiento y olvido de que es objeto toda su generación literaria, por parte de las posteriores (GC: 243-244). La suya es una generación “borrada del mapa” (GC: 251), y las historias de la literatura, con el conocimiento que proporcionan, a veces erróneo o incompleto (GC: 191-194) pero siempre insuficiente (GC: 243-245), difícilmente puedan poner solución a esa barrera impuesta por la dictadura entre las generaciones actuales y las pasadas (GC: 262-266)¹⁰.

¹⁰ Además de las ya citadas, en varias ocasiones (GC: 340, 392-393, 397-398, 598, etc.), Aub piensa el pasado en términos generacionales. Cabe señalar que la generación es uno de los *lieux de mémoire* a los que Nora dedica un análisis más detallado (1997c); si bien

Este panorama que Max Aub encuentra dominado por la ignorancia del pasado y de la literatura consagrada a su memoria allana el camino a la condena del escritor¹¹, bajo los cargos de recordar o inventar, ya no como disyuntiva sino como equivalencia¹²:

A cualquier político le será fácil convencer a los felices moradores de su país bien soleado que los autores de todo mal son los escritores, por inventar tramoyas e inverosimilitudes o recordar tiempos pasados, siempre peores. (*GC*: 168)

Sin embargo, transcurrido un cuarto de siglo, la situación es muy otra. En 1996 se publican las Actas del I Congreso Internacional “Max Aub y el laberinto español” celebrado en Valencia en 1993 (Alonso, 1996), cuyo objetivo fue la normalización de la presencia del escritor en España. Dicho congreso se constituyó en el hito fundamental y fundacional del proceso de recuperación de la figura del autor de *El laberinto mágico* desde diferentes sectores de la institución literaria. A partir de entonces, se sucedieron en la Península –y también fuera de ella– cursos de verano en diferentes universidades, números monográficos de revistas especializadas¹³, exposiciones en torno a su vida y obra, etc. Una sucesión de acontecimientos variados que no carece de su correspondiente repercusión editorial, cuyo punto más destacable es la edición –actualmente en marcha– de las Obras Completas¹⁴. Este proceso de normalización –cuyas

se ocupa sobre todo del caso francés, considera que el modelo de generación –construido históricamente– en España es la generación de 1898 (1997c: 2988), importante punto de referencia en diferentes pasajes de *La gallina ciega* (*GC*: 162, 392-393, 538-539, etc.).

¹¹ La condena convierte al escritor en autor, ya no sólo en sentido literario sino también penal. Al respecto, resulta significativo el alegato con el que Aub da comienzo al prólogo: “No escribí este diario español con premeditación y menos con alevosía” (*GC*: 97). Sobre las connotaciones legales del exilio, y el escritor exiliado como transgresor, vid. Ugarte (1999: 11-36).

¹² Escribe Aub el 4 de octubre: “Nadie quiere hablar de verdad de su vida. ¡Como si lo que se puede inventar no fuese equivalente!” (*GC*: 354).

¹³ Esta misma publicación, *Olivar* (Macciuci y Pochat, 2002), ha dedicado el primero de sus números monográficos a Max Aub, contando con la contribución de los más prestigiosos especialistas en la obra aubiana, a la que se sumaron trabajos de jóvenes investigadores en la materia.

¹⁴ La edición de las *Obras Completas* de Max Aub por la Biblioteca Valenciana está dirigida por Joan Oleza y en su preparación intervienen especialistas de la talla de Ignacio Soldevila y Francisco Caudet, entre otros.

dimensiones hacen imposible, en este espacio, aunque sólo sea su simple repaso¹⁵— remite a un fenómeno problemático para la historiografía literaria en general, y para la española en particular: el exilio. Los debates en torno al lugar de la producción literaria del exilio republicano español continúan siendo manifestaciones o emergencias de una tensión que no admite soluciones unánimes ni unívocas¹⁶.

La relación establecida entre la normalización aubiana y la reincorporación de la literatura del exilio, llama la atención sobre otra cuestión, a saber: esta reivindicación relativamente reciente de la figura de Max Aub cuenta con un antecedente claro, aunque menos efectivo, duradero y exitoso.

Hacia finales de los años sesenta y principios de los setenta, especialmente en los últimos años de la dictadura franquista, la obra de Max Aub comienza a recibir una mayor atención por parte del público y de la crítica españoles, en virtud de un sensible aumento en el número de obras del autor publicadas en la Península, que puede atribuirse tanto a las repercusiones de su efímero regreso (Aznar, 2003: 55n) como a las modificaciones sufridas por el aparato censor (Soldevila, 2003b) —el cual, no obstante, dejó huellas en los textos aubianos que, en muchos lamentables casos, aún hoy sobreviven y se reproducen en diversas reimpresiones (Aznar 2002; Lluch 2002a)—. Como muestra del lugar y la dimensión de la figura de Aub en el campo de las letras españolas del momento aludido, es oportuno citar las palabras de Camilo José Cela, escritor ya entonces prestigioso y consagrado, al ser interrogado en 1970 sobre el movimiento de reincorporación a España de los escritores en el exilio, también llamado “operación retorno” (Tola de Habich y Grieve, 1971: 8)¹⁷: “¿Cómo se va a ignorar a Max Aub, cómo se va a ignorar a...?”

¹⁵ Puede encontrarse un panorama general al respecto en la presentación del número monográfico de *Olivar* (Macciuci y Pochat, 2002), y en Soldevila (2003b). De todos modos, el mismo vértigo impreso a la normalización aubiana vuelve rápidamente obsoleto cualquier trabajo dedicado a su registro.

¹⁶ Para un estado de la cuestión y una discusión al respecto, vid. Soldevila (1995).

¹⁷ En el mismo libro está incluida una entrevista a Luis Goytisolo (Tola de Habich y Grieve, 1971: 169-180), uno de cuyos pasajes, la última respuesta, comenta Max Aub en *La gallina ciega*, sin revelar la identidad del entrevistado —aunque, fiel a su costumbre, deja pistas—: “...no hago sino repetir y dar razón al joven poeta al que le preguntaron ayer qué pensaba de la reincorporación de los escritores del exilio y contestó: ‘A un cambio de actitud del régimen’. Y remató airoosamente: ‘Sin más trascendencia’. Tiene

No, no cabe en la cabeza de nadie. Coño, es como de repente borrar a Juan Ramón Jiménez o a Rafael Alberti, ¿en qué cabeza cabe?” (Tola de Habich y Grieve, 1971: 97).

En la cabeza de Francisco Umbral, quien el año anterior había publicado en el diario *Ya* un artículo titulado “El retorno de los brujos”¹⁸, sobre la visita de Max Aub a España –el viaje registrado en *La gallina ciega*–, en el cual lo relega al pasado –y, con ello, al silencio y al olvido– junto con “todos los otros” escritores españoles exiliados en América, a los que sin embargo dice amar: “No dijeron su palabra en su momento y ya es tarde para que la digan” (Aznar, 2003: 57). De más está decir que el tiempo acabó dando la razón a Cela; lo que en Umbral, en un principio, sólo fue incongruencia y miopía histórica, con el tiempo devino una práctica de la inexactitud capaz de conjugar la ignorancia deliberada con la xenofobia. El capítulo de *Las palabras de la tribu* (1994) correspondiente a Max Aub, encerrado en un *apartado* titulado “Los del exilio” se abre con un comentario más que elocuente: “Max Aub era un señoruco que ni siquiera era español, sino un viajante de comercio suizo que llegó a España y se quedó. Su prosa es la que puede esperarse de un viajante de comercio suizo” (Umbral, 1996: 278).

Siete años más tarde, desde las páginas del diario *El País*, Juan Goytisolo contesta con dureza y sarcasmo lúcidos a ambos textos del ya por entonces flamante Premio Cervantes:

Con esa mezcla tan carpetovénica de superioridad e ignorancia que le caracterizan, este último (Umbral) pontifica sobre “los brujos que llegan tarde” –pues ahí ya están ellos, los ahijados de Juan Aparicio y demás lumbreras del régimen– y cuyo retorno, dice, “nos los trae desembrujados”. Quienes sostienen contra toda evidencia documental la existencia de dos Umbrales (el franquista de ayer y el *progre* de hoy) deberían leer, como nos invita el protagonista de *La gallina ciega*, los juicios perentorios

razón. Desagradecido pero sincero. –¿Y por qué desagradecido? –No nos quedamos atrás para sacarle de la cárcel” (GC: 601). Alude Aub a su propio accionar y el de otros exiliados ante la detención en España, en febrero de 1960, del autor de *Las afueras*. El comentario de Aub es una muestra más de la recomposición literaria de los registros, operada en el proceso de creación de *La gallina ciega*, visto y considerando que la entrevista data de 1970 (vid. nota 6).

¹⁸ *Ya* (30-octubre-1969), página 8 del suplemento “Las letras y la gente”, transcripto en Aznar. (2003: 56-57)

que le endilga, en 1994, desde su trono literario de plástico (reproduce las líneas arriba citadas de *Las palabras...*) Si comparamos estas líneas fétidas con las que escribían los también castizos plumíferos del régimen sobre la diputada socialista judía Margarita Nelken en plena guerra civil hallaremos la continuidad ideológica que va del fascismo puro y duro del bando vencedor a la supuesta progresía de hoy. (Goytisolo, 2003: 147-8)

En “El regreso a Ítaca”, texto dedicado a *La gallina ciega*, Juan Goytisolo tiende lazos metafóricos entre Aub y el héroe homérico –el de los muchos lugares, geográficos y discursivos–, y recupera la figura del “intelectual que debe abandonar su país, al que no reconoce a la vuelta” (2003: 143), (re)construye la imagen de Max Aub en tanto “escritor comprometido, sí, mas para quien los problemas políticos son problemas morales y cuya clarividencia le convierte en un testigo de un fuste de un Jovellanos o un Blanco White” (2003: 144).

Curiosamente, desde un lugar a todas luces diferente –es decir, no ya desde la heterodoxia programática–, la reivindicación de Max Aub y su obra llevada a cabo por Muñoz Molina años antes coincide con la operación realizada por el autor de *Señas de identidad*, no sólo en el énfasis en la condición de exiliado del autor de *La gallina ciega*, sino en la filiación intelectual¹⁹ que le atribuye en consecuencia. La imagen recuperada por el autor de *Beatus ille* en su discurso de ingreso a la Real Academia Española en 1996 es la de “una leyenda a la vez literaria y política: la del escritor republicano exiliado” (Muñoz Molina, 1998: 100)²⁰. En “Destierro y destiempo de Max Aub”, Muñoz Molina construye una genealogía:

¹⁹ Muestra de los modos en que se modifica el pasado desde el presente en la reflexión metaliteraria –recordando las consideraciones de T. S. Eliot sobre escritura y tradición, o las borgeanas acerca de los precursores de Franz Kafka–, la figura de Aub permite hacer convenir a Jovellanos y Blanco, coincidencia no exenta de extrañeza, teniendo en cuenta los “negros dictados” que sobre éste vierte aquél, en carta a Lord Holland fechada en Gijón el 17 de agosto de 1811.

²⁰ El halo mítico atribuido a Max Aub y a los escritores exiliados tiñe también en los comentarios de Francisco Umbral. En 1969 decía: “Habían vivido todos, para nosotros, en el olimpo y la mitología del exilio” (Aznar, 2003: 56). El sentido de estas consideraciones, radicalmente diferente del de las palabras de Muñoz Molina, se muestra más claro en 1994: “Los exiliados en bloque se benefician de un prestigio, una gloria, un aura, un carisma que muchos no hubieran tenido en una España republicana y normalizada (...) Todos estos segundones de la República tuvieron en el fondo la suerte... de ser glorificados por el exilio” (Umbral, 1996: 274-275).

... el linaje en que debe ser incluido su nombre (el de Aub) es el de tantos españoles que debieron abandonar su país o que sufrieron la desgracia de no escapar a tiempo de él. Max Aub es heredero de Gaspar Melchor de Jovellanos, que fue miembro de esta Academia, y también de José María Blanco White... (1998: 115)

La especial atención al exilio como uno de los rasgos determinantes y definitorios de la producción aubiana, que comparte el texto de Juan Goytisolo con el de Antonio Muñoz Molina –y, también aunque en otro sentido, con los de Francisco Umbral– acerca a ambos a la mencionada “operación retorno”. ¿Dónde reside la diferencia? La respuesta, siendo obvia, es capaz, sin embargo, de echar luz sobre la cuestión. Lo que separa a la reivindicación de la figura de Max Aub emprendida en el último entresiglos, de la tentativa de reincorporación de su obra treinta años anterior es, precisamente, el tiempo.

Con el tiempo, entra a jugar de modo mucho más decisivo la memoria, no por el mero hecho de que sea su dinámica la que origine un pasado sobre el cual se construye desde el presente la(s) memoria(s), sino porque es justamente hacia finales del siglo XX cuando el interés por la memoria comienza a crecer desmesuradamente en las naciones occidentales, volviéndose motor de estrategias diversas en pos de la recuperación y/o preservación del pasado (Huysen, 2000). En este contexto, la sociedad española y su actitud con respecto a su historia reciente no constituye una excepción (Luengo, 2004: 9-13, 69-97), sobre todo luego de una transición hacia la democracia sobre la que no pocos autores –como, por ejemplo, Eduardo Subirats (2003)– arrojan las sospechas de un “pacto de silencio”²¹. La memoria es, entonces, la dimensión determinante en la recuperación de la figura y de la obra de Max Aub

²¹ No obstante, en los textos citados, las miradas de Muñoz Molina y Goytisolo sobre la Transición no parecen hacer foco en los mismos aspectos del proceso. Mientras el primero se refiere a “el Parlamento que en 1977 restauró las libertades españolas” y sostiene que “el sistema político actual se legitima en la medida en que restaura las libertades de 1931 y con ellas la herencia progresista de las Cortes de Cádiz” (Muñoz Molina, 1998: 116-7); el segundo señala los efectos de un “pacto de olvido... que abrió el cauce a la transición” (Goytisolo, 2003: 146) y afirma: “España entró en la modernidad en los años sesenta de la mano de Franco y los tecnócratas del Opus Dei: el país así creado conserva las huellas y paga el peaje de aquel período de tutoría” (2003: 149). También en esta diferencia gravita, una vez más, el tiempo, esta vez, los cinco años que median entre el discurso de Muñoz Molina y el artículo de Goytisolo.

por autores como Juan Goytisolo²², la marca epocal que distingue su acercamiento de los primeros intentos de fines de la década del '60 y principios de la siguiente: "La vida de Aub fue truncada por la derrota de la República y la saña de los vencedores la persiguió hasta la tumba e incluso hasta ultratumba. Recordarlo ahora es un deber elemental de justicia" (2003: 184).

En "El regreso a Ítaca", Juan Goytisolo recuerda a Max Aub, el Max Aub de *La gallina ciega*, libro que es memoria de una etapa del régimen de Franco y que reflexiona sobre el lugar de la memoria de la Guerra Civil y de su propia literatura a ella consagrada en la sociedad española de aquel entonces. Vuelta lugar de memoria²³, *La gallina ciega* no pierde su fuerza, evocadora y polémica a un tiempo, en esta *mise en abîme*; la lectura de Goytisolo rescata y revela una memoria que se hace presente en la actualidad tal como los personajes de las novelas de Aub se presentan ante el escritor en los lugares españoles que visita en 1969; una memoria que se hace del presente, para interrogarlo e interrogarse:

¿Qué pensaría Aub de la España boyante del nuevo milenio? ¿De este país de nuevos ricos, nuevos libres y nuevos europeos que en cifras macroeconómicas va a más y culturalmente a menos? ¿De esa sociedad desmemoriada, satisfecha de sí misma, que premia la mediocridad porque se reconoce en ella? (Goytisolo, 2003: 148)

El cruce de lecturas de la obra de Max Aub brevemente abordado por la presente, lejos de prestarse a una conclusión, también arroja preguntas. Preguntas que emergen de las relaciones entre estas intervenciones públicas de circulación diversa y disímiles características genéricas (artículo de diario, ensayo, discurso, entrevista), correspondientes a per-

²² Es también el caso de Antonio Muñoz Molina (1998: *passim*), algunas de cuyas observaciones respecto de *La gallina ciega* son cercanas a las expuestas en la primera parte de la presente lectura (*v. gr.*: 1998: 93). Para un agudo aunque breve análisis de "Destierro y destiempo de Max Aub", y su incidencia en la consideración de la figura de Aub por la institución literaria, vid. Ugarte (1999: XIV-XVII).

²³ Si bien *La gallina ciega* presenta varias de las características establecidas por Pierre Nora para la identificación de un *lieu de mémoire*: conjuga el ejercicio de la memoria con una reflexión sobre la memoria misma (1997b: 39, 40), está guiada por una voluntad de memoria (1997b: 37-38) tanto en su producción como en su recepción –según se ha notado en los textos de Goytisolo y Muñoz Molina–, etc.; el uso, en este caso, de lo que sería su traducción literal responde más bien a cuestiones expresivas.

sonalidades prestigiosas de diferente posicionamiento político/poético (Camilo José Cela, Francisco Umbral, Juan Goytisolo, Antonio Muñoz Molina), que hacen patente el carácter central y a la vez conflictivo del lugar que ocupa Max Aub en el canon literario español. Preguntas que pueden resumirse en el interrogante que, de manera menos trabajosa, más clara y concisa, formuló Rafael Chirbes (2003) al cumplirse cien años del nacimiento del autor de *La gallina ciega*: ¿Quién se come a Max Aub?

Para ensayar respuestas que pretendan dar cabal cuenta de la complejidad del proceso de incorporación de Max Aub al canon español moderno, la crítica atenta a las formas que adopta la construcción de la memoria debe estar consciente de la posibilidad de ser ella misma partícipe (¿necesario?) de un proceso similar. Surge, entonces, otra vez, otra pregunta: la pregunta por el lugar de la crítica²⁴: ¿cómo ser juez y parte?

Bibliografía

- ALONSO, CECILIO (ed.), 1996. *Actas del I Congreso Internacional "Max Aub y el laberinto español (Valencia y Segorbe, 13-17 de diciembre de 1993)"*, Valencia: Ayuntamiento de Valencia, Col·lecció Encontres.
- AUB, MAX, 1995. *Enero sin nombre. Los relatos completos del Laberinto mágico*, Edición y prólogo de Javier Quiñones, Barcelona: Alba Editorial.
- , 2003. *La gallina ciega*, Edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler, Tercera edición (española), Barcelona: Alba Editorial.
- AZNAR SOLER, MANUEL, 2002. "Franquismo e historia literaria: sobre la reedición de *Mis páginas mejores*", *Laberintos. Anuario sobre los exilios culturales españoles*, 1, Valencia: Biblioteca Valenciana, 167-177.
- , 2003. "Max Aub en el laberinto español de 1969", en MAX AUB. *La gallina ciega*, Edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler, Tercera edición (española), Barcelona: Alba Editorial, 7-95.

²⁴ La pregunta, sin ser nueva, no es exclusiva de la crítica literaria; también emerge, bien que de modo diferente, en las reflexiones de Nora en torno a sus *lieux*: "... l'outil forgé pour la mise en lumière de la distance critique est devenu l'instrument par excellence de la commémoration. Qu'y faire sinon s'efforcer de comprendre à son tour les raisons de cette récupération?" (1997d: 4687).

- CHIRBES, RAFAEL, 2003. "Quién se come a Max Aub", *El País-Babelia*, 31 de mayo.
- FUENTES, VÍCTOR, 1996. "Buñuel, novela, obra inconclusa de Max Aub: una excavación crítica-dialógica", en *Actas del I Congreso Internacional "Max Aub y el laberinto español (Valencia y Segorbe, 13-17 de diciembre de 1993)"*, Cecilio Alonso (ed.), Valencia: Ayuntamiento de Valencia, Col-lecció Encontres, 769-778.
- GOYTISOLO, JUAN, 2003. "El regreso a Ítaca", en *Encuentros de historia y literatura. Max Aub y Manuel Tuñón de Lara*, M^a Fernanda Mancebo (ed.), Valencia: Biblioteca Valenciana, 143-149. (Publicado previamente en *El País - Babelia*, Madrid, 28 de julio de 2001.)
- HALBWACHS, MAURICE, 1950. *La mémoire collective*, Publié par Jeanne Alexandre, París: PUF.
- , 2004. *Los marcos sociales de la memoria*, Postfacio de Gérard Namer, Traducción de Manuel Antonio Baeza y Michel Mujica, Barcelona: Anthropos-Universidad de la Concepción-Universidad Central de Venezuela.
- HUYSEN, ANDREAS, 2000. "La cultura de la memoria: medios, política, amnesia", *Revista de crítica cultural*, 12, jun., Santiago de Chile, 9-15.
- LLUCH PRATS, JAVIER, 2002a. "Propuesta para una reautorización de Max Aub: *Campo del Moro* y *Las buenas intenciones*", *Laberintos. Anuario sobre los exilios culturales españoles*, 1, Valencia: Biblioteca Valenciana, 33-51.
- , 2002b. "Un manuscrito del taller de Max Aub", en *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*. Año III, n^o 3. *Número monográfico: Max Aub*, Raquel Macciuci y María Teresa Pochat (eds.), La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Centro de Teoría y crítica literaria, 117-144.
- LUENGO, ANA, 2004. *La encrucijada de la memoria. La memoria colectiva de la Guerra Civil Española en la novela contemporánea*, Berlin: edition tranvía.
- MACCIUCI, RAQUEL Y MARÍA TERESA POCHAT (eds.), 2002. *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*, Año III, n^o 3, *Número monográfico: Max Aub*, La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Centro de Teoría y Crítica Literaria.

- MUÑOZ MOLINA, ANTONIO, 1998. "Destierro y destiempo de Max Aub", en *Pura alegría*, Madrid: Alfaguara, 87-118, (Discurso de ingreso en la Real Academia Española, leído el 16 de junio de 1996).
- NORA, PIERRE, 1997a. "Présentation", en PIERRE NORA (dir.). *Les lieux de mémoire*, Vol. 1, Paris: Quarto - Gallimard, 15-23.
- , 1997b. "Entre mémoire et histoire. La problématique del lieu", en PIERRE NORA (dir.). *Les lieux de mémoire*, Vol. 1, Paris: Quarto - Gallimard, 24-43.
- , 1997c. "La génération", en PIERRE NORA (dir.). *Les lieux de mémoire*, Vol. 2, Paris: Quarto - Gallimard, 2975-3015.
- , 1997d. "L'ère de la commémoration", en PIERRE NORA (dir.). *Les lieux de mémoire*, Vol. 3, Paris: Quarto - Gallimard, 4687-4719.
- SOLDEVILA DURANTE, IGNACIO, 1995. "La literatura del exilio en la historiografía", en *Las literaturas exiliadas en 1939*, Manuel Aznar Soler (ed.), Barcelona: Associació d'Idees - GEXEL, 11-15.
- , 2003a. *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub*, Segunda edición, Valencia: Biblioteca Valenciana.
- , 2003b. "Vida nueva de Max Aub", *Revista de Occidente*, n° 265, junio, 25-37.
- SUBIRATS, EDUARDO, 2003. "De la transición al espectáculo", en *Memoria y exilio. Revisiones de las culturas hispánicas*, Madrid: Losada, 345-367.
- TOLA DE HABICH, FERNANDO Y PATRICIA GRIEVE, 1971. *Los españoles y el boom*, Caracas: Editorial Tiempo Nuevo.
- UGARTE, MICHAEL, 1999. *Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo*, Traducción de Lorena Lastra, Madrid: Siglo XXI.
- UMBRAL, FRANCISCO, 1996. *Las palabras de la tribu. De Rubén Darío a Cela*, Barcelona: Planeta.



Antonio Sánchez Barbudo y Guillermo de Torre. Una polémica durante la Guerra Civil española

Raúl Illescas
Universidad de Buenos Aires

Resumen

Antonio Sánchez Barbudo y Guillermo de Torre mantuvieron durante 1937 una polémica en torno al arte y a la función social del intelectual y el artista. La misma se suscitó a partir de un artículo publicado por Guillermo de Torre en la revista *Sur*; que mereció la inmediata respuesta de Sánchez Barbudo en su condición de secretario de la revista *Hora de España*; y luego un segundo artículo del teórico de las vanguardias. La controversia, al igual que la que mantuvieron los artistas Ramón Gaya y José Renau, es ejemplar en tanto permite leer las condiciones de creación y el lugar del compromiso del artista e intelectual, durante los últimos momentos de la II República y en medio de la Guerra Civil. Este trabajo es parte de un artículo en curso que analiza el debate entre destacados intelectuales en la revista *Sur*; en donde se explicitan dos posiciones bien precisas y diferenciadas que trascienden el contexto del conflicto español.

Palabras-clave: Revista Sur - Vanguardia - Compromiso

Abstract

Antonio Sánchez Barbudo and Guillermo de Torre maintained during 1937 a controversy around the art and to the social function of the intellectual and the artist. This one was provoked from an article published

by Guillermo de Torre in *Sur* magazine, that it deserved the immediate answer of Bearded Sanchez as its secretary of the magazine *Hora de España*; and soon a second article of the theoretician of the vanguards. The controversy, like the one that maintained the artists Ramón Gaya and José Renau is exemplary in as much it allows to read the conditions of creation and the place of the commitment of the artist and intellectual, during the last moments of II Republic and in the middle of the Civil War. This work is part of an article in course that analyzes the discussion between intellectual outstanding in *Sur* magazine, in where two precise and differentiated positions specify affluent that they extend the context of the Spanish conflict.

Keyword: Sur magazine - Vanguard - Commitment

Estas líneas son el punto de partida de un trabajo en curso, sobre la polémica que mantuvieron dos importantes figuras de la escena cultural española durante la Guerra Civil y los últimos momentos del gobierno de la II República. Me refiero a Antonio Sánchez Barbudo y a Guillermo de Torre, quienes sostuvieron esta controversia en torno al lugar del arte y a la actitud del intelectual y el artista, en esa desdichada coyuntura histórica.

De esta manera se pueden identificar las dos posiciones; por un lado la de Guillermo de Torre quien publicó en 1937 el artículo: "Literatura individual frente a literatura dirigida" (1937a: 91) en *Sur*; la revista creada por Victoria Ocampo. Aquí el teórico establece una contraposición entre André Breton y Louis Aragon, artistas e intelectuales del surrealismo. De Torre señala "el máximo contraste" que se produjo a partir de las distintas direcciones estéticas y políticas que tomaron los artistas nombrados. Surge de este modo, la clara diferenciación en torno al arte nuevo e individual frente al popular, colectivo, de propaganda y dirigista. Y la idea que la oposición de fondo que reavivó desde el surrealismo, fue idealismo versus materialismo. El artículo critica cualquier forma de totalitarismo (ya sea comunista o fascista) y propone –siguiendo a Breton en *Position politique du surréalisme*– una suerte de revolucionarismo individual, "sin renunciar a lo inmanente de su ser". Soberanía del espíritu en síntesis, y distanciamiento de todo compromiso político. El artículo no hace referencia explícita a la situación de España.

Por otro lado, Antonio Sánchez Barbudo no hizo esperar la respuesta y publicó un artículo a modo de réplica: “La adhesión de los intelectuales a la causa popular”. Ésta no deja dudas:

Creemos en la necesidad de un arte de propaganda, y para ayudar a este arte que sirve a la lucha, a la guerra, debemos poner todos nuestros conocimientos y medios técnicos, lo mismo que en otro momento podemos combatir con las armas de fuego de los demás soldados, si arte puede llamársele, sea el único, el exclusivo y propio de la revolución y de los revolucionarios. (1937: 12)

La respuesta de Sánchez Barbudo genera un nuevo artículo de Guillermo de Torre, quien no le rehuía a la esgrima intelectual y a la polémica¹. Así lo hace a través de “Por un arte integral” (1937b) dirigido al Sr. Don Antonio Sánchez Barbudo, Secretario de *Hora de España*, donde de Torre establece puntos de acuerdo y también fuertes diferencias, todas ellas dentro del campo democrático. Y aunque –en principio se encarga de distinguir entre la situación de España y la URSS o la Alemania de Hitler– de Torre no deja de señalar la distinción entre él, un intelectual libre, y Sánchez Barbudo, “un escritor comunista” al servicio de una causa política.

No niego que pueda existir un arte, una literatura y hasta un pensamiento de propaganda. Sobre todo en ciertos momentos cruciales de la vida colectiva como este que vivimos cuando, en suma, la salvación de una idea libre ante otra aniquiladora es condición previa para que cualquier clase de arte desinteresado pueda existir después. Mas por eso mismo desearía que el arte de propaganda fuera inequívocamente explícito en sus fines, limitándose a ellos, y no aspirando a suplantar las demás especies del arte. ¿Arte social? “Arte universal”, lo llamaba Tolstoi, y en esa amplitud ecuménica es donde podemos hallar un vértice de convergencia. (1937b: 60)

Un primer comentario, teniendo en cuenta la situación que vivía España por aquel entonces, es que había una avidez de lectura y una increíble recepción de las diversas publicaciones. La distancia transoceánica entre Argentina y España tampoco estableció limitación alguna.

¹ Recordemos tan sólo la polémica que de Torre (1951b) mantuviera en el ámbito de *Sur*; número 202, con Julio E. Payró a propósito del artículo “¿Arte abstracto o arte no objetivo? Carta abierta a Guillermo de Torre”; y “Respuesta a Julio E. Payró” en el mismo número. O también la “Carta abierta a Pablo Neruda” (de Torre 1951a).

Probablemente algunas referencias sobre sus biografías permitan entrever las posiciones que cada uno de ellos sustentaban.

Antonio Sánchez Barbudo había nacido en Madrid en 1910. Desarrolló una múltiple actividad como periodista, escritor y docente; fue colaborador del periódico *El Sol* y *Hoja Literaria* y cofundador y secretario de la revista *Hora de España*.² Participó activamente en las Misiones Pedagógicas; en 1938 recibió el Premio Nacional de Literatura por la novela *Entre dos fuegos*. Luego del derrocamiento del orden constitucional en su país, se exilió en México y posteriormente en Estados Unidos, donde ejerció como profesor de literatura española en las universidades de Texas y Wisconsin. Murió en ese país en 1995. Entre sus obras se destacan: la novela *Sueños de grandeza* (1945) y los trabajos críticos: *Una pregunta sobre España* (1945), *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado* (1959), *La segunda época de Juan Ramón Jiménez (1916 -1953)* (1962), *Cincuenta poemas comentados* (1963), *Los poemas de Antonio Machado* (1967).

Guillermo de Torre, madrileño también, nació en 1900 y falleció en Buenos Aires en 1971. Fue poeta y ensayista y colaborador en numerosas revistas del ultraísmo, del cual fue uno de los principales artífices. Junto a Ernesto Jiménez Caballero fundó en 1927 *La Gaceta Literaria*. Entre sus numerosas publicaciones es imprescindible mencionar *Literaturas europeas de vanguardia* (1925), su reedición *Historias de las literaturas de vanguardia* (1965), *La aventura y el orden* (1943), *Guillaume Apollinaire: su vida, su obra y las teorías del cubismo* (1946), *Qué es el superrealismo* (1955), y *El fiel de la balanza* (1961).

Precisemos ahora, algunos datos que hacen a la comprensión de la polémica. Como se dijo, Sánchez Barbudo formó parte de las Misiones Pedagógicas creadas por el primer Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes de la II República, don Marcelino Domingo, según decreto del 29 de mayo de 1931. La institución que llevó adelante esta actividad fue el Patronato de Misiones Pedagógicas; Antonio Machado y Pedro Salinas fueron algunos de los que la integraron. El objetivo básico de las Misiones Pedagógicas consistió en llegar a lugares determinados –fundamen-

² No se puede dejar de mencionar la revista *Romance. Revista popular hispano-americana*, el nuevo emprendimiento cultural en tierras mejicanas que encuentra a los exiliados Sánchez Barbudo, J. Gil-Albert, R. Gaya, L. Varela y J. Herrera Petere. Fueron 24 números entre febrero de 1940 y mayo de 1941.

talmente rurales— con una fuerte impronta cultural. Ello permitió no sólo poner en marcha una acción cultural sino también hacer un relevamiento de las condiciones reales de vida de los habitantes de cada lugar. La acción supuso el fomento de la lectura mediante la creación de bibliotecas, la presentación de proyecciones cinematográficas, actividades musicales y teatrales con participación del pueblo. A ello se sumaba el Museo Circulante que mediante copias del patrimonio de diferentes museos, sobre todo de El Prado, ofrecía a la población entrar en contacto con los grandes pintores españoles. El Museo Circulante asimismo desacralizaba la forma institucional para establecer una relación activa de recepción de la cultura (música, puestas en escena, etc.). Aquí se encontraba Sánchez Barbudo junto a Luis Cernuda y Ramón Gaya, entre otros, desplegando una actividad incansable tendiente a hacer ciudadano a todo español.

En otro orden fue *Hora de España* —junto a *El mono azul* (1936) y *Madrid (Cuadernos de la Casa de la Cultura)* (1937-38)— una de las tres revistas culturales publicadas en los últimos años de la Guerra Civil. *Hora de España. Ensayos. Poesía. Crítica. Al servicio de la causa popular* estuvo financiada por la Subsecretaría de Propaganda, Ministerio de Educación Pública, y llevó una vida agitada a causa de las condiciones del enfrentamiento bélico. Se publicaron veintitrés números editados entre Valencia, Madrid y Barcelona, de enero de 1937 a noviembre de 1938, siguiendo los pasos del gobierno democrático. Allí ubicamos a Sánchez Barbudo como secretario de redacción —cargo que sólo delegó para ir al frente de combate, trabajando codo a codo con Arturo Serrano Plaja, Rafael Dieste, Juan Gil-Albert, Ramón Gaya y María Zambrano. El consejo directivo estuvo formado por intelectuales y artistas de la talla de José Bergamín, Rafael Alberti, Antonio Machado, León Felipe, Moreno Villa, Rodolfo Halffter, Ángel Ferrant, Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso, José Gaos, Fernández Montesinos, entre otros. Y destaquemos la tarea del editor e imprentero, el poeta Manuel Altolaguirre. *Hora de España*, de periodicidad mensual, albergó la pluralidad de criterios en la defensa de la República y el orden democrático. Como afirma Francisco Caudet:

Por la función y miras, así como por la calidad de las colaboraciones: ensayos, poemas, narraciones, teatro, comentarios de las actividades culturales y de política del momento, *Hora de España* representa una aportación a la cultura española de primera magnitud. Al igual, se puede

considerar como un empeño cultural en tiempo de guerra ejemplar a nivel internacional. (1974: 99)

En el caso de Guillermo de Torre es importante señalar su activa participación en el campo de las vanguardias no sólo como crítico sino también como poeta. Prueba de ello son los artículos publicados en la revista *Cosmópolis* dirigida por Enrique Gómez Carrillo, génesis de su libro *Literaturas europeas de vanguardia* y como poeta, *Hélices* (1923), de corte ultraísta y dadaísta. Pero quizás la palabra que mejor define a Guillermo de Torre es la de precursor. Su nombre está asociado al ultraísmo junto a Rafael Cansinos-Asséns –creador del término–, Isaac del Vando-Villar, Pedro Garfias, Adriano del Valle, José Rivas Panedas, Xavier Bóveda, Gerardo Diego y Jorge Luis Borges. Esta vanguardia puede rastrearse sobre todo en los sucesivos intentos de publicaciones periódicas. Revistas literarias como por ejemplo *Grecia*, que apareció por primera vez en Sevilla en 1818 y su último número data de 1920 en Madrid, donde de Torre aportó el “Manifiesto Ultraísta Vertical”. Las revistas *Ultra*, *Cosmópolis*, *Tableros*, *Reflector* y *Alfar* fueron la presencia de esta vanguardia en la cultura española. Probablemente *Ultra* haya sido su genuino portavoz, con apenas una año de vida 1921-1922. En todas ellas reconocemos la importante huella teórica del autor de *Qué es el superrealismo*. La consideración de precursor puede confirmarse asimismo, en esa búsqueda incansable por la novedad y la adhesión a la tecnología, que se verifican en dos vertientes muy precisas. La primera como introductor y traductor de nuevas experiencias en el campo del arte y la literatura. (Recordemos la inmediata traducción del libro de Max Jacob, *Un cubilete de dados* en 1924). Y la segunda, como apasionado polemista, por ejemplo desde la revista *Sur*.³

En agosto de 1927 Guillermo de Torre se embarcó rumbo a la Argentina en su condición de secretario de *La Gaceta Literaria* y como lo señaló Francisco Ayala: “Va “a fundirse” con aquella prolongación ideal de una España nueva, más vital, más musculosa y cosmopolita que es Suramérica. A “fundirse” sin “confundirse” (1927: 1). Posteriormente y con la llegada de Franco al poder, de Torre se sumó a la infinita lista de exiliados de la dictadura. Ya establecido en Buenos Aires fue el secreta-

³ Guillermo de Torre fue miembro del Comité de redacción desde los inicios de la revista.

rio de edición de Editorial Losada, colaborador permanente del diario La Nación y profesor en la Universidad de Buenos Aires.

Las posiciones hasta aquí señaladas permiten leer la polémica en cuestión desde la perspectiva de dos importantes autores que reflexionaron sobre el lugar del intelectual, figura imprescindible de la Modernidad. Nos referimos a Antonio Gramsci y Julien Benda.

El teórico italiano en su trabajo *Los intelectuales y la organización de la cultura* (1986) incluido en los *Cuadernos de la Cárcel*, analizó desde una renovada perspectiva marxista el lugar de los intelectuales. En este punto y relacionado con el concepto de hegemonía, Gramsci fue conciente de que la actividad de éstos era decisiva en ese espacio de lucha, la sociedad civil. Propuso el concepto de intelectuales “orgánicos”, quienes organizaban la sociedad para otorgarle homogeneidad a la clase de la que pertenecían. Asimismo, la idea gramsciana de intelectual era amplia y suponía tanto al pensador, al científico, al teórico en definitiva, como al propagandista. Este escritor nacido en Cerdeña en 1891, consideró que, en una coyuntura revolucionaria, la presencia de los intelectuales resultaba indispensable. Es Francisco Caudet quien sintetiza esta noción en el contexto de la Guerra Civil mediante la idea de urgencia como respuesta a las necesidades históricas.⁴

Julien Benda estableció una perspectiva diferente. Como afirma Raquel Macciuci:

(...) en 1927 un libro esencial, *La traición de los intelectuales* (*La trahison des clercs*) de Julien Benda, se convertirá en el más destacado defensor de la posición contraria, retorno del intelectual –el clérigo en tanto sucesor de los clérigos que en el pasado fueron los depositarios de la cultura y se mantuvieron alejados de los poderes temporales– al único modo legítimo de participar en la vida pública: partir de postulados éticos universales ajenos a todo interés partidario o circunstancias históricas inmediatas. (2006: 86)

Este análisis se enriquece con la reseña bibliográfica que sobre el texto de Benda realizó Guillermo de Torre (1937c) en *Sur* en el mismo número en que publicó la respuesta a Sánchez Barbudo. Y se prolonga además en su libro *Minorías y masas en la cultura y el arte contempo-*

⁴ V. Caudet, 1980.

ráneo (1963). En el caso de Sánchez Barbudo, es necesario revisar las diferentes intervenciones en *Hora de España* y fundamentalmente, las investigaciones y análisis críticos que le dedicó al poeta Antonio Machado, figura ejemplar del compromiso en el arte.

Finalmente, el estudio de esta polémica permite poner de manifiesto no sólo el problema puntual del intelectual y su compromiso con la República, sino también leer el clima de época en todo el mundo.

La intención de estas líneas fue dar visibilidad a la controversia y evitar un reduccionismo binario, un mero antagonismo sin tomar partido por alguno de estos escritores. Lo interesante de la polémica entre Sánchez Barbudo y de Torre fue la situación misma que enriqueció el debate teórico de la época. Suscitar, encender, entablar, mantener, son todos ellos sinónimos de discutir. La disputa teórica exhibió una cartografía rica. Las reflexiones que genera el concepto de compromiso son evidentes aun en la negación del mismo, y el consecuente debate en torno a la autonomía del arte y la praxis vital están presentes en ambos. También se puso en juego el lugar del artista que oscilaba entre la trinchera y la torre de marfil.

Siguiendo la lógica de notas de este trabajo, el debate ayuda a entender el problema de la modernidad en España y para ello, queda pendiente revisar la presencia de Ortega y Gasset y la concepción del arte en relación con estos autores. De este modo la discusión se suma a la disputa contemporánea que mantuvieron Ramón Gaya, representante de *Hora de España* y José Renau, por *Nueva Cultura*, donde se discutió la posición a tomar por pintores y cartelistas. Ambas escenificaron el *hic et nunc* de los intelectuales y artistas. Así el mapa exhibe nuevos accidentes donde será necesario sumar la importancia de los documentos colectivos, como por ejemplo, los editoriales de *Hora de España* y la *Ponencia colectiva*. (AA.VV., 1937)

Bibliografía

- AA.VV., 1937. "Ponencia colectiva", *Hora de España*, 8, julio de 1937, 280 - 283.
- AYALA, FRANCISCO, 1927. "Madrid = América. 3 Raids Literario. Guillermo de Torre", *La Gaceta Literaria*, Año I, número 16, Madrid, 15 de agosto de 1927, 1.

- CAUDET, FRANCISCO, 1974. "Apuntes para la biografía de *Hora de España*, núm. 23", reimpresión facsímil. Glashütten im Taunus, Verlag Detlev Auvermann, 97-107.
- , 1980. "Los intelectuales en la guerra del 36", *Actas del VI Congreso Internacional de Hispanistas*, Toronto, 176-178.
- DE TORRE, GUILLERMO, 1937a. "Literatura individual frente a literatura dirigida" *Sur*; 30, marzo de 1937, Buenos Aires, 89-104.
- , 1937b. "Por un arte integral" *Sur*; 37, octubre de 1937, 52-63.
- , 1937c. "Disciplina y deleite de Julien Benda", *Sur*; 30, marzo de 1937, 105 -113.
- , 1951a. "Carta abierta a Pablo Neruda" *Sur*; 195-196, enero /febrero de 1951, 80-84.
- , 1951b. "Respuesta a Julio E. Payró", *Sur*; 202, agosto de 1951, 87-91.
- , 1963. *Minorías y masas en la cultura y el arte contemporáneo*. Barcelona- Buenos Aires: Hispano-América.
- GRAMSCI, ANTONIO, 1986. *Cuadernos de la Cárcel: Los intelectuales y la organización de la cultura*. Tomo II, México: Juan Pablos Editor.
- MACCIUCI, RAQUEL, 2006. "Funciones del arte. Compromiso. Hacia un posible marco teórico" en *Final de Plata Amargo. De la vanguardia al exilio: Ramón Gómez de la Serna, Francisco Ayala, Rafael Alberti*. La Plata: Al Margen, 65-102.
- PAYRÓ, JULIO E., 1951. "¿Arte abstracto o arte no objetivo? Carta abierta a Guillermo de Torre", *Sur*; 202, agosto de 1951, 87-91.
- SÁNCHEZ BARBUDO, ANTONIO, 1937. "La adhesión de los intelectuales a la causa popular", *Hora de España* 7, julio de 1937, 12-13.



Historia, memoria y mito: lecturas de la Guerra Civil española

Juan Antonio Ennis

Universidad Nacional de la Patagonia Austral

Resumen

El siguiente artículo ofrece una breve discusión en torno a algunos trabajos que se ocupan de las formas de la elaboración histórica y literaria de la Guerra civil española en España y Alemania, e intenta formular algunas preguntas que ayuden a lograr un mejor entendimiento de los desarrollos recientes en la cultura de la memoria en Europa. Un interrogante central a ser discutido aquí, surgido de un primer acercamiento a la literatura sobre el tema, es por qué la palabra “mito” va con tanta frecuencia asociada a la memoria de la guerra civil española, sea cual sea la orientación política del texto. En las páginas que siguen, se intentará abordar el debate teniendo en cuenta ésta y otras cuestiones y las diversas voces –enunciadas y silenciadas– de una historia ya contada de muchas maneras diversas.

Palabras-clave: mito - Brigadas Internacionales - Alemania - RDA

Abstract

The following article provides a brief discussion of some of the works dealing with the historical and literary writings of the Spanish Civil War in Spain and Germany, trying to formulate a number of questions that may facilitate a better understanding of recent developments in the European culture of memory. A central question that is to be discussed here is as follows: Why is the word ‘myth’ so often associated with the

Olivar N° 8 (2006), 301-315.

remembrance of the Spanish Civil War, without considering the specific political orientation of each text? To illuminate the ongoing debate with regard to this and other questions, several voices – both ‘active’ and ‘silent’ – of a (hi)story that has been told in many ways.

Keywords: myth - International Brigades - Germany - GDR

Que la guerra civil española no se limitó a representar una resolución interna por vía de las armas de conflictos exclusivamente concernientes a España es algo que ha quedado largamente fuera de toda discusión. La dimensión exterior de las causas, desarrollo y consecuencias del que es considerado, “el fenómeno histórico español de mayor trascendencia internacional de los últimos dos siglos” (Moradiellos, 2003: 13) sigue siendo aún objeto de una revisión crítica a la cual competen no sólo la observación de la incidencia *exterior* (como intervención o consecuencia de constelaciones políticas internacionales específicas, para las que España constituía aún una especie de margen o exterior) sobre un *interior* español, sino también los modos de repercutir de la Guerra Civil en los conflictos internacionales que le siguieron, así como su representación y elaboración posterior. Un ejemplo ilustrativo lo ofrece la política de no-intervención practicada y promovida por Gran Bretaña y Francia, la cual es objeto de renovados planteos y discusiones en la literatura historiográfica de las últimas décadas, al presentarse como un modo de evitar el conflicto con las potencias fascistas y al mismo tiempo limitar las posibilidades de la izquierda más o menos revolucionaria en el área del Mediterráneo, considerando más conveniente en la constelación política internacional contemporánea una república muerta que una roja: “better dead than red” (Little, 1988: 307).

Esta dimensión amplia y múltiple tanto del conflicto como de su interpretación y elaboración posterior en la memoria histórica encuentra en el caso de Alemania una complejidad especial, dado que se trata de uno de los países que mayor incidencia tuvo en el desarrollo de la guerra, sobre todo a partir del apoyo económico y estratégico brindado por el gobierno de Hitler a los sublevados. La cara más conocida de la participación alemana en los sucesos bélicos entre 1936 y 1939 en España y la que mayor ingerencia tuvo en el desarrollo de la guerra resulta de la intervención de la llamada “Legión Cóndor” en los ataques aéreos perpetrados por el bando franquista, además de otras formas de asisten-

cia con tropas y armamento de parte del Tercer Reich, en lo que se ha interpretado como un prólogo y campo de pruebas de la guerra total que poco después asolaría al resto de Europa. A esta interpretación contribuyó en gran medida la lectura de la intervención de las potencias fascistas por parte de la otra cara de la participación alemana en la Guerra Civil: los brigadistas internacionales y los periodistas e intelectuales comprometidos con el bando republicano. Para éstos, la ingerencia de Berlín y Roma en la decisión de la sublevación franquista era algo que quedaba fuera de duda, y combatirla significaba tomar parte en un episodio, quizás el más decisivo hasta el momento, de una lucha internacional contra el fascismo. En una España que vivía quizás la instancia más dramática de la dualidad política, social y cultural ilustrada por la remanida representación de las “dos Españas”¹, venían a converger las dos caras de una Alemania dominada por el fascismo, cuya maquinaria de guerra era enfrentada, en suelo ajeno, por un gran número de aquellos que habían debido abandonar el propio con la llegada del régimen nacionalsocialista en 1933. Incluso el posterior procesamiento político y discursivo de la Guerra Civil en las “dos Alemanias” resultantes de la partición de dicho país tras la victoria aliada en la segunda guerra mundial, la República Federal y la República Democrática Alemana, frentes limítrofes de la bipolaridad mundial propia de la Guerra Fría, encontraría algunas diferencias elocuentes en ciertos aspectos vinculados con el trabajo sobre la memoria histórica.

Los voluntarios alemanes constituyeron, en un número que oscila entre los cinco y diez mil hombres de acuerdo a las diversas apreciaciones, una de las naciones más ampliamente representadas dentro de la internacionalidad de las Brigadas, junto a los franceses y los polacos. Se trataba en gran parte de exiliados –mayoritariamente en Francia, pero también en España– fugitivos de la Alemania nazi que encontraban motivos para la vinculación personal con el conflicto no sólo en la ideología internacionalista que sustentaba la formación de las Brigadas Internacio-

¹ El primer elemento mítico en este contexto, ya que si “Aunque esas ‘dos Españas’ jamás existieron en su expresión más pura, se han mantenido no obstante como representación, como mito, y como tal tuvieron sin dudas un efecto histórico importante” (Bernecker, 1997: 14) [Auch wenn es diese “zwei Spanien” in völlig reiner Ausprägung nie gegeben hat, so bestanden sie doch als Vorstellung, als Mythos, und als solcher hatten sie zweifellos geschichtsträchtige Wirkung]. Esta cita y las siguientes, mi traducción.

nales, sino también en el enfrentamiento directo con el opresor local que propiciaba el apoyo bélico dado por Hitler a Franco. Así, la percepción del enfrentamiento como una batalla en suelo español dentro de la guerra europea contra el fascismo no resultaba difícil de obtener². Incluso al final de la guerra de España, el regreso a la Francia de Vichy supuso para muchos el envío directo a las cárceles y campos de concentración alemanes (cf. Bernecker, 1999).

La participación alemana en la guerra civil y su posterior repercusión y elaboración literaria, histórica y legal encontró diversas manifestaciones en las dos Alemanias, de acuerdo en cada caso con la participación de los implicados en el apoyo bélico a uno u otro bando. Así, subraya Walther Bernecker (1996: 91; 1999), que mientras los oficiales de la Legión Cóndor fueron en gran parte integrados en la conformación de la nueva *Luftwaffe* en los años cincuenta, los brigadistas que lograron retornar luego a la RFA habrían sido claramente discriminados frente a los otros veteranos de guerra. Del otro lado, en la República Democrática Alemana, la Guerra Civil Española y las dimensiones de fraternidad internacionalista que le aportara la participación de las brigadas adquirirían dimensiones míticas, tanto en las celebraciones oficiales, a través de las cuales muchos ex-combatientes eran condecorados y honrados con altos cargos públicos, como también en la multiplicación de las novelas y memorias referidas a los sucesos de 1936-1939. Un ejemplo de esta elevación a mito oficial es el de la canción originariamente dedicada a la colonia Thälmann, compuesta durante la guerra por Karl Ernst y Peter Daniel, "Spaniens Himmel breitet seine Sterne" ("El cielo de España extiende sus estrellas"), cantada por Ernst Busch, que subsiste en la memoria de todo aquel que haya ido a la escuela en la RDA, o atravesado alguna otras instancia estatal de socialización como la *Freie Deutsche Jugend*.

Desde luego, en ambos casos las relaciones son bastante más complejas, ya que la glorificación y otorgamiento de altos cargos oficiales a

² El texto de la "Canción de las Brigadas Internacionales", escrito por Erich Weinert, deja reconocer esta identificación del enemigo fascista en tierra extraña con el mismo en el país de origen: "Wir, im fernen Vaterland geboren, / nahmen nichts als Haß im Herzen mit. / Doch wir haben die Heimat nicht verloren, / unsre Heimat ist heute vor Madrid" (Bernecker, 1999: 246) El texto español es: "País lejano nos ha visto nacer, / y de odio llena el alma hemos traído. / Mas la patria no la hemos aún perdido, / nuestra patria está hoy ante Madrid".

los héroes de la guerra de España presuponía una fidelidad duradera a la ortodoxia del Partido que no fue siempre respetada, mientras que el olvido oficial al otro lado podía ser bien acompañado por la conciencia asumida por muchos antiguos brigadistas de haber sido instrumentos del estalinismo.

Un caso paradigmático de los diversos cambios impuestos por los condicionamientos históricos contemporáneos a la elaboración de la experiencia de las Brigadas Internacionales en la guerra civil es el del escritor Alfred Kantorowicz. Éste, miembro del KPD (partido comunista alemán), debió exiliarse en Francia en 1933 tras la toma del poder del nacionalsocialismo, y entre los meses de junio y agosto de 1937 integraría la XIII brigada de la Milicia Popular Española, con sus veintiún nacionalidades representadas uno de los núcleos de mayor “internacionalidad” de las brigadas, que posteriormente serían reorganizadas de acuerdo a un criterio homogeneizador orientado por la procedencia de sus integrantes. Kantorowicz se encargaría de coordinar la confección y publicación del diario de su batallón, “Tschapaiew”, compuesto por informes y testimonios de alrededor de setenta integrantes del mismo, orientado en un principio a obtener un mayor apoyo para las divisiones de las Brigadas Internacionales que en ese momento libraban batallas importantes en las afueras de Madrid, ampliamente ignoradas por la opinión pública, lo cual menoscababa la moral de sus miembros. *Tschapaiew. Das Bataillon der 21 Nationen* fue publicado por primera vez como libro en Madrid en 1938, y reúne dichos escritos, que comprenden el período entre noviembre de 1936, cuando el batallón es fundado en Albacete, y agosto de 1937, momento de su disolución, persiguiendo el aludido doble fin de alentar la moral de la tropa y ganar la atención exterior, insistiendo sobre todo en el vínculo internacional y antifascista que daba su cohesión al grupo. Tras haber sido internado dos veces en campos de concentración franceses al comienzo de la Segunda guerra mundial y haber logrado escapar a Nueva York, Kantorowicz vuelve en 1947 a Berlín, permaneciendo tras la fundación de la RDA en la parte Este de la ciudad, donde publicaría en 1948 nuevamente el libro, en el cual se acentúa aún más la internacionalidad de las Brigadas como marco y vínculo de la ejemplaridad de la lucha antifascista, en una visión armonizada y exitista que Anna Ananieva (2005: 204) subraya ya como abiertamente mitologizante. Así, del fin inicial, antes que nada práctico,

a través de la afirmación de la factibilidad de un proyecto como el de las Brigadas en su dimensión más internacionalista en la primera edición en Madrid, se pasa en la primera edición alemana del *Tschapaiew* a una evaluación del “rédito moral de la derrota”. Las ediciones y correspondientes modificaciones y publicaciones adyacentes de Kantorowicz en esos años son identificadas por la mencionada autora como parte de un proceso de mitologización acorde a políticas estatales precisas, a través del cual el testimonio es “monumentalizado”, despojándolo así de la dinamicidad necesaria a cualquier medio de la memoria comunicativa. En 1956 el Partido requeriría la eliminación de los pasajes relacionados con dos integrantes del batallón recientemente declarados *personae non gratae* en la RDA (Wilhelm Zaisser y Otto Bunner) para una nueva edición del texto. Kantorowicz, al negarse a ese recorte, cayó también en desgracia y debió encarar un nuevo exilio, esta vez hacia el Oeste, donde tras largas dificultades vinculadas también con los reconocimientos y posibles acusaciones oficiales, editaría nuevamente en 1979 su libro, esta vez agregando un capítulo completo dedicado a poner de relieve el valor documental histórico del mismo.

La intención original del *Tschapaiew* como crónica de una “brigada olvidada” en el año 1937 vuelve a cobrar intensa actualidad cuarenta años después de su aparición. Si el libro se había dirigido originalmente contra el olvido de los brigadistas internacionales del batallón “Tschapaiew”, de sus combatientes y de sus caídos en la periferia, más tarde apuntará contra la eliminación de camaradas aún vivos del registro memorístico de la historia reciente, que los funcionarios del Partido estaban empeñados en corregir.³ (Ananieva, 2005: 207)

Si el libro múltiplemente modificado por Kantorowicz podía ser editado en ambas Alemanias tras su aparición en el Madrid de la resistencia republicana, es porque su temática guardaba aún un cierto interés, tanto en el caso de los procesos de monumentalización y mitologización de la

³ “Die ursprüngliche Intention des *Tschapaiew* als einer Chronik der “vergessenen Brigade” aus dem Jahr 1937 gewinnt vierzig Jahre nach ihrem Erscheinen erneut stark an Aktualität. Hat sich das Buch ursprünglich gegen das Vergessen der an der Peripherie kämpfenden und gefallenen Interbrigadisten des Bataillons „Tschapaiew” gerichtet, so wendet es sich später gegen das Auslöschen noch lebender Kameraden aus dem Gedächtnis-Register der neueren Geschichte, die zu redigieren die Parteifunktionäre bestrebt sind”.

lucha antifascista y el comunismo internacional desde el socialismo real, como en ambos casos posiblemente también para un público específico cuyos intereses políticos y/o académicos seguían orientándose a la historia reciente de España, precisamente por sentirla aún íntimamente vinculada a la propia. Así, por ejemplo, la tesis doctoral presentada en la Universidad de Tübingen por Michael Uhl, *Mythos Spanien. Das Erbe der Internationalen Brigaden in der DDR*, recientemente publicada (2004), se ocupa del tratamiento literario de la Guerra Civil española en Alemania Oriental, resaltando ya desde su título el carácter mítico del relato de la experiencia de las brigadas internacionales en la Alemania socialista, sobre todo con fines propagandísticos, ofreciéndose como paralelo propicio en coyunturas políticas críticas como las dadas a partir de los conflictos en Corea y Vietnam. Sin embargo, pese a que su crítica se concentra mayoritariamente en los discursos circulantes en la RDA, Uhl no deja tampoco de subrayar la continuidad de la política llevada adelante en ambos estados, ya que Alemania Occidental mantenía muy buenas relaciones diplomáticas con la España de Franco⁴ y había recuperado (como se mencionara más arriba) a los miembros de la Legión Cóndor para la formación de la nueva *Luftwaffe*; del mismo modo que la RDA podía incorporar hombres y relatos de las brigadas internacionales al aparato propagandístico estatal en la medida en que no contradijeran fundamentalmente al partido. Un similar espíritu desmitificador atraviesa el texto de otra tesis doctoral de reciente publicación, *Die internationalen Brigaden im Spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*, de Angela Berg (2005), que, combinando enfoques propios de la historia social y de la vida cotidiana con teorías de la historia militar hasta ahora –según la autora– solamente aplicadas al estudio de las dos guerras mundiales, intenta desmantelar una serie de enunciados acerca de las Brigadas Internacionales, su constitución y participación en la guerra civil, establecidos desde diversos espacios históricos de enunciación, desde la atribución de su constitución a Stalin y el *Kommintern* a las tensiones intra e interpartidarias que obstaculizaban los fines mediatos de los brigadistas comunistas y socialistas alemanes.

⁴Un ejemplo interesante es el del cuerpo consular de la RFA en la España franquista, que habría funcionado de “estación de reciclaje” de notorios criminales de guerra nazis (cfr. Müller y Partsch 2006).

Que las diversas formas y funciones del relato de la Guerra Civil y la experiencia de las brigadas internacionales en la antigua RDA concentren mayoritariamente la atención de los investigadores (sobre todo al tratarse de un espacio que, en su incorporación reciente a su antiguo vecino occidental, al paso que se desmoronaba el mundo que lo había sostenido, cobra las formas de una alteridad histórica inmediata) no significa que en la otra Alemania, pese a las buenas relaciones oficiales con el franquismo, no tuviera lugar la recordación de los hechos de 1936-1939, sea tanto desde los medios académicos como desde los medios y otras instituciones. De ello da cuenta el comentario de Bernecker acerca de los actos relacionados con el cincuentenario de la Guerra Civil, al señalar el asombro que podía provocar su relativa escasez en la España democratizada:

[...] si se contempla el número de actividades más o menos oficiales u oficinas llama la atención que en el extranjero, por ejemplo, en la República Federal de Alemania, hubiera probablemente más actos relacionados con la guerra civil que en la misma España. Muchos centros docentes y culturales así como los medios de comunicación se ocuparon extensamente del acontecimiento bélico. (Bernecker, 1994: 65)

Veinte años después, en las proximidades del septuagésimo aniversario de la sublevación fascista que desatara la guerra civil, este interés por la misma persiste, manifestándose en el ámbito específico de las letras tanto en la realización de congresos⁵ como en la publicación de trabajos como los hasta ahora comentados y en la traducción al alemán de novelas españolas vinculadas con la Guerra Civil o su elaboración literaria en la actualidad. Es el caso de la tardía y celebrada traducción del *Juan de Mairena* de Antonio Machado (cf. Michaelis, 2005), y de la casi inmediata de los contemporáneamente exitosos *Soldados de Salamina* de Javier Cercas y *Los girasoles ciegos*, de Alberto Méndez.⁶

⁵ Como por ejemplo los realizados en Gießen en mayo de 2004, "Erinnern und Erzählen – Der Spanische Bürgerkrieg in der faschistischen deutsch- und spanischsprachigen Literatur", y en Wuppertal en octubre de 2005: "La guerra civil española (1936-1939): Poesía, reportaje, novela, testimonio, fotografía y cine".

⁶ Las primeras reseñas de la novela de Méndez se han dedicado a subrayar precisamente su trabajo sobre la memoria histórica: "Su radicalidad y su naturalidad artísticamente producida es lo que hace del libro de Méndez uno de los testimonios más

Una especial mención merece en este sentido el volumen recientemente editado por Bettina Bannasch y Christiane Holm, *Erinnern und Erzählen. Der spanische Bürgerkrieg in der deutschen und spanischen Literatur und in den Bildmedien*, interesante acercamiento a las diferentes manifestaciones del trabajo sobre la memoria de la Guerra Civil en España y Alemania tanto en la literatura como en las artes visuales. Este libro reúne artículos historiográficos y de teoría literaria, además de un importante volumen de análisis individuales de novelas y películas de la Guerra Civil española, desde la literatura popular anarquista de los años 20 y 30 a la filmación de la exitosa y polémica novela de Javier Cercas *Soldados de Salamina* (2001) por parte de Javier Trueba estrenada en 2003 por el lado español, a lo que se suma el análisis de la elaboración literaria de la Guerra Civil en Alemania, tanto en el lado nacionalsocialista como por parte de los comunistas alemanes en el exilio, pasando luego a la literatura producida en la RDA, hasta novelas más recientes como *Entwurf einer Liebe auf den ersten Blick*, de Erich Hackl (1999), además del análisis de clásicos del compromiso intelectual internacional en la Guerra Civil, como Malraux y Orwell.

Los artículos reunidos en el libro observan el lugar de las obras o motivos analizados dentro del momento y espacio histórico en el que se inscriben y la funcionalidad que otorgan a las diferentes vivencias de la Guerra Civil, en sus diversos modos de elaboración discursiva. Así, por ejemplo, tanto el análisis del lugar dado a la defensa del Alcázar de Toledo en el discurso propagandístico y en la literatura adicta al régimen en el Tercer Reich (Pichler, 2005) como el de la experiencia de las brigadas internacionales en el artículo arriba comentado de Anna Ananieva, se concentran en lo que identifican como procesos de mitificación, analizados en su funcionalidad a los discursos hegemónicos dentro de los respectivos regímenes históricos tanto en Alemania como en España.

Esta tendencia, presente en los trabajos de Berg y Uhl, del mismo modo que en los artículos reunidos en Bannasch y Holm (2005), llama la atención a la hora de realizar un primer acercamiento a los enfoques recientes sobre la guerra civil española en Alemania. La frecuencia con la cual se recurre a la palabra “mito” como modo de designar los diferentes

impresionantes de la elaboración literaria de la guerra civil. Abre heridas profundamente cicatrizadas, para poder mirarlas de una vez por todas.” (Kunisch, 2006)

discursos analizados, sobre todo cuando se trata de los anclados en los regímenes fascistas en España y Alemania o de la desaparecida RDA parece revelarse como un modo de enfrentar el tema de la Guerra Civil desde una lectura a varios niveles, en la cual lo analizado ya no es exclusivamente la relación de la literatura con la historia como abrevadero de materiales, sino antes que nada la funcionalización de una lectura específica de esa historia, que a su vez posibilita la comprensión del lugar de la literatura como espacio propicio para la elaboración de la memoria histórica en un contexto histórico específico. Así, los “mitos” tienen que ver por lo general con representaciones o silencios específicos en la literatura u otros medios, situados en contextos históricos caracterizados por la alteridad absoluta que se les atribuye desde el presente.

El desmantelamiento crítico de las diversas mitologías establecidas en torno a experiencias históricas particulares puede estar hablando, por un lado, de un sano cuestionamiento de relatos que cristalizan imágenes maniqueas y políticamente manipulables en extremo, funcionales en todos los casos analizados a regímenes de rasgos claramente totalitarios. Del mismo modo, las mitologías que desde largo constituyen el objeto de la crítica en el estudio de la literatura española de posguerra⁷ también ocupan un lugar importante en el quehacer historiográfico en España, en un intento de superar los discursos establecidos sobre la interpretación de lo sucedido en 1936-1939 y después:

[...] desde una perspectiva historiográfica podríamos afirmar sin temor que la contienda fratricida española no fue simplemente una gesta heroica ni tampoco un caso de locura trágica colectiva. Primero porque nunca tomó el carácter de un enfrentamiento maniqueo del Bien contra el Mal, pese a que registró muchos comportamientos heroicos y bastantes sucesos legítimamente épicos en su curso y desarrollo. Lo segundo porque, parafraseando a Shakespeare, cabría subrayar que hubo mucha lógica racional en esa supuesta locura en cuyo desencadenamiento unos tuvieron más responsabilidad que otros y donde las penas nunca estuvieron equitativamente repartidas (sobre todo en la posguerra). (Moradiellos, 2003: 37)

⁷ Sin ir más lejos, puede considerarse el título que Blanco Aguinaga, Puértolas y Zavala (1979) daban al capítulo correspondiente a la inmediata posguerra en su *Historia social de la literatura española*: “La posguerra inmediata o los mitos frente a la historia”.

El trabajo sobre los enunciados cristalizados para la interpretación de la historia reciente se inscribe a su vez en un proceso que tiene lugar en ámbitos particulares del resto de Europa y en el cual el lugar asumido por España se muestra como especialmente problemático. Así, estudios como el de Reulecke (2005) presentan, por una parte, la reflexión sobre un actual proceso de recuperación y elaboración –en el sentido psicoanalítico del término– de lo más traumático de la historia europea reciente, tanto por parte de la generación de los “niños de la guerra” como también de las generaciones siguientes. Este proceso estaría conduciendo tanto a la puesta en discurso de experiencias históricas traumáticas individuales y colectivas reprimidas largamente, como también al desmantelamiento de una serie de “mitos” relacionados con la segunda guerra mundial, en un proceso para el cual los desarrollos en la historia de las mentalidades y la *oral history* han sido de vital importancia:

Francia debate sobre las sombras de Vichy, y desde hace poco ha vuelto a encenderse también la discusión en torno a las crueldades de la guerra de Algeria. En Italia, el mito de la Resistenza está siendo puesto a prueba. La imagen embellecida de Suiza como *réduit national* se ha resquebrajado, y en Holanda, los libros sobre la colaboración y la guerra colonial en Indonesia levantan polvareda. En consonancia con esto, la política oficial de la memoria ya no se relaciona sólo y exclusivamente con tradiciones dignas de consenso como antes. (Hockerts, 2002, citado en: Reulecke, 2005: 32)⁸

Dentro de la relectura crítica de la historia europea reciente, la Guerra Civil Española como experiencia que trasciende las fronteras del país en que se desarrolló, así como las lecturas, (no) intervenciones y usos directamente vinculados con ella durante y después de los hechos, las mitologías y los silencios, constituyen un componente fundamentalmente crítico y problemático de la historia europea del siglo XX, que aún exige esfuerzos por parte tanto de la investigación como de la gestión oficial de la historia en aras de la construcción de una memoria colectiva. El

⁸ “Frankreich debattiert über die Schatten von Vichy, neuerdings ist auch der Streit um die Grausamkeiten des Algerienkrieges voll entbrannt. In Italien steht der Resistenz-Mythos auf dem Prüfstand. Das geschönte Erinnerungsbild der Schweiz als Réduit National hat Risse bekommen, und in den Niederlanden haben Bücher über die Kollaboration und den Kolonialkrieg in Indonesien manchen Staub aufgewirbelt. Dementsprechend bezieht sich auch die offizielle Erinnerungspolitik nicht mehr so ausschließlich wie früher nur auf die zustimmungswürdigen Traditionen.”

cambio generacional del que habla Reulecke explica en parte tanto el cuestionamiento crítico de la participación y consenso civil en los hechos más ominosos de la historia europea reciente, así como la deconstrucción de los mitos heroicos fundantes en el discurso oficial de las democracias europeas en la posguerra. Así, las formas de la cultura de la memoria histórica se revelan ancladas en la “generacionalidad (*Generationalität*)” específica de los grupos etarios afectados, con sus perturbaciones traumáticas y sus autohistorizaciones” (2005: 32). La perspectiva de Reulecke ofrece un marco para la compulsión crítica de la historia europea, útil sobre todo para explicar la aparición tardía y repentina de testimonios en casos en los cuales se comprueba un ejercicio masivo de violencia sobre la memoria histórica, de conformación de mitos y pactos de silencio específicos. Sin embargo, estos mismos también tienen que poder ser objeto de una explicación que supere o complete la mera “generacionalidad”.

En este contexto, el caso español permite extender la reflexión sobre el trabajo en torno a las mitologías y silencios de la historia de una manera especial, en tanto la historia española del siglo XX sigue a partir de la posguerra caminos diversos del resto de Europa Occidental, lo cual otorga su carácter propio a sus traumas y mitologías históricas. La discontinuidad española se señala en el tratamiento concreto de los relatos fundantes que ahora entran en crisis. Relatos mitificadores como el de la *Resistenza* italiana no encuentran en la España posterior a la muerte de Franco una difusión y cultivo análogos al de los países vecinos a partir de 1945. El pacto de olvido que sella la Transición impediría cualquier canonización más o menos oficial de la resistencia antifranquista (Bernecker, 2005: 17). Pese al aluvión de trabajos historiográficos que sigue a la muerte de Franco y al establecimiento de la democracia desde fines de los 70, precisamente debido las políticas oficiales de amnistía/amnesia general, aún hay heridas abiertas en la memoria histórica de la sociedad española que esperan a ser elaboradas y superadas. Si bien la vigilia crítica debe apuntar a los relatos que tienden a reificar elementos de la memoria histórica en aras de su instrumentalización, provengan de donde provengan, también debe trabajar en la desarticulación definitiva de los masivamente vigentes durante cuarenta años y en la reivindicación y recuperación de las víctimas de la violencia de la guerra, que –con Moradiellos– fue en su desarrollo y juicio extremadamente desigual. En este contexto resulta interesante el análisis de *Soldados de Salamina*

llevado a cabo por Ralph Wildner, quien advierte lo inoportuno de la propuesta que se extrae de la novela y que parece estar en el origen de su gran éxito: un dudoso llamado a cerrar un capítulo de la historia española antes de haber hecho una lectura cabal del mismo, justamente en el momento en el cual la generación de los nietos de la guerra y la dictadura habría comenzado a romper el largo silencio de la transición (2005: 559-561), cuando recién se ha comenzado a abrir las fosas comunes en las cuales yacen casi exclusivamente restos de republicanos aún por identificar y a rehabilitar e indemnizar a las víctimas del franquismo (cfr. Bernecker, 2005: 17-18).

La dimensión internacional de la guerra civil española comprende también la de su elaboración histórica y su lugar en la memoria colectiva, en la medida en la cual sigue ofreciendo hacia fuera una especie de imagen refractaria de la propia experiencia histórica, donde los comportamientos hacia la República, el franquismo y las mismas brigadas y brigadistas –tanto como ocurrencia histórica específica como también y en medidas aparentemente equiparables, como construcción discursiva y objeto de lecturas– enseñan límites certeros y dignos de discusión a los mitos constitutivos de las democracias liberales y los socialismos reales. Al mismo tiempo, los capítulos que puedan cerrarse o las heridas que puedan abrirse pertenecen a un cuerpo y una historia (y con ella una deuda) que son (al menos) europeos.

Estas formas del retorno crítico a la Guerra Civil sobre todo a través de la interrogación o relectura de sus interpretaciones y usos históricos exigen una especial cautela, para evitar generalizaciones peligrosas. No se trata solamente de dismantelar mitos, sino también de evitar la consolidación de mitologías o mitografías pseudocríticas que promueven un silenciamiento temprano de una historia aún no “elaborada” completamente.⁹ En suma, lo que los diversos avatares de la memoria y la literatura de la Guerra Civil en los últimos setenta años –sea en España misma, en la RDA o en la RFA– ponen en un primer plano es precisamente el

⁹ El imperativo de “revisar la historia” y la postulación del necesario dismantelamiento de mitologías establecidas también puede devenir un enunciado en extremo manipulable, en un manejo objetivado y paródico de la distancia crítica que se traduce en la reinserción de los relatos hegemónicos operantes durante el franquismo. Para ser más precisos, se está hablando del “best-seller” de Pío Moa, *Los mitos de la guerra civil* (2003), cuyo éxito masivo puede bien ser leído como un signo preocupante.

riesgo inherente a la memoria histórica, la inestabilidad que supone la permanente amenaza no sólo del silencio o la interdicción, sino también y sobre todo la de cualquier tipo de reificación e instrumentalización.

Bibliografía

- ANANIEVA, ANNA, 2005. "Alfred Kantorowicz: *Tschapaiew. Das Bataillon der 21 Nationen*", en *Erinnern und Erzählen. Der spanische Bürgerkrieg in der deutschen und spanischen Literatur und in den Bildmedien*, Bannasch y Holm, Essen: Klartext, 191-208.
- BANNASCH, BETTINA y CHRISTIANE HOLM (eds.), 2005. *Erinnern und Erzählen. Der spanische Bürgerkrieg in der deutschen und spanischen Literatur und in den Bildmedien*, Tübingen: Narr.
- BERG, ANGELA, 2005. *Die internationalen Brigaden im Spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*, Essen: Klartext.
- BERNECKER, WALTER, 1994. "De la diferencia a la indiferencia. La sociedad española frente a la guerra civil", en *El precio de la modernización. Formas y retos del cambio de valores en la España de hoy*, Francisco López Casero, Walther Bernecker y Meter Waldmann (comps.), Frankfurt (Main): Vervuert, 63-79.
- , 1996. *Guerra en España 1936-1939*, Madrid: Síntesis.
- , 1997. *Spaniens Geschichte seit dem Bürgerkrieg*, München: Beck.
- , 1999. "'Unsre Heimat ist heute vor Madrid': Der spanische Bürgerkrieg und die deutsche Antifaschisten", en *Sehnsuchtsorte. Festschrift zum 60. Geburtstag von Titus Heydenreich*, Thomas Bremer y Jochen Heymann (eds.), Tübingen: Stauffenberg.
- , 2005. "Demokratisierung und Vergangenheitsaufarbeitung in Spanien", en *Erinnern und Erzählen. Der spanische Bürgerkrieg in der deutschen und spanischen Literatur und in den Bildmedien*, Bannasch y Holm, Essen: Klartext, 9-23.
- BLANCO AGUINAGA, CARLOS; JULIO RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS e IRIS ZAVALA, 1979. *Historia social de la literatura española (en lengua castellana) III*, Madrid: Castalia.
- CERCAS, JAVIER, 2001. *Soldados de Salamina*, Barcelona: Tusquets.
- HACKL, ERICH, 1999. *Entwurf einer Liebe auf den ersten Blick*, Ersch: Diogenes.

- KUNISCH, HANS-PETER, 2005. "Das Aufreißen tief vernarbter Wunden", *Die Zeit* 17, 20.04.2006.
- LITTLE, DOUGLAS, 1988. "Red scare, 1936: Antibalchevism an the origins of British non-intervention in the Spanish Civil War", *Journal of Contemporary History*, vol. 23, Nro. 2: *Bolchevism and the Socialist Left* (abril 1988), 291-311.
- MÉNDEZ, ALBERTO, 2004. *Los girasoles ciegos*, Barcelona: Anagrama.
- MICHAELIS, ROLF, 2005. "Ausflüge in stockfinstere Klarheit", *Die Zeit* nro. 46, 10.11.2005.
- MÜLLER, MELISSA y CHRISTOPH PARTSCH, 2006. "Denn das sind Sie: Ein Mörder'. Der fall des Diplomaten Franz Nüsselin zeigt: Die NS Geschichte des Auswärtigen Amtes muss dringend aufgeklärt werden", *Die Zeit* 5, 26.01.06.
- MOA, PÍO, 2003. *Los mitos de la Guerra Civil*, Madrid: La Esfera de los Libros.
- MORADIELLOS, ENRIQUE, 2003. "Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil", *Dossier: La Guerra Civil*, Enrique Moradiellos (ed.), *Ayer*, 50, 11-39.
- PICHLER, GEORG (2005). "Der Alcázar von Toledo – Die Schaffung eines Mythos. Franquistische Ursprünge und Adaptationen im Nationalsozialistischen Deutschland", en *Erinnern und Erzählen. Der spanische Bürgerkrieg in der deutschen und spanischen Literatur und in den Bildmedien*, Bannasch y Holm, Essen: Klartext, 161-176.
- REULECKE, JÜRGEN, 2005. "Kriegserfahrung, Erinnerung und Generationalität", en *Erinnern und Erzählen. Der spanische Bürgerkrieg in der deutschen und spanischen Literatur und in den Bildmedien*, Bannasch y Holm, Essen: Klartext, 25-34.
- UHL, MICHAEL, 2004. *Mythos Spanien. Das Erbe der Internationalen Brigaden in der DDR*, Bonn: Dietz.
- WILDNER, RALPH, 2005. "Soldaten von Salamis von Javier Cercas, und Verfilmung von Javier Trueba", en *Erinnern und Erzählen. Der spanische Bürgerkrieg in der deutschen und spanischen Literatur und in den Bildmedien*, Bannasch y Holm, Essen: Klartext, 547-561.



El aniversario de la II República en *Triunfo*

María de los Ángeles Contreras
Universidad Nacional de La Plata

Resumen

Durante la dictadura de Franco, el régimen implementó una política de olvido que se ocupó de borrar del espacio público las conmemoraciones republicanas, asimismo impuso el 1 de abril y el 18 de julio como aniversarios que lo legitimaban. Sin embargo, el recuerdo de los aniversarios republicanos permaneció latente como memoria subterránea en gran parte de la sociedad. Frente a la política de olvido ejercida por el régimen, *Triunfo* intentó transformar el 14 de abril en un lugar de memoria conmemorándolo en sus páginas.

Palabras-clave: *memoria - Triunfo - conmemoración - políticas de la memoria - 14 de abril - II República*

Abstract

During the dictatorship of Franco, the government implemented a forgetfulness policy that took care to erase the republican commemorations of the public space, also it imposed the 1 of April and the 18 of July like anniversaries that legitimized its power. Nevertheless, the memory of the republican anniversaries remained latent to a great extent like underground memory of the society. As opposed to the policy of forgetfulness exerted by the regime, *Triunfo* tried to transform the 14 of April into a memory place being commemorated it in its pages

Key-words: *memory - Triunfo - celebration - political memory - April 14th. - II Republic*

El terror paraliza la memoria, pero no la destruye. Y con el tiempo se descubre que no hay otra victoria que la memoria, compensación melancólica al fracaso inevitable del deseo. (Manuel Vázquez Montalbán, Crónica sentimental de la transición, 1985)

Marco general

Asistimos en la actualidad a un creciente interés por el estudio de la memoria histórica. Esta preocupación se ha transformado en una cuestión central en algunas sociedades occidentales, y constituye, además, uno de los fenómenos culturales y políticos más importantes de los últimos años. Esta “vuelta al pasado” es un cambio claro en el modo de relacionarse del hombre con su cultura, comparado con la tendencia de privilegiar el futuro que primó durante el siglo XIX y en las primeras décadas del XX. Se considera que es alrededor de los años sesenta cuando aparece una nueva manera de abordar la memoria histórica, relacionada con los movimientos de liberación nacional y los procesos de descolonización. Esta nueva tendencia se caracterizó por la aparición de historiografías alternativas, y por la recuperación de voces que habían permanecido marginadas, *vencidas*, y que corrían el riesgo de perderse. En España, en el septuagésimo aniversario de la Guerra Civil española y a setenta y cinco años de la proclamación de la II República esta cuestión ilumina el análisis de los modos de abordar aquellos acontecimientos hoy.

Como es sabido, los aniversarios y conmemoraciones son puntos críticos en los que es posible observar la lucha entre las diferentes memorias públicas que conserva una sociedad. Al respecto Elizabeth Jelín afirma:

En la medida que hay diferentes interpretaciones sociales del pasado, las fechas de conmemoración pública están sujetas a conflictos y debates. ¿Qué fecha conmemorar? O mejor dicho ¿quién quiere conmemorar qué? Pocas veces hay consenso social sobre esto. (2002: 52)

Sin dudas, un ejemplo paradigmático de esta cuestión fue lo que sucedió en España en torno de las conmemoraciones republicanas y nacionales. Una vez finalizada la Guerra Civil, el régimen franquista impuso una política de “desmemoria” por medio de una serie de operaciones

que incluyó las celebraciones del 18 de julio y del 1 de abril, como un modo de silenciar y olvidar al bando de los vencidos. Nuestra intención es analizar qué sucedió en el semanario *Triunfo*¹ con las conmemoraciones republicanas².

Frente a esta política, *Triunfo*, sorteando la censura, intenta construir una memoria otra de ese pasado reciente. En sus páginas no se conmemoran las fechas impuestas por el régimen. Sin embargo sí se reseñarán acontecimientos relacionados con la segunda Guerra Mundial, el genocidio judío, y la fecha en la que nos concentraremos y que tanta importancia tuvo en la historia española: el 14 de abril de 1931. Elegimos esta fecha ya que, con independencia de otros tratamientos del pasado republicano en *Triunfo*, el 14 de abril es emblemático porque constituye en la actualidad un *lugar de la memoria*³, y por ello puede ser analizado como contra-celebración de las fiestas impuestas por el Régimen.

El presente trabajo, parte de un estudio más amplio sobre la memoria durante la Transición⁴, tiene tres objetivos principales: primero, realizar un rastreo de las referencias específicas al 14 de abril que aparecen en *Triunfo*; segundo, comenzar a reflexionar sobre la construcción de la memoria que, según nuestra opinión, realizó el semanario; y tercero, realizar un breve análisis de algunos de los artículos encontrados durante la búsqueda. Para cumplir con nuestro objetivo nos centraremos en los números aparecidos entre 1970 y 1975, fundamentado esto en que esta época es considerada la *época dorada* de la revista; también porque es a partir del

¹ Las colecciones completas de *Triunfo*, *Tiempo de Historia* y *Hermano Lobo* pueden consultarse en la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP gracias a la donación efectuada por José Ángel Ezcurra.

² La elección de este soporte responde a que el *magazine* tuvo un papel muy importante en la formación política y cultural de la España anti-franquista. La revista recibió un merecido homenaje en 1992 cuando se llevó a cabo un congreso cuyas ponencias están recogidas en *Triunfo en su época*, citado en la bibliografía.

³ Tomamos el concepto de Pierre Nora para quien los “lugares de la memoria” son “aquellas realidades históricas en las que la memoria se ha encarnado selectivamente, y que por la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo han permanecido como los símbolos más luminosos de aquélla: fiestas, emblemas, monumentos y conmemoraciones, pero también elogios, diccionarios y museos”. (Cuesta Bustillo, 1998: 216-217)

⁴ El estudio al que se hace referencia es un proyecto aprobado por el Programa de Incentivos a la Investigación denominado “Memoria histórica y representación del pasado reciente en la narrativa española contemporánea” dirigido por la Dra. Raquel Macciuci en la Universidad Nacional de La Plata.

año 1970 que *Triunfo* se libera del soporte económico de Movierecord, lo que le otorga mayor libertad; y además porque, sin dudas, esta cuestión está relacionada con otro motivo que torna relevante a este periodo: el inicio de la decadencia del régimen y su bunkerización⁵. Para articular mejor el texto recordaremos, en primer lugar, las circunstancias de la revista en el periodo de referencia. Luego mencionaremos algunas cuestiones teóricas en torno a la memoria que nos permitan delimitar mejor nuestro trabajo, para, finalmente, poder aventurar algunas preguntas e hipótesis que abren un espacio de debate con relación a estas cuestiones.

Breve historia de *Triunfo*

Triunfo nació en Valencia en 1946 como una revista cinematográfica. Dos años más tarde se trasladó a Madrid donde se mantuvo con gran popularidad hasta 1961, año en el que por una serie de avatares, que no mencionaremos aquí, se decidió darle más amplios horizontes⁶. Si bien *Triunfo* se presenta como una revista progresista, que fue formando paulatinamente un perfil de izquierdas, es necesario aclarar que no realizó un tratamiento abierto⁷ de la política interna hasta después de finalizado el régimen. Dirigida por José Ángel Ezcurra, contó en su equipo de redacción figuran desde el inicio con Eduardo Haro Tecglen, José Monleón, Enrique Miret Magdalena; y más tarde se incorporarán Manuel Vázquez Montalbán, Fernando Lara, entre otros. En 1966 aparece la Ley de Prensa e Imprenta (o Ley Fraga⁸), la que ocultó, bajo una apariencia jurídica, la

⁵Periodo final del régimen en el que se enfrenta la política aperturista del presidente Carlos Arias Navarro y la de José A. Girón definida como un “reducto de los ultras frente a cualquier aspiración de cambio político a la democracia” (Tamames, 1983: 581).

⁶José Ángel Ezcurra, realiza un pormenorizado relato de la historia de la revista en “Apuntes para una historia”. (1995)

⁷La revista utilizó diferentes recursos para dar su opinión respecto de los temas públicos sin hablar directamente de la situación española. Con palabras de Ezcurra, “En *Triunfo* se buscó la complicidad del lector mediante un metalenguaje que se servía de implícitas analogías (...) como instrumentos metafóricos para analizar la vida real de nuestro país”. (1995: 46-47)

⁸En marzo de 1966, las Cortes aprobaron la Ley de Prensa. Ésta suprimió la censura previa para la prensa periódica, y para el resto de las publicaciones la consulta pasó a ser voluntaria. La nueva ley, que significaba una apertura importante respecto de la de 1938, se vio muy limitada por su desarrollo e instrumentación, por ejemplo a fines de marzo del mismo año apareció el decreto 752/1966 que establecía la posibilidad del

censura que siguió vigente con una nueva modalidad⁹. En 1969 el grupo Movierecord que incluía a la editora de *Triunfo*, Prensa Periódica, sufrió graves problemas económicos por lo que su principal acreedor, un grupo financiero dirigido por miembros del Opus Dei, asumió sus activos e intereses y se hizo cargo de sus empresas. Esta situación constituyó un duro golpe para la revista, no tanto en lo económico sino por lo que significaba para su esencia periodística. Frente a esta situación, su director, José Ángel Ezcurra decidió asumir el riesgo financiero de la publicación. Luego de una serie de reajustes internos, *Triunfo* continuó su marcha. El semanario comenzó así su etapa más sólida y prestigiosa. Contra todos los pronósticos, consiguió apoyo financiero a través del director de la editorial Taurus y colaborador de la revista, Jesús Aguirre. También en el ámbito internacional fue reconocida, y la prensa mundial se refería con cierta frecuencia al contenido de sus páginas. Algunos números fueron acompañados de un extraordinario éxito, como el dedicado al golpe de Pinochet en Chile, o aquellos destinados a Pablo Picasso y Pau Casals. A partir de 1978 comenzó su declive; en 1980 *Triunfo* pasó a ser una revista mensual, publicó 22 números y desapareció definitivamente en octubre de 1982. Como dato importante hay que señalar que durante los años setenta surgieron dos publicaciones que fueron consideradas “hijas” de *Triunfo*: la primera denominada *Hermano Lobo* y dirigida por Chumy Chumey, que apareció en mayo de 1972; luego, en diciembre de 1974 vendría *Tiempo de Historia*, a cargo de Eduardo Haro Tecglen.

secuestro de publicaciones periódicas, el que fue un recurso intensamente utilizado. También siguió vigente la inserción obligatoria de documentos o textos de interés oficial. Asimismo, la libertad que en principio pareció otorgar la nueva ley se vio coartada por otras cuestiones no relacionadas directamente con la ley, como las restricciones en el libre acceso a la información sobre cuestiones públicas establecidas por el Ministerio de Información.

⁹El semanario nunca dejó de tener problemas con la censura. En 1971 aparece un número dedicado al matrimonio por el cual la revista fue sancionada con cuatro meses de suspensión por “ataques a la moral”, aún cuando la sanción se dio de inmediato, esto generó una disputa jurídica que duró años y en la cual se falló a favor del gobierno. Una vez terminado el plazo de suspensión la revista reapareció con la misma fuerza de siempre. En abril de 1975 se publicó un artículo titulado “¿Estamos preparados para el cambio?”, debido al cual *Triunfo* fue suspendida nuevamente con consecuencias más graves, ya que la muerte de Franco sucedió durante su silencio y la publicación no pudo mostrar su punto de vista. Es interesante señalar que el primer gobierno de la Monarquía concedió indultos a algunas publicaciones y periodistas entre las cuales *Triunfo* no fue incluida.

Triunfo y el 14 de abril

Durante el régimen franquista se utilizaron una serie de estrategias para borrar el pasado republicano y hacerlo invisible a los ojos de la sociedad. Una de ellas fue la de imponer como fechas de conmemoración el 18 de julio –fecha que marca el comienzo de la Guerra Civil–, y el 1 de abril –que señala el fin de la guerra y la victoria del bando nacional. La implementación de estas fechas está profundamente analizada en *Memoria y olvido de la Guerra Civil española* de Paloma Aguilar Fernández (1996). La autora refiere que en los años sesenta, el crecimiento económico que se dio en España permitió que se elevara el nivel de vida de la sociedad en general. Esto, junto con el paulatino reconocimiento del régimen en el ámbito internacional, permitió que la visión heroica de la guerra (impuesta por el régimen) pasara a una visión trágica, ya que debió dejar de ser considerada una “cruzada necesaria” para ser “algo que, por desgracia, no pudo ser evitado”. Seguidamente, el régimen realizó ciertos movimientos de liberación en el ámbito político y religioso. Con la muerte de Franco, si bien no se llegó a un relato unívoco de la guerra, sí se concluyó que los dos bandos habían sido igualmente responsables. La principal lección que se obtiene de la Transición, según Aguilar Fernández, es la consigna “nunca más”. La autora sostiene, por último, que la memoria histórica se activa por asociación: durante los años que duró el régimen las instituciones democráticas fueron desterradas; esto significó que la sociedad las conociera sólo por el recuerdo de la II República, que estaba sumamente ligado a la Guerra Civil. Cuando se resucitaron estas instituciones resultó lógico que la guerra apareciera en la memoria de la sociedad española junto con el miedo a un nuevo alzamiento, lo que explicaría para la autora el silencio que siguió a la Transición¹⁰. Otro de nuestros núcleos de estudio es preguntarnos si la operación de borramiento franquista fue tan fuerte que, finalmente, las fechas de conmemoración republicanas se olvidaron. La lectura de *Triunfo* entre los años 1970 y 1975 nos responde que no: un recorrido por sus

¹⁰ Llama la atención en el estudio, la ausencia de un análisis o mención de *Triunfo*, no obstante creemos que esta omisión se debe, posiblemente, a que Aguilar Fernández no analiza qué fue lo que sucedió con las conmemoraciones republicanas, cuestión que representa nuestro primer interrogante.

páginas nos demuestra que estas fechas se preservaron “por debajo” como *memorias subterráneas*¹¹ de un pasado que el régimen quiso borrar, pero que permaneció presente en la memoria de un sector de la sociedad española. Tzvetan Todorov (2000) afirma en *Los abusos de la memoria* que es bajo la presión de los regímenes totalitarios cuando aparece con mayor fuerza el *deber de memoria*, ya que es un modo de resistencia, de supervivencia. También debemos recordar que la memoria es “una reconstrucción continuamente recomenzada del pasado, en función del presente” (Grosso, 2002: 192). En este sentido, consideramos que *Triunfo* realiza dos usos de la memoria: primero, intenta resistir a la estrategia de borrado del pasado republicano que realiza el régimen, poniendo en la escena pública la fecha de instauración de la II República y evitando mencionar las conmemoraciones impuestas por éste¹²; segundo, pretende recordar la legitimidad del origen de un gobierno electo por el pueblo que fue derrumbado en el pasado, pero que seguía actuando en el exilio.

El 14 de abril en los textos

Para desarrollar nuestra hipótesis trabajaremos, como ya se dijo, con los números de *Triunfo* publicados entre los años 1970 y 1975. Esquemáticamente, las menciones al 14 de abril pueden describirse así: en 1970 no hay menciones de esta fecha en el mes de abril¹³; sin embargo, debemos mencionar que en julio de ese año aparece un artículo titulado “Así se votaba en la II República española” (04/07/70). En el segundo año, aparece una nota, en el número 463, llamada “1931. Tres días de Abril” (17/04/71) [Díaz Plaja, 1971]. En 1972 y 1973 tampoco se conmemora esta fecha, muy posiblemente porque la revista estaba reiniciándose después

¹¹ Las “memorias subterráneas” son “parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, se oponen a la memoria oficial (...) esas memorias subterráneas prosiguen su trabajo de subversión en el silencio y de manera casi imperceptible afloran en momentos de crisis”. (Pollak, 1989: 2)

¹² Entre los años 1970 y 1975 en *Triunfo* no se conmemoran el 1 de abril ni el 18 de julio.

¹³ Debemos aclarar que atenderemos sólo a las menciones que se realicen en el aniversario de esa fecha, por lo cual tendremos especialmente en cuenta las alusiones que se hagan en el mes de abril.

de haber sido castigada con cuatro meses de suspensión. El silencio de 1973 quizá se deba también a que todavía estaba en medio de un litigio por dicha sanción. Es interesante señalar que en el número 507 (17/06/72) aparece un Extra dedicado a la cultura española del siglo XX, en el que hay algunos artículos dedicados a los intelectuales de la II República¹⁴. En 1974 y 1975, en las postrimerías del régimen, aparecen dos homenajes, uno en el número 602 titulado “La Segunda República. 1931, un día de Abril” (13/04/74) (Lara, 1975), y “Testigos del 14 de Abril” (19/04/75) [Guzmán, 1974] en el número 655.

Afirma José Ángel Ezcurra en “Apuntes para una historia” (1995) que para hablar de cuestiones de política e historia española opuestas al régimen, *Triunfo* debía utilizar una serie de operaciones que permitieran a sus lectores leer entre líneas la verdadera opinión del *magazine*. Creemos que éste es uno de los motivos por el que las menciones del 14 de abril no abundan. A continuación, analizaremos algunas de las diversas estrategias que la revista utilizó en los artículos mencionados.

La primera estrategia que observamos y que se repite en los tres artículos, es que los títulos aparecen citados en tapa, en el caso de “1931. Tres días de Abril” y “Testigos del 14 de Abril”, son lo más destacado de la carátula, “La Segunda República española. 1931, un día de Abril” aparece mencionado pero con letras más pequeñas. Esta aparición en tapa permite instalar visiblemente la fecha en el espacio público y dar más relevancia a la conmemoración ya que aun aquellos que no compraran la revista podrían recordar, simplemente con mirar, el aniversario de la II República.

“1931. Tres días de Abril” de Fernando Díaz Plaja es una suerte de antología de artículos del año 1931 de otras publicaciones (como *ABC*, *El Socialista*, etc.) en medio de las cuales se filtran algunas opiniones de *Triunfo*. Los fragmentos tienen temas variados, van desde el fútbol a los toros, pasando por música, las elecciones, etc. El artículo enfrenta las opiniones de un diario conservador, como *ABC*, con uno de izquierdas, como *El Socialista*. En este sentido, es interesante que los fragmentos

¹⁴ Uno de los artículos es “Intelectuales, de la monarquía a la República” escrito por Manuel Tuñón de Lara (1972).

seleccionados por la revista hagan alusión, fundamentalmente, a la paz con la que se llevó a cabo el cambio de régimen¹⁵.

“La segunda República española. 1931, un día de Abril” no es una nota periodista respecto de dicha fecha, sino la reproducción del epílogo de *1930. Historia política de un año decisivo* libro de Eduardo de Guzmán. El texto cuenta los momentos previos a la proclamación de la II República haciendo nuevamente referencia a la calma con la que ésta se dio. La breve introducción que precede al texto anuncia el aniversario de este acontecimiento, “la Segunda República, hecho del que ahora se cumplen cuarenta y tres años” (Guzmán, 1974: 26) con esta simple oración *Triunfo* le otorga a la fecha el estatuto que el régimen le negó: la posibilidad de ser conmemorada como un hecho relevante de la historia española.

“Testigos del 14 de Abril” presenta cuatro testimonios de personajes que, para entender su relevancia, es necesario conocer cuál es su posición política. Detallamos brevemente los hechos de su vida más interesantes para nuestro análisis, según el orden de aparición en la nota.

- Eduardo de Guzmán: destacado periodista republicano, redactor en *La Tierra*, periódico opositor al régimen y director del periódico *Castilla Libre*. Condenado a muerte en 1940, salvó su vida gracias a que su pena fue conmutada y él enviado a prisión.
- Ramón Serrano Suñer: conocido por sus críticos como el "cuñadísimo", fue dirigente de las Juventudes de Acción Popular (JAP) y diputado por la CEDA de 1933 a 1936. Se destacó en su labor como Ministro de Asuntos Exteriores donde desplegó una política pro-Eje, lo que le llevó a celebrar diversos encuentros con Hitler y Mussolini. En septiembre de 1940 durante su visita a Berlín como Ministro de Gobernación de España y Presidente de la Junta Directiva de la Falange se publicó la orden de deportación de los republicanos españoles a campos de concentración, como "apátridas". Con el cambio

¹⁵ Aunque la proclamación de la II República se dio sin derramamiento de sangre fue un periodo crítico en la historia española, ya que, si bien fue un gobierno elegido por el pueblo, el paso de un régimen a otro fue abrupto, al día siguiente de las elecciones y, fuertemente presionado, el rey Alfonso XIII suspendió el ejercicio de la potestad real y marchó al exilio. El 14 de abril se hizo cargo del país un gobierno provisional formado por conservadores, republicanos y socialistas. En diciembre de 1931 Manuel Azaña se hizo cargo de la presidencia.

estratégico de la guerra en favor de los Aliados y tras unos incidentes entre falangistas y carlistas en Bilbao, Franco lo destituyó del cargo en 1942.

- Ernesto Giménez Caballero: en noviembre de 1936, Franco le confió, a las órdenes del general Millán Astray, la organización de la propaganda del régimen. Así pudo organizar el núcleo de lo que sería esa eficiente estructura del bando nacional. Al terminar la guerra desempeñó los cargos de consejero nacional del Movimiento, procurador en Cortes, consejero de Educación, etc.
- José Bergamín: durante la Guerra Civil presidió la Alianza de Intelectuales Antifascistas y fue nombrado agregado cultural en la embajada española en París, donde buscó apoyo moral y financiero para la decaída República. Al triunfar Franco, marchó al exilio. Volvió a España en 1958, pero fue arrestado como sospechoso por sus relaciones con la oposición al régimen después de haber firmado un manifiesto dirigido a Manuel Fraga Iribarne en el que se denunciaban torturas y represión contra los mineros asturianos. Tuvo que exiliarse de nuevo en 1963, y volvió definitivamente al país en 1970.

El testimonio de Guzmán, “el activo libertario” según lo define Fernando Lara, es sin dudas aquel con el que la revista se identifica. Se puede observar esto en el texto y su formato, fundamentalmente porque es el primer testimonio, el más largo (consta de cuatro páginas), y él aparece en dos fotos (una solo, otra acompañado de Niceto Alcalá Zamora). Lo más destacado del reportaje es la insistencia en que el paso de la Monarquía a la República se hizo sin derramar sangre. Los dos testimonios siguientes son mucho más cortos (uno ocupa página y media, el otro sólo media), y aquí los testigos resaltan su posición antirrepublicana, afirmando por ejemplo que “el 14 de Abril fue un fracaso” (Lara, 1975: 35) o que “el Hombre de España tardó en aparecer, se llamaba Francisco Franco” (Lara, 1975: 35), etc. Cierra el artículo el testimonio del republicano José Bergamín, quien destaca la importancia de la fecha y cierra diciendo “la República, que no cayó, que fue derribada, como todos sabemos” (Lara, 1975: 36), señalando así la violencia con que se instauró el régimen de Franco. De este modo, la ideología republicana tiene la primera y la úl-

tima palabra en la nota. El artículo posee una suerte de introducción a cargo del periodista Fernando Lara en la que afirma que:

(...) el problema, al recordar la fecha indudablemente histórica de la proclamación de la II República española, hace cuarenta y cuatro años, es el de la imposibilidad del distanciamiento y de la pureza del acontecimiento en sí. Las cargas ambientales y quienes las ejercen no lo permitirían. (Lara, 1975: 30)

Se puede observar aquí, claramente, la lucha entre la política de olvido utilizada por el régimen y la resistencia ejercida por *Triunfo* por medio de una memoria marginal.

En los tres artículos analizados se insiste en que la proclamación de la II República se dio en un clima de alegría, de paz y sin derramamiento de sangre. Sin dudas hay una intención deliberada de enfrentarla a la toma del poder por Franco. Por antítesis, se señala la legitimidad del gobierno republicano. Por último, queremos apuntar que la convivencia de ideologías opuestas en dos de los artículos podría deberse a dos razones: primero, es probable que la incorporación de opiniones de la derecha haya sido una estrategia para sortear la censura de manera más sencilla; y segundo, la revista afirma una vocación democrática y tolerante, demostrándose capaz de escuchar y respetar todas las opiniones e ideologías, aún las más enfrentadas:

La II República española (...) constituye el único periodo de democracia real que haya tenido este país, con su enorme apertura a los partidos –no cortó el paso ni a los monárquicos, ni a los fascistas; ni, en otro extremo, a los comunistas, ni a los libertarios. (Lara, 1975: 30)

El 14 de abril después de Franco

Para finalizar este artículo comentaremos muy brevemente lo que será la continuación de este trabajo: qué sucedió con la conmemoración del 14 de abril en *Triunfo* luego de la muerte del dictador, desde 1976 a 1978. Se considera que en este año comienza el declive de *Triunfo*,

aunque un análisis de esta cuestión requeriría otro tipo de estudio¹⁶. Recordemos que la revista reaparece, luego de su segunda suspensión, en enero de 1976. En los números de abril del período de referencia aparecen menciones al aniversario del día catorce. Mencionaremos como exponentes del material que se analizará en el futuro, tres artículos que nos parecieron especialmente interesantes: “Agonía y muerte de la Segunda República en el pueblo de Alicante” (03/04/76) [Guzmán, 1976], “Con Francisco Giral, en el 14 de Abril” (23/04/77) [Lara, 1977] y “Los republicanos en 1978” (22/04/78) [Haro Tecglen, 1978].

Las notas mencionadas no aparecen en tapa a diferencia de las anteriormente comentadas. Esto quizá se deba a que la actualidad de la Transición requería más atención, y también, posiblemente, a que ya no apremiaba tan fuertemente el *deber de memoria*, reemplazado por la urgencia de consolidar el proceso democrático. Sin embargo, debemos resaltar que los artículos, por primera vez, denuncian abiertamente algunas de las cuestiones que ya se habían esbozado. Aparece así la idea de la existencia de una campaña de difamación contra la II República: “Hay, sin embargo, una campaña difamatoria contra la Segunda República, y de paso contra la primera” (Haro Tecglen, 1978: 18), también se declara que el 14 de abril ha estado “marcado por las prohibiciones y suspensiones de todos los actos conmemorativos” (Lara, 1977: 14).

Al articular estas alusiones a la República posteriores a 1975 con las registradas en los últimos años del régimen, se observa, a título de recapitulación e hipótesis por desarrollar, que frente a la política de desmemoria que ejercía el régimen franquista, *Triunfo* realizó una serie de operaciones para contrarrestarla. A pesar de los intentos del régimen por borrar del espacio público las conmemoraciones republicanas, el 14 de abril se conservó “por debajo” como memoria subterránea que compartía una gran parte de la sociedad española. Utilizando esta memoria latente *Triunfo*, entre los años 1970 y 1975, intentó establecer como *lugar* de memoria el 14 de abril, conmemorándolo en sus páginas cada aniversario. Así, *Triunfo* logra introducir en la escena pública una memoria que se conservaba de modo subrepticio. Finalmente, podríamos aventurar, como

¹⁶ En 1978 los redactores y colaboradores de *Triunfo* más identificados con el Partido Comunista abandonaron la revista para crear un nuevo semanario en el cual pudieran mostrar claramente sus señas de identidad. Algunos especialistas sitúan en este episodio el comienzo del fin de la revista.

ya he anticipado, que entre 1975 y 1978, luego de la muerte de Franco y en el escenario de la Transición, el 14 de abril recibe otro tratamiento. Su análisis y las hipótesis sobre los motivos de este cambio serán objeto de próximos trabajos.

Corpus

- DÍAZ PLAJA, FERNANDO, 1971. "1931. Tres días de Abril", XXVI, 463, 17/04/71, 20-25.
- GUZMÁN, EDUARDO DE, 1974. "1931, un día de Abril. La Segunda República española", XXVIII, 602, 13/04/74, 26-33.
- , 1976. "Agonía y muerte de la Segunda República en el puerto de Alicante", XXX, 688, 03/04/76, 32-37.
- HARO TECGLÉN, EDUARDO, 1978. "Los republicanos en 1978", XXXII, 795, 22/04/78, 18-19.
- LARA, FERNANDO, 1975. "Testigos del 14 de Abril", XXIX, 655, 19/04/75, 30-36.
- , 1977. "Con Francisco Giral, en el 14 de Abril", XXXIII, 743, 23/04/77, 14-15.

Bibliografía

- AGUILAR FERNÁNDEZ, PALOMA, 1996. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid: Alianza.
- CUESTA BUSTILLO, JOSEFINA, 1998. "Memoria e Historia. Un estado de la cuestión", en Cuesta Bustillo, Josefina (ed.), *Memoria e Historia*, Madrid: Marcial Pons, 203-245.
- EZCURRA, JOSÉ ANGEL, 1995. "Apuntes para una historia", en *Triunfo en su época*, Alicia Alted, Paul Aubert (eds), Madrid: Ediciones Pleyade, 43-54.
- GROPPPO, BRUNO, 2002. "Las políticas de la memoria", *Sociohistórica* 11-12, 187-198.
- JELÍN, ELIZABETH, 2002. *Los trabajos de la memoria*, Madrid - Buenos Aires: Siglo XXI.
- POLLAK, MICHAEL, 1989. "Memoria, olvido, silencio", *Revista Estudos Históricas*, Río de Janeiro, vol. 2, nº 3, 3-20.
- TAMAMES, RAMÓN, 1983. *Historia de España Alfaguara VII. La República. La Era de Franco*, Madrid: Alianza.

- TODOROV, TZVETAN, 2000. *Los abusos de la memoria*, Buenos Aires: Paidós.
- TUNÓN DE LARA, MANUEL, 1972. "Intelectuales, de la monarquía a la República", *Triunfo*, XXVII, 507, 17 de junio, 36-40.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, MANUEL, 2005. *Crónica sentimental de la transición*, Barcelona: Grupo Editorial Random House Mondadori.
- VV.AA, 1995. *Triunfo en su época*, Alicia Alted, Paul Aubert (eds.), Madrid: Ediciones Pleyade.



Representaciones de la Guerra Civil en el diario *El País*: 1986, 1996, 2006

Mónica Musci

Universidad Nacional de la Patagonia Austral

Resumen

El lenguaje es siempre valorativo, aún cuando adopte formas aparentemente objetivas o neutras. Esta conjetura básica guía el análisis comparativo de diversos artículos aparecidos en el diario *El País* en los meses de julio de 1986, 1996 y 2006 en ocasión de los aniversarios del inicio de la Guerra Civil española (50, 60 y 70 años respectivamente). La intención es indagar qué versiones de la guerra ofrece cada uno y cuáles son las estrategias discursivas que utilizan para hacerlo. Es decir, cómo construyen una representación de ese acontecimiento fundamental en la historia de España y qué diferencias encontramos en el tratamiento discursivo que hacen de él. Se analizan algunas opciones discursivas que son claves en la construcción del referente: la selección temática y lexical, las expresiones que aluden a la guerra y la gramática particular que exhibe u oculta los participantes de las acciones. El hecho de que sea el mismo periódico nos autoriza a suponer que las diferencias lingüísticas e ideológicas que encontremos en la comparación responderán a cambios en las representaciones sociales de las cuales los medios son vehículos privilegiados. De este modo, el análisis luz sobre las transformaciones que la memoria de la Guerra Civil española sufrió en los últimos veinte años.

Palabras-clave: Guerra Civil española - memoria colectiva - Metáfora gramatical - Metáforas estructurales - Campos léxicos

Abstract

Language is always evaluative, even when it adopts apparently objective or neutral ways. This basic presumption guided our comparative analysis of different articles that were published in *El País* newspaper in July of 1986, 1996 and 2006 (50th, 60th and 70th anniversaries of the start of Spanish Civil War). The intention was to examine what versions of the war are offered in each one and what discursive strategies were used. In other words, how a representation of this fundamental event of the history of Spain was constructed and what differences are found in their discursive treatment. The present work analyzes some discursive options that are significant in the construction of the referent: thematic and lexical selection, expressions that relate to the war and the particular grammar that exhibits or hides the participants of the action. The fact that the articles were published in the same newspaper in three symbolically relevant anniversaries enables us to assume that linguistic and, consequently, ideological differences that become evident in our comparison respond to changes in social representations that are specially transmitted by The Media. In this way the analysis may shed light on the transformations of the memory of the Spanish Civil War in the last twenty years.

Keywords: Spanish Civil War - Social Representations and Collective Memory - Grammatical Metaphors - Structural metaphors - Lexis Fields

Introducción

El propósito de este trabajo es realizar un análisis contrastivo de diversos artículos aparecidos en el diario *El País* en los meses de julio de 1986, 1996 y 2006 en ocasión de los aniversarios del inicio de la Guerra Civil española en 1936¹. La intención es indagar qué versiones de la guerra ofrece cada uno y cuáles son las estrategias discursivas que utilizan para hacerlo. Es decir, cómo construyen una representación de ese acontecimiento fundamental en la historia de España y qué diferencias encontramos en el tratamiento discursivo que hacen de él.

¹La lista de artículos que constituyen el corpus se puede encontrar al final. Para facilitar la citación en el cuerpo del texto se consignará el año y un número de referencia que corresponde al del listado. Como el texto de 1986 es uno solo pero muy extenso, se consignará el año y el número de página.

Sabemos que entre un enunciado y el mundo que describe no se da una relación de representación transparente. El lenguaje siempre es valorativo, aún cuando adopte formas aparentemente objetivas o neutras. Para interpretar el significado de un enunciado, entonces, será necesario considerarlo como un acontecimiento material, condicionado por el contexto en que fue producido. La construcción del referente responde a posiciones culturales e ideológicas de los sujetos y de sus grupos de pertenencia (conscientes o no).

En este trabajo analizaré algunas opciones discursivas que contribuyen a diseñar el referente: la selección temática y lexical, las expresiones que aluden a la guerra y la gramática particular que exhibe u oculta los participantes de las acciones. En simetría con el análisis acerca de la construcción del referente, consideraré también la imagen de los enunciadores que proyecta cada grupo de textos.

La cuestión es muy interesante porque se trata de un medio de amplia tirada y por lo tanto con un gran potencial como formador de opinión en el ámbito de la comunicación de masas española, y el hecho de que sea el mismo periódico en tres aniversarios simbólicamente relevantes nos autoriza a suponer que las diferencias lingüísticas y en consecuencia, ideológicas, que encontremos en la comparación, responderán más bien a cambios en las representaciones sociales de las cuales los medios son vehículos privilegiados², y no a puntos de vista particulares y diversos que coexisten en una sociedad (como sucedería si analizáramos el tratamiento del mismo tema que hacen distintos periódicos en un momento determinado). De este modo, el análisis puede arrojar luz sobre las transformaciones que la memoria de la Guerra Civil española sufrió en los últimos veinte años.

Los enunciadores y la selección temática: Historia y Memoria

Un primer acercamiento a los textos revela que los enunciadores desempeñan distintos roles sociales. Para los dos primeros aniversarios considerados aquí, *El País* convocó a académicos reconocidos para que den su versión del hecho histórico en 1986, y para que respondieran a

² Acerca del rol de los medios en la construcción y vehiculización de representaciones sociales, cfr. Raiter et al., 2002.

preguntas específicas relacionadas con las causas, el curso y los efectos de la guerra en 1996. En el septuagésimo aniversario, 2006, en cambio, los enunciadores son en su mayoría periodistas que cubren diferentes aspectos de la realidad: la Guerra Civil aparece mencionada en artículos de Cultura, Sociedad, Política, y tienen aquí un lugar los lectores a través de las Cartas al Director y breves textos de opinión³.

En 1986, Edward Malefakis trata diversos temas en el extenso artículo del Cincuentenario: la escasez de conocimiento acerca de la guerra, la existencia de visiones fragmentadas y la improbabilidad de lograr una visión unificada e inmutable de ese hecho histórico. Es notable el espacio dedicado a la introducción de sus propias hipótesis, una verdadera *captatio benevolentiae* que puede interpretarse como una anticipación de objeciones que revela la percepción que tiene el autor de que tocará temas delicados para la sociedad española:

De manera **inevitable**, mi empeño será **insatisfactorio**, pues, por mucho que me esfuerce en liberarme de ello, reflejará tanto la **limitación** de mis conocimientos como los **prejuicios inconscientes** que forman una parte sustancial de mi modo de pensar. Pido de antemano **disculpas** al lector por tales **deficiencias**. Al mismo tiempo, le recuerdo que se trata de *mi* balance final, que no refleja necesariamente las opiniones de los demás colaboradores [...] Con toda **humildad**, lo que sigue a continuación representa **mis** puntos de vista en algunas de las cuestiones más importantes relacionadas con la guerra (1986: 324). (*La negrita es mía, la cursiva es del autor*)

El primer subtítulo puntualiza una afirmación que el mismo autor seguirá sosteniendo en otro artículo de la edición de 1996: **La guerra no era inevitable**. En este punto polemiza con la historia oficial del franquismo: en el discurso del régimen, la Guerra Civil era un acontecimiento fundamental, su mito fundacional. Como tal, tuvo una presencia abrumadora y obsesiva durante el primer período (Aguilar Fernández, 1996). Importante instrumento de legitimación, la guerra fue presentada como un resultado inevitable y necesario de una situación crítica y sin salida. El historiador enumera en este texto una serie de razones que sostienen su hipótesis. Repasa la historia española anterior a la república

³ También aparecen en este corpus artículos cuyos firmantes son académicos, pero su acercamiento al tema es cualitativamente diferente al de los años anteriores.

y refuta en varias ocasiones los argumentos que sostienen lo contrario. El autor aplica las reglas del método histórico recurriendo a situaciones y acontecimientos análogos en la historia universal, apelando a “leyes” históricas, y brindando datos que desmienten las creencias generales:

Pese a las habituales creencias en sentido contrario, ni anarquistas, ni socialistas, ni comunistas tenían en España una historia revolucionaria especialmente destacada en época anterior a esa fecha. (1986: 326)

Los otros temas que aborda son: la singularidad de la república, la desunión entre los republicanos, cuyo peso decisivo en el desenlace de la guerra (ya señalado) traslada a una característica del otro bando: la *unión* nacionalista; la opinión internacional y la influencia que tuvo en el estallido del conflicto español; el papel de los países extranjeros en el desarrollo de la guerra; y concluye examinando (y desechando) hipótesis postuladas por simpatizantes de uno u otro bando acerca de otros finales posibles para la guerra. El balance es claramente favorable a la república: no hubo nada que ésta pudiera hacer para ganar la guerra, en cambio, la conclusión es que los nacionalistas sí hubieran podido terminarla antes, si hubieran puesto en práctica una táctica militar diferente. Aquí, como en otros razonamientos, Malefakis utiliza reiteradamente el período condicional irreal dibujando escenarios históricos posibles que no se concretaron.

En resumen, desde todos los puntos de vista, la República *habría perdido* la guerra antes *si hubiera procedido* de manera diferente, pero no pudo hacer mucho más de lo que hizo para superar las enormes desventajas bajo las cuales empezó a actuar en el interior y siguió obrando en el internacional. (1986: 335)⁴

En el suplemento de 1996, *El País* convoca a 13 expertos en historia para que contesten alguna de “las incógnitas que todavía perduran” acerca de la guerra civil. Trece catedráticos abordan otras tantas cuestiones relacionadas con el tema, aunque las anunciadas incógnitas no aparecen siempre enunciadas como tales⁵. Es interesante contrastar las cuestiones que se abordan con la que se trataron en 1986. Algunos temas son los mismos: la pregunta acerca de si se pudo evitar la guerra, las consideraciones acerca de la intervención extranjera y el papel de los países europeos en el desarrollo del conflicto, la estrategia militar nacionalista

⁴ A partir de aquí, el subrayado en las citas marca énfasis mío

⁵ V. “Corpus” al final.

y las consecuencias de las batallas. Otros temas que en 1986 están apenas mencionados se expanden aquí: por ejemplo el análisis del curso de la guerra en el País Vasco y en Cataluña, la figura de Negrín, los costos humano y económico de la guerra y la violencia política.

El corpus de 2006, por otro lado, está conformado por un espectro más variado de géneros periodísticos. Encontramos allí noticias, opiniones, crónicas sociales y culturales, cartas de lectores, editoriales. No hay, como en los otros aniversarios, una convocatoria a los especialistas para que ofrezcan una visión académica sobre la guerra civil, sino que los temas están relacionados con urgencias y planteos del presente: es necesario quitar las placas falangistas de las Iglesias, el gobierno catalán impulsa un proyecto de Ley de Memoria, los españoles opinan sobre las consecuencias y efectos de la guerra, los escritores del género policial negro reunidos en Gijón ofrecen su versión de la guerra, los lectores opinan que hay que estudiar esa parte de la historia en la escuela.

Claramente, entonces, tanto en la figura de los enunciadores como en la selección temática podemos apreciar contrastes entre los textos del '86 y el '96, por una parte y los de 2006 por otra. Un modo de pensar estos contrastes podría ser apelar a las diferencias entre historia y memoria a las que se refiere Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado*:

El pasado es siempre conflictivo. A él se refieren, en competencia, la *memoria* y la *historia*, porque la historia no siempre puede creerle a la memoria, y la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo (derechos de vida, de justicia, de subjetividad). (Sarlo, 2005: 9)

Según la autora, las reglas del método de la disciplina histórica supervisan los modos de reconstrucción del pasado en el discurso académico, o por lo menos, los historiadores consideran que ése es un ideal epistemológico. La discusión de las modalidades reconstructivas es explícita y rigurosa. Gran parte de sus esfuerzos se dirigen a desarticular o desmentir creencias e hipótesis sobre los hechos pasados que tienen fuerte raigambre en las memorias privadas o colectivas.⁶ La historia de

⁶ Uno de los textos analizados considera que sería deseable para todos los españoles suponer que la guerra fue consecuencia de acciones y decisiones extranjeras: "Sin embargo", puntualiza el autor, "el trabajo de los historiadores profesionales, que a menudo acaban ejerciendo el lamentable papel de aguafiestas, ha demostrado que todas estas interpretaciones son falsas". (1996, 7)

circulación masiva, en cambio, pone en evidencia líneas que unen la actualidad con el pasado y es sensible a los sentidos que ese pasado tiene para el presente, para el “sentido común” y la sensibilidad de los lectores. La modalidad no académica atiende a las creencias de su público y se orienta en función de ellas: “Eso no la vuelve lisa y llanamente falsa, sino conectada con el imaginario social contemporáneo, cuyas presiones recibe y acepta más como ventaja que como límite” (Sarlo, 2005: 15). Una gran importancia tiene para este relato no académico el espacio que las llamadas “historias de la vida cotidiana” han conquistado en el ámbito disciplinar. Este “giro subjetivo” tiene como consecuencia la revalorización del punto de vista de la primera persona y la reivindicación de la propia experiencia como lugar de verdad. “La historia oral y el testimonio han devuelto la confianza a esa primera persona que narra su vida (privada, pública, afectiva, política), para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada” (Sarlo, 2005: 22). Estos testimonios y memorias privadas son los que encontramos como voces dominantes en los textos del septuagésimo aniversario del inicio de la guerra, aspecto que a mi parecer merece un tratamiento más pormenorizado.

Silencio y Actos de habla

Como señalé anteriormente, en los artículos de *El País* de 2006, la Guerra Civil vuelve a ser noticia. La materia de las crónicas periodísticas es la actualidad, y la actualidad está conformada por los acontecimientos que suceden pero también por lo que los actores sociales dicen acerca de ellos: “La crónica periodística es un espacio de cruce, de confrontación de discursos que expresan los conflictos sociales” (Atorresi, 1996: 211). En este corpus se registran las diferentes voces que resuenan acerca de la guerra en la sociedad española actual: los españoles dicen, piden, reclaman, califican, sostienen, discuten, se oponen, opinan. Las instituciones y las organizaciones sociales declaran, elaboran informes y fijan posiciones acerca de la guerra y sus consecuencias. La Guerra Civil ya no es un acontecimiento histórico remoto sino un hecho que aún gravita en la vida de las personas, que no la consideran un capítulo cerrado:

Las víctimas del franquismo *piden* al Papa que quite las placas falangistas de las iglesias; [...] la Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) ha enviado una *carta* a los obispos, *reclamándoles*

el retiro de dichas placas; [...] El vicepresidente de la sociedad *califica* de “escándalo” la presencia de esos símbolos. (2006, 1)

Este año acaba de ser *declarado* por el Congreso de los Diputados como el de la “memoria histórica”. (2006, 2)

El Gobierno catalán *condenará* el franquismo en el aniversario de la Guerra Civil en una declaración similar a la que se *pronunció* la semana pasada en el Parlamento Europeo. (2006, 3)

El 18 de julio *será condenado* hoy por algunas asociaciones de republicanos. (2006, 5)

El gobierno prepara una *ley* basándose en el *informe* de la comisión interministerial [...]. (2006, 12)

El 18 de julio, aniversario del levantamiento, la primera página del diario presenta los resultados de una encuesta realizada por “Opina” acerca de la Guerra Civil. Así, las voces de los encuestados ocupan el lugar principal en la edición de ese día. Lo importante parece ser, en este aniversario, lo que dice la gente (y no ya lo que dicen los expertos y especialistas).

La mayoría *cree... (...)*; El 55% *considera* conveniente... (...); El 36 por ciento *señala* que no le *explicaron* en el colegio... (...); Sólo el 4,4% *admite* que... (...), Un 17% *teme* que... (...). (2006, 7)

Leyes, declaraciones, informes, conclusiones, cartas, testimonios, recuerdos (en las cartas de lectores), reclamos, encuestas, debates, constituyen actos de habla efectivos que contrastan con las menciones al silencio y la amnesia históricos que se denuncian en uno de los artículos del corpus de 1996.

El desconocimiento público de Negrín puede atribuirse a la *peculiar amnesia* histórica colectiva sobre la guerra civil impuesta por el *pacto de olvido* sellado durante la transición. (1996, 10)

La gramática: abstracción del discurso histórico

La diferencia de géneros discursivos, ya señalada, impacta visiblemente en la gramática particular que caracteriza los textos. En efecto, el discurso de la Historia tiene un marcado carácter abstracto, propio del razonamiento histórico, cuya característica central, según Martin (1993), es que la expresión de la causalidad suele ser implícita y se lleva a cabo en el interior mismo de la cláusula y no entre cláusulas. Esto se suma a

que los participantes de los procesos son nominalizaciones⁷ de eventos y no actores. Esta cualidad de abstracción es muy evidente en el corpus de 1986. Por ejemplo, en una oración como:

Los decenios de acumulada injusticia social, los bruscos giros de la fortuna en el pasado inmediato y la continua aquiescencia del Gobierno de clase media del Frente Popular, se aunaron para *generar* un alto grado de politización entre las masas españolas; una conciencia política que les *permitiría* resistir al nuevo intento de imponer un régimen autoritario. (1986: 326)

La expresión de la causalidad reside en los verbos **generar**, que está expresado como un adjunto de fin (para generar) y **permitiría**, que nuclea una cláusula relativa. Los participantes del proceso son la **injusticia**, los **giros** (de la fortuna), la **aquiescencia** (del Gobierno), el alto grado de **politización**, el **intento** de imponer un régimen, todas ellas nominalizaciones que condensan procesos (Una gramática más “congruente” en términos de Halliday (1993) se estructuraría a partir de expresiones como: ‘*alguien* cometió actos injustos’, ‘la fortuna giró’⁸, ‘el gobierno fue aquiescente’. ‘Todo eso generó ciertos efectos’). Los actores aparecen de manera secundaria en algún complemento (**del gobierno**), o adjunto circunstancial (**entre las masas**: un colectivo anónimo). Todo esto diseña una representación de la experiencia sin participantes activos, sin agentes, que responde al modo “sinóptico” (Halliday, 1989) propio del discurso de la ciencia. Uno de los efectos es que requiere de un esfuerzo de decodificación mayor, otra consecuencia es la atenuación de la participación de los actores en los procesos que se relatan:

Una *oleada de ocupaciones* de tierras y de *huelgas* sin precedentes en España recorrió el país en la primavera de 1936. (1986: 326)

⁷ La nominalización es uno de los casos de “metáfora gramatical” que puede definirse sintéticamente como “sustitución de una clase gramatical o una estructura gramatical por otra” (Halliday 1993: 79). Según este autor los procesos son típicamente designados por verbos, las cosas y entidades por sustantivos, los atributos por adjetivos, etc. Las transformaciones derivativas alteran esta “gramática natural” y permiten condensar y manejar significados en el discurso científico a costa de restar información relativa al proceso (generalmente el Agente de la construcción verbal original desaparece).

⁸ “La fortuna giró” sigue siendo una metáfora, que combina léxico y gramática. Serían necesarias más “simplificaciones” y “traducciones” para llegar a una expresión congruente.

El *triunfo* no llevó *humildad* a las agrupaciones de la clase obrera, sino *dogmatismo*. (1986: 326)

Otros recursos gramaticales, como la utilización de pasivas e impersonales y las llamadas ergativas con 'se'⁹ contribuyen a lograr el mismo efecto:

La guerra civil *fue desencadenada*... (1986: 330)

...una serie de conflictos a los que *fue arrastrada* toda la población española... (1986: 324)

En España *hubo que enfrentarse* a carros de combate y aviones... (1986: 334)

Entre los compañeros de Franco *hubo* muchos murmullos en contra de su jefatura... (1986: 330)

La sociedad española *llegó a llenarse* de rencor... (1986: 325)

En este último ejemplo se ve claramente la desaparición del agente y la cualidad paciente del participante (también es notable la metáfora de la sociedad como recipiente que desborda).

Así, aunque argumentativamente el texto construye una visión de la guerra más favorable al bando republicano (en cuanto al curso de la contienda y a las responsabilidades en los hechos que la iniciaron y la concluyeron), esto es atenuado por la gramática que diluye la participación de los agentes y participantes en los procesos. Ciertamente, como ya se mencionó, esta es una característica del discurso histórico. Sin embargo, en ciertos "sectores" del texto aparece más intensamente que en otros, según el contenido de que se trate. Por ejemplo, cuando el autor analiza el papel de las democracias europeas, aparecen claramente delineados los agentes y calificadas sus acciones, como si no fuera necesario suavizar las responsabilidades en el caso de que éstas fueran de los extranjeros:

...los británicos actuaron *contra natura* al aplacar en lugar de oponerse al Estado que amenazaba el equilibrio de poder... (1986: 332)

Francia había sido la nación más arrogante de Europa...; los franceses... también obraron *contra natura* al seguir el ejemplo británico... (1986: 332)

⁹En estos casos el uso del 'se' bloquea la transitividad del verbo y desaparece el agente o la causa de la acción. El paciente aparece en la posición de sujeto: 'La nieve se derritió', 'Los niños se asustaron' (Di Tullio, 1997: 176).

Los textos del corpus de 1996 muestran mayor variedad en las construcciones gramaticales. Ciertamente, esto se debe, en parte, a que se trata de varios autores, cada uno de los cuales aborda un tema en particular, pero como todos los enunciadores están presentados como “especialistas” y por lo tanto, se mueven en el terreno del discurso histórico, las diferencias que podemos encontrar entre unos y otros pueden ser significativas en cuanto a la presentación de un modo más típicamente narrativo, menos metaforizado (más “congruente” en palabras de Halliday) de presentar los hechos históricos.

Así, encontraremos ejemplos de ambos tipos en este corpus. Por un lado, expresiones que eluden la mención a los agentes a través de alguno de los procedimientos ya señalados:

... *no fue posible* integrar Euskadi, Asturias y Santander en una estrategia militar global con mando unificado. (1996, 8)

Las *pasiones* se exacerbaron aún más por la intensa *polarización* ideológica de Europa a mediados de los años treinta. (1996,1)

Pero al mismo tiempo, encontramos textos que atribuyen claramente la responsabilidad de los procesos a actores históricos concretos:

Franco se proponía una guerra de aniquilamiento. (1996, 9)

Franco pensaba, insistiendo en su identificación con El Cid, que su responsabilidad era la de limpiar de España la anti-España de masones y de “rojos separatistas. (1996, 9)

La gestión enérgica y voluntariosa de Negrín estimuló por algún tiempo la abatida retaguardia republicana y reactivó las exiguas fuerzas de su Ejército. (1996, 10)¹⁰

Como ya se señaló, los textos de 2006 no comparten esta característica de abstracción y en ellos se puede observar que los agentes aparecen más claramente delineados y sus responsabilidades más definidas; además, no se intenta presentar una versión objetiva de la guerra, no se discute si los hechos históricos fueron o no de tal manera sino su relevancia para el presente (no si hubo o no fusilados, sino dónde están enterrados; ya no importa cuál fue la batalla decisiva de la guerra, sino el reconocimiento de la sociedad hacia los prisioneros, muertos y represaliados).

¹⁰ Es verdad que “gestión” es también una nominalización, pero el Agente responsable del proceso se encuentra consignado inmediatamente y es clara su participación.

La guerra de España: los ecos de una polémica por la denominación

En la volanta del texto de 1986 firmado por Edward Malefakis y titulado “Cuestiones pendientes y balance final” aparece la frase **La guerra de España**. El modo de nombrar el acontecimiento histórico es un aspecto clave para definir el punto de vista que se adopta. Paloma Aguilar Fernández ha analizado en detalle el tratamiento propagandístico que el franquismo hizo de la guerra: “Bajo los cambios de denominación de la Guerra Civil subyace algo más que una mera cuestión terminológica. Reflejan evoluciones de la forma de concebir, interpretar e incluso recordar la guerra.” (Aguilar Fernández, 1996: 194)

Durante ese período se consideraba inaceptable hablar de **La guerra civil**, era por lo menos incómodo afrontar el hecho de que el enfrentamiento había sido entre españoles. Así se optó por una denominación menos comprometida como **La guerra de España**. La frase es en sí misma ambigua: la palabra **guerra** es una nominalización, es decir un sustantivo que designa un proceso¹¹. A la vez que condensa un significado, la nominalización ‘oculta’ los agentes que llevan adelante ese proceso, desaparecen los participantes que quedan relegados generalmente a los complementos. El complemento **de España** también es ambiguo porque admite varias interpretaciones. Mencionaré solo tres de ellas:

España es *un* participante del proceso, es decir peleó la guerra (en ese caso toda España estaba de *un* lado de la contienda);

España es un lugar, la guerra sucedió **en España**;

la guerra fue **por España**, que es la causa (como en la expresión **La guerra del agua**)¹².

Sabemos que ninguna de las tres interpretaciones es totalmente exacta, o de algún modo, cada una de ellas escamotea un aspecto de la realidad. La expresión aparece en el título de la sección y solo una vez en el cuerpo del texto. El hecho de que sea usada todavía en 1986, es un indicio de la fuerza y vigencia que tuvo durante los años del franquismo y la transición (Aguilar Fernández, 1996: 196-7).

¹¹ Cfr. nota 5.

¹² Hay otras: por ejemplo ‘La guerra pertenece a España’, que se manifiesta en otra denominación utilizada a fines de la dictadura: “Nuestra guerra”.

En los textos de 1996 la designación del acontecimiento se realiza mediante la expresión **La Guerra Civil** y su continuación, **el franquismo**. Los textos de 2006 también hablan de **Guerra Civil** pero el régimen aparece denominado como **dictadura** y se le asocia el adjetivo **fascista**.

El vocabulario de la violencia y de la memoria

Con respecto a la selección lexical, me centraré en su incidencia en la representación de dos de los temas que aparecen en los tres aniversarios y cuyo tratamiento difiere en los tres corpus: la violencia y la memoria (o su contraparte, el olvido).

La violencia

En el texto de 1986 las referencias a la violencia están incluidas en el análisis de los factores de desunión en el bando de la república. Se habla aquí del terror republicano y del nacionalista, pero el autor traza una clara línea divisoria entre ambos: el primero fue ‘incontrolado’ y ‘desorganizado’, el segundo un ‘eficaz instrumento de gobierno’, ‘silencioso pero sistemático’. Se esboza una afirmación atenuada: “sobre la base de estudios recientes *parece* haber producido más víctimas que el republicano” (1986: 331). Aparece señalada con precisión la matanza de sacerdotes: “Ningún otro grupo numeroso sufrió tan alta proporción de víctimas en ninguno de los dos bandos” (1986: 331).

El campo léxico¹³ está conformado por los siguientes elementos: *terror, víctimas, matanzas, persecución sangrienta, asesinatos*.

Entre los textos de 1996, he analizado el que se titula “¿Por qué se desató tanta violencia durante los primeros meses?” (1996, 3). El título presupone una afirmación: la mayor escalada de violencia fue en los primeros tiempos de la guerra (como veremos, más adelante esto será cuestionado). El texto analiza los hechos de violencia apelando a una

¹³ Un campo léxico es un subconjunto paradigmática y sintagmáticamente estructurado del vocabulario. En un texto los campos léxicos se organizan de tal modo que se genera un efecto cohesivo a partir de la selección y combinación de los lexemas. (Lyons, 1980)

interpretación mítica: Caín y Abel (antes de la milicia), y explicándola a partir de un “odio de siglos” (“la guerra civil decantaba décadas, o quizás siglos, sin voluntad de concierto”) e interpretándola como un ajuste de cuentas con el pasado y también con el futuro. Podemos leer aquí lo que Paloma Aguilar Fernández llama la representación de la guerra como “locura colectiva”, vigente en la transición española, cuando se considera que los dos bandos habían sido igualmente culpables de “la barbarie que entonces se desató”. “La asunción de la brutalidad del pasado fue posible gracias a la generalización de la culpa que proporcionaba la interpretación de la contienda como locura colectiva” (Aguilar Fernández, 1996: 359). La gramática del texto refuerza esta visión: gran cantidad de oraciones impersonales construyen un relato de sucesos cuyos agentes son difusos, o generales (si todos fuimos, nadie tiene la culpa):

En ambas retaguardias *se practicó* una intensa represión del disidente.

Se mataba al enemigo símbolo, (...) *se mataba* la Opresión o *se mataba* la Anti-España... *Se mataba* universalmente (...) *Se mataba* la Religión, lo Absoluto. (1996, 3)

La construcción de algunas oraciones, incluso, da la impresión de que la violencia fue una fuerza cuasi sobrenatural o ajena a la voluntad humana, como una epidemia o un terremoto:

El *momento* más intenso de esas muertes civiles *transcurrió* entre los meses de julio y noviembre de 1936.

Una *oleada* explosiva de muertes violentas. (1996, 3)

Sin embargo, aparece aquí, como en el texto de 1986, una línea divisoria entre la violencia de uno y otro signo:

Unos y otros mataron de forma distinta. *Unos* en la explosión desatada de la furia, *otros* en la fría aniquilación sistemática del contrario. De la parte republicana fueron sobre todo muertes civiles en la riada de la *utopía* revolucionaria sobrevenida. De la parte sublevada, en el *ominoso* uso del Poder con mano militar al servicio de un *espurio* derecho a la Rebelión y la identificación del Mal. (1996, 3)

Resulta clara la diferencia en la adjetivación de ambos tipos de violencia: la connotación positiva de ‘utopía revolucionaria’ (que además ‘sobrevino’, como si fuera algo inevitable y ajeno a la intención humana) frente al valor negativo de los adjetivos ‘ominoso’ y ‘espurio’.

tunadamente, el paso del tiempo ha curado las heridas del pasado de *manera más completa* de lo que nadie podía esperar. Que permanezcan cerradas para siempre. (1986: 336)

Sin embargo, como la autora mencionada señala, el olvido guarda una relación muy compleja con la memoria histórica, es importante recordar para que nunca más sucedan hechos similares, pero hay que fingir que se olvida para construir las bases de una convivencia posible. Esa tensión se advierte claramente en el corpus de 1996. Resuenan aquí voces que “protestan” contra el olvido y previenen contra los peligros de no recordar:

No es precisamente un episodio que festejar ni para celebrar, sino básicamente para *recordar y no olvidar jamás*. (2006, 7)

Así se tejió la espesa malla de *silencio, olvido* e incomprensión que todavía hoy rodea la figura política y humana del doctor Negrín. (2006, 10)

La guerra civil y el franquismo produjeron, además, daños morales y mentales muy profundos en la *memoria colectiva* del pueblo español (...) (2006, 12)

Esta tensión será resuelta a favor de la memoria. En el corpus de 2006 la memoria y el recuerdo constituyen una bandera reivindicatoria para gran parte de la sociedad española. La Asociación por la Memoria Histórica, las víctimas y sus familiares reclaman leyes, declaraciones y gestos efectivos de recuperación del pasado. Uno de los artículos (2006, 2) habla de “*desenterrar* la historia de la guerra”. Una comisión interministerial promueve la digitalización de toda la documentación de la época bajo el paraguas de una ley que convierta el Centro de la Memoria en Salamanca en un enorme archivo de la guerra y la represión. El gobierno Catalán destina dos millones de euros a proyectos de recuperación de la memoria histórica. Especialmente los jóvenes quieren recuperar “la verdad histórica” (2006, 8), lo que implicaría no sólo gestos simbólicos sino información certera que permitiría conocer el final de muchos padres y abuelos, saber cómo murieron y dónde están enterrados. La memoria histórica debe ser desenterrada, recuperada, rehabilitada y además, enseñada. Se trata de pasar los contenidos de las memorias autobiográficas a la memoria colectiva: “trasladar el estudio del pasado de la mesa del comedor a los colegios” (2006, 11).

La guerra es en palabras de Juan Cruz (2006,10) “un sonido que nadie puede convertir en materia de olvido, algo inolvidable, tristemente inolvidable”. Es recién en este corpus donde se pueden relevar lexemas de este campo que no aparecen en los anteriores: memoria, verdad histórica, registro, archivos, documentos, recordar, olvido, inolvidable.

Las metáforas de la guerra

Afirman Lakoff y Johnson (1998) que el sistema conceptual en términos del cual pensamos y actuamos es fundamentalmente de naturaleza metafórica. La esencia de la metáfora es entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra. Pero las realidades no se ajustan punto por punto una a la otra. Esto significa que si entendemos una discusión, para dar el ejemplo de los autores, en términos bélicos (y brindan numerosos ejemplos lingüísticos que se refieren a una conversación en estos términos) la metáfora “Una discusión es una guerra” nos permitirá concentrarnos en algunos aspectos del concepto que son consistentes con la metáfora (la confrontación, el hecho de que se gana y se pierde, de que cada contendiente tiene puntos débiles que el otro debe aprovechar) y ocultar otros que no lo son (por ejemplo, el aspecto de una discusión como una acción cooperativa).

Podemos preguntarnos, entonces, en qué términos se habla de la Guerra Civil en estos textos, cuáles son las representaciones que el lenguaje impone persuasivamente como modo de legitimar ciertas evaluaciones explícitas o implícitas del acontecimiento en cuestión.

En consonancia con el rol del enunciador y con el tipo de discurso, en el texto de 1986 numerosas expresiones dan cuenta de la guerra como un objeto de conocimiento y un tema de estudio. Esta metáfora destaca su cualidad de acontecimiento histórico, y se acerca a ella en estos términos: es una incógnita, de la cual tenemos un conocimiento incompleto, y de la que queda mucho por saber. Esta orientación determina una mirada académica sobre la guerra, realizada desde el discurso académico que, como ya se analizó, caracteriza este texto. Aparecen también otras expresiones que diseñan una representación de la guerra como un hecho en cierta medida ajeno a la voluntad de los actores que lo protagonizaron: la guerra fue *un riesgo* que los conspiradores asumieron, *algo que dependió de la suerte*, una contienda que los conspiradores *precipitaron*, que fue *desen-*

cadena, que *estalló*. Todos estos verbos sugieren que los agentes no son del todo responsables de la acción. ¿qué es lo que se precipita, estalla o se desencadena? Un huracán, un volcán, una tormenta, es decir, un hecho natural o un mecanismo activado previamente. Así, aunque aparezcan los actores que toman parte en el hecho, estos no constituyen la fuente de la acción, sino en todo caso un detonante de la misma. La cualidad de rehenes de la mayoría de los españoles queda definida en la expresión de la guerra como “algo a lo que fue arrastrada la sociedad”. (1986: 324)

Los textos de 1996 continúan manteniendo esta estructura conceptual aunque el sustantivo ‘guerra’ tiene gran variedad de atributos negativos: cruel, trágica, sangrienta, extenuante; encontramos referencias a la guerra como estallido, explosión de violencia, callejón sin salida, algo que *se desencadenó*.

La diferencia aparece en el corpus de 2006: si bien continúa la referencia a la guerra como tragedia, también es algo que hay que investigar (desde la justicia y no ya desde el conocimiento histórico), algo que produjo víctimas que hay que rehabilitar, algo que inició un general ambicioso, un hecho histórico que debe enseñarse en las escuelas, y que inspira sentimientos negativos en la mayoría de los encuestados.

Todos los elementos analizados: el tipo de discurso, los campos léxicos, la gramática, las metáforas, muestran diferencias en las representaciones de la Guerra Civil española como un hecho que progresivamente va dejando de parecer un desastre natural o un ataque de locura colectiva que vivieron los españoles y cuya responsabilidad no le cabe a nadie en especial para pasar a imaginarse como un acontecimiento histórico que protagonizaron determinados actores sociales y cuyas consecuencias aún son visibles y palpables en la realidad actual.

Corpus

1986

EDWARD MALEFAKIS. “Cuestiones pendientes y balance final”, *El País*, Suplemento dominical, 20-07-86.

1996

60 años de la guerra civil española, *El País*, 14-07-96

EDWARD MALEFAKIS, “¿Se pudo evitar la guerra?”

JAVIER TUSELL, “¿Cómo derivó un golpe militar en una guerra?”.

JULIO ARÓSTEGUI, “¿Por qué se desató tanta violencia durante los primeros meses?”.

JUAN AVILÉS FARRÉ, “¿Hasta qué punto fue decisiva la intervención extranjera?”.

ANTONIO ELORZA, “¿Guerra o revolución?”.

MIGUEL ARTOLA, “¿Cuál fue la batalla decisiva de la guerra?”.

BORJA DE RIQUEZ I PERMANYER, “¿Cuáles fueron las especiales circunstancias en Cataluña?”.

JUAN FUSI AIZPURÚA, “El País Vasco durante la guerra”.

PAUL PRESTON, “Franco y la guerra civil española”.

ENRIQUE MORADIELLOS, “Juan Negrín, un desconocido”.

SANTOS JULIÁ, “¿Por qué no hubo mediación internacional?”.

ALBERTO REIG TAPIA, “El coste humano de la guerra civil”.

JORDI PALAFOX, “¿Cuánto costó la guerra?”.

2006

CARLOS E. CUÉ, “Los represaliados animan a Ratzinger a pedir perdón por el papel de la Iglesia en la Guerra Civil”, *El País*, Sociedad, 7-7-06.

JAVIER CUARTAS, “La semana Negra de Gijón ofrece una “mirada pasional” de la Guerra Civil”, *El País*, Cultura, 8-7-06.

MARTA ALBIÑANA, “El Ejecutivo destina dos millones a proyectos de recuperación de la memoria histórica”, *El País*, Barcelona, 12-7-06.

JULIÁN CASANOVA, “Una guerra poco civil”, *El País*, Opinión, 15-7-06.

CARLOS CUÉ, “Tras año y medio de trabajo, el Gobierno ultima una iniciativa para honrar a quienes sufrieron la guerra y la represión franquista”, *El País*, Opinión, 18-7-06.

JORDI GRACIA, “Historias de la buena memoria”, *El País*, 18-7-06.

“El 64% de los españoles quiere que se investigue la Guerra Civil y se rehabilite a las víctimas (Encuesta de *Opina*)”, *El País*, Opinión, 18-7-06.

CARMEN ZULUETA, “El aniversario de la Guerra Civil”. *El País*, Opinión, 19-7-06.

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ CASANOVA, “La guerra que no cesa”. *El País*, Opinión, 19-7-06.

JUAN CRUZ, “La guerra”. *El País*, Opinión, 20-7-06.

JULIA BARRERA, “Estudiar la Guerra Civil”, *El País*, Cartas al Director, 21-7-06.

CARLOS CUÉ, “La guerra y la represión. Proyecto de ley de las víctimas de la Guerra Civil y la dictadura”, *El País*, 29-7-06.

Bibliografía

- AGUILAR FERNÁNDEZ, PALOMA, 1996. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid: Alianza Editorial
- ATORRESI, ANA, 1996. *Los estudios semióticos. El caso de la crónica periodística*, Buenos Aires: Prociencia- Conicet- Ministerio de Cultura y Educación de la Nación.
- DI TULLIO, ÁNGELA, 1997. *Manual de Gramática del Español*. Buenos Aires: Edicial.
- HALLIDAY, M.A.K., 1989. “La lengua y el orden natural” en *La lingüística de la escritura*, N. Fabb (comp.), Madrid: Visor.
- HALLIDAY, M.A.K., 1993. “Some Grammatical Problems in Scientific English” en *Writing Science: Literacy and Discursive Power*, M.A.K. Halliday y J.R. Martin, London: Falmer.
- LAKOFF, G. y MARK JOHNSON, 1998. *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid: Cátedra.
- LYONS, JOHN, 1980. *Semántica*. Barcelona: Teide
- MARTIN, J.R., 1993. “Life as a Noun: Arresting the Universe in Science and Humanities” en *Writing Science: Literacy and Discursive Power*, M.A.K. Halliday y J.R. Martin, London: Falmer.
- MUÑOZ, NORA ISABEL, 1999. “La (des)adjetivación en el lenguaje científico y en el de divulgación”, *Anclajes. Revista del Instituto de Análisis Semiótico del discurso*, Vol. III Nº 3, UN La Pampa.
- MUÑOZ, NORA y MÓNICA MUSCI, 2000. “La construcción lingüística de la historia y las ciencias sociales en los textos escolares” en *Actas del VIII Congreso de la Sociedad Argentina de Lingüística*.
- RAITER, ALEJANDRO *et al.*, 2002. *Representaciones sociales*, Buenos Aires: Eudeba.
- SARLO, BEATRIZ, 2005. *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*, Buenos Aires: Siglo XXI.



Información

Normas para el envío de trabajos

Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas recibe colaboraciones inéditas referidas a la problemática general de la cultura española de todos los tiempos, como también a sus conexiones con el universo americano. Los materiales enviados serán sujetos al dictamen del Consejo Asesor y de Referato para su aceptación.

Han sido programadas secciones referidas a artículos (20 pp.), notas (10 pp.), documentos (10 pp.), entrevistas (5 pp.) y reseñas críticas (5 pp.), con el objetivo de albergar colaboraciones que respondan a diferentes enfoques, desde estudios específicos sobre un tema, discusiones de carácter teórico y metodológico, opiniones de personas destacadas del ámbito cultural en general y académico específicamente, documentaciones de textos breves inéditos o de difícil acceso, hasta información crítica acerca de las novedades del área (libros, revistas, materiales informáticos, congresos, etc.). Cada página deber tener treinta líneas de 70 caracteres cada una; la cantidad de páginas indicativa es la máxima en cada caso.

Indicaciones para facilitar la tarea de edición:

1. Los trabajos deben ser presentados en cualquier versión de Word o Word Perfect compatibles en un disquete de 3 1/2 y dos copias impresas.
2. Eliminar todo tipo de sangrado y utilizaciones de tabulador.
3. Reducir al máximo la variedad de tipografía utilizada (redonda, cursiva y negrita).
4. Encabezado de artículos, notas, documentos y entrevistas: título, nombre del autor, institución a la que pertenece, resumen (100 palabras).

Podemos concluir, entonces, que la evaluación es, como en los demás textos, favorable al bando republicano. Sin embargo, esta adhesión está atenuada y cuidadosamente enunciada.

Se pueden relevar los siguientes lexemas que componen el campo léxico de la violencia: víctimas, represión, persecución, muertes, vencedores y vencidos, aniquilación, matar, víctimas y victimarios, odio, furia, Mal, Caín y Abel.

En los textos de 2006, las menciones a la violencia aparecen ligadas a la represión franquista. No hay menciones a las víctimas nacionalistas. El campo léxico es más amplio y se habla de represaliados, supervivientes de cárceles y campos de concentración, muerte, cárcel, exilio, represión aterradorizante de *varios lustros* (con lo que la violencia no se reduce a los años de la guerra sino que se extiende a la dictadura)¹⁴, campos de concentración, fosas comunes, presos políticos, esclavos del franquismo, violaciones a los derechos humanos. Los efectos de la violencia que aún hoy pesan sobre la sociedad española están íntimamente relacionados con el otro campo conceptual, que analizaré a continuación, el de la Memoria.

La memoria y el olvido

Al analizar este tema es necesario recurrir otra vez al valioso trabajo de Paloma Aguilar Fernández (1996). Su análisis da cuenta de la fuerza y persistencia que tuvo el recuerdo de la guerra durante la transición, no tanto en cuanto contenido compartido de memoria, sino en cuanto saldo de aprendizaje político. En efecto, se buscó “evitar que el pasado se convirtiera en un arma arrojadiza que hiciera imposible el diálogo. Se trataba de borrón y cuenta nueva, de olvidar los rencores y retener el aprendizaje de la memoria sin hurgar en ella, para ser capaces de construir un futuro de convivencia democrática” (361). Este deseo aparece claramente expresado en el cierre del texto de 1986, como un objetivo vigente:

... 50 años después del peor conflicto fratricida de su historia, España se encuentra más fundamentalmente unida [...] que nunca. Afor-

¹⁴ Uno de los textos de opinión afirma que la Guerra Civil concluyó en 1978.

5. Encabezado de reseñas:
Autor, título del libro, lugar, editorial, año, número de páginas.
El nombre del autor de la reseña se coloca al final.
6. Para las citas (tanto en el texto principal como en las notas) emplear en todos los casos el sistema americano (Autor, fecha: pp.) remitiendo a la bibliografía para la referencia completa.
7. La bibliografía debe dar entrada únicamente a las referencias citadas en el trabajo y debe seguir la normativa de la MLA.

Adquisición de *Olivar*

Para recibir información sobre suscripción o compra dirigirse a:

Editorial Dunken, Ayacucho 357.

E-mail: info@dunken.com.ar;

Página web: www.dunken.com.ar

E-mails redacción de *Olivar*

mmrt@conicet.gov.ar

raqma@speedy.com.ar

gchicote@conicet.gov.ar

Canje

Dirigirse a:

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Área de Biblioteca

Calle 48 entre 6 y 7 - 1900 La Plata

Argentina / TE: 54-221-4235745



Índices de números anteriores

Olivar Nº 1 2000 - Índice

Presentación

GLORIA CHICOTE Y RAQUEL MACCIUCI

Artículos

El "triumfo de Petrarca" en Castilla:
Notas acerca del *Triunfo de amor* de
Alvar Gómez de Guadalajara.

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS

Las cartas de Amerigo Vespucci sobre
el Nuevo Mundo

DRIETRICH BRIESEMEISTER

Un siglo de oratoria política

FRANCISCO MARCOS MARÍN

Dramaturgia barroca en las comedias
de Cervantes

AURELIO GONZÁLEZ

Sujeto e ideología en el relato ejem-
plar (*Calila e Dimna*, cap. XVI)

LEONARDO FUNES

Ernesto Giménez Caballero, o la es-
teticización de la política

MIGUEL CORELLA LACASA

Notas

Tres comedias de Lope de Vega y una
relación en episodios

MARTA VILLARINO

La política lingüística alfonsí y los
límites de la estandarización

JOSÉ LUIS MOURE

Entrevistas

Según pasan los años: *Triunfo* en per-
spectiva. Diálogo con José Angel Ez-
curra, Eduardo Haro Tecglen y Manu-
el Vázquez Montalbán

RAQUEL MACCIUCI

Documentos

Un romance del Cid del siglo XVII en
versión manuscrita

GEORGINA OLIVETTO

Carta manuscrita de Rafael Alberti a
José Venegas

MARÍA TERESA POCHAT

Reseñas

Franco Cardini *et al*, *L'Europa del pel-
legrinaggio*.

SANTIAGO DISALVO

Alda Rossebastiano, *La tradizione
ibero-romanza del «Libro de las mara-
villas del mundo» di Juan de Manda-
vila*.

MARÍA MERCEDES RODRÍGUEZ TEMPERLEY

Regula Rohland de Langbehn, *La uni-
dad genérica de la novela sentimental
española de los siglos XV y XVI*.

MARÍA CRISTINA BALESTRINI

Francisco Crosas López, *De diis gen-
tium. Tradición clásica y cultural me-
dieval*.

JUAN PABLO CALLEJA

Antonio Muñoz Molina, *Carlota Fain-
berg*.

NATALIA CORBELLINI

Ángel S. Arguindeguy (ed.), *Memorias de sobremesa. Conversaciones de Ángel S. Arguindeguy con Rafael Azcona y Manuel Vincent.*

ÁLVARO FERNÁNDEZ

Noticia necrológica

GERMÁN ORDUNA

Información

Planilla de suscripción.

Normas para el envío de trabajos.

Olivar Nº 2 2001 - Índice

Artículos

Alfonso VI en la *Estoria de Espanna*: retrato ejemplar y narración histórica
ANÍBAL BIGLIERI

Textualidad oral – escrita – impresa en el pasaje Edad Media – Renacimiento
GLORIA CHICOTE

La oreja y la pluma. La dedicatoria como huella de la autobiografía
FLORENCIA CALVO

Eros y cultura
JOSÉ AMÍCOLA

Antes que el guión. Sobre *Estrafalarío/I* de Rafael Azcona
RAQUEL MACIUCCI

Notas

Arquetipos populares, arquetipos cultos y Sagrada Escritura en la poesía popular española
TERESA TRESCA

Antonio Muñoz Molina entre literatura y periodismo: las columnas
JEAN PIERRE CASTELLANI

Entrevistas

De traducciones, traslados y transformaciones en poesía: Diálogo con Bernardo Atxaga y César Antonio Molina.
VICTORIA TORRES

Documentos

La glosa de 1541 a los *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*
HUGO OSCAR BIZZARRI

Un cuento inédito de Alonso Zamora Vicente
MARÍA TERESA POCHAT

Reseñas

AA.VV., *Estudios de literatura española del Siglo de Oro*.
ALEJANDRA FERNÁNDEZ LICCIARDI

Francisco Crosas (ed.), *La hermosa cobertura. Lecciones de literatura medieval*.
MARÍA CRISTINA BALESTRINI

Juan Goytisolo, *Carajicomedia de Fray Bugeo Montesino y otros pájaros de vario plumaje y pluma*.
NATALIA CORBELLINI

Facundo Tomás, *Las culturas periféricas y el síndrome del 98*.
JUAN ANTONIO ENNIS

Joan Manuel Serrat, *Cancionero*.
MARCELA ROMANO

Alonso Zamora Vicente. Historia de la Real Academia Española
MARÍA TERESA POCHAT

Varios

José Luis de Diego, Presentación de Olivar Nº1

Información

Planilla de suscripción.
Normas para el envío de trabajos.

Olivar Nº 3 2002 - Índice

Presentación

«Las razones de un nombre», Raquel Macciuci y María Teresa Pochat (Universidad Nacional de La Plata y Universidad de Buenos Aires)

Artículos

«Max Aub y *Triunfo* (más, con la venia, alguna evocación personal) « José Ángel Ezcurra (Director de *Triunfo*)

«Voces en un campo de sangre: Max Aub y los penúltimos episodios nacionales»
Joan Oleza Simó (Universitat de València)

«Max Aub, crítico e historiador literario»
Francisco Caudet (Universidad Autónoma de Madrid)

«Max Aub y Ana María Merkel. Ficción y realidad de una artista desconocida»
Dolores Fernández Martínez (Universidad Nacional de Educación a Distancia – AEMIC)

«Un manuscrito del taller de Max Aub»

Javier Lluch Prats (Università degli Studi di Bologna)

«Serán ceniza, mas tendrá sentido»: los manuscritos de *Campo de sangre*»
Luis Llorens Marzo (Universitat de València)

«Notas sobre un diálogo interrumpido»
Emilia de Zuleta (Universidad Nacional de Cuyo)

«Maxaubiana 2001 (Ensayo bibliográfico)»
Ignacio Soldevila (Université Laval, Québec)

Documentos
«Discurso apócrifo de ingreso a la Real Academia Española: *El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo por Max Aub. Discurso leído por su autor en el acto de su recepción académica el día 12 de diciembre de 1956. Contestación de Juan Chabás y Martí*».

Olivar Nº 4 2003 - Índice

Artículos

Cuentos medievales: «La dama del castillo del gavilán» y el «Ejemplo de las flechas» (Juan de Mandevilla, *Libro de las maravillas del mundo*)

MERCEDES RODRÍGUEZ TEMPERLEY

El valor de la lectura o cómo eludir el engaño. La trascendencia del romance de *La esposa infiel* como una lucha indicial

JULIA D'ONOFRIO. Universidad de Buenos Aires.

Cultura oficial y cultura popular en el origen de la comedia renacentista en España

ANA CECILIA PRENZ. Universidad de Trieste

Nuevas claves para la lectura de *Cornelia Bororquia* (1801)

RICARDO RODRÍGUEZ – PILAR PÉREZ PACHECO. Universitat de València

Nuevas iluminaciones en las sombras biográficas de Alejandro Sawa - Max Estrella (1892-1896)

PURA FERNÁNDEZ. Instituto de la Lengua Española. CSIC. Madrid

Notas

Poéticas políticas del español. Algunas notas sobre imaginarios del idioma en Juan Gelman y los zapatistas

MIGUEL DALMARONI. Universidad Nacional de La Plata. CONICET

Las fabulaciones de nuestra realidad.

Apuntes para un poética del grupo leonés de J.P. Aparicio, L.M. Díez y J.M. Merino.

MABEL BRIZUELA. Universidad Nacional de Córdoba

Entrevista

De los álamos vengo.... Entrevista al poeta español Angel González

LAURA SCARANO. Universidad Nacional de Mar del Plata. CONICET

Documentos

Una higa a los españoles. Un documento inédito de la propaganda anticatólica en la Inglaterra de Isabel (1591).

ANTONIO CORTIJO OCAÑA Y TIMOTHY MCGOVERN, University of California.

Olivar y el hispanismo argentino

EMILIA DE ZULETA.

Reseñas

Luciano García Lorenzo, ed. *Estado actual de los estudios calderonianos*. Kassel: Edition Reichenberger, 2000. (Teatro del Siglo de Oro, Estudios de literatura, 50).

DANIEL ALTAMIRANDA. universidad de Bologna (Representación argentina)

AA.VV. *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*. Estudios publicados bajo la dirección de Francisco Rico. Al cuidado de Pablo Andrés y Sonia Garza.

JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ

Gian Piero Dell'Acqua, *La biblioteca di Buchenwald. Storia di Jorge Semprún, intellettuale europeo*. FACUNDO TOMÁS. Universidad Politécnica de Valencia.

Ignacio Soldevila, *Historia de la Literatura española. 1936-2000*. FACUNDO VÁZQUEZ

Harald Wentzlaff-Eggebert. *Las vanguardias literarias en España. Bibliografía y antología crítica*. MARÍA ELINA ESTIÚ

Millás, Juan José. *Dos mujeres en Praga*. GERMÁN PRÓSPERI. Universidad Nacional del Litoral

In Memoriam. Hugo W. Cowes (1915- 2001).

Olivar Nº 5 2004 - Índice

Artículos

«*Atal allur a catade*»: recuperación figurativa de la Antigüedad pagana en las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X
SANTIAGO DISALVO

Prisiones textuales. Artificio y violencia en la poesía española del barroco
WOLFRAM NITSCH

Narrar para contarlo: labrando la memoria histórica en *Beatus ille* de Antonio Muñoz Molina
NATALIA CORBELLINI

Dossier

El Hispanismo hoy: estereotipos culturales y construcciones identitarias.
El Hispanismo hoy: estereotipos culturales y construcciones identitarias.
Palabras introductorias
GLORIA B. CHICOTE

Procesos de construcción y evolución del concepto de Hispanismo desde la perspectiva de los estudios de Literatura española
MELCHORA ROMANOS

El Hispanismo en Argentina
JOSÉ LUIS DE DIEGO

Notas

Archivos y maestros: sobre Archivos de la memoria de Ana María Barrenechea
JORGE PANESI

Manuel Vázquez Montalbán
ÁLVARO FERNÁNDEZ

Traducción

HANS ROBERT GUMBRECHT (traducción: Victoria Torres y Gloria B. Chicote):
Nacimiento de una ciencia por orgullo nacional herido

Entrevista

El camino más corto entre dos puntos no es una recta. Entrevista con Manuel Vicent
RAQUEL MACCIUCI

Reseñas

Lillian von der Walde Moheno, ed.,
Propuestas teórico-metodológicas para el estudio de la literatura hispánica medieval
CARINA ZUBILLAGA

Alicia Parodi y Juan Diego Vila, eds.,
Para leer el Quijote
XIMENA GONZÁLEZ

Aurelio González, ed., Calderón.
1600-2000. *Jornadas de Investigación calderoniana*
FLORENCIA CALVO

Maurizio Fabbri, *A Bibliography of Hispanic Dictionaries Basque, Catalan, Galician, Spanish, Spanish in Latin America and the Philippines (Supplement 1)*
MÓNICA MUSCI

Hamurabi Noufourri y María del Carmen Porrúa, eds., *Miradas australes sobre Juan Goytisolo*.

FACUNDO VÁZQUEZ

Jorge Semprún, *Veinte años y un día*

JUAN ANTONIO ENNIS

Laura Scarano, *Las palabras preguntan por su casa. La poesía de Luis García Montero*

MARCELA ROMANO

Olivar Nº 6 2005 - Índice

Presentación

Don Quijote en *Olivar*

GLORIA B. CHICOTE

La forja del cervantismo argentino:
escuelas, maestros y discípulos de una
pasión nacional

JUAN DIEGO VILA

Artículos

La huella cervantista americana de la
escuela filológica española

JOSÉ MONTERO REGUERA

El *Quijote* y los clásicos grecolatinos en
la obra crítica de Arturo Marasso

LÍA SCHWARTZ

Celina Sabor de Cortazar: vocación y
docencia cervantina

MELCHORA ROMANOS

Hugo Cowes, devoto esencialmente de
Borges, que engendró a Pierre Menard,
que engendró a Don Quijote

MIRIAM CHIANI

Isaías Lerner, el fiel escucha de la voz
cervantina

JUAN DIEGO VILA

Nec Substantiam sed Culpam: el
cervantismo alegórico de Alicia Parodi
y el caso del *Licenciado Vidriera*

ALFREDO GRIECO Y BAVIO

Olivar Nº 7 2006 - Índice

Artículos

En los albores de la celestinesca: sobre el "Romance nueva-mente hecho de Calisto y Melibea" en el pliego suelto de 1513

JOSEPH T. SNOW

Roma o Cartago. Itinerarios renacentistas por ciudades derrotadas

MATEI CHIIHAIA

Entrelíneas para una introspección poética: Rubén Darío y Antonio Machado en 1903

CORONADA PICHARDO

La poética del horizonte. Espacio, escritura y campo literario en las novelas de José María de Pereda

NIL SANTIAÑEZ

Notas

Borges, el *Quijote* y los cervantistas españoles

SERGIO PASTORMERLO

Borges, Cortázar, el galache y la gurupa sureña.

Apostilla al debate sobre el (anti)hispanismo en Argentina

RAQUEL MACCIUCI

Entrevista

El rastro inconfundible de su letra. Entrevista con Fernando Beltrán

NATALIA CORBELLINI

Reseñas

Joaquín Rubio Tovar, *La vieja diosa. De la Filología a la posmodernidad*

MARÍA MERCEDES RODRÍGUEZ TEMPERLEY

Aníbal A. Biglieri, *Medea en la literatura española medieval*

ELY V. DI CROCE

Isabel Lozano-Renieblas, *Novelas de aventuras medievales. Género y traducción en la Edad Media hispánica*

GISELLE CAROLINA RODAS

Leonardo Funes, ed. (con la colaboración de Felipe Tenenbaum), *Mocedades de Rodrigo. Estudio y edición de los tres estados del texto*

CARINA ZUBILLAGA

Hugo O. Bizzarri, *El refranero castellano en la Edad Media*

GABRIELA V. SORIA

Bernhard König, *Novela picaresca y libros de caballerías*

MARÍA CECILIA PAVÓN

Germán Orduna, *Fundamentos de Crítica Textual*

SANTIAGO AGUSTÍN PÉREZ

Frank Willaert, Herman Braet, Thom Mertens y Theo Venckeleer, eds., *Medieval Memory. Image and Text*

SANTIAGO DISALVO

José Jesús de Bustos, coord.,
Textualización y oralidad

GLORIA B. CHICOTE

Carlos X. Ardavín, *Valoración de
Francisco Umbral. Ensayos críticos en
torno a su obra*

EMILIA DE ZULETA

George Tyras, *Geometrías de la
memoria. Conversaciones con Manuel
Vázquez Montalbán*

MÓNICA MUSCI

Ana Luengo, *La encrucijada de la
memoria. La memoria colectiva de la
Guerra Civil Española en la novela
contemporánea*

FEDERICO GERHARDT

Ana Rossetti, *La Ordenación
(Retrospectiva 1980-2004)*

ADRIANA VIRGINIA BONATTO

Arcadio López-Casanova, *En oscuro
desvelo*

XELO CANDEL VILA

Isaac Rosa, *El vano ayer*

EVELYN HAFTER

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Noviembre de 2006